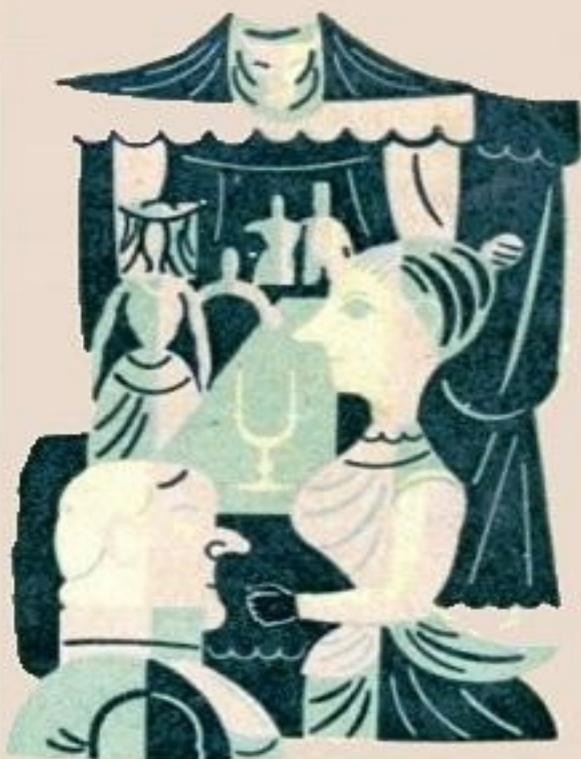


EL SÉPTIMO CÍRCULO

# LAS CUATRO ARMAS FALSAS

POES  
L. DICKSON CARR



Lectulandia

Esta misteriosa novela en que Rose Klonec muere asesinada y en la que hay tres puertas cerradas y una botella de Roederer y un revólver, ocurre en ese nostálgico París que Dickson Carr ya ha evocado inolvidablemente en «El crimen de las figuras de cera». El descifrador del enigma es Henri Bencolin, uno de los personajes más vívidos de la literatura policial.

Lectulandia

John Dickson Carr

# Las cuatro armas falsas

El séptimo círculo - 64

Henri Bencolin - 05

ePub r1.0

xico\_weno 20.01.16

Título original: *The Four False Weapons*

John Dickson Carr, 1938

Traducción: Clara De La Rosa

Editor digital: xico\_weno

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO PRIMERO

## EL LLAMADO

Si en la tarde del 15 de mayo, alguien le hubiese dicho que sólo un día después estaría en París y que se vería enredado, aunque fuera como espectador, en el caso de un asesinato casi sensacional, conocido como el asunto de «Las cuatro armas falsas», se hubiese desconcertado sobremanera y habría sospechado que habían sorprendido sus sueños.

En la tarde del 15 de mayo estaba sentado a su escritorio al lado de la ventana, mirando malhumorado hacia *Southampton Street, W. C. I.* Era «el señor Curtis hijo» o «nuestro señor Richard», del estudio jurídico de Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis. Pero en ese momento estaba reflexionando en que cualquiera que voluntariamente se convierte en un abogado debe ser un niño modelo. Es verdad que tenía la suerte de ser el socio joven y también de mirar hacia una vía pública tan poco bulliciosa como *Southampton Street W. C. I.* Las oficinas de Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis consistían en amplias series de pequeñas divisiones o compartimientos corridos, formando un laberinto alrededor de patios interiores y pozos de aire. El visitante sentía la impresión de que debía pasar por los cuartos de todos los demás para llegar a cualquier parte. La casa era algo húmeda y se ensombrecía con las mecanógrafas solteronas y los retratos de señores de barba, de aspecto dispéptico.

Lo cierto era que Richard Curtis hijo estaba enteramente aburrido de todo.

El cliente (suponiendo que hubiese entrado uno a verlo, cosa que rara vez ocurría) se habría engañado por su aspecto; habría visto a un joven sereno, firme y atento, de traje azul, con aire grave, escuchando la exposición de las dificultades de su cliente. Esto se debía a las enseñanzas de su padre, el jefe de la firma, quien tenía una barba semejante a la de los hombres de los retratos. Pero el cliente habría sido engañado. Debajo de algunos papeles, que había arreglado para hacer creer que estaba ocupado, Richard Curtis había copiado las primeras líneas de la *Oda a la Primavera*, de Lawyer:

«*Whereas, on sundry leaves and boughs,  
Now divers birds do sing;  
They mingle in aforesaid trees  
To wit: their carolling*<sup>[1]</sup>».

Era una manera de ahuyentar el vaho del tedio, menos evidente que gritar «¡Ja!» y morder a *Miss Breedon*, la mecanógrafa más vieja. Sus latidos respondían a la primavera que se acercaba al verano en *Southampton Street*.

El cliente se hubiese quedado sorprendido si hubiera visto a Richard Curtis soñando despierto en la oficina. Mientras que aparentaba severidad, su imaginación

iba por otro camino. A esta oficina (digamos) entraría un distinguido Personaje de capa negra, con «el cuello subido, y lanzaría una rápida mirada».

—Señor Curtis —diría el Personaje—, tengo una misión para encomendarle. Debo hablar a prisa porque estamos vigilados. Aquí tiene tres pasaportes y una pistola automática. Partirá en seguida para el Cairo con el disfraz que estime conveniente, pero cuide de no ser seguido por un hombre cuyos gemelos tienen la forma de una pequeña cruz negra. Llegado al Cairo, irá a la calle de las Siete Cobras, a una casa que usted identificará por...

Un severo instinto práctico, en el fondo de la cabeza de Curtis, le dijo que todo era un montón de tonterías y que aun en sueños se debía ser exacto con los hechos. Pero era un sueño agradable y se alborotó con él.

—... y allí encontrará a una Dama; ¿necesito decir que será hermosa? —El Personaje agregaría superfluamente—: Aquí tiene mil libras para gastos generales...

En ese momento, en el mundo verdadero de la oficina, se oyó un golpe a la puerta de Curtis. No era una Dama, una Dama hermosa; era *Miss Breedon*, la vieja mecanógrafa, quien dijo:

—Por favor, señor, el doctor Hunt quisiera hablarle en su oficina.

Curtis se levantó y, sin entusiasmo, fue a la oficina de Hunt. Desde que su padre se había retirado de las actividades, Hunt era el socio más antiguo y el joven Curtis se había desilusionado de él. Por un breve intervalo esperó grandes cosas de Charles Grandison Hunt, ejemplo de dignidad, flaco y seco. Era voz corriente que en el viejo Hunt había más de lo que aparentaba, hasta se decía que era aficionado a las coplas, lo que Curtis ponía en duda. Para él la idea de oír al viejo Hunt recitando coplas era tan fantástica como cualquier Personaje que ofrecía mil libras para gastos generales. A pesar de esto, algunas veces se había imaginado a Hunt diciendo: «Señor Curtis, tengo una misión que encomendarle...».

Golpeó a la puerta y se le hizo pasar con la voz familiar que siempre aparecía anunciada por una fuerte inspiración de la nariz. Hunt estaba sentado a su escritorio, los lentes en la nariz y el mentón contraído.

—Señor Curtis —dijo Hunt con una respiración todavía más honda—, tengo una misión que encomendarle. ¿Podría usted prepararse para ir a París por el avión de la tarde?

Curtis no se sentía capaz de creer lo que oía.

—¡Si podría yo!...

Grandison Hunt lo desaprobó mirándolo de arriba abajo. Resopló otra vez y hasta descartó el estilo ceremonioso de tratarlo.

—No, no, Richard —dijo—. Esto no marcha. Advierto en usted un cierto modo desacertado de... al... alborotar que debemos suprimir si queremos darle a usted crédito en Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis. —Reflexionó—. Dígame francamente, Richard, ¿considera usted nuestras oficinas como el lugar más aburrido?

—Bueno, señor, ¿qué piensa usted? —preguntó Curtis—. He estado sentado en

aquel maldito escritorio...

—Precisamente —interpuso Hunt levantando un dedo como si hubiese comprobado un hecho—. Otra pregunta, ¿está usted enterado seguramente —señaló con la cabeza la fila de ficheros de aceros detrás de él— de que nuestras relaciones profesionales son principalmente con las familias más conservadoras de Gran Bretaña y con algunas familias inglesas que están fuera del país?

—Por lo menos se me ha permitido saberlo. Por esto...

—¡Ah! ¿Por esto lo considera necesariamente aburrido? —Por el rostro de Hunt cruzó una sombra que, en otro caso, habría podido ser una sonrisa—. Por el momento, Richard, no tengo tiempo de entrar de lleno en el asunto, pero una pequeña reflexión madura lo convencerá de que tratar con tales familias es precisamente el reverso del aburrimiento. Por la naturaleza de las cosas así debe ser. En tales familias hay holgura y dinero que los libra de aquella austera responsabilidad que hace de Inglaterra la nación más moral del mundo. Como resultado, producen más... más... ah...

—¿Tontuelos? —sugirió Curtis con un candor deplorable—. Pero ¡qué digo! Esto es socialismo puro.

Hunt estuvo tan cerca de escupir cuanto se lo permitía su naturaleza.

—De ningún modo —dijo—. Soy un convencido de que puede demostrarse que existe un nivel más elevado de inteligencia y de acción en la Cámara de los Lores que en la Cámara de los Comunes. Usted dirá —se quitó los lentes de la nariz anticipando la objeción— que esto poco prueba. De acuerdo. No obstante, compruebo el hecho. Deseo señalar lo siguiente: cuanto más conservador sea el estudio jurídico, tanto más peligrosos serán los asuntos que debe tratar. Una leyenda muy conocida del gran doctor Samuel Johnson cuenta que Boswell le preguntó cierta vez: «¿Qué haría, señor, si lo encerrasen en una torre con un niño?». Parece que al gran doctor le desagradó la pregunta, y el mundo entero ha concordado en tomarlo como el principal ejemplo de una pregunta tonta. No estoy de acuerdo. Boswell era abogado y sabía exactamente en lo que estaba. Es precisamente la clase de pregunta que *nosotros* debemos saber contestar y precisamente la clase de situaciones que *nosotros* debemos saber tratar.

»Volvamos ahora al trabajo —concluyó Hunt, colocándose los lentes otra vez sobre la nariz, a modo de énfasis.

—¿Y bien, señor?

—Lo mando a París —prosiguió Hunt— en interés de un cliente nuestro que vive allí, Ralph Douglas. ¿Ha oído usted hablar de él?

—Ciertamente, si se refiere usted al que yo supongo —dijo Curtis—. Vino, mujeres, canciones, ¿no es así? Su *Dame de Trèfles* ganó el Gran Premio el año pasado. Después dio aquella fiesta...

—Sí, ha sido bastante calavera —dijo Hunt con gravedad jurídica, tosiendo al corregirse—. Empero, no es ésta la cuestión. Deseo inculcarle, Richard, que Douglas

ya no es más un joven irresponsable. ¡No lo es más! Estoy enterado de que jamás ha habido una transformación tan completa. No ve más amaneceres. A pedido de su futura suegra, hasta ha vendido sus caballerizas; aunque yo me niego a creer —añadió Hunt con acritud— que el deporte de los reyes no sea un deporte de caballeros. Su futura suegra parece que tiene opiniones severas sobre la moralidad de las carreras de caballos...

—¿Quiere usted decir que Douglas se ha enamorado y está reformado?

—Exactamente —convino Hunt dando un zarpazo como si su socio hubiese forjado una nueva frase alentadora—. Debe casarse el mes que viene con *Miss Magda Toller*. Su futura suegra es Mrs. Benedict Toller, viuda, y ahora dueña de la agencia de turismo llamada *Toller's Tours*. No se forme, Richard, una impresión equivocada sobre Mrs. Toller, no es vieja ni desaliñada. Por el contrario, Mrs. Toller es una mujer en la flor de la edad, muy elegante, extremadamente perspicaz, y podría llamársela bonita si no fuera por la nariz, muy larga y angosta, ligeramente respingada, que para mí es horrible. Sus opiniones morales... no importan. Ha hecho una tenaz oposición al casamiento de su hija con Douglas. Su propio candidato creo que es Bryce Douglas, el hermano de Ralph Douglas, joven emprendedor del Servicio Diplomático. Su consentimiento para este casamiento ha sido obtenido con mucha dificultad.

Curtis aún no veía qué intervención podía tener en esto.

—¿Su consentimiento? —Repitió Curtis—. ¿La joven no es mayor de edad?

—Ha alcanzado la edad del juicio —dijo Hunt— y por ende encuentra más conveniente obedecer a su madre. Describiría a *Miss Toller* como a una de nuestras... este... bellezas sensatas. Insisto, no me entienda mal. Parece no haber duda de que la pareja está enamorada; pero... hay una dificultad. Esta dificultad es una cierta Mlle. Rose Klonec.

—¿Un antiguo amor de Douglas?

—Sí.

—¿Que desea recibir dinero?

—No —dijo Hunt.

Abrió el cajón de su escritorio y extrajo la hoja de una esquila apretadamente escrita. Luego de volver a examinarla, respirando hondo la pasó a Curtis. Estaba encabezada *53 bis Avenue Foch, Friday night* y decía:

«Estimado Hunt:

»Éste es el quinto borrador que he hecho esta noche de una carta que intenta explicar las cosas, y todavía no puedo conseguirlo. Sigue y sigue, se pone demasiado complicado y tengo que desistir a la segunda o tercera página sin alcanzar a decir, en realidad, nada. He resuelto que la única manera de poder hacerlo es personalmente. Se trata de esto: Tengo un asunto que me fastidia y necesito consejo. Le quedaría muy obligado si pudiera usted venir a París, aunque fuera por algunas horas. Iría yo a

Londres como escopetazo, pero Magda y Mrs. Toller están aquí (en el Crillon) y no puedo ausentarme.

»Supongo que usted conocerá mi enredo, hace un par de años, con una *poule-de-luxe* llamada Rose Klonec. La mantuve durante un año, y muy costosa que me fue. Ahora, ¡espere!... mi dificultad no es lo que usted piensa, violación de la palabra de casamiento o algo por el estilo. La Klonec (ella es polaco-inglesa) es bien conocida aquí y tuvo una sarta de protectores antes de conocerme a mí. En realidad parece que he sido el único que la abandonó antes de que ella se llevase cuanto yo tenía, probablemente porque conocí a Magda y se enfrió el asunto.

»La dificultad es ésta. Cuando empezamos a estar juntos, compré una casa de campo a orillas del bosque de Marly y la instalé allí. Es de un estilo demasiado rebuscado: de mármol rojo vetado, como en el *Trianon*, las ventanas suben hasta el techo, muy adornadas. Cuando rompimos, ella se mudó y la casa ha quedado desocupada desde entonces. Pero hay ahora algo muy, muy inverosímil, a propósito de esta casa, que atañe a la Klonec. Es todo cuanto le diré, salvo que me parece asunto serio.

»¿Podría arreglarse para venir aquí y conversar?

»Siempre suyo

RALPH DOUGLAS».

Aunque la imaginación de Curtis ya trabajaba, leyó la esquela intrigado y con el ceño fruncido.

—¿Pero qué pasará por su mente, señor? ¿Qué le preocupará?

—No tengo la menor idea —dijo Hunt con cierta austeridad—. Por esto irá usted a París. Tomará el avión de la tarde y se hospedará en el *Meurice*. Telegrafiaré a Douglas, que irá a su departamento (tome nota de la dirección) a las diez en punto, mañana por la mañana. Es domingo, pero esto hará que la conversación sea tranquilizadora. Le pido que recuerde a Boswell y al niño. La cuestión puede no ser de poca importancia. Por otra parte, ¿hay algo que le llame la atención en esta carta?

—Sí. Estaba pensando si las Tollers saben algo de Rose Klonec.

Hunt frunció el ceño, expresión que daba a su rostro una mirada vivamente dispéptica.

—No podría decirlo, pero me lo imagino.

—Y nosotros, ¿sabemos algo de ella?

—Hasta ahora, no. Sabía, por supuesto, que él estaba enganchado con una tal... ah... *poule-de-luxe*, como lo están muchos de nuestros más distinguidos clientes. Solamente sus cuentas financieras lo demostraban. La dama parece haber tenido un gusto notable por las joyas. Pero en cuanto a informes respecto a ella, es el punto siguiente que deseaba tratar. —Hunt lo observó dando un profundo suspiro antes de añadir—: Dígame, Richard, ¿ha oído usted hablar de un caballero llamado Bencolin?

Curtis tuvo la impresión de que, después de todo, su imaginación no había andado

tan lejos.

—¿No habla usted —preguntó— del más grande de todos los detectives franceses? O mejor dicho, del que lo fue, pues renunció durante aquellos conflictos políticos de hace un par de años. Hay tanta leyenda con respecto a este hombre, que he pensado si existirá realmente.

—Henri Bencolin —dijo Hunt mirando al techo— es un hombre completamente a mi gusto. Lo conozco muy bien. No se engañe por sus aires severos y su calma imponente. Jamás he conocido una persona a quien le gustaran más las coplas. En las composiciones bucólicas, especialmente en los cuartetos, hace los bajos con notables efectos. Sí, se ha retirado. Creo que lo encontrará mucho más blando que el pobre y hambriento cazador de criminales que usted se ha imaginado...

—¡Qué lástima!

—¡Quién sabe! —Meditó Hunt—. Me dicen que en el retiro es un poco... ah... descuidado en el vestir. A menudo he pensado que su famosa corbata blanca y su nudo mefistofélico eran estudiados adornos escénicos que consideraba útiles para su trabajo. En su retiro, a Dios gracias, no planta rosales; pasa la mayor parte del tiempo pescando y cazando, porque siempre tiene que agarrar algo. Pero ¡al trabajo! —Aclaró su garganta—. Bencolin ya no tiene ningún contacto con la policía, pero está en frecuentes comunicaciones con ella. Puede ser muy útil para nosotros... ¿Me sigue, Richard?... Averiguar cuanto podamos de Mlle. Rose Klonec. Le daré una carta para entregar a Bencolin, Desconozco su domicilio actual, pero si usted presenta sus credenciales a Brille el actual *Chef de Sûreté*, en el *Quai des Orfèvres*, lo conseguirá sin dificultad.

Hunt se movió detrás de su escritorio; era una pequeña figura seca con el cabello partido, que sospechosamente parecía una peluca, y los surcos de la cara sugerían que era hombre de consejo.

—Es todo, Richard. Cuento con usted para tratar este asunto en forma que acredite a Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis. Tan pronto como haya usted visto a Douglas me informará de todo, por supuesto; por teléfono si es necesario. Si considero la situación bastante seria, me veré obligado a reunirme con usted. No anticipo esta contingencia, pero estaré pronto... ¡Ah, un momento, Richard!

—¿Sí, señor? —dijo Curtis dándose vuelta en la puerta.

—Estaba pensando —agregó Hunt con gravedad— si habría usted oído esta copla...

«*There was a young girl from Hong Kong...*<sup>[2]</sup>».

Recitaba seriamente a la manera de quien lee una lección en la Escuela Dominical.

Curtis no comprendió que había sido verdaderamente admitido por fin en la firma hasta que estuvo en su propia oficina, dominándose para evitar de estallar de risa delante de *Miss Breedon*, al entrar ésta para recibir el dictado.

## CAPÍTULO II

### EL ÚLTIMO LECHO DE ROSE KLONEC

Justamente antes de las diez de la mañana del domingo, Richard Curtis respiraba pura alegría al deslizarse a lo largo de la *rue de Rivoli*, en uno de esos nuevos taxímetros pulidos, color vino de Burdeos, que han reemplazado a los ruidosos *cabriolés* de antaño. Sobre París flotaba una débil y tibia niebla matinal, por la que surgía el sol en la plaza de la Concordia, provocando un resplandor en las numerosas lámparas y en la verde vista del río y brillando en los techos de los pequeños automóviles que ascendían la pendiente de césped de los Campos Elíseos hasta donde el gran Arco aparecía esbozado en el cielo. Los ocasionales gritos y alaridos de una bocina de automóvil acentuaban la mañana del domingo. Se los oía pasar con el mismo sonido que producían las escobas cuando solitarios hombres de delantal salían a barrer el pavimento.

Aquí (pensó Curtis) el cielo se ensanchaba, el horizonte era más rojizo, las casas bajas se extendían detrás de una cortina de árboles. ¿Qué aventuras no podrían ocurrir aquí? Hacía varios años que no había visto a París y no estaba preparado para la acogida que recibía. El mismo olor del humo del cigarrillo rubio que fumaba el conductor (nadie en Francia aspira el cigarrillo, se lo menea sencillamente en la comisura de los labios hasta que se consume), hasta ese humo se asociaba a la ciudad. Al cruzar los Campos Elíseos empezó a descubrir señales. Esa bajada de césped donde estaban instalando las mesas cubiertas de manteles blancos, debajo de guirnaldas de luces, era *Le Doyen* a la izquierda; a la derecha, detrás de aquellos castaños, era *Laurent*; ¿y estaría todavía el *Ambassadeurs*? Todos estos frentes de cafés recién abiertos, humedecidos y pintados por dentro como el escenario de un teatro para comedias musicales, eran nuevos pero no extraños; de noche resplandecerían. Curtis hijo tenía que recordarse a sí mismo que estaba allí como hombre de negocios, pero no había ninguna presunción en él y pensó: ¿De qué puede servir mi consejo en una mañana como ésta?

Adoptó una conveniente seriedad cuando bajó en el número 53bis de la avenida *Foch*. La avenida, a la plena luz del sol, estaba sombreada y desierta. Posiblemente a causa de su proximidad al *Bois*, se piensa en ella menos en sentido de casas que de jardines. En las ventanas, pocas persianas de acero se veían abiertas, pero la encargada del N.º 53bis estaba en actividad, sacudiendo alegremente con un estropajo el zaguán de entrada.

—¡Ah!, ¿monsieur Dooglaz? —exclamó como si al mencionar el nombre escuchara un grande y sorprendente secreto—. *J'espere qu'il va mieux* —agregó con sincera simpatía—. *Quatrième étage, monsieur*.

Curtis subió por el ascensor pensando qué ocurriría. Apenas tuvo tiempo de tocar el timbre cuando la puerta se abrió.

—Buenos días —dijo una voz afable aunque algo temblona—. Usted viene de parte de Hunt, ¿no es así? Bien, entre.

Curtis experimentó un cierto alivio al ver al dueño de casa mientras éste lo conducía al cuarto contiguo, donde se había instalado una mesa para el desayuno, junto a una ventana que daba al jardín. Ralph Douglas accionó aliviado.

—¿Se sorprende de encontrarme levantado y vestido tan temprano? —preguntó. Luego le pareció que había hecho sonar la nota equivocada y que requería una explicación porque agregó—: Este... Desgraciadamente he pasado una noche bastante mala. Pero había recibido el cable de Hunt y no olvidé que debía estar levantado esta mañana. Un baño turco me puso en condiciones; me siento bien ahora. ¿Café?

—Gracias.

Se apreciaron mutuamente, y a Curtis en seguida le agradó su interlocutor. Douglas no era absolutamente el tipo que él habría descrito como de gente alegre: no parecía bastante hastiado, bastante aburrido; demostraba mucha salud e interés. Era lo que los franceses habrían llamado de tipo anglosajón, flaco, de cabello rubio, nariz gruesa, con boca grande y agradables ojos azules. No había nada de particular en él, excepto una cierta inteligencia aguda en aquellos ojos o probablemente un mayor conocimiento del mundo de lo que uno hubiese adivinado al principio. Salvo por una ligera hinchazón de los párpados y una mirada cansada, no presentaba señales de haber pasado la noche bebiendo. Estaba sentado con las manos sobre las rodillas, los codos hacia adelante, estudiando a Curtis, y su traje gris suelto lo hacía aparecer ancho de hombros.

Ralph Douglas sonrió.

—Bueno —dijo repentinamente—, me alegro que no me mandaran a alguien de barba. Asimismo, me siento bastante tonto.

—No se preocupe. Explíquese o no, como quiera; tengo todo el tiempo disponible.

—Vea usted —prosiguió Douglas lentamente—, deseo no sólo consejos jurídicos. Quiero hablar con un compatriota. Los franceses son buenos pero... —Miró por la ventana—. Se supone que hablo francés muy bien, tengo aquí muchos amigos y me agrada París. Sin embargo, si tuviese que oír hablar francés únicamente durante seis meses, creo que me volvería loco. ¿Me comprende?

—Sí —admitió Curtis—. He sentido lo mismo.

—Es diferente, es todo cuanto sé. Por otra parte, todos los ingleses y norteamericanos que conozco aquí sólo pensarían que mi situación es graciosa. Por lo menos necesito un compatriota desinteresado y ningún maldito chistoso... —Vaciló moviendo la mano en el aire y luego la dejó caer sobre la rodilla—. Más aún, si estuviéramos en una oficina en Londres, no sería capaz de decirle lo que oirá. Por lo menos no con tanta sinceridad. Los valores son diferentes. Tartamudearía o callaría. Así es. —Calló de nuevo—. Dígame, ¿qué le parece si damos un paseo? Puedo traer

mi automóvil en medio minuto. Podríamos hablar mientras andamos y lo haríamos con aire fresco. Podríamos... llegar hasta el bosque de Marly.

Cinco minutos después iban volando hacia *l'Étoile*, en el coche de dos asientos de Douglas, éste repantigado en el volante y como hablando al parabrisas.

—Antes de traer a colación mi pequeño enigma —dijo—, prefiero insistir sobre los datos que le habrá dado Hunt. Magda, mi novia, es lo mejor que existe. Mamá Toller es una perra. P-e-r-r-a, perra. Agregado a las objeciones que me hace, tiene un gran entusiasmo por mi hermano Bryce y lo quiere para yerno. Bryce es un tipo muy decente pero es una de esas personas tranquilas del *Foreign Office* que dice lo correcto, prudente y razonable, en toda ocasión, como si comprimiera un tubo de pasta de dientes; puede hablar de todo y, sin embargo, dejar la impresión de que en verdad nada le interesa. Finalmente, Rose Klonec...

—Un momento; ¿Miss Toller está enterada de Rose Klonec?

—Sí. De todo, incluso de la casa de campo. ¡Dios Santo! —dijo Douglas dando vuelta la cabeza con violenta sorpresa—, a *ella* no le importa en lo más mínimo, siempre que esté todo terminado. Se lo he contado todo, y me parece que llega a estar bastante contenta de haber desalojado a una hechicera notoria como Rose. Está interesada: pregunta si Rose era esto o aquello y demás, pero no le importa.

—¿Y en cuanto a Mrs. Toller?

—No, mamá Toller nada sabe. Esto es parte del conflicto.

—No voy a darle ningún consejo hasta saber —le dijo Curtis meditativo—. Pero una cosa salta aquí. De hombre a hombre ahora: si usted ama a esa joven y ella le ama a usted, ¿por qué no le dice a mamá Toller que ponga su cabeza en escabeche y se casa usted con la joven?

Douglas se dirigía rabiosamente hacia un peatón al dar vuelta por la avenida de la *Grande Armée*.

—Esto es bastante fácil en teoría —dijo soltando vapor— pero usted no entiende la situación de la familia ni el dominio completo que esa arpía tiene sobre Magda. No se trata de una cuestión común de desear o no obedecer a mamá: es en cierta forma un chantaje. ¡Por Dios!, es eso: ¡chantaje! Es..., bueno, hablaré cuando tenga el resto de la historia en orden.

»Ahora, respecto a Rose Klonec. Estuve enredado con ella durante un año. Nunca estuve enamorado de ella. Por extraño que parezca, Magda es la verdaderamente bonita y Rose la más o menos insignificante. Pero Rose tiene algo: ¡oh, por cierto! Pelirroja. Todo eso. Y algo que no es en lo más mínimo lo que llamamos *sex-appeal*: un estímulo, una especie de desviación mental que ha llevado a la quiebra a hombres más cuerdos que yo. Tenga cuidado, lo dominará si puede. No es conscientemente cínica, es tan natural como la respiración, nada codiciosa, y es esa misma naturalidad la que no comprenden los filisteos como yo.

»Rose es..., no puedo evitar el término aunque sea anticuado..., es una dama. Jamás la he oído usar una palabra cruda u obscena mientras la he tratado. Tiene, en

efecto, buenas maneras y verdadera delicadeza. Usted dirá que me sorprenden estas cualidades sólo por mi filisteísmo hacia los extranjeros, Pero repito, así es. Por otra parte, Cierta vez le pregunté: “¿Eres capaz de enamorarte verdaderamente?”. Me dijo: “Sí, estoy segura”. Le agregué: “Suponiéndolo así, ¿seguirías a alguno sólo por amor, sin motivos de dinero?”. Contestó con bastante brusquedad: “No, claro que no. No hay afinidad entre las dos cosas. Claro que cuando sea vieja y ya no atraiga más a los hombres, tendré que pagarles para que me hagan el amor”.

»Esto, amigo, me hieló el pensamiento. Es el espíritu práctico llevado a la locura. Por lo menos es sencillo. Pero yo también tengo espíritu sencillo y no lo entiendo. Ahora estoy descargando todo esto sobre usted y, por esa razón, es un alivio sacármelo de encima. Rose y yo nos separamos como los mejores amigos, algo como un divorcio cinematográfico. Se fue con un individuo llamado De Lautrec, que ha andado detrás de ella desde hace un tiempo. Creo que Rose me quiere con sinceridad como yo a ella, pero si viera una oportunidad de recoger algunos miles de francos más, interponiéndose en mi casamiento y arruinando las cosas, Rose lo haría. No habría inquina. Simplemente sería práctico.

Douglas había hablado con gran animación, ahondando la voz y apretando más el pie, con descuido, sobre el acelerador, hasta pasar con velocidad por los oscuros suburbios alrededor de la *Porte Maillot*. Se volvió y añadió:

—¿Y?

—La cuestión es —dijo Curtis— ¿qué puede temer usted?, o hay falta de cumplimiento de promesa matrimonial, como lo ha dicho, o importa, en este caso, que usted haya escrito cartas o hecho promesas. —Le pareció que veía sonrojar a Douglas—. ¿Le preocupa a usted que se lo cuenten a Mrs. Toller?

—No, en lo más mínimo. No me importaría decírselo yo mismo.

—Entonces, ¿qué es?

—Hay tres extraños incidentes: ésta es mi intriga. El primero usted dirá que no es gran cosa. He recibido una oferta para comprarme la casa, se llama *Villa Marbre*, con los muebles, todo en globo. Es una oferta muy buena. Pero el ofrecimiento viene de un individuo llamado De Lautrec, que tomó a Rose. Usted dirá que Rose tiene apego por el lugar y que ha querido que él se lo compre. Usted dirá que, siendo De Lautrec práctico también, ha pensado que sería más económico encontrar una morada hecha y amueblada que instalar una nueva para ella. Pero... a mí me suena mal. El ofrecimiento viene demasiado tarde: Rose está con él desde hace ocho o diez meses.

»Esto puede no ser importante, pero lo que sigue lo es. De Lautrec me llamó el jueves. Le dije que había querido vender la casa de cualquier manera, especialmente porque iba a casarme, y que viniera a tratar el asunto. De Lautrec me contestó que se ausentaba de la ciudad por algunos días y que a su regreso se pondría al habla conmigo.

»¡Perfecto! Hasta aquí muy bien. El viernes por la mañana se me ocurrió llegar hasta la casa a donde ahora vamos, para dar un vistazo y asegurarme de que no

habían andado metiéndose los vagabundos y los ladrones. Como le escribí a Hunt, desde entonces ha estado desocupada; los muebles y los accesorios generales son de buena calidad. No es bastante grande para un casero, pues es simplemente una instalación para un capricho. Le pagué al más próximo *agent de police* a fin de que no perdiera de vista la casa cuando hiciese sus recorridas y a un jardinero que ocasionalmente cuidara de los jardines.

»Bueno, la casa estaba toda cerrada, las persianas corridas en las ventanas, las fundas puestas en los muebles; polvorienta, tan sombría y tranquila como cuando la dejé. Justamente al entrar, automáticamente toqué el conmutador de la luz del vestíbulo. Cuando puse el dedo comprendí que la luz no se encendería porque había dado orden de que cortaran la luz y el agua, pero el asunto fue, figúrese usted; que la luz se encendió.

»Me pareció raro porque recordaba claramente haber telefonado a la compañía. Empecé a vagar por la casa. Nadie había estado allí durante mi ausencia, estaba seguro. Luego subí hasta el cuarto que había sido de Rose (una habitación amueblada con una cama como la de la Du Barry en el *Petit Trianon*) y eché un vistazo. Cuando se fue Rose, con su estricto espíritu práctico, se llevó toda la ropa de cama y de mesa; dijo que le sería útil. Sin embargo, al mirar hacia la maldita cama, había ropa y almohadas sobre ella.

Douglas estaba tan absorbido en su historia, dándose vuelta para mirar a su acompañante y golpeando la palma de la mano contra el volante, que se había olvidado por completo por dónde iba. Curtis no le hizo fijarse en el camino; la cara misma de Ralph Douglas se humanizaba con el alivio de desahogarse.

—Observe usted —continuó a sacudones—, no era como si alguno estuviese viviendo allí o usando la casa. La ropa estaba sin tocar y era nueva. Estaba... allí. Lo digo, me detuve en ese lugar sofocante, a la muy débil luz que pasaba a través de las ranuras de las persianas y me invadió una pavorosa sensación.

»Bajé otra vez a la cocina y probé las canillas del lavadero. El agua corría. En seguida oí el zumbido de la heladera eléctrica y la abrí. Estaba completamente provista de comida para una cena tardía: trufas, *foie gras*, cosas como ésas. En un rincón había seis medias botellas de *champagne Roederer*. Dicho sea de paso, Rose Klonec siempre bebe media botella de *Roederer* de noche, antes de acostarse. Pero yo tenía otro motivo más para *saber* que había dado orden de cortar la luz y el agua y que alguien después había dado contraorden, en mi nombre, a la compañía. Este motivo era el reloj eléctrico.

—¿El reloj eléctrico?

—Sí. Hay un reloj eléctrico instalado sobre la heladera y conectado con el mismo medidor que ella. El reloj estaba en marcha, pero señalaba una hora disparatada. Ahora bien, ese reloj es un excelente marcador de la hora; lo he descubierto. Pero ¿ve usted lo que ocurrió? Cuando la compañía cortó la corriente, el reloj se paró. Cuando se dio otra vez la fuerza, por orden de otro, el reloj sencillamente recuperó la marcha

donde la había dejado antes.

»Bueno, me sentí algo extrañado. Salí y busqué un policía, un individuo llamado Hércule Renard, a quien había pagado para vigilar la casa. Parece que alguien *había* rondado por allí: por lo menos por los muros de la Villa. Hércule había visto un parroquiano muy raro, que siempre desaparecía el miércoles de noche y otra vez el jueves. Hércule dijo que era “como un espantajo” y que llevaba una chaqueta de pana.

»No sé lo que sugiero. Todo cuanto sé es que está ocurriendo algo muy extraño. La dificultad está en que no me atrevo a ver a Rose para saberlo, ni siquiera a llamarla. Las Tollers están en París y las acompaño continuamente. Si algo trasciende... Aquí damos vuelta.

París había quedado ahora detrás de ellos. Entre aldeas blanqueadas, confundidas unas con las otras, estaban en una carretera ondulada que desde la cumbre de una colina descendía ahora al bosque de Marly, que se presentaba completamente descolorido bajo el sol de mediodía. Un buen camino se bifurcaba a orillas del bosque, y continuaron por él durante un cuarto de milla.

—Aquí es —dijo Ralph Douglas bruscamente. Al detener el automóvil, su acompañante se impresionó por la absoluta quietud, casi misteriosa, del bosque a la luz brillante del sol. Cuando se acalló el ruido del motor, fue como si el silencio, físicamente, se deslizara y tomara su lugar. Curtis escuchó cada latido del motor a medida que se apagaba. Al descender, oía el chasquido ruidoso de sus pies sobre el césped que bordeaba el camino. Estaban a la sombra de una alta pared de piedra, cortada por dos portones, frente a un sendero enarenado, dentro de bordes de césped. Con el mismo aire de misterio, más allá de la pared se alzaba un cuadro de álamos de color gris verdoso, plantados juntos, que parecían lucir secamente bajo el calor.

—El portón está abierto —dijo Douglas con voz que sonaba muy fuerte—. ¡Fíjese! Yo lo tenía con candado.

El portón de hierro crujió al entrar ellos. Al final de un sendero enarenado vieron la *Villa Marbre*, encuadrada de árboles. Estaba construida de mármol rojizo vetado, era larga y baja, con dos alas cortas que avanzaban. Las ventanas abovedadas de vidrios cuadrados, que bajaban hasta la terraza como puertas, tenían los marcos y las juntas pintadas de blanco. Aunque era una casa de dos pisos, el más alto parecía un desván con sus ventanas como miniaturas de las abovedadas de abajo. Todas estas ventanas estaban cerradas con persianas de acero que dejaban ranuras entreabiertas. Algo malo ocurría en la casa. A través de las sombras ligeramente oscilantes de las ramas, la luz del sol se reflejaba en el pulido mármol rojizo y la terraza aparecía flanqueada de vivos colores, el amarillo de los iris junto al azul de los delfinios; sin embargo, a su alrededor se sentía un aire frío, opresor; todo parecía seco o al borde de la ruina.

En ese momento una de las persianas se movió al irse abriendo.

Estaban ellos a una media docena de pasos de aquella ventana de la planta baja.

Ralph Douglas echó una maldición y subió los dos escalones bajos que conducían a la terraza, mientras que las hojas de las ventanas se abrían. Una mujercita de edad mediana, vestida de negro y delantal blanco, saltó a la terraza.

—¡Ah, Dios mío! —Dijo dramáticamente la mujer—. De veras que me han hecho saltar el corazón.

Observó a Ralph parpadeando y frunciendo sus ya arrugados ojos como para penetrar en la cara de él. Era de cuerpo robusto, con un rostro de cachetes colgantes que se le había puesto vulgar por el excesivo uso de polvos para aclarar la tez. Sobre el puente de la nariz tenía una profunda señal roja, como de anteojos. De pronto pareció reconocer a Douglas. Ella inició la escena dejando caer las manos; el tono y el diapason de su voz se alteraron, dejó de atisbar, su voz se puso jovial, al mismo tiempo que respetuosamente jocosa y halagadora.

—¡Es usted *monsieur Dooglaz!* —dijo cordialmente—. ¡Buenos días, *monsieur Dooglaz!* Soy tonta. Confío en que habrá dormido bien...

—Yo... —dijo Douglas, y calló.

Ella, guardando las distancias, se puso confidencial.

—Pero no lo oí salir, *monsieur*. Usted no estaba en su habitación y, claro está, no quise despertar a *madame*, ¿comprende usted?

—No comprendo —replicó Ralph en un francés fuerte.

—El chocolate está preparado, si *monsieur* quiere tomarlo. —Se puso desaprobadora—. Y ahora quizá *monsieur* quiera darme mi pequeño obsequio y permitirme regresar a París... *Monsieur* será tan bueno como para agregar el pasaje de ómnibus. —Buscando dentro del bolsillo del delantal, extrajo un pañuelo doblado, lo extendió cuidadosamente para descubrir un par de anteojos con un cristal rajado y el otro ausente—. Sin duda, *monsieur* querrá reemplazar los pobres vidrios que *monsieur* pisó anoche...

—¿Quién —dijo Ralph—, quién diablos es usted?

—¿*Monsieur*?

—He dicho ¿quién diablos es usted? ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué es esto de los vidrios? Y... —Volvió a callar, poniéndose la mano dentro del cuello.

—Pero soy Hortense, por supuesto. La doncella de *madame*. Es decir, dejé su servicio hace dos años; pero, como le dije anoche a *monsieur*, me alegré de que se me pidiera volver a servirla, aunque fuese solamente por una noche...

—¿*Madame* qué?

—*Madame* Klonec, quien pasó aquí la noche, Como también lo hizo *monsieur*.

—Le interesará saber —dijo el otro— que no pasé la noche aquí; que no he visto a *madame* desde hace casi un año; que creo que esto es un...

Una expresión nueva y más aguda atravesó por los ojos arrugados de Hortense, retrocedió y se puso sumamente inconveniente.

—*Monsieur* se está burlando de mí. ¡Ah, no, esto es demasiado, no es gentil! Es seguro que usted estuvo aquí. Me dio instrucciones usted mismo. Me dijo...

—¿Dónde está *madame* Klonec ahora?

—Arriba, en su cuarto, durmiendo. Usted dijo...

Douglas la apartó suavemente a un lado y dio un paso hacia la ventana; luego se volvió hacia Curtis. Le había vuelto su fuerte colorido natural y su expresión era de completa buena fe.

—Vea —insistió—, lo primero que va a pensar es que, al traerlo aquí, estoy urdiendo un juego para usted y... ¡oh!, piense lo que piense, le juro que no estuve aquí. Juro que no sé de qué habla esta mujer. Todo cuanto sé es que alguna burla se ha tramado contra mí. Venga.

La habitación interior, un salón muy largo que ocupaba casi toda el ala, estaba bastante oscura. Apresurándose a través de este cuarto, Ralph Douglas pasó a un amplio vestíbulo y a una hermosa escalera en el fondo. Se dirigió a la puerta del último cuarto del ala izquierda y golpeó violentamente. Se escuchaban los zapatos delatores de Hortense que subía las escaleras.

—¡Rose!

Golpeó estrepitosamente de nuevo la puerta, sacudió el picaporte y descubrió que estaba sin llave. Sin más ceremonia entró.

Curtis, que la seguía, observó la misma oscuridad que en el resto de la casa. Aunque las persianas no estaban cerradas en las altas ventanas que los enfrentaban a través del cuarto, los pesados cortinajes habían sido corridos dejando pasar, por las hendiduras, sólo unas vislumbres de luz. Era suficiente para que, en la soledad del cuarto, descubrieran que el mueble más grande, a su mano derecha, era la cama contra la pared. Había allí una sensación de humanidad, una atmósfera como de polvo y de algo desordenado que sintieron antes de ver los contornos de una persona debajo del cobertor. La mujer estaba pacíficamente tendida de espaldas, el cobertor subido casi hasta el cuello. A pesar de que a Curtis no le agradaba acercarse mucho, podía ver que los párpados pálidos estaban cerrados, el rostro grande y regordete, sereno, y el largo cabello de un profundo color castaño rojizo, desparramado sobre la almohada. Llevaba puesto algo que parecía un camisón color de durazno y un pesado brazo desnudo estaba doblado sobre el pecho, por encima del cobertor.

Ralph Douglas la tomó del hombro, sin mucha suavidad, y luego dio un paso atrás.

—¡Rose!

Volvió a tocarle el hombro, pero esta vez retrocedió con mayor prontitud aún, y se quedó sacudiendo sus propios hombros.

—Diga, Curtis. Venga acá y toque. Está fría como una piedra. Creo...

## CAPÍTULO III

### EL ESTILETE EN EL BAÑO

Curtis dio la vuelta al otro lado de la cama. El brazo y el hombro estaban rígidos, más fríos y tersos que el mármol. Ambos observadores permanecieron con la vista baja, sin ni siquiera mirarse el uno al otro. Desde la puerta, la fuerte voz de Hortense, impaciente por alarmarse, preguntó exclamando:

—*Elle est malade?*

—*Elle est morte* —dijo Ralph abstraído.

Ellos no estaban preparados para los gritos de Hortense, que fueron tan rápidos como si alguien, de pronto, hubiese abierto una canilla, ni para la increíble prontitud con que la misma Hortense salió del cuarto siempre gritando.

—¡Agárrela —dijo Curtis—, rápido! Agárrela y enciérrela...

—Bien. —Ralph pareció por completo dueño de sí, pero cuando se volvió después de dar unos pasos hacia la puerta, su cara estaba casi tan pálida como la de la mujer muerta—. ¡Ayúdame, Dios mío!, nada he tenido que ver...

—¡Córrala!

Solo, junto a la cama, Richard Curtis pensó ante todo en el lío que era esto; su fuerte sospecha era que Ralph, a pesar de toda su sincera buena fe, lo había combinado y metido deliberadamente a ambos en él. En el fondo de su ser estaba seguro, aun entonces, de que no era ésta una muerte natural. Empero, a primera vista, nada había en el aspecto de Rose Klonec que sugiriera otra cosa. Se puso a meditar en cuál habría sido su atracción en vida. El estímulo, la vivacidad, o lo que fuere, todo había desaparecido de aquellos restos mortales; sólo quedaba una mujer baja y robusta, como de treinta y cinco años, de buena figura, pero con una cara bastante insignificante. Se le notaba un aspecto contraído. Más tarde quiso recordar qué fue lo primero que le trajo la idea del asesinato. Probablemente fue el hecho de que en el cubrecama acolchado, cerca del antebrazo visible de la mujer muerta, había una pequeña mancha seca de algo que pudo ser sangre.

En cualquier caso, hacía falta luz...

La semioscuridad del lugar tenía un matiz verdoso de los árboles que rodeaban la casa; el aire espeso de piso encerado y viejos cortinajes se había puesto asfixiante. Curtis corrió el pesado cortinaje de una de las ventanas y casi tropezó con una gran mesa redonda que estaba colocada próxima a aquélla. Fuera de la ventana había un pequeño balcón. Luego volvió al cuarto meditando.

Era una habitación no muy grande ni muy alta, empapelada con ese raso rojo muy oscuro, particular de Francia, que bajo algunas luces parece ser negro, encuadrada por marcos de madera de color dorado oscuro. Una pequeña araña de cristal con bujías eléctricas colgaba del techo. En la pared opuesta a las ventanas estaba la puerta que daba al vestíbulo, y también una hermosa chimenea de mármol negro y dorado, sobre

la que había un reloj de mármol que no funcionaba, y un gran espejo dorado que no daba reflejos; en la pared de la izquierda de Curtis, la cama de medio dosel, al lado de una puerta entornada que comunicaba con el cuarto de baño; finalmente, en la pared de la derecha, otra puerta, medio abierta, conducía a un tocador o cuarto de vestir.

Pero lo que daba principalmente al lugar su aspecto caótico era una amplia mesa redonda, así como dos sillas y una mesita rodante de servir, que había sido empujada cerca de la ventana. Ahora Richard Curtis comenzó a encontrar cosas extrañas. La mesita de servir estaba bien, cargada de comida y bebidas para una cena íntima, especialmente bebidas, pues había una botella abierta de *champagne* en un cubo y dos cerradas a su lado. Aunque los restos de dos copas señalaban que la primera había sido tocada, nada de comer se había puesto sobre la mesa redonda. Los platos, los cubiertos, el mantel y las servilletas estaban cuidadosamente arreglados en la tabla inferior de la mesita de servir.

Luego Curtis observó la gran mesa redonda. En la Superficie lustrada había sólo tres cosas altamente discordantes. Eran: 1.º, un cenicero de porcelana china en cuyo borde había diez cigarrillos a medio fumar, cuidadosamente dispuestos a la redonda, como los rayos de una rueda; 2.º, una navaja de afeitar de hoja ancha y recta, cerrada y con mango de ébano; 3.º, un pequeño par de pinzas de carpintero.

—¡Oiga! —dijo Curtis en alta voz, como lo habría echo Ralph Douglas.

Ralph entraba en ese momento. Producía cierto alivio ver su «típico» aspecto anglosajón, después de haber sospechado de él como Curtis lo había hecho.

—Tengo a Hortense encerrada en el lavatorio de abajo —informó—. Es el único lugar que no puede forzar para salir. Está armando un alboroto. Dice..., bueno, para no decirlo demasiado claro, dice que Rose fue muerta. Sabe usted: asesinada. —Con esfuerzo miró firmemente a Curtis en los ojos—. Ya por mí, o para robarle las joyas. No hay nada de esto, ¿no es cierto? Quiero decir, no lo *parece*.

—No sé. ¿Había algo que pudiera producirle la muerte? ¿El corazón u otra cosa?

—Que yo sepa, no. —Miró a la cama, luego, al volver la vista sobre la mesa redonda, divisó la navaja de afeitar—. ¿Qué hace eso ahí? Sí, y mire detrás de usted. ¡Ahí!... sobre la alfombra, junto a la ventana.

Curtis se dio vuelta. El pesado cortinaje rozaba el borde brillante de algo metálico. Era el caño de una pistola automática, calibre 22, de acero plateado con mango negro.

—Navajas y escopetas —dijo Ralph—. Sí, debemos examinarla.

Volvió a la cama. Después de una vacilación retiró el cubrecama que ocultaba el brazo derecho doblado y lo bajó. Por lo que podían afirmar, no había una marca en el cuerpo cubierto con su camisón color de durazno, ni por detrás ni por delante, ni tampoco rastros de sangre. Curtis tuvo que reponer el cubrecama: los párpados de su acompañante repentinamente se crisparon con peligrosa tensión y las manos le temblaban.

—¡Pobre vieja...! —dijo Ralph dando un suspiro—. ¿Sabe usted? Sólo ahora cruza por mi mente lo que esto significa. No quiero pensarlo. Por lo menos no fue

muerta con... —Señaló con la cabeza la navaja y luego hacia la pistola—. El asunto es que está muerta. Estaba pensando..., ella acostumbraba tomar, con bastante regularidad, unas tabletas para dormir: cloral o alguna substancia por el estilo. ¿Cree usted que habrá tomado una dosis excesiva?

Su vista vagaba por la puerta entornada del cuarto de baño. Llegó allí y encendió la luz junto a la puerta. Era un muy moderno agregado a la casa; no tenía ventana exterior, estaba revestido de azulejos negros y tenía una bañera baja. En una repisa, sobre el lavatorio, Curtis vio una pequeña caja de cartón, al lado del vaso de dientes. *Strickland, English chemist, 18 rue Auber*, decía la etiqueta impresa, sin otras indicaciones. Utilizando su pañuelo, Curtis abrió la caja y la encontró casi llena de pequeñas tabletas blancas.

—¿Alguna vez tomaba substancias como éstas? —preguntó.

—Sí —dijo Ralph—. Es decir, recuerdo el nombre de ese químico. Y las tabletas eran como ésas, pero no sé lo que hay en ellas.

—De cualquier modo, parece que faltan muy pocas de esta caja. ¿Era una droga muy fuerte? ¿Peligrosa?

—No puedo decírselo. Acostumbraba tomar dos a la vez.

—Este lugar —refunfuñó Curtis mirando a su alrededor— es un arsenal. Hasta ahora hay tres cosas con que se puede matar: una pistola, una navaja de afeitar y una droga que puede ser venenosa. Si...

Miró dentro de la bañera. Esta vez, con la impresión de la muerte que se desvanecía, sintió que se le revolvía el estómago: pues vio la cuarta arma. Al mismo tiempo recordó una pequeña mancha sobre el cubrecama, de lo que pudiera ser sangre seca, cerca del antebrazo derecho de la mujer. En el fondo de la bañera, próximo al desagüe, había un puñal en forma de estilete, delgado y largo; su hoja triangular terminaba en una empuñadura de plata labrada. Parecía como salpicado de agua sucia, pero el agua solamente había diluido algunas manchas de sangre, dejando un resto arenoso antes de secarse.

Estaba moteado con esas manchas descoloridas. La misma bañera, de azulejos relucientes, parecía empañada y húmeda.

—Ahora sé cómo la mataron —dijo repentinamente Curtis.

—¡Diablos, no fue apuñalada! —Insistió Ralph—. Habríamos visto la marca y no había marca alguna sobre ella...

—No, no fue apuñalada.

Volvió junto al cuerpo. Después de vencer su repugnancia por tocarlo, deslizó sus dedos cuidadosamente debajo del brazo derecho doblado. Encontró una abertura larga y desagradable, como una boca, que se movió al tocarla, tenía unos bordes resecos que le hicieron retirar rápidamente la mano. Esto era lo que había pensado encontrar. La principal arteria del antebrazo oculto hasta ahora, había sido cortada por un largo tajo.

—Murió desangrada —dijo Curtis restregándose las manos—. ¿No lo ve usted?

En la forma que usaban los romanos para suicidarse, salvo que ellos abrían una vena y la sangre fluía más lentamente. Ella estaba en este cuarto de baño o alguien la trajo. Alguien cortó la arteria con ese puñal, alguien la sumergió en la bañera o la colocó en el suelo, con el brazo colgando hacia adentro, por encima del borde de la bañera y dejó que la sangre corriera. Ella está... desangrada. Ese alguien la puso luego en la cama cuidadosamente.

Hubo un silencio. Observaron el ancho rostro, insignificante y sumiso, sin cosmético alguno.

—¿Entonces se trata de un asesinato? —preguntó Ralph.

—Sí. Recobre ahora la calma y escuche. Supongo que estoy aquí para aconsejarle, y lo intentaré hasta que pueda enviar en busca de Hunt. Dígame la verdad. ¿Lo hizo usted?

—¡Por Dios, *no!* ¿Por qué habría de matarla? Y aun si lo hubiese hecho, ¿cree usted que habría elegido este lugar para hacerlo? Todo el enredo va a salir a relucir ahora. Cada vez que miro esto..., este lugar, me siento asqueado. Desearía haberlo quemado.

—Tranquilícese. La mujer que está abajo, Hortense, jura que usted estuvo aquí anoche. Debe de ser fácil comprobarlo. Si no estuvo aquí, ¿dónde estaba?

—¡Ah!, eso es mejor. —Ralph, evidentemente, comenzaba a reflexionar. Dio algunos pasos largos y pesados, de ida y vuelta, alisando su cabello rubio—. Bueno, cené con Magda en *Fouquet's*. Después dimos un paseo por el *Bois*, en mi coche. Luego la dejé con la madre en el hotel...

—¿A qué hora fue eso?

—Muy temprano. Creo que a las diez y media. ¿He probado una coartada?

Curtis sonrió. Ralph Douglas se sacudía otra vez como un corcho, y ambos se sentían mejor.

—Todavía no podemos decirlo. ¿Qué hizo usted después?

—Debía ir a ver a mi hermano Bryce, por negocios, pero no me sentí con ganas de hacerlo. Había casi persuadido a Magda de que le dijera a la señora que metiera la cabeza en escabeche, como usted dice, y me sentía en el mejor de los mundos. Además, sabía que usted llegaría aquí esta mañana y resolví volver temprano. Pensé dar solamente una vuelta corta, al azar, y luego regresar a casa... No, ¡espere!, no se queje, yo también leo novelas policiales. Conduje «al azar», pero sé muy bien dónde estuve. Paré en un pequeño café en Passy, impulsivamente, para beber un trago antes de ir a casa. Era uno de esos lugares oscuros que me gustan, lleno de cocheros y demás. Me puse a hablar con ellos y los convidé a todos. Me sentía bastante fresco, ¡figúrese usted!...

—¿Recuerda el nombre del café?

—No, pero sé el nombre de la calle, la *rue Beethoven*, y podría encontrar el lugar... Bueno, el resultado fue que no volví a casa hasta casi las tres y media, sintiéndome culpable y con un pésimo dolor de cabeza. Tuve que cantar por el

llamador y gritar para despertar a la encargada, cosa poco acostumbrada; ella sacó la cabeza fuera de su cuchitril y me dijo que no era *gentil*.

—¿La encargada lo vio?

—Debe de haberme visto.

—Eso —dijo Curtis reflexivo— es muy satisfactorio.

Si usted no regresó a su departamento hasta las tres y media, ¿por qué esta mujer Hortense jura que usted estaba aquí...?

Era una situación tal como Curtis pudo habérsela imaginado en su oficina de *Southampton Street*, pero no se sentía fascinado, sino muy preocupado. Era extraña, de segundo orden y tenía también un aire diferente al de *Southampton Street*. Sin embargo, era tan real como el papel rojo oscuro de la pared que los circundaba o la brutalidad con que había sido asesinada Rose Klonec. Una mujer yacía muerta en un cuarto en el que había cuatro armas posibles: una pistola, una navaja de afeitar, una caja de drogas en tabletas y un estilete. No obstante, la única de esas armas que había sido usada era la que no debió serlo; pues para desangrar una arteria, ¿quién hundiría un arma únicamente con la punta afilada, como un estilete, cuando la elección evidente era un corte de navaja? Se habían preparado cosas para la cena. Sin embargo, los únicos objetos que había sobre la mesa redonda eran un cenicero de porcelana china, con cigarrillos dispuestos como radios de un círculo sobre el borde, y un par de pequeñas tenazas. No había más que «sin embargos». Curtis frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo pasó —continuó— entre el momento en que usted dejó a su novia en el hotel y el momento en que entró usted en el café?

—No más de unos veinte minutos: estoy bien seguro.

—¿Cree usted que puede probar a qué hora salió del café?

—Sí, creo que sí —respondió Ralph—. Es un lugar abierto toda la noche para los cocheros, como le dije; hay un gran reloj en la pared por si alguno tiene que mirar la hora. Varios salimos juntos. No puedo decirle exactamente la hora, pero eran bastante más de las tres. Así que si Hortense...

—¿Si Hortense qué, *monsieur*? —interpuso una voz fría en francés. La puerta del vestíbulo se abrió y Hortense entró temblando de rabia pero llena de dignidad.

Detrás de ella atisbaba un policía.

—*Monsieur* olvida —declaró Hortense formalmente— que una mujer puede por lo menos romper un vidrio y gritar pidiendo ayuda. Y ahora, *papa*, juzgue si digo mentiras.

A Curtis le pareció extraño que el agente vacilara, encorvando los hombros debajo de su capa corta, sin adelantarse a ella. Era un hombre corpulento, más bien viejo, de bigote gris, con el quepis airosamente terciado. No sólo parecía respirar con dificultad, sino que había un curioso malestar, casi furtivo, en su rostro colérico. Después de una rápida mirada a la cama, se quedó balanceándose, retrocediendo con un pie, para golpear la alfombra con el extremo de la bota, al modo de los agentes.

—Buenos días, M. Hércule —dijo Ralph secamente.

—Buenos días, M. *Dooglaz* —replicó Hércule ásperamente desde lo más profundo de su garganta, sacudiendo el pulgar por sobre el hombro—. La vieja —dijo devolviendo el insulto— lo acusa a usted de haber asesinado a *madame Klonec*.

—Está loca.

—Es evidente —consintió Hércule, acercándose a la cama—. Pues lo acusa de haber cortado la garganta de *madame* con una navaja de afeitar. Bueno, ¡su cuello no está cortado! Pero *madame* está muerta ¿Un ataque al corazón, quizá?

—No, fue asesinada. —En ese momento la expresión de Hércule, que tendía a aliviarse, se alteró. Douglas se mantuvo firme—. Ha sido cortada la arteria de su brazo y ha muerto desangrada en aquel cuarto de baño. Pero yo no lo hice.

—¡Oh, al diablo! —dijo Hércule sin respiración.

—También quisiera preguntar a Hortense por qué está tan segura de que *madame Klonec* fue muerta con una navaja.

Hortense pareció un poco desconcertada por la declaración de Douglas. El cuarto era pequeño, y desde que había entrado, sus débiles ojos castaños estaban fijos en la mesa redonda. Se había adelantado, ahora, examinándola con la expresión de quien investiga a través de un microscopio.

—Para empezar, ¿por qué la navaja está ahí? —Respondió señalándola con calma—. Y también, ¿por qué yo vi anoche a *monsieur* afilando los bordes? Y también, como ahora recuerdo, ¿por qué *monsieur* me prometió cien francos de extra para quitarme de en medio?

## CAPÍTULO IV

### LA MANCHA ROSADA

La expresión de Ralph Douglas varió un poco, su ancha boca se agrandó con horror, mientras que Curtis no dudaba de que a él le ocurría otro tanto.

—Entonces, era usted... —empezó Hércule de prisa, pero calló repentinamente y, con los ojos aún más congestionados, miró a la mujer. Se sentía incapaz de pensar en algo—. ¿Esto no es verdad, *monsieur Dooglaz*?

—No —dijo Curtis sintiendo que era tiempo de intervenir, y dirigiéndose a Hércule con una cortesía formal—. ¿Me permite presentarme? Soy un abogado inglés, amigo de M. Douglas. Ésta es mi tarjeta. —Hércule la miró sin mayor comprensión—. Prefiero advertirle que esta señora parece estar dominada por una extraordinaria equivocación. Cree que M. Douglas pasó la noche aquí, en *Villa Marbre*. Ahora bien, sabemos que esto no es verdad. Podemos ofrecer la prueba de que no estuvo aquí en ningún momento.

—Bueno, verdaderamente —gritó Hortense—; ¡no, esto va más allá de todo...!

La cara de Hércule se aclaró.

—Calle, abuelita —refunfuñó—. ¿Una equivocación, dice usted?

—O algo que no comprendemos. ¿No sería bueno interrogarla?

—Bien, lo haré —dijo Hércule. Por la abertura de un botón desabrochado de su blusa extrajo una libreta de apuntes y de entre el forro de la gorra un lápiz. Los observó atentamente, mientras la mujer lo miraba con aire de extrema intensidad—. ¿Su nombre y dirección?

—Hortense Frey, 41 *rue des Halles*, séptimo.

—¿Su ocupación?

—Soy doncella.

—¿La doncella de *madame Klonec*, entonces?

—No, ahora no. Dejé el servicio de *madame* hace poco más de dos años, antes de que *monsieur* la conociera. No, no fue eso, abuelito —dijo rápidamente Hortense y se cruzó de brazos—. No fui despedida por ninguna razón que *usted* comprendería. Mis referencias están ahí, para que todo el mundo pueda verlas. Fue a causa de mi corta vista.

—Un momento —interrumpió Ralph vacilante—. Eso es verdad, Hércule. Se lo oí decir a *madame Klonec*. Cuando *madame Klonec* estaba de mal humor y uno no podía encontrar lo que ella deseaba. Siempre decía que uno tenía «la vista igual a la de Hortense»; era como un proverbio. Así fue como lo supe. Decía que Hortense perdía siempre sus anteojos y con ellos perdía la paciencia...

—*Bien amable, monsieur* —dijo Hortense, apretando sus brazos y moviendo la cabeza—. ¿Así que ha oído hablar de mí? También yo he oído hablar de usted, y recientemente. —Del bolsillo del delantal sacó una carta manchada que abrió con

cuidado—. Abuelito, sea bueno y léala. Está en inglés. ¿Usted lee en inglés? No. Entonces se la traduciré.

Así lo hizo con rápida cadencia y notable perfección.

«Estimada *Mlle.* Frey:

»He oído hablar de usted a *Mme.* Klonec, de quien tengo entendido que usted la ha servido como persona de tacto y delicadeza; quisiera ahora confiarle una delicada misión. En cierto momento fui amigo íntimo de *Mme.* Klonec, aunque hemos estado separados desde hace tiempo; durante nuestra amistad ella vivió en *Villa Marbre*, cerca de Boissy, en el bosque de Marly...».

—Lo he oído decir —se interrumpió Hortense, bruscamente. Y prosiguió:

»Tengo ahora motivo para esperar, me alegro de decirlo, que nuestras diferencias puedan ser conciliadas. *Madame* me ha concedido una cita para la noche del sábado 15 de mayo, en *Villa Marbre*. Ella necesitará, por supuesto, los servicios de una doncella para esa noche, y hay motivos por los que considero imprudente de su parte seguir siendo atendida por la doncella que emplea en la actualidad. Si usted quisiera aceptar esta misión por una noche, le prometo buena paga, y ya veremos más adelante.

»Vaya a *Villa Marbre* el sábado por la tarde. (Incluyo las llaves del portón y de la casa; el camino puede hacerla en ómnibus o en tranvía, desde la *Porte Maillot* a Boissy, donde sabrán indicarle). La casa necesitará ser puesta un poco en orden, pero no precisa más que ponerla presentable. Prepare el departamento del ala izquierda para *madame*, dormitorio, cuarto de vestir y salita, y mis cuartos particulares en el ala derecha. Usted ocupará una habitación en el piso bajo, al lado de la cocina, que espero encontrará cómoda. Hallará la cocina bien provista, y los enseres domésticos que precisa, en su cuarto. Pienso llegar en las primeras horas de la noche para darle las demás instrucciones, aunque no espero a *madame* hasta tarde.

»Como prueba de confianza, *mademoiselle*, incluyo un billete de cien francos, y puede estar segura de que tendrá otros cuatro en su bolso, el domingo, si me obedece fielmente.

»Suyo,

RALPH DOUGLAS».

—¡Ah, todo esto está muy bien! —prorrumpió Hortense, al borde del histerismo y de los gemidos—. Usted y sus promesas; ¡confianza!, «ya veremos más adelante». Es una bonita cosa. No soy rica. No he trabajado desde hace meses. Cuando recibí aquella carta suya, el sábado por la mañana, me sentí tan llena de alegría y de esperanzas que yo...

—Hortense —dijo Douglas—, juro que tendrá usted mil francos, aquí y ahora, si solamente dice la verdad.

No se podría imaginar que semejante mujer, tan pesada, tuviera la agilidad de Hortense. Cuando él intentó mirar la carta, ella saltó para atrás, con una mano sobre la nariz, como sosteniendo un pañuelo invisible, mientras sollozaba, y con la otra apretaba la carta. En el repentino cambio de sentimientos, después de su recibimiento de esa mañana, el rostro excitado tenía un aspecto de horror.

—Es demasiado tarde para eso ahora —dijo enigmáticamente—. *Estoy* diciendo la verdad. Usted no me tocará. Usted es un asesino y nada quiero saber con usted. ¡Asesino! Eso es usted. Ase...

El abogado, intranquilo, creyó que era tiempo de intervenir. Ralph Douglas, sinceramente conmovido, había sacado su cartera y le agitaba los billetes. La excitación parecía contagiosa: Curtis pensaba cómo se interpretaría esta escena en las oficinas de Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis.

—Hortense —sugirió—, por lo menos debemos ver la carta. Désela a Hércule y permítale que la tenga. ¿Usted confía en la policía?

—Bien. Eso es práctico —refunfuñó Hércule quitándosela de la mano sin más rodeos. Era una esquila escrita a máquina que suspendió en el aire.

—¿Y bien? —preguntó Curtis en inglés.

—Ya es demasiado. Es mi firma, podría jurarlo —dijo Ralph—. Sé que es mi firma. Hasta se parece a la máquina de escribir... Vea usted, ¿qué se trama? Yo no la escribí.

Hortense, que había secado sus ojos con la mano, parecía ahora haber alcanzado el colmo de su desgracia, aunque miraba a Douglas con curiosidad. Curtis se dirigió a ella.

—¿Comprendió usted lo que acabamos de decir, *mademoiselle*? ¿Usted habla inglés?

—Un poco. ¡Estoy harta de ustedes!

—Usted debe de comprenderlo muy bien. Hay algunas palabras difíciles en esa carta: quisiera saber yo tanto francés. Me pareció, por la manera de leerla, que usted se la ha mostrado a alguien y que se la ha hecho traducir...

—¿Tiene importancia, *monsieur* —averiguó con fría dignidad—, si lo hice? ¿Me toma usted por un profesor de la Sorbona?

—¿A quién se la mostró? ¿A un amigo?

—A quien se ocupa en estas cosas. A una agencia de turismo. A *Toller's Tours*, en el *Boulevard des Italiens*. Y a un amigo, sí; tengo el honor de conocer a M. Stanfield, el jefe de toda la oficina de París, quien conocía muy bien a *madame*, y acostumbraba ocuparse en sus reservas cuando ella viajaba.

—Eso fue discreto —dijo Ralph con voz hueca.

—Era necesario. Además, fue confidencial.

Ralph, pensativo, empezó a pasear alrededor de ella, con las manos en los bolsillos, y habló a Curtis por la comisura de los labios.

—George Stanfield..., como ella dice, es el jefe de esa maldita agencia aquí, en

París, y un amigo íntimo de mamá Toller. Digo que es todavía peor de lo que había pensado.

Hércule, ahora intrigado e impaciente, intervino.

—Bueno, bueno, volvamos al asunto —refunfuñó—. Todo esto no es nada. ¿Usted no reconoce esta carta, entonces, *M. Dooglaz*? —La agitó en el aire—. Bien, lo anoto. Progresamos. Ahora, abuelita, continúe su historia y tenga cuidado con lo que dice, porque mi lápiz la espera. Usted recibió esta carta el sábado por la mañana, se enteró de su contenido, ¿y después?

—Vine aquí, naturalmente —replicó Hortense—. Había mucho trabajo por hacer, y usted mismo puede ver que lo hice bien. Era preciso darse prisa, puesto que *M. Dooglaz* no llegó hasta la noche...

—¡Ah! ¿Entonces *M. Dooglaz* llegó aquí? ¿A qué hora fue eso?

—A las nueve.

—¿Oye usted, *M. Dooglaz*?

—Oigo —respondió Ralph—, y no deseo nada mejor. Ahora escúcheme, Hércule: a las nueve, anoche, estaba yo cenando en el restaurante Fouquet. Mi novia puede jurarlo, el *maître-d'hôtel* puede jurarlo, los mozos pueden jurarlo; nada hay más fácil de probar.

—¿Lo oye, mujer? —preguntó Hércule expeliendo su aliento para arriba tan lentamente que hizo flamear su enorme bigote—. ¿Eh? Cuéntenos qué ocurrió.

—¡Estoy diciendo la verdad! A las nueve, alguien llamó a la puerta. Yo abrí. Era *monsieur*, que está ahí. Llevaba puesto un impermeable y un sombrero negro. Me habló en inglés. Dijo...

—No puedo comprender esto —interrumpió perplejo Hércule—. Si usted no está mintiendo, debe de haber sido alguna persona que afirmaba ser *M. Dooglaz*. ¡Oiga, abuelita! ¿Puede usted identificar a este caballero? Hemos oído hablar de su poca vista...

—Efectivamente. Pero mis anteojos no estaban rotos entonces. —Hortense sacó rápidamente sus restos del bolsillo—. En cuanto a identificación, es el tipo inglés: cara roja, ojos azules, pelo rubio. No puede uno equivocarse, jamás en la vida. Además, me habló en inglés y se me presentó como *M. Dooglaz*. Pero hablaba de mis anteojos. Tomé su sombrero, y estaba quitándole el abrigo cuando tropezó en el piso. Estaba de espaldas y su hombro me golpeó... ¡así! —Puso la mano sobre el puente de la nariz con un gesto sumamente gráfico—. Fue un golpe doloroso, me hizo saltar las lágrimas y los anteojos se me cayeron. Aún mientras se disculpaba me dijo que temía haberlos pisado y haberlos roto.

Hubo una pausa interrumpida por Hércule, que asmáticamente se componía la garganta.

—Creo que comprendemos —dijo Hércule—. Era fácil, ¿eh? Primero lo miró... ¿había luz?

—Sí, una buena luz. La luz del vestíbulo de abajo.

—Y luego se rompieron los anteojos. Bien. Pero ¿y su voz?

—¡Oh!, es la misma voz; y de todos modos, todas las voces son iguales cuando hablan inglés.

Nuevas comprobaciones llamaron la atención de Richard Curtis. Supuso que esto era semejante a la creencia de sus propios connacionales, no solamente de que todos los chinos parecen exactamente iguales, sino también de que casi todos los franceses e italianos se distinguen únicamente como tipos. No se le había ocurrido que les sucediese lo mismo a los demás. Pensaba en el poco caso que él mismo había prestado a la identificación de las voces cuando hablaban otro idioma; la diferencia era nada más que de tono, alto o bajo y que más allá de esto no había ninguna clase de pronunciación por la que podría distinguir a Jacques de Jules, entre cien oradores, después de haber los oído sólo una vez. Curtis meditaba, en especial, en el asesino. Era un asesino de calidad. No lo ocultaba. Caminó osadamente a la luz de las lámparas, protegido por la débil vista de Hortense y el sonido de otro idioma.

Todos ellos parecieron comprenderlo, pero Hércule era el más aturdido.

—Es evidente... —dijo, y calló—. ¡Dígame, *M. Dooglaz!* ¿Hay alguien que quiera hacerle daño y que se le parezca tanto como para hacerse pasar por usted?

—Mire usted..., no, nadie que yo sepa.

—¿Un pariente? ¿Un hermano, quizá?

—No hay nadie. Tengo un hermano, sí, pero nunca se lo podría confundir conmigo, en ninguna circunstancia. Es más bajo, usa bigote y —dijo Ralph, resumiéndolo con un ligero gesto— usted no lo conoce. Aun si se tratara de un asunto de disfraz... Siga, Hortense. ¿Qué sucedió entonces?

—Él..., usted..., ¡oh, no sé! Fue muy amable. Me llevó a la sala y me habló. Explicó por qué me había enviado en lugar de la doncella de *madame*. Explicó que *madame* era entonces la amiguita de M. de Lautrec, quien era furiosamente celoso y violento. ¡Algo terrible! Se creía que la doncella de *madame* había sido puesta por M. de Lautrec como espía. Pero M. de Lautrec salía de París por el fin de semana, y así era como *madame* podía encontrar tiempo para ver a *M. Dooglaz*.

»Bueno, le pregunté si quería tomar algo de beber y ponerse cómodo. Dijo que no, no por el momento: que estaba obligado a regresar a París...

—¿A regresar a París?

Hortense asintió con la cabeza.

—Eso he dicho. A regresar a París por corto tiempo, por asuntos concernientes a *madame*, pero que volvería a la casa esa misma noche. Dijo que podría demorarse un poco.

Al ver una señal de asentimiento de parte de Hércule, Curtis continuó las averiguaciones.

—¿A qué hora partió?

—Creo que eran alrededor de las nueve y veinte.

—¿Vino y se fue en automóvil?

—¡*Tiens*, no lo sé! —dijo Hortense sorprendida—. No oí ninguno.

—Mientras hablaba con usted, ¿tuvo usted oportunidad de examinar su cara?

—No podía, *monsieur*, sin mis anteojos. Era como una mancha rosada.

—¿Le habló todo el tiempo en inglés? Sí. ¿Y después?

—Y después, *monsieur* —prosiguió Hortense, algo ablandada por las maneras corteses de Curtis—, nada de importancia ocurrió hasta que *madame* llegó, pasadas las once. La oí llegar, su automóvil está ahora en el *garage*, y fui a recibirla. Estaba sola; traía dos maletas y se sorprendió de verme. Dijo: «¡Ah!, ¿*madame* pensaba ser ella misma su doncella durante el fin de semana, eh, puesto que el pobre M. de Lautrec es tan celoso y *madame* no puede confiar en su propia doncella?». Y con sorpresa de mi parte, imagínense, su expresión se oscureció como un carbón. Dijo: «Sí, es muy celoso, ¡maldito sea!; usted no sabe lo que me ha costado este fin de semana. Es gracioso».

—¿Qué quería decir exactamente con eso?

—No sé, *monsieur*. Se negó a hablar sobre ello, excepto para decir que esperaba que M. de Lautrec se divirtiera durante *su* fin de semana.

—¿Pero cómo procedió? ¿Parecía estar deseosa de ver a M. Douglas, por ejemplo?

—¡Ah!, verdaderamente, sí. Mucho, mucho. Estaba de muy buen humor. —Arqueando los brazos sobre sus caderas, Hortense imitaba el paso fanfarrón de los soldados—. ¡Así! Cuando *madame* estaba de buen humor era magnífica. Como una salvaje. Al mismo tiempo, pensé que algo la tenía preocupada. No podía ver todas las líneas de su cara, usted comprende, pero conozco todos sus modos. Por ejemplo, sé que estaba molesta porque M. *Dooglaz* no estaba aquí para recibirla ni llegó pronto, aunque trató de ocultarlo.

—¿Dijo cómo se había comunicado M. Douglas con ella para pedirle que viniera?

—Entendí que le había telefonado.

En ese momento, Ralph, que se apoyaba sobre un pie y luego sobre el otro, interpuso ásperamente:

—¿Por qué deseaba tanto verme?

—¿No lo sabe, *monsieur*? —preguntó Hortense—. Tengo entendido que *monsieur* fue el único que la desechó antes de que ella estuviese dispuesta. Bueno, le mostré este departamento, abrí sus maletas en este cuarto de vestir —lo señaló— mientras que ella se acomodaba en la salita próxima. Guardé su ropa y sus joyas. ¡Dios, que estás en los cielos! —gritó Hortense golpeándose la frente—. ¡Me había olvidado de las joyas! —Antes de que ellos hubiesen podido moverse, se había lanzado al cuarto de vestir, pero pronto regresó resoplando de alivio—. No, todo está en orden. No se han llevado sus joyas como había pensado; están en la cajita, dentro del cajón del tocador. Pero algún desgraciado ha puesto una botella pegajosa encima del precioso tocador de palo de rosa y ha quedado marcado... ¿Sigo con lo de anoche? Sí. Ayudé a *madame* a bañarse y después a ponerse un traje de vestir: no quería recibir a *monsieur*

en *negligé*. Ya era entonces pasada la medianoche y todavía no había llegado *monsieur*. Me dijo que no me necesitaría más y que podía acostarme. ¿Quiéren ver?

Con rápidos pasos volvió hasta la puerta entornada del cuarto de vestir. Las persianas estaban cerradas, pero había suficiente luz para que ellos descubrieran las líneas de una habitación moderna, excepto por el piso, sin alfombrar, de mármol blanco y negro. Había profusión de artículos de tocador sobre la mesa; Curtis veía también el feo círculo que había dejado el fondo de una botella, o el pie de una copa, sobre el pulido palo de rosa, pero no notó ninguna clase de ropa, a no ser un par de chinelas de raso amarillo debajo del tocador. Después de echar un vistazo, Hortense siguió a la salita.

Un aire fresco y agradable entraba por las ventanas laterales, que no tenían cortinas ni persianas. Se abrían sobre un balcón de mármol que formaba una serie de arcos, como una gruta, sombreado por el follaje a través del cual penetraba el sol y de donde partía una escalera exterior de mármol. El cuarto, con recuadros en gris y oro sobre las paredes, estaba amueblado en azul con el lujo romántico del Primer Imperio. La araña de cristal vibraba ligeramente al caminar ellos sobre el piso de madera. En la chimenea había otro reloj, que no funcionaba. Había, además, un gran piano y uno o dos estantes de libros. Cerca de las ventanas que daban al balcón quedaba un espacio libre, con sillas opuestas unas a otras, y dos candelabros de plata puestos de cualquier manera sobre una mesa de arrimo, como a la espera de algo. En la mesa del centro (incongruentemente) se veía otro refrigerador de vinos. Pero no había en él ni botellas ni copas.

—La dejé ahí —explicó simplemente Hortense—. Estas ventanas estaban abiertas como lo están ahora, y doy fe de que era una hermosa noche.

—¿Se acostó usted entonces?

—Inmediatamente no, *monsieur*. Esto me hace recordar —observó—. *Madame* me pidió que le subiera una media botella de *Roederer*. Quizá sepa usted que todas las noches bebía media botella de eso, sin que importara qué otra cosa hubiese bebido, y a veces bebía mucho. Me dijo que pensaba beber mucho más cuando viniera *monsieur*, pero que empezaría entonces con la media botella. Pues estaba enojada..., estaba furiosa; sí, puedo decirlo, a pesar de todas sus sonrisas..., porque *monsieur* no llegaba. Me retiré silenciosamente. No quería que se encolerizara en una noche tan hermosa.

La mención del *champagne Roederer* pareció interesar a Hércule, que tenía ojos de bebedor. Se adelantó a hablar.

—¿De veras? ¿Entonces dónde está esa botella, abuelita? No la veo. Hay botellas en el dormitorio para la cena frugal que pensaban hacer, pero todas son botellas grandes...

Ella se puso irónica.

—¡Conque ésas tenemos! ¿Cómo podría yo saberlo? ¿Usted cree que la verdad sobre la muerte de la pobre *madame* depende de la ausencia de una media botella de

*champagne?*

—De cualquier manera, lo anoto. *Mem: I demibout*, que falta.

Curtis pensó que no era un mal principio del asunto, y tuvo que insistir en esta perspectiva antes de pocos días. Por el momento siguió atacando a Hortense.

—Usted trajo la media botella, entonces. ¿Y después?

—Fue todo. *Madame* también había dado órdenes de que tuviera lista una pequeña cena para cuando regresara *monsieur*, esa cena de que habla el abuelito, pero no debía subirla. Debía dejarla en la mesa de servir, y *monsieur* la subiría cuando quisieran. Bueno, la preparé. Cuando terminé, cerré la casa y me acosté en mi cuartito próximo a la cocina. Era entonces la una menos diez y *monsieur* no había entrado. Me quedé despierta pensando si tendría que hacerlo entrar. A la una y diez llegó por la puerta del fondo. No sé por qué encendí la luz y miré el reloj de mi cuarto. Usted comprende que me asusté terriblemente cuando oí abrir la puerta del fondo, y grité: «*Monsieur Dooglaz, monsieur Dooglaz*» hasta que contestó. Entonces abrí mi puerta y miré dentro de la cocina. Por lo menos pude distinguir el impermeable castaño y el sombrero negro, y la mancha rosada de una cara.

»Le hablé de la cena, que estaba preparada en la mesa de servir. Contestó que sí, que lo sabía. Me dijo que al dar la vuelta a la casa, *madame* lo había llamado desde el balcón de la salita. Dijo —repentinamente Hortense habló en inglés para imitar una cantinela—, dijo: *Ahora duérmase como una chica buena y no nos moleste esta noche, y tendrá otros cien francos.*

»Naturalmente, esto me gustó, usted comprenderá. Cerré la puerta y volví a acostarme. Pero él no subió en seguida, como yo esperaba. Lo oí caminar por la cocina. Pensé: *tiens, ¿qué clase de amante es éste?*». Pero, por supuesto, nunca se sabe con los ingleses. Oí entonces un sonido que no comprendía; era un sonido que siguió por un rato, aunque no fuerte; y pensé que debía de ser el ruido de algo que aguzaban en la piedra de afilar.

«Pensé: “¿Qué estará haciendo, cuando *madame* lo espera arriba?”. Me levanté de la cama muy silenciosamente y entreabrí la puerta —Hortense acercó su pulgar al índice para mostrar cuán pequeña era la rendija— y miré. *Monsieur* me daba la espalda. Tenía en su mano algo oblongo, grisáceo, con un brillo como de aceite. Lo conocí por la rueda de la piedra de afilar. Estaba pasando por la rueda, arriba y abajo, algo que también brillaba.

»Pero, naturalmente, entonces no pensé nada, aunque me sentía impaciente. Creí que estaba afilando un cuchillo para cortar el pollo asado. Pero no llegaba hasta la punta, como se hace con el cuchillo. Lo último que oí de él fue cuando pasó por mi puerta hacia el piso de arriba. Llevaba rodando la mesa de servir, porque oí crujir las ruedas y sonar las fuentes, a medida que la iba empujando.

—¿Qué hora era entonces?

—La una y cuarto —dijo Hortense, que se había vuelto del color de la masilla.

El silencio fue roto por un resoplido de Hércule.

—No, ahora esto va demasiado lejos —dijo corriendo hacia el balcón—. Hay alguien que observa estas ventanas desde allá, entre los árboles.

# CAPÍTULO V

## LA LLEGADA DEL ESPANTAJO

Ellos no sabían lo que Hércule había visto o creído ver. De pie junto a la ventana, Hércule, dando un rugido áspero, sacudió sus gruesos brazos diciendo «¡Sh-ss-t!» como si quisiera echar a un perro. Cuando se aproximaron a él nada se veía.

—Se fue —dijo innecesariamente—. Pero juro que estaba en aquellos árboles.

Curtis pensó preguntarle: «¿Es así cómo intenta usted agarrarlo?». Le pareció que había algo más que preguntar sobre la conducta del sólido Hércule en ese día. Pero ya tenían de su parte a la gendarmería y era mejor no disgustarla.

—¿Quién estaba allí?

—El hombre alto con el viejo abrigo. Lo he visto antes.

—¿Aquel que usted llamó «espantajo»? —Preguntó Douglas—. ¿El hombre que usted ha visto dos veces en el jardín?

—Bebe demasiado, abuelito —dijo Hortense, que parecía sentirse mal pero no perdía terreno—. No hay duda que tiene costumbre de ver espantajos que se pasean.

Él se volvió.

—¡Hola, pequeña! Tanto como tiene usted la costumbre de ver hombres de impermeable en noches hermosas, ¿eh? Es una bonita historia la que nos ha contado pero hay motivos para que estos señores y yo no la creamos. En cuanto a mi espantajo, lo llamó así porque llevaba un sombrero viejo como los que se colocan en los espantajos, y fumaba una pipa. Ahora, respecto a su historia... Dice usted que el hombre estaba afilando una navaja... ¡en una rueda de afilar húmeda! Es evidente que no sabe cómo se afilan las navajas de afeitar...

—Vi lo que vi.

—Además, usted ha oído decir a estos caballeros que *madame* no fue muerta con una navaja de afeitar.

—Así dicen. Entonces, ¿con qué? ¿Ha mirado usted? Quisiera saber si ha hecho algo, excepto hablar de la importancia de la falta de medias botellas de *champagne*! ¿Ha informado de esto a su comisario, como es su obligación hacerla?

Echándole una maligna mirada, Hércule le rozó el hombro al pasar y avanzó pesadamente por la salita, en dirección al dormitorio, mientras ella lo seguía como una esposa regañona. Ralph tocó el brazo de Curtis y se quedaron atrás un momento.

—No puedo soportar mucho más esta tensión —dijo Ralph—. Me disgusta. Por una parte, la mujer tiene razón. ¿Qué piensa usted que preocupa a Hércule? Estoy seguro de que es bastante honrado, y es muy conocido en el distrito. Dígame: ¿qué vamos a hacer ahora?

Curtis hacía anotaciones en el reverso de un sobre.

—¿Usted escuchó las horas que indicó Hortense?

—¿Quiere usted decir la hora en que el misterioso forastero andaba rondando por

aquí?

—Sí. Vino aquí anoche, a las nueve. Partió a las nueve y veinte. Regresó a la una y diez, subió a la una y cuarto. Usted puede probar que estuvo en Fouquet hasta después de las nueve; ¿está bien? ¿Y con respecto a lo ocurrido alrededor de la una? ¿Puede usted probar que estuvo a esa hora en aquel café de Passy?

—Con absoluta seguridad.

—Entonces estamos bien —dijo Curtis, sintiendo que necesitaba un buen trago—. No tiene por qué asustarse de la policía y quizá podamos acallar la publicidad. Si están convencidos de que alguien se ha disfrazado de usted... Sinceramente, ¿no tiene usted idea de quién puede haberlo hecho? Usted ve cómo se presenta. No es cuestión de un disfraz estudiado como en una novela policial, cuando alguien se viste como otro y engaña a su propia mujer. Eso sería fácil. Hortense, sin anteojos, es tan ciega como un murciélago. El criminal se muestra bien para fijar su aspecto en la mente de ella (el disfraz puede ser tan superficial como quiera) y luego le rompe los anteojos. Sin esa coartada, usted se vería en apuros. El plan general del asunto parece bastante simple: pero ¿y los accesorios? Porque hay esa exhibición de un arsenal de armas...

Fueron interrumpidos por un llamado desde el cuarto contiguo, y por el rumor de un altercado. Próximo a la mesa redonda del dormitorio, Hércule, con los guantes puestos, examinaba la navaja. La hoja estaba ahora abierta y le daba vueltas a la luz del sol.

—Hortense —resolvió— ha dicho la verdad por lo menos en una cosa. ¡Vean ahora! Algún tonto ha afilado esto en una piedra aceitada. La ha mellado en parte, asentándola mal, ahí están las rayas. Además, hay mucho aceite en ella. Pero *esto* no fue utilizado para cortar la arteria en el brazo de *madame*. No hay ninguna sangre sobre ella; el asesino no pudo borrar la sangre sin lavar el aceite. —Con cólera cerró la navaja y la dejó. El respeto que Curtis tenía por su inteligencia iba en aumento—. ¿Por qué había de afilarla?, si hemos de creer a Hortense.

—¿Debería usted tocar esto —preguntó Curtis— antes que el comisario...?

—Me ocupo en mis asuntos —dijo el otro con dignidad—. Ahora, esa pistola en el suelo junto a la ventana. ¿La vio usted en las manos del asesino, abuelita?

—No. Nunca la vi.

Hércule la recogió con un gruñido asmático.

—Una pistola automática de fabricación inglesa. Bueno, esto es importante. Completamente cargada, y nadie ha hecho fuego con ella. Bueno, ¿pero dónde está el arma con que fue muerta *madame*?

Curtis lo guió al cuarto de baño. Las cuatro personas se agruparon al borde de la bañera de azulejos negros y miraron dentro. A la vista de la delgada hoja triangular con su puño de plata y sus vetas de manchas pálidas, Hortense retrocedió.

—¡Conozco eso! —declaró—. Esa cosa que está en la bañera. Pertenece a la propia *madame*. Es de Córcega. M. Stanfield, el caballero con quien hablé en *Toller*'s

*Tours*, se la dio como un pequeño obsequio hace tres o cuatro años. Le gustaba y siempre lo llevaba consigo.

Hércule atisbó suspicazmente.

—Un juguete extraordinario, abuelita. De todos modos, lo anoto. ¿Lo traje anoche consigo *madame*?

—Indudablemente. Lo guardé en el cajón del tocador.

—Hay muchas cosas aquí que no comprendo —dijo Hércule impulsivamente después de una larga pausa, mientras observaba el estilete—. *Madame* muere desangrada: bueno. Esa arma se utiliza para cortar su brazo, puesto que hay sangre en él: bueno. —Con gran esfuerzo se agachó y con cautela tocó el fondo de la bañera, todavía húmeda en algunos lugares, con la punta de su dedo enguantado. Alzó el estilete manchado con un ligero sedimento castaño—. *Esto* es sangre, ¿eh? Sí. Estamos de acuerdo en que el asesino la sostuvo aquí o la metió dentro de la bañera, mientras sangraba. Pero ¿cómo pudo persuadirla? *Madame* era una mujer fuerte. Debe de haber sido atacada: gritaría, arañaría, pelearía. No hay señales de lucha. Es posible que la hayan golpeado en la cabeza y atontado.

—Mire esa caja de cartón sobre el lavatorio —dijo Curtis—. Mi amigo cree que son tabletas para dormir.

Hércule tomó la caja y olfateó.

—¿Y bien, abuelita? —preguntó.

—Son tabletas para dormir —convino Hortense—. ¿Pero qué hay con eso? No se puede forzar a *madame* a tomar tabletas para dormir, como tampoco se puede forzarla a sangrar. ¡A fe que no sin lucha!

—Imaginemos, entonces, que *madame* las haya tomado por propia voluntad...

Hortense lo miró con un escepticismo tan fugaz como un rayo.

—¡Es fácil ver que usted está viejo, abuelito! ¿*Madame* se administraría tabletas para dormir la misma noche en que hierve de impaciencia para encontrarse con su amante? ¡Vaya una ocurrencia! Me hace reír.

—No obstante, ¿por qué está entonces la caja ahí, y una copa al lado?...

—¡Por qué, por qué, por qué! Usted me pregunta todo. ¿Por qué hay revólveres y navajas por todas partes y por qué está muerta la pobre *madame*? ¿Por qué ocurren las cosas? No me lo pregunte. Pregúntele a este inglés sucio que nos ha traído todo esto. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Hortense. De pronto sus nervios hicieron crisis y estalló en llanto.

—Escuchen —instó Hércule alzando la mano—. ¡Shs-st! Abuelita, cálese y escuche.

Todos habían oído el ruido. Las puertas estaban abiertas hasta el frente de la casa y también las ventanas de la sala. En el silencio, escucharon el ruido de un automóvil que llegaba a la calzada y daba vuelta por el ala izquierda de la casa.

Ralph caminó aprisa hasta la ventana más próxima. Levantando el pestillo la abrió y salió al balcón, pero retornó con igual rapidez.

—Esto lo echa todo a perder —dijo con calma—. Es Magda.

—¿Qué dice? —preguntó Hércule.

—Tendré que seguir hasta el fin —continuó Ralph sin hacerle caso—. ¿Por qué demonios habrá venido aquí? Si mamá Toller... Esto se pondrá serio... Venga amigo, y présteme ayuda moral. —Se volvió hacia los demás—. Es mi novia. Ustedes comprenden la dificultad en que estoy. Por el amor de Dios, no bajen hasta que haya tenido tiempo de explicar.

Se apresuró a pasar al vestíbulo, con Curtis tras él, y bajó un tramo de escalera hasta la cocina. La puerta del fondo estaba sin llave. Descendiendo algunos escalones se llegaba al sombreado jardín con setos de boj. Un sendero enarenado, entre filas de altos delfinios azules, conducía a una pequeña construcción de mármol, una especie de templete, con pilares y asientos circulares. Ellos no miraban ahora en aquella dirección. Una joven caminaba aprisa por el costado de la casa; al volver la esquina, le dio de lleno la fuerte luz del sol.

Curtis, posiblemente por aquella insinuación de Hunt respecto a una de «nuestras bellezas sensatas», tenía la impresión de que Magda Toller sería alta, imponente y pálida: una rubia. Era el reverso de esto. Magda Toller era pequeña, de cabello oscuro cortado al estilo de Rose Klonec, y a pesar de un cierto aire moderado, distaba mucho de ser lánguida. A primera vista, después de los muchos encantos de Rose, se habría creído a Magda insignificante. Sería a primera vista: después, la mirada volvería sobre ella una y otra vez, hasta encontrar que su atracción no consistía meramente en la belleza de su rostro, o en la de sus ojos castaños y bien arqueadas cejas que le daban un aire distante. Dos hoyuelos señalaban las comisuras de los labios cuando sonreía. Ahora no sonreía. Venía por la esquina de la casa, balanceándose, con las manos metidas en los bolsillos de un abrigo liviano de *tweed*: una red de cintas sujetaba el cabello para que no volara en el automóvil abierto. A pesar de sus maneras tranquilas, estaba en realidad bajo una fuerte tensión nerviosa.

Se detuvo de pronto, parpadeando.

—¡Ralph! —Dijo—. ¿Eres tú? Pero...

—Sí. ¿Qué haces aquí?

—No creí..., es decir, me dijeron que había dificultades... ¿Te hallas en dificultades?

—No. ¿Quién te lo dijo?

—No sé. Alguien por teléfono. Vine tan pronto como pude; tuve que ir a la iglesia con mamá, antes de poder escapar, luego me cambié la ropa y después me tomó horas dar con este maldito lugar.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Mientras tanto, Curtis había dado su segundo o tercer vistazo, con resultados que extrañamente lo deprimían. Empezaba a comprender por qué Douglas podía desechar muchas Rose Klonec por esta modesta joven.

—Así que éste es el lugar —dijo ella observándolo, pero era evidente que tenía

otro pensamiento; de pronto se dio cuenta que su rostro lo demostraba y se sonrojó.

—Me olvidaba —dijo Ralph con cierta prisa—. Debo hacer algunas presentaciones. Mr. Curtis, Miss Toller. Curtis es mi abogado, que acaba de llegar de Londres.

Su sonrojo aumentó al ver a un extraño, y se refugió bajo una expresión cautelosa. Curtis tenía tantos deseos de producir una buena impresión que él también adoptó un aire rígido.

—¿Cómo le va? —dijo Miss Toller.

—¿Cómo le va? —dijo Curtis.

—Mira, Magda: tengo que decírtelo y es mejor que sea pronto. De cierta manera, hay dificultades. Es respecto a Rose Klonec...

—Ya lo veo —dijo Magda—. Por eso está el abogado, y todos podemos hablar francamente para sacarte del lío. ¡Oh, Ralph, qué idiota!, ¿has estado andando otra vez con esa mujerzuela?

—No. Es peor. Está muerta, Magda. Alguien la asesinó... allá arriba. No sabemos quién fue. Curtis y yo encontramos el cuerpo esta mañana y, si no fuera por ciertos acontecimientos afortunados, yo estaría camino de la comisaría con las esposas puestas. No te desmayes, ahora.

—Es tu manera cauta de dar noticias —le dijo después de una pausa—. No me voy a desmayar. ¿Pero no tendremos un sitio para sentarnos?

Siguieron por el sendero enarenado hasta la pequeña construcción de mármol, donde se sentaron y se observaron mutuamente.

—Voy a exponerte mi caso antes de que cualquier otro tenga ocasión de hacerlo, querida —prosiguió Ralph ásperamente—. Ahora dile a la corte, bajo juramento, dónde estaba yo, anoche, de nueve a nueve y veinte.

—No sé..., espera un momento, claro que sé. Estábamos cenando. Dime, ¿fue entonces cuando lo hicieron?

—Cuénteselo, es su deber —dijo Ralph. Encendió un cigarrillo pensativamente, mientras Curtis empezó la historia desde el principio. Hablaba con lentitud y daba tan pocos detalles espeluznantes como era posible, señalando cada hecho en favor de su inocencia. Ella estaba sentada, con los ojos castaños fijados en él, las pestañas apenas se movían y al final casi sonrió.

—Siento haber sido tan grosera con usted hace un rato —dijo ella—. Creo que si alguno puede evitarle trastornos será usted, ¡Ralph, qué idiota eres!

—Al diablo con todo, ¿por qué soy idiota? —gritó el otro, picado—. ¿Qué he hecho? ¿Cómo podía evitarlo? No la maté...

—Ralph, por favor, controla tus palabras. No me interesa si la mataste..., es decir, más bien sí, porque me voy a casar contigo y no quisiera que hubiese precedentes. Quiero decir que eso no es lo principal.

—Conozco lo principal. Cuando hay dudas o dificultades de cualquier clase, me llamas idiota y entonces todo mejora de color.

—Querido, tienes suficiente inteligencia, sino no me gustarías, pero el único inconveniente está en que la clase de inteligencia que tienes no sirve para estos casos. —Vaciló—. Mira, las cosas se enredan en un mal momento. No me sorprendería ver a mamá aquí esta mañana...

Ralph alzó la vista.

—Entonces la fiesta sería completa —dijo—. ¿Por qué habría de venir aquí?

—Porque hubo una pelea anoche, después que me llevaste a casa. No la provocó nada en particular; simplemente se armó. Terminó tomando yo la resolución que tú querías que tomara. Dije «abajo la gratitud» y que estaba pronta a casarme contigo en cuanto lo quisieras. Fue brutal de mi parte; pero los sermones morales en París están tan fuera de lugar que se desbordó la copa. —Se volvió hacia Curtis—. Es mejor que lo sepa, como... este... consejero jurídico. Mire usted, mi padre fue un asesino convicto.

Curtis no fingió haber entendido mal.

—¿Quiere usted decir que Mrs. Toller no es su verdadera madre?

—Eso es. Mi padre fue colgado en Pentonville en 1908, pocos días antes de que yo naciera. Mi madre murió de sobrepeso: parece extraño porque era una prostituta. Fui la criatura sensacional del momento. Mrs. Toller, que entonces era aún más piadosa, me sacó del arroyo. Mi nombre completo es Mary Magdalena Toller..., pecadora arrepentida, como usted sabe. Fui el producto maduro del crimen y del pecado, y desde entonces se me ha hablado mucho de ellos.

Habló sin ninguna afectación, ni siquiera con disimulado desafío. Sencillamente narraba los hechos. Ralph abrió la boca una vez como para protestar, pero se detuvo. Al terminar, ella sonrió de pronto, los hoyuelos de las comisuras de los labios se profundizaron, y sacudió ligeramente su agitado cabello negro.

—Puede decirle, Mr. Curtis, que, probablemente, he tenido más impulsos que nadie hacia el crimen y el pecado. Pero *a pesar de que el doctor Freud* está claramente fastidiado, todavía no he hecho nada. Sin embargo, éste es el inconveniente. Cuando aparezca este lío..., bueno, no quiero decir que me acusarán de estar complicada en el crimen, por lo menos nadie puede confundirme con un hombre alto y rubio que se parece a Ralph. Pero aquellos antecedentes serán desenterrados por alguien..., y con mamá enloquecida.

Ralph se agitó.

—¡Oigan! No había pensado que...

—Yo sí —le dijo ella bruscamente—. Por eso me sentí tan mal. ¿Dónde está tu hermano?

—¿Bryce? ¿Qué tiene que ver Bryce en este asunto?

—¿Dónde está? Se dice que tiene mucha influencia con la policía o con el gobierno, o con ambos. Por supuesto que el crimen no puede ser ocultado; pero si se pudiese evitar que tú y yo salgamos bailando de la mano en los periódicos... Pero ¿por qué no? —Sonrió—. Quizá fuera una buena jugada.

—¡Bryce! —Ralph estaba intrigado—. ¡Influencia con la policía! Es una novedad para mí. —Su expresión daba a entender que Bryce Douglas era la última persona que él podía concebir como teniendo influencia sobre alguien—. Es demasiado... opaco. Que yo sepa, es solamente algo en el *Foreign Office*. Le hablé de él, Curtis; es el hombre que dice y hace exactamente lo correcto en todas las ocasiones.

—Bueno, eso puede ser una recomendación, aun en el *Foreign Office* —dijo Curtis—, y necesitamos por cierto algo así. ¿Qué posición ocupa?

Magda pareció pensativa.

—Quizá sean puras tonterías. Pero nos ha hecho insinuaciones misteriosas a mamá y a mí...

—Está enamorado de ti.

—Bueno, no puedes esperar que me ofenda, querido. De todos modos, es verdad, por cierto, que pasa la mitad de su tiempo entre Londres y París y siempre anda con una cartera y demás, dándose mucha importancia. Con todo, no creo que sirva para gran cosa. La cuestión es si usaría su influencia, suponiendo que la tenga; a no ser que yo se lo pidiese amablemente. ¡Oh, diablos! Digas lo que digas, Ralph, estamos en medio de un espantoso problema y la cuestión es: ¿qué vamos a hacer?

—Quizá —dijo una nueva voz— *pueda yo sugerirles algo*.

Era una voz profunda, algo lenta, ligeramente cordial, que se expresaba en inglés. En el templete donde estaban sentados, los reflejos quebrados del sol brillaban bajo el follaje y se deslizaban sobre el mármol blanco del piso, cruzados por las sombras de los pilares. Otra sombra había caído ahora sobre ellos, una sombra muy larga. Lo primero que notó Curtis fue el humo del peor y más rancio tabaco que hubiese olido jamás; luego las mangas de la chaqueta de pana, gastadas en los codos, del hombre que estaba en el umbral. Era alto, flaco y fibroso, de unos cincuenta y tantos años, y el sombrero no mejoraba su aspecto. Fumaba una pipa. Necesitaba una afeitada. Les dirigió una mirada amable, bajo los párpados fruncidos. Sin embargo, nada habría podido exceder la gravedad con que sacaba la pipa de la boca y levantaba su gastado sombrero.

—Es posible, *Miss Toller*, que pueda servirle —continuó el hombre alto—. Soy propietario en este distrito. Me llamo Bencolin.

# CAPÍTULO VI

## A TRAVÉS DE LAS PERSIANAS

Ningún otro nombre, en Francia, habría sorprendido tanto a Curtis. En lo más profundo de su ser, se sentía impresionado. Pensaba qué habría dicho Grandison Hunt si este aparecido, que fue célebre por su esmero en el vestir, se hubiese presentado en 45 *Southampton Street*. Por otra parte, era posible que Hunt lo hubiese saludado con una copla.

Si éste fuera Henri Bencolin (y cada entonación de la voz, cada gesto le decía que lo era) le faltaban algunas cosas, como la mirada mefistofélica. ¿O no le faltarían? Curtis no estaba muy seguro.

En cuanto al aparecido, al recibir un gesto de asentimiento de Magda, volvió a ponerse gravemente el sombrero y se sentó en el banco de mármol, estirando sus largas piernas cómodamente. A pesar de que necesitaba una afeitada, su bigote y su barba oscura estaban tan recortados que eran como un rastrojo grisáceo. Debajo del sombrero, en medio de un despliegue de arrugas, brillaban los ojos. Hablaba con buen acento norteamericano, fluido hasta impresionar, pero algo pedante; como si primero hubiese pensado una estudiada frase en francés y luego la tradujera con cuidado al inglés.

—¡Dios mío! —Dijo Douglas—. ¿Usted no es *el*...?

—Lo soy —dijo Bencolin—. Puedo agregar que por primera vez en mi vida me siento muy cómodo. *Miss Toller*, le pido disculpas, temo que esta pipa le moleste. La apagaré. —Y lo hizo con un gesto de su vigorosa muñeca, apestando el ambiente—. No es del mejor Virginia, pero lo encuentro bueno para las avispas.

—Está muy bien —repuso sonriente Magda, con los ojos humedecidos a causa de la tos—. Si a usted no le importara un cigarrillo... ¿Qué diablos está usted haciendo aquí?

Curtis comenzaba a comprender que, en cualquier forma que quisiera presentarse, éste era el Bencolin de quien había oído hablar. Era tal la enorme vitalidad del hombre, la sensación de seguridad que comunicaba, que se olvidaron por completo del asunto que tenían entre manos como si hubiesen sido despertados. Bencolin rió entre dientes.

—Soy un terrateniente —dijo—. Por lo menos el término tiene un sonido noble y puedo mostrarles mis tierras, allá en el camino. Paso mi tiempo libre, fuera de la época de caza, leyendo aquellos clásicos, tanto franceses como ingleses, que por un motivo u otro no he podido devorar. Estoy ahora en medio de un poema épico destinado, en especial, a repetir cada verso tres veces. Parece referirse a una familia de indios pieles rojas que viven en un lugar increíblemente llamado *Gitchee-Gumee*. —Quedó pensativo—. Me ven ustedes, entonces, en mi jardín, cenando en paz, con un libro instructivo delante de mí y las malditas avispas alrededor de mi copa de vino.

¡Hola! ¿Quién puede desear algo mejor?

—¿Usted se ha retirado? —preguntó Ralph con tono curioso.

—En cierto modo.

—Porque estaba pensando si no sería usted el «espantajo» de Hércule Renard.

Bencolin se enderezó.

—¿Quisiera usted ponerse a trabajar en seguida? —preguntó con cortesía.

Hubo algo en el modo de decirlo que provocó silencio.

—Me excuso sinceramente, pero he estado observándolos —continuó—. He estado escuchando. Y creo que todavía puedo ser útil. En este momento, Rapet, el comisario del distrito, está en camino para aquí; y un automóvil de la *Sureté* debe de llegar pronto; me pareció mejor llamarlos. Sí, sé todo lo de Rose Klonec. —Miró a Curtis—. ¿Usted es el abogado de Mr. Douglas?

—Sí —dijo Curtis—, y tengo una carta para usted.

De su bolsillo interior extrajo el sobre con la escritura pequeña y cuidadosa de Hunt. Los ojos de Bencolin se contrajeron al abrir la carta, pero no había leído mucho antes de que su expresión se volviere divertida, por no decir aliviada.

—Esto —dijo— cambia por completo la naturaleza del asunto. Venga, ¡es magnífico! —Se levantó—. Mr. Curtis, ¿puedo decirle una palabra en privado? ¿Nos disculpan por un momento?

Curtis caminó lentamente por el sendero enarenado al lado de Bencolin, que iba con paso largo y un poco pesado; había empezado a llenar otra vez su pipa maloliente. Una débil observación llegó hasta ellos desde el templete, cuando daban la vuelta de la casa: «Así que ése es el vejete».

—Soy el vejete —dijo Bencolin—. Me siento halagado de que Mr. Douglas no haya empleado un término más fuerte. Deme la mano, amigo. Cualquier socio de aquel viejo malvado de Hunt, que después de Jeff Marle es el mejor amigo que tengo en Inglaterra, es bienvenido y confío en él. Ahora lea esto.

Le tendió la carta que decía:

«Estimado Henri:

»El portador de ésta, mi socio Mr. Richard Curtis le explicará cuanto sea necesario sobre los asuntos de un cliente nuestro, Mr. Ralph Douglas, que se ha visto enredado con una mujer llamada Rose Klonec. Como un favor, quisiera pedirle que averigüe, por sus propios medios, lo que queda de esta mujer: nos será útil. No me es posible verificar aquí lo que escribo, por esto no arriesgaré errores dando instrucciones a Mr. Curtis sobre el punto; pero viene a mi memoria que una mujer de este nombre fue empleada —hace unos cinco o seis años— por Masset en la policía secreta de ustedes. ¿Recuerda aquel asunto del diputado de Provenza? Si es la misma mujer, ¿en qué anda?

»Trate de que Dick lo pase bien; es un buen muchacho, y ahora demostrará si tiene suficiente buena pasta para sobrellevar las agitaciones de la vida de un abogado

inglés. ¿Se acuerda de la condesa albanesa?

»Le pido que quemé esta carta. *No* es un comunicado oficial».

Curtis alzó la vista para encontrarse con Bencolin, que fumaba con placidez.

—¿Policía secreta...? —repitió Curtis.

—Bueno, por supuesto que no es sino un aspecto secundario. Masset a veces la ha empleado. Amigo mío, no debe imaginarse siniestras conspiraciones de espías para hacer volar el *Quai D'Orsay* o iniciar otra guerra. Cuando digo policía secreta, hablo de algo mucho más casero y práctico, aunque un poco menos romántico. Permítame expresar así la situación. Habrá una reunión de gabinete o quizá una reunión de una comisión de gabinete. El tema de la discusión será si el franco debe ser devaluado o inflado; en qué astillero se construirán los seis nuevos cruceros y por quién; además, si la Exposición Internacional se realizará en 1937 o en 1938, asuntos todos en que está interesada la bolsa. La resolución del gabinete no será conocida hasta doce o veinticuatro horas después de tomada. Si durante este tiempo, una o aún media docena de personas supieran la decisión por anticipado: si, en resumen, hubiese un informante para pasar el dato...

—Se harían fortunas.

—Y habría una magnífica explosión después, cuando se conociera al cuentero —dijo Bencolin—. Hemos sufrido demasiado con esta clase de cosas. Nuestro parisiense ve traición y pide en seguida la cabeza de todos. Cae el gobierno, y el desfile de las camisas rojas se asemeja a una revista de *Follies Bergères*. Es preciso pararlo.

En la calzada, más allá de la casa, había un automóvil azul, modelo *sport*, presumiblemente de Magda. Bencolin se sentó en el estribo y frunció el ceño.

—No lo voy a preocupar con política —continuó—. Es de desear que la política no tenga mucho que ver en este caso pues promete ser un lindo y estimulante rompecabezas, un noble desafío para los inteligentes. ¡A la carga! —Sonrió el antiguo *judge d'instruction*, arrastrando las erres con un largo ronquido y restregándose las manos de regocijo—. Para ser franco, estoy un poco cansado de *Gitchee- Gumee*. Sin embargo, debo decirle esto. Suena muy mal lo del chismoso del gabinete, se supone que es el secretario privado de un ministro que no necesitamos mencionar, pero el secretario se llama Louis de Lautrec.

Curtis silbó.

—¿Se refiere usted al hombre con quien estaba viviendo Rose Klonec? Comprendo. ¿Entonces la policía secreta la envió a De Lautrec para descubrirlo?

—En este caso, no. Una mujer que necesita casi un año para descubrir algo de su amante sería inútil para la policía secreta o para cualquier otra. No; estuvo al servicio de Masset solamente durante una semana o dos. Tengo entendido, amigo mío, que en Inglaterra el gobierno no tiende esta clase de trampas.

—Es dudoso.

—Es práctico —dijo Bencolin sencillamente—. Yo mismo estuve en el asunto por casualidad. Como sutilmente adivinó Mr. Douglas, soy el «espantajo» de Hércule Renard. Hércule me conoce, aunque no con esta ropa, y no me atreví a confiar en él. Conversa demasiado en el despacho de bebidas del barrio. ¡Mire lo que ha ocurrido ahora! Hace quince días, M. Masset, el jefe de la policía secreta, vino a verme cuando estaba cómodamente sentado en mi jardín: leyendo un libro instructivo sobre Don Quijote. Los bigotes de M. Masset colgaban exactamente como los de Don Quijote. No buscaba consejo. Sólo deseaba beber una copa de vino en amable compañía y proferir prolongados graznidos referentes a sus calamidades. Entre ellas estaba el asunto De Lautrec. Me interesó, puesto que Mme. Klonec había vivido antes en esta casa.

»Y luego..., bueno, fui arrastrado a ello a pesar mío. ¿Ha pensado usted por qué permití a Hércule Renard que me viera con tanta claridad? Me vi obligado a llamarle la atención sobre mí. De otra manera, podría haber visto a alguien que estaba allí además de mí; alguien a quien también le interesaba la casa. Dos veces observé allí un intruso. Una vez (permítame que esté seguro de estas fechas), una vez en la noche del viernes 12 de mayo: hace cuatro días. Otra vez en la madrugada del viernes 14 de mayo: antenoche.

Curtis ordenaba las fechas en su mente. Recordaba, además, lo que Ralph Douglas le había dicho aquella mañana. El viernes 14 de mayo Ralph había ido allí para mirar la casa y ver si estaba en buenas condiciones, después que De Lautrec había ofrecido comprarla. (¿Por qué, pensándolo bien, había hecho De Lautrec ese misterioso ofrecimiento?). Ese mismo viernes Ralph descubrió que la luz y el agua funcionaban, que la cama había sido tendida en el cuarto de Rose Klonec y que había seis inexplicables medias botellas de *champagne Roederer* en la heladera.

Curtis sintió la mirada de Bencolin fija en él.

—¿Usted estaba pensando? —insinuó Bencolin suavemente.

—No mucho. Nada sé del miércoles, pero el hombre que usted vio el viernes puede no haber sido un «intruso». Mr. Douglas, en persona, vino aquí el viernes.

—¡Ah! ¿A qué hora?

—Por la mañana.

Bencolin sacudió la cabeza.

—No, esto fue por la noche. Además, por una razón que indicaré, estoy seguro de que no era Mr. Ralph Douglas.

»Ordenemos ahora los días. El miércoles, para empezar. Vi al intruso cuando volvía de Boissy con provisiones para mi modesta casa de campo; lo descubrí porque se trepaba a la pared. Lo vi encima de la pared, a la débil luz de la luna. Llevaba al brazo una gran canasta cubierta. Vestía un impermeable castaño y sombrero negro.

—¿El mismo traje que llevaba el asesino anoche, según Hortense?

—El mismo.

—¿Usted no vio su cara?

—Puede pasar mucho tiempo —dijo Bencolin con tono raro— antes de que veamos su cara. Bueno, dejé mi carruaje... (sí, amigo mío, es un caballo y un carruaje, y sin luces) a alguna distancia a lo largo del camino, y volví para investigar. Por desgracia, en ese momento Hércule regresaba a casa desde el despacho de bebidas, con su panza bamboleándose sobre la bicicleta y endemoniadamente investigador con su linterna sorda. Me vi obligado a retirarme a casa a leer un libro instructivo.

»Sin embargo, estaba intrigado. El intruso no parecía un ladrón y llevaba consigo un canasto lleno. Durante dos noches consecutivas vigilé aquella casa desde el seto opuesto, meditando sobre la belleza del campo y ahuyentando las avispas con mi pipa. El viernes por la noche apareció otro visitante, pero no era el mismo. Esta persona era más baja y tenía distinto aspecto que el hombre del impermeable. Abrió el candado del portón con una llave. Tampoco creo que fuera el propietario, Ralph Douglas; yo había visto a Douglas varias veces, a distancia, cuando Rose Klonec vivía en la casa.

»Ésta era, pues, la situación. La casa está vacía: *madame* Rose, ahora espía de la policía, se ha ido a vivir con De Lautrec. El miércoles por la noche un hombre de impermeable y sombrero negro trepa a la pared con un canasto lleno en el brazo; el viernes por la noche, otro hombre abre el portón y entra. Todas estas cosas pueden no tener alguna relación. Probablemente no la tendrán. Me interesaron y seguí al hombre a través del portón abierto.

»Dio la vuelta, caminando despacio, por el lado izquierdo de la casa, y corriendo por la calzada donde estamos ahora, hacia el fondo. La casa estaba con las persianas cerradas pero se podía ver luz en la cocina. ¿Así que además había otra persona allí esa noche? Cuando el hombre que yo seguía vio la luz, retrocedió. Luego se fue acercando a las ventanas del fondo de la cocina, con cierta cautela e intentó mirar a través de las ranuras de las persianas. Ver bien a través de tales persianas (mi experiencia policial podía habersele dicho) es casi imposible. Pero algo vio, y por un movimiento de su espalda vi que no le agradó o no lo comprendió. En ese momento la luz de la cocina fue apagada. Mi hombre saltó de la ventana. Durante dos minutos ambos permanecimos muy quietos.

»¡Ah, bueno! Usted puede comprender ahora el grado de mí curiosidad. Después de varios años de inactividad, yo volvía a ser el mismo. Había sentido olor a pólvora. Sospechaba que había una emboscada. Me sentía mejor, gracias. Por lo tanto le di alcance y le puse la mano sobre el hombro. No me gusta el mozo pero hay que ser justo: aún con ese toque inesperado, no se le movió un pelo. Esto puede ser debido a las enseñanzas del *Foreign Office*. Era Mr. Bryce Douglas.

—¿Bryce Douglas?

Bencolin estaba sentado en el estribo, y al recostarse contra el automóvil azul, se le fue un poco atrás su estropeado sombrero. Curtis, observándolo, podía verle las muchas arrugas que rodeaban sus bolsudos ojos oscuros cuando sonreía y también los

tendones del cuello cuando reía; ahora su figura grande demostraba inquietud; contrajo el mentón para una solemne disertación.

—Bryce Douglas, sí. No necesita ponerse tan desconfiado, amigo mío. Conocía al hombre y conocía sus actividades: ha estado cooperando con Masset en el asunto De Lautrec...

—Entonces, después de todo, ¿tiene influencia con la policía?

Bencolin se encogió de hombros.

—Con el gobierno, si usted prefiere. Es diferente, como puede informarle, con cierta irreverencia, cualquier viejo brigadier de la *Sureté*. Nuestro amigo Bryce actuaba como oficial de enlace, bajo cuerda, entre el *Quai d'Orsay* y *Whitehall*. Hay motivos para creer que parte del dinero utilizado para sobornar a De Lautrec proviene de Inglaterra.

»En todo caso, allí estaba... notablemente bien vestido, con una flor en el ojal y una cartera. Conozco esa cartera. Es un símbolo. Había pensado encontrarse allí con Rose Klonec y obtener un informe sobre De Lautrec. Es lo que admitió; y *madame* Rose había elegido la *Villa Marbre*. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué *madame* tiene tanto afecto por la *Villa Marbre* y cómo coincide con otras determinadas actividades?

Vaciló entre cerrando los ojos.

—Además, ¿qué vio cuando miró por la ventana? —preguntó Curtis—. ¿A Rose Klonec?

—No —dijo Bencolin—. Vio a un hombre con impermeable castaño y sombrero negro.

Esta figura se estaba volviendo una obsesión.

—¿Haciendo qué?

—Nada que pudiese tener importancia a primera vista. El hombre parecía estar manipulando con lo que Bryce describió como muchas botellas de *champagne*. Era imposible verlo con claridad, incluso la cara del hombre. Las botellas que parecía sacar de la heladera o poner en ella, se identificaban por su forma y color. Luego se apagó la luz de la cocina; desgraciadamente, nuestro caballero del *Foreign Office* volvió la espalda. La situación era... hem... casera. Él creyó que debía ser su hermano Ralph, que proveía la despensa para una fiesta nocturna. No deseaba entrar en la casa en esas circunstancias y se alejó del lugar. No se le ocurrió pensar que podía estar haciendo solo Ralph Douglas en una casa oscura, con las persianas cerradas, en el bosque de Marly, jugando con botellas de *champagne*. Admito que tampoco encuentro yo a primera vista la explicación.

—Un momento, señor —dijo repentinamente Curtis. Ese «señor» se le deslizó inadvertidamente. Lo lamentó, pero estaba demasiado acostumbrado a ser respetuoso en Curtis, Hunt, D'Arcy y Curtis, y algo había en Bencolin que lo obligaba a serlo—. ¿Usted sabe por qué estoy aquí?

—Para proteger los intereses de su cliente, naturalmente.

—Sí, eso es. ¿Por qué había de pensar Bryce Douglas que era su hermano a quien

veía en la cocina? ¿Qué le hizo pensar así?

—¿Por qué pensó así Hortense, la noche siguiente?

—Hortense está casi ciega.

—Intente mirar a través de aquellas persianas, amigo mío, y será también casi tan ciego. No me comprenda mal —continuó Bencolin con calma—, no estoy tratando de hacer un proceso contra Ralph Douglas. ¡Escúcheme! He oído la narración muy clara de todo el asunto que usted ha hecho a *Miss Toller*, allí en el templo. Y le digo tanto como esto: si su coartada es buena, como presumo que lo es..., pues si no sirviera no sería tan necio como para tomar de testigos a los conductores de taxímetros que llenan un café..., no existe riesgo alguno de ser sospechado. —Castañeteó los dedos—. ¿Está usted satisfecho?

La suavidad de la explicación fue estropeada porque al final Bencolin se rascó la barba con el caño de su pipa y lanzó, a su acompañante, una mirada burlesca. Curtis tuvo la sensación de que lo pesaban y medían. En consecuencia, no estaba seguro de si podía confiar o desconfiar, si agradaba desagradaba.

—¡Por el amor de Dios, Jeff...! —continuó el otro—. Discúlpeme. Me recuerda usted a un amigo mío fiel pero porfiado. ¡Por el amor de Dios, Mr. Curtis!, permítame verme libre en mis años de decadencia de la creencia popular de que yo nunca hago o digo nada sin segunda intención. Mi amigo, el barón von Arnheim, me dijo durante un pequeño encuentro que tuvimos en el Rin: «Me gustaría que alguna vez usted hiciera una broma sin otro motivo que la misma broma; que fuese al teatro sin otro motivo que ver la pieza». Petrone Galent cantó una tonada semejante. Bueno, estoy cansado de jugar al hombre del espantajo para atemorizar al bajo mundo de París. Soy provinciano, *voyons*. Solamente quiero ver la representación... ¿Está usted conmigo?

—Sí, nada me importa, estoy con usted.

—Bien. Y ahora consideremos la representación.

Calló por un momento, mirando hacia lo alto de los álamos.

—El hombre enigmático de abrigo castaño y sombrero negro fue visto en tres ocasiones. El miércoles por la noche lo vi yo llevando un canasto lleno. El viernes por la noche lo vio Bryce Douglas haciendo algo con botellas de *champagne*. El sábado por la noche, la del asesinato, lo vio Hortense Grey... afilando una navaja. ¿Existe alguna relación entre esas cosas?

—Por cierto que yo no veo ninguna —dijo Curtis lúgubrememente—; tampoco comprendo por qué el cuarto está sembrado de tantas armas. El asunto del *champagne* aflora otra vez. Hortense dijo que anoche sirvió a Rose Klonec una media botella de *Roederer*, pero ahora falta la botella. Nada parece tener sentido.

—Venga, seguramente las cosas no son tan malas como parecen. Está claro que el...

Los interrumpió el ruido de varios automóviles cuyos frenos chillaron al virar rápidamente para entrar por los portones ahora abiertos de la Villa.

—Debe de ser Durrand y su banda de la *Sureté*. Les telefoneé desde mi propia casa. No me sorprendería en absoluto si, por el momento, se me invitara a dirigir el asunto; en cuyo caso, amigo Richard, tendrá usted la oportunidad de ver nuestra forma de trabajar. Reúnase con sus amigos en el pequeño templete. Estaré con ustedes dentro de un momento.

## CAPÍTULO VII

### LA BOTELLA DE *CHAMPAGNE* EXTRAVIADA

Curtis encontró a Ralph y a Magda con el mismo aire concentrado, fumando cigarrillos en el templete.

—¡Caramba, que ha tardado! —se quejó el primero—. ¿Qué perspectivas hay?

—Parecen muy buenas. Colijo que el mismo Bencolin se va a hacer cargo del asunto. La policía está aquí. No pierda valor, estarán aquí dentro de un momento.

—¡Caramba! —Dijo Magda de pronto— miren quién está con ellos.

El espacio libre, a los fondos de la casa, era ahora un enjambre de gente. En medio de ellos, Bencolin saludaba a un hombre corpulento, de sombrero gacho, con aspecto siniestro. Otra persona se había apartado del grupo y caminaba vacilante por el sendero, en dirección al templete. Era un hombre de mediana edad, de los llamados bien conservados, mostraba una figura delgada, bien vestido en su indumentaria mañanera. El porte era recatado, pero mantenía la cabeza echada un poco hacia atrás como si siempre mirara a alguno en los ojos. Tenía una de esas caras anchas, arrugadas, ligeramente inclinadas, que atraen la atención. Un pequeño bigote gris, apenas perfilado, prestaba un curioso toque de dandismo a un evidente oficinista y hombre de hogar.

—Es George Stanfield —dijo Magda arrojando el cigarrillo—, el administrador de la oficina de mamá en París. Estuvo en la iglesia con nosotros, esta mañana.

Calló, pues Stanfield estaba al alcance del oído.

Él vaciló, luego se quitó la galera de felpa y mostró que era tan calvo como un nabo. En el umbral del templete vaciló de nuevo y, esforzándose, consiguió articular lo siguiente:

—Por Dios, no sé qué decir.

—Me alegro de que alguien se sienta así —dijo Ralph—. ¿Nos quedaremos en eso?

Stanfield lo miró fijamente con frialdad y Ralph Douglas, con un gesto de su mandíbula, le prestó atención. Luego Stanfield se sentó con aire tranquilo.

—¿Comprende usted, Magda, que ha ofendido profundamente a su madre?

—¿La he ofendido? Ocurre algo más importante.

—¿El asesinato? Sí, lo sé. He venido en uno de los coches policiales. —Dejó esto a un lado. A pesar de su aire tranquilo, lo agitaban mil inquietudes—. Está usted frente a un serio escándalo, Magda. Mi experiencia me dice que en Francia cualquiera puede ser sobornado, pero me temo que esto haya ido demasiado lejos. No tenía idea... esta mañana... en la iglesia... que usted y su madre... habían tenido disgustos anoche... —De nuevo calló—. Magda, su madre está seriamente enferma.

—Conozco ese juego —dijo Magda, recostándose contra el banco y cerrando los ojos—. Así que lo han mandado a buscarme, ¿no es así?

—No exactamente. Me pareció que Bryce tenía obligación de venir, pero su madre insistió en que él se quedara y... la atendiera a ella. Además, hubo otro asunto imprudente. —Algo como una sonrisa, tan sombreada como el bigote, iluminó su cara al tiempo que los inquietos ojos celestes vagaban y estudiaban—. Después que usted salió esta mañana, Bryce y yo fuimos llamados. Fue tanto mejor. Su madre fue lo bastante aturdida para telefonar a la policía y sembrar una alarma general por usted. Esto nos hubiese llevado por el camino del escándalo, ¡puedo decírselo! Tuve que sofocarlo. Naturalmente, en nuestra oficina tenemos muchos tratos con la policía. Fui a la prefectura y vi a Bourdeau. Me dijo que el informe acababa de entrar sobre... —Stanfield señaló la casa con la cabeza—. ¿Quién es este caballero?

Curtis fue presentado.

—Sí, eso fue sensato —dijo Stanfield ásperamente mirando a Ralph—. Bueno, joven, se ha metido usted en este lío, y lo menos que puede hacer, decentemente, es apartar a Magda de él. No es asunto mío, no voy a sermonear, conozco demasiado el mundo para hacer sermones, ¿pero por qué tenía usted que matarla?

Curtis interpuso.

—No necesitamos discutirlo ahora. Mr. Douglas no la mató. Hablaremos de ello a su debido tiempo.

Stanfield cruzó las manos sobre las rodillas.

—Como usted quiera —convino secamente—, pero me pareció que sería mejor poner todas las cartas sobre el tapete para darnos cuenta con qué tenemos que vernos, puesto que supongo que tendremos que defenderlo, por lo menos para que se salve de la guillotina. Tendrá mucho que explicar, como aquella pelea de la que hizo un año en marzo último.

—¿De qué pelea hizo un año —dijo Magda— en marzo último? No le permitas que te hable como un tío viejo, Ralph; es solamente el intérprete de mamá. Habla y contéstale.

—Lo siento —dijo Stanfield después de una pausa—. Por un lado, creo que es verdad. —Un cierto rasgo de buena índole era evidente en sus preocupaciones. Permaneció mirando el piso—. Dios sabe que todo el mundo parece estar en contra de usted, Douglas. Pero, si usted puede comprenderlos, existen motivos. Hace veintitrés años que estoy en esta ciudad, ganándome el pan y formando una familia como se debe en Surbiton. Cuando los vemos a ustedes, jóvenes calaveras que vienen aquí nada más que a gastar su dinero y a evocar al diablo, y considerar esto como una especie de niebla imaginaria donde los valores no cuentan, nos sentimos disgustados. Las cosas que parecen hermosas y extravagantes a su edad, a la nuestra son solamente tontas.

—De cualquier modo —dijo Magda tranquilamente—, ¿cuál fue la pelea? No me lo dijiste, Ralph.

—No creí que debía hacerlo. No fue ningún secreto; salió en los periódicos del día.

—¿Sí?

Ralph se encogió de hombros.

—Bueno. Fue en uno de esos clubs nocturnos donde hay números de *music-hall* en el piso del *cabaret*. En un número se trataba de arrojar cuchillos; la dirección anunció que si el que arrojaba el cuchillo erraba el tablero, la gente de las mesas lo recibiría en el ojo. Por alguna razón esto lo hizo popular. —Caviló—. Rose y yo estábamos allí con un grupo. La mesa con los cuchillos del hombre fue empujada casi al lado de la nuestra. Rose se acercó y tomó uno de los cuchillos para mirarlo. Estaba en su sano juicio, pero excitada. Agarré su brazo e intenté que lo dejara... y recibí un tajo en la mandíbula. No era profundo y no dejó cicatriz; fue un accidente, pero fue un lío.

Magda Toller lo miró con curiosidad.

—¿Eso es todo?

—Es absolutamente todo —declaró Ralph—. Pregunta a cualquiera. Pregunta a De Lautrec, por ejemplo; él estaba allí. Quiero decir, éstos son los *hechos*. La versión que circuló fue muy diferente. Se armó un alboroto. Se dijo también que agarré a Rose y le dije que, si volvía a hacerla, le estropearía la cara con un cuchillo y veríamos si le gustaba. Ahora, eso no es sólo mentira, es sencillamente idiota. Si fuera sinvergüenza le hubiera pegado, aunque lo dudo. Pero jamás se me ocurriría, a mí, ni a nadie que conozca, pensar en usar acero. No es natural pensar eso. Si uno se encuentra en peligro, utiliza los puños. Y eso es todo lo que he...

—¡Shss-s-st! —advirtió Magda.

Bencolin y el hombre corpulento de sombrero gacho se acercaban por el sendero, el último hablaba animosamente. Pasó la puerta del templo, se quitó por cortesía el sombrero y habló a través de su bigote.

—*Messieurs et mesdames!* No se molesten ustedes, por favor. Soy el inspector Durrand, coadjutor del jefe de la *Sureté*. Éste es M. Bencolin, a cargo de la investigación. M. Bencolin pide a M. Richard Curtis, que descubrió el cuerpo, que nos acompañe a la casa.

—¿Por qué no podemos ir todos? —preguntó Magda Toller.

Hasta el inspector Durrand se sorprendió. Ralph y Stanfield se volvieron hacia ella. «Habría sido difícil» —pensó Curtis— «describir la expresión de ella en ese momento: no había crueldad y tampoco morbidez, sino más bien una atracción medio culpable».

—Sin lugar a duda —dijo Bencolin cordialmente—, estaré encantado, *Miss* Toller. Ahora, Durrand, ¡vamos!

—Pero es imposible —refunfuñó el inspector.

—Completamente imposible —asintió Stanfield en un francés de corrido e inexpresivo como si dictara—. *Mademoiselle* no sabe lo que dice. No. Lo prohíbo.

—«Prohíbo» —dijo Bencolin criticando— es una palabra que terminantemente no me agrada. Usted es M. Stanfield, me ha dicho Durrand. ¿Quiere adelantarse

conmigo? Tengo que preguntarle algo.

Magda caminó desafiante, entre Ralph y Curtis, Cuando el pequeño grupo se dispersó.

—Quería ver el cuerpo —dijo por lo bajo respondiendo a una pregunta muda de Ralph—. ¿Estuvo muy mal de mi parte, querido?

—¿Comprendes que este hombre sólo quiere ponernos a todos bajo el microscopio para estudiarnos?

—Bueno, yo no la maté y tú tampoco. ¿De qué tenemos que preocuparnos, entonces? Ahora que he echado la capa al toro, quiero hacer y ver todo lo que pueda. He dicho que no seré el orgullo y la alegría de Mrs. Benedict Toller y que mi gratitud es cosa pasada. Así que quiero sacar todo el provecho. Querido, te sorprenderías de lo mala que soy.

No obstante, cuando entraron al dormitorio donde yacía Rose Klonec, vaciló a pesar suyo. Las cortinas habían sido completamente descorridas y el cuarto resplandecía: las paredes rojo oscuro daban luces aún más sombrías, la chimenea de mármol negro parecía de mal gusto y, más allá de la cama, se notaba ostensiblemente la comida sin tocar, junto a la mesa redonda. La habitación estaba ahora llena de gente extraña que trabajaba, incluso un hombre gordo con sombrero de copa que examinaba el cuerpo. Bencolin habló exactamente como un orador.

—Éstos son algunos de mis colaboradores. El Dr. Benet, médico forense. El Dr. Mabusse, director del laboratorio técnico de la policía. M. Grangier, su ayudante. El trabajo de los otros dos lo comprenden ustedes. Han oído hablar mucho de impresiones digitales, ¿pero las han visto descifrar? ¿Ven ustedes esas marcas rojizas en las superficies claras?... en las dos copas de *champagne*, por ejemplo, junto al refrigerador de vino, sobre la mesita de servir. El polvo que utilizan es minio. Para las superficies oscuras, como el mango de aquella navaja sobre la mesa redonda, el polvo es carbonato de plomo que reproduce la impresión en blanco. Me parece que en Inglaterra es costumbre usar un «polvo gris», mezcla de mercurio y tiza, y grafito en polvo. Luego se fotografían las impresiones con aparatos *Leica*; como usted ve, no hacen falta fogonazos. El trabajo del médico forense es a veces menos agradable. Sugeriría, Dr. Benet, que quitara las sábanas.

El médico refunfuñó.

—¿Hay algún informe, Dr. Benet?

El médico de sombrero de copa sacó el reloj y lo estudió con aire concentrado.

—¡Ah! Ella murió no hace más de doce horas ni menos de diez. Permitan una tolerancia. Ahora pasa de la una. Digamos que murió entre la una y las tres de la mañana.

—¿Y el arma?

—Fue aquel estilete de la bañera, sin ninguna duda. La herida presenta un desgarramiento producido al sacar el estilete del antebrazo, y dentro ha quedado la punta que se rompió. Es una herida terrible, muy profunda. Sin embargo, hay aquí

otras cosas que no me gustan; no son naturales...

Bencolin miró a sus cuatro acompañantes.

—Vengan conmigo. Examinaremos estas habitaciones por turno, empezando por la salita.

Magda, Ralph, Stanfield y Curtis lo siguieron a través del cuarto de vestir, atrás iba el inspector Durrand, tropezando. En la salita encontraron a Hortense y a Hércule, la primera cruzada de brazos y el último malhumorado. Algo desinflado al reconocer a Bencolin, Hércule comenzó a dar explicaciones, pero Durrand lo interrumpió.

Durante un largo tiempo Bencolin permaneció inmóvil, mirando alrededor. A no ser por el susurro de las hojas afuera, en el balcón, reinaba un gran silencio en aquella habitación de recuadros grises y araña de cristal. Bencolin miró hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Miró hacia el refrigerador de vinos, vacío sobre la mesa, en medio del cuarto. Miró hacia el espacio despejado próximo a las ventanas abiertas, de donde parecían que se habían retirado muebles. Finalmente dio la vuelta a la mesa, sus pasos sonaban fuertes en el piso sin alfombra, mientras lanzaba una mirada hacia afuera. De allí pasó a la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Estaba cerrada, con la llave del lado interior.

—*Mademoiselle* Frey! —*Monsieur*?

—Repita su historia, todo lo que yo he dicho a estos caballeros —dijo Bencolin dándose vuelta. Aunque todavía desafiante, Hortense por primera vez estaba un poco asustada. Otra vez hizo el relato igual que antes; él no la interrumpió pero, dominándola con su altura, los penetrantes ojos oscuros permanecieron fijos con calma en la cara de ella.

—Bien, es suficientemente claro. Ahora, esa carta que usted recibió el sábado por la mañana que se presume era de Mr. Douglas, diciéndole que viniera aquí..., démela por favor. Vamos, ¡démela! Gracias. La cuidaré bien. Tengo entendido que usted llevó esta carta a Mr. Stanfield, aquí presente —en ese momento Hortense lanzó una mirada desconfiada a Stanfield, que estaba impasible— para que se la tradujera debidamente. Pero volveremos sobre esto. Comenzaremos con la llegada a esta casa del extraño visitante que se presentó como Mr. Douglas, a las nueve en punto de anoche. Nos ha dicho usted que llevaba puesto un impermeable castaño y sombrero blando negro. ¿Qué más usaba?

—No sé, *monsieur*.

—Piense un momento. Cuando el hombre tropezó y golpeó su nariz, usted le ayudaba a quitarse el abrigo. ¿Qué usaba debajo de él?

—Le digo, *monsieur*, ¡que no sé! Fue entonces cuando cayeron mis anteojos y, además, no se quitó el impermeable. Si solamente simuló tropezar —dijo Hortense evidentemente con frío enojo por la pérdida de sus anteojos— le digo que fue, muy, muy gráfico. ¡Ah, espere! ¡Recuerdo! Recuerdo sus pantalones. Llevaba lo que se llama *Oxford bags*, en Inglaterra. Ésa es otra razón...

—¿Otra razón para que usted supiera que era inglés? A eso veníamos. Usted dice

que siempre se habló en inglés. ¿Está segura de que era su propio idioma, o pudo haber sido un francés que hablaba inglés? ¿Conoce usted bastante el idioma para estar segura?

Hortense pestañeó y pareció dudar.

—Quizá no, *monsieur*. Pero por cierto que lo pensé. Además, me nombró muchas veces y no pronunció «Hortense» como lo haría un francés.

—Usted dice que si sólo simuló tropezar, lo hizo muy naturalmente. ¿Por qué cree esto?

—Porque oí resbalar su talón en el piso encerado y casi tuve que agarrarlo.

—Muy bien. Lo dejaremos por el momento y continuaremos con la llegada de Mme. Klonec. Usted nos dice que llegó un poco después de las once; que la condujo arriba, a estos cuartos, con sus maletas, que se las abrió y que después la ayudó a bañarse y a vestirse. Cuando tomó su baño, ¿cuántas toallas de baño se utilizaron?

(¡Qué diablos...! —refunfuñó Ralph por lo bajo).

—¿Toallas de baño, *monsieur*? —Repitió Hortense como si jamás hubiese oído la palabra—. Pues dos. Una para secar a *madame* y otra para que pusiera sus pies.

—¿Qué hizo usted con ellas después?

—Las arrojé al canasto en el dormitorio. *Monsieur*, ¿por qué...?

Bencolin castañeteó los dedos en dirección al inspector Durrand quien asintió con la cabeza y salió. Regresó al momento.

—Hay ahora tres toallas de baño en el canasto —informó Durrand—. Dos están todavía un poco húmedas. La tercera está seca, pero manchada de sangre.

—Continuemos, Hortense. —Bencolin habló distraídamente, con el ceño fruncido bajo el arruinado sombrero—. Luego, cuando se vistió, ¿qué se puso?

—Un vestido de noche, negro y plateado, con medias y zapatos negros.

—¿Dónde está ahora el vestido?

—Está colgado en el guardarropa del cuarto de vestir; lo observé cuando pasamos esta mañana por esa habitación.

Con la misma expresión ceñuda y abstraída, Bencolin entró en el cuarto de vestir. Abrió la puerta del guardarropa y encontró numerosos vestidos colgados cuidadosamente y uno negro y plateado en el extremo. Un *négligé* de encaje color de durazno estaba colgado al otro lado. Abajo se veían varios pares de zapatos y las medias dobladas en la tabla inferior.

—¡Al diablo! —dijo.

De allí pasó al tocador. Curtis, de pie en el umbral de la puerta, veía su imagen en el espejo. Echó una mirada al pote abierto de *cold cream* cuya tapa estaba sobre la mesa próxima. Movié la sillita ubicada delante del tocador, para mirar debajo y más allá. Finalmente, examinó la puerta del cuarto de vestir que daba al vestíbulo, también cerrada con llave del lado de adentro. Volvióse sacudiendo la cabeza.

—Dígame, Hortense. ¿*Madame* era persona limpia, limpia y ordenada?

—Extremadamente, *monsieur*.

—¡Hum! Ahora voy a hacerle una pregunta que deseo que estudie con cuidado, pues necesitamos una respuesta exacta, si queremos eliminar lo fantástico de este caso. Usted fue la doncella de *madame* durante mucho tiempo. ¿Puede usted decirme, de acuerdo con los indicios que ve usted aquí, si es seguro (sin la menor duda, recuérdelo), que *madame* debió de desnudarse sola, o si pudo haberlo sido por el asesino después de muerta?

Hortense lanzó un grito de júbilo.

—Pensamos toda clase de cosas, ¿no es así? ¡Discúlpeme, *monsieur*! Se lo diré. Es seguro que *madame* se desvistió sola. No es posible haber sido la doncella de *madame* durante años, como usted dice, sin conocer las pequeñas costumbres, las pequeñas (¿qué quiero decir?) manías. ¡Vea! Ahí están las medias que usó anoche. Tenía una manera especial de doblar las medias que no he observado en nadie, así. Ahí está el vestido que usó. En la percha, siempre lo colocaba un poquito a la izquierda, así, porque uno de los hombros de *madame* era un poquito más alto que el otro. Tenía otras costumbres que le conozco. No, *monsieur*: no importa lo que piense, es seguro que *madame* se desvistió sola.

—¿Podría usted jurarlo ante la corte?

—Lo juraría en cualquier parte, *monsieur*.

Cualquiera que fuese su pensamiento, Bencolin pareció aliviado.

—En ese caso, volvamos al momento en que usted la dejó anoche, en este cuarto, vestida con su traje negro y plateado... Le dijo que le subiera allí una media botella de *champagne Roederer*. Después que usted lo hubo hecho, ¿le dijo que preparara, en la cocina, una cena frugal, que Mr. Douglas subiría cuando él llegara, y que luego podía acostarse? Bien. ¿La casa está bien provista de *champagne*?

Hortense pareció dudar.

—No sé qué llama *monsieur* bien provista. Había varias botellas paradas en la heladera y no acostadas en la bodega, como deberían estar. —Su tono implicaba una cierta práctica en las costumbres de las botellas—. Había tres botellas grandes de Pommery dulce y creo que dos o tres botellas de *Mumm* seco; pero solamente una media botella del *Roederer* que a *madame* le gustaba. Lo sé. Yo la traje.

—¿La media botella que ahora falta?

—Así dicen. Por lo menos no la veo ahora aquí. La subí en el refrigerador de vinos que está ahora sobre la mesa.

Ralph, preocupado, se aclaró la garganta para llamar la atención.

—¡Espere un momento! —interrumpió—. No sé si tendrá importancia, pero si Hortense dice la verdad, ha habido cambios en esa heladera durante las últimas cuarenta y ocho horas. Estuve aquí el viernes por la mañana. Había entonces seis medias botellas de *Roederer*, ¿recuerda que se lo dije, Curtis?... y nada más.

—*Bien amable monsieur* —dijo Hortense maliciosamente—. Por supuesto que miento otra vez.

Bencolin le hizo señas de que callara.

—Le aseguro, pequeña, que si no le creyéramos no tendríamos absolutamente motivo para continuar nuestro trabajo. ¡Ahora! Usted trajo la botella aquí, después de lo cual tenía órdenes de preparar la cena y luego acostarse. ¿En qué cuarto había pensado cenar *madame*?

—¿Monsieur?

—¿Dije que en qué cuarto había pensado *madame* que ellos cenarían?

—¿Tiene alguna importancia?

—Es de la mayor importancia. Le pregunto: ¿Es verdad que no pensaban hacerla en el dormitorio y que la mesa debía haber sido traída aquí? Éste es el lugar natural, próximo a las ventanas abiertas sobre el balcón. Alguien ha despejado un espacio, frente a las ventanas, donde debía ponerse la mesa. Esos dos candelabros, colocados juntos en aquella mesita cerca de la ventana, donde no corresponden, son candelabros para una mesa de comer... Escúcheme, Hortense. Usted está ocultando informes por el puro placer de ocultarlos. Le gusta que le arranquen las cosas como si fueran dientes. Le aconsejo que sea una chica buena o si no dejaré mis cortesías y la llevaré a puntapiés desde aquí hasta el Palacio de Justicia. Debían cenar en este cuarto: ¿sí o no?

—¡Sí, sí, sí, sí! —chilló Hortense—. Por lo menos fue lo que *madame* dijo. ¡Ah, me gustaría tener un hermano! No intenté hacer daño. Solamente yo...

—¿A qué hora dejó aquí a *madame*, anoche?

—A las doce y cuarto.

—¿Por qué puerta salió de esta habitación? ¿Por el cuarto de vestir o por la puerta del vestíbulo?

—Por la puerta del vestíbulo, ésa. —La señaló mientras con los dedos de la otra mano se secaba subrepticamente los ojos.

—¿Echó ella la llave después que usted salió? —insistió Bencolin.

—No.

—¿Pero observa usted que ahora está con llave? ¿También la puerta del cuarto de vestir que da al vestíbulo está con llave?

—Como lo dice *monsieur*, no lo observé.

Bencolin lanzó un profundo suspiro. Por un breve tiempo miró fijamente por las ventanas, hacia el balcón de mármol y la pequeña escalera a su extremo. Mientras se rascaba la cabeza por debajo del sombrero viejo, tenía aún más aspecto de espantajo; pero al volverse, cuando mostró su pipa, la mirada parecía satisfecha.

—Inspector Durrand..., amigos —declaró componiéndose estruendosa y prolongadamente la garganta como si fuera a iniciar un discurso—. Tenemos aquí excelentes ejemplos de cosas que quizá no signifiquen lo que aparentan. Todos los espejos devuelven reflejos deformados. Todas las acciones naturales terminan deformadas. Me gusta. Pero prefiero proceder cuanto antes a reconstruir lo ocurrido aquí anoche, porque sino jamás tendremos ninguna idea para encontrar al asesino. Sin embargo, parece que la verdad dependería de lo que una persona consideró como

muy tonto..., la falta de una media botella de *champagne*.

»El viernes por la mañana había seis medias botellas de *Roederer* en la heladera. El viernes por la noche el hombre de abrigo castaño y sombrero negro viene a la casa y es visto, a través de la ventana de la cocina, entregándose a una misteriosa prestidigitación con botellas de *champagne*. (¡Ah!, abre usted los ojos, Mr. Douglas, no había oído esto, ¿no es cierto?). Bueno, el sábado por la noche había tres botellas grandes de *Pommery* y dos o tres de *Mumm*, pero solamente una de la clase que Rose Klonec invariablemente bebía. Curioso, ¿eh? Parece como si alguno quisiera hacerle beber esa botella en especial; como si alguno la indujera a hacerla, como un brujo induce a tomar una carta...

Castañeteaba abstraídamente los dedos como si hablara consigo mismo pero Curtis comprendió que, en realidad, hablaba con ellos. Magda Toller aceptó el desafío a pesar del «¡Chist!» de Stanfield.

—¿Por qué sería así? —Preguntó Magda con compostura—. No fue envenenada, ¿no es cierto? ¿Qué más podía haber en aquella botella?

—¿Y si fuera una tableta para dormir? —dijo Bencolin.

Hubo un silencio.

—Ustedes mismos han podido observar —continuó— que es imposible sostener a una persona dentro, o por encima, de una bañera hasta que se muera desangrada... sin una gritería, sin lucha, sin disturbio alguno... a no ser que esa persona esté golpeada o narcotizada. Consideren ahora la posición del asesino. No se atreve, no puede enfrentarse con Rose Klonec; ella está esperando a Ralph Douglas, pero el asesino no es Mr. Douglas. Engañará a una mujer medio ciega como Hortense que nunca lo ha visto, pero con seguridad no engañará a Rose Klonec. Por lo tanto, tiene que asegurarse que ella esté narcotizada antes de que él llegue. Esto explica su demora en llegar. He notado que por esta hilera de ventanas abiertas —las señaló—, un observador, desde aquellos árboles situados enfrente, puede obtener una buena vista de lo que ocurre en este cuarto. Ella estaba sentada aquí, con su botella. Él la vio beberla. Esperó hasta saberse seguro y entonces entró por la puerta del fondo.

Hubo otra pausa. Ralph y Curtis se miraron y el primero golpeó el puño contra la palma de la mano.

—¡Creo que lo acertó! —dijo agitadamente—. Jamás lo pensé: claro que no se iba a atrever a encontrarse cara a cara con ella. Y no lo hizo, por eso se mantuvo alejado durante toda la noche. El *champagne* tenía gotas narcóticas u otro ingrediente...

Bencolin lo miró.

—¿Lo cree usted? —dijo dudando—. Por mi parte lo encuentro casi increíble.

—Pero usted dijo...

—Bueno, confieso que me encanta oírme hablar. Por el momento veo muchas poderosas objeciones a esa teoría. Primero, introducir una droga en una botella lacrada de *champagne*, y hacerla sin ser descubierto, sería casi imposible. Segundo,

¿por qué el asesino habría de *robar* después la botella y el corcho? Aun en el caso improbable de que quisiera ocultar que ella había tragado una droga, ¿por qué no enjuagar sencillamente la botella y dejarla? ¿Qué intención hay en suprimir tan peligroso recuerdo? Esa botella se está haciendo cada vez más enigmática. Tercero, no hay droga bastante poderosa para atacar, sin aviso, sobre todo en una *bebida* que se toma tan lentamente como el *champagne*. Ella habría sentido que le ocurría algo extraño, habría tocado la campanilla para llamar a Hortense y hubiera luchado. Pero ustedes han observado la manera cuidadosa y pausada como se ha desvestido.

»Cuarto, tenemos el comportamiento del *propio* asesino. Si espera encontrarla en coma, a su llegada, ¿por qué se toma la molestia de subir una pesada mesa de servir con comida para dos? ¿Y en cuanto a la botella de vino abierta en el otro cuarto, con dos copas, ambas usadas? ¿Y en cuanto a todos los demás adminículos que trajo consigo? Es lo único que sabemos. Buscamos al hombre de abrigo castaño, y urgentemente. Hay mucho por hacer y no podemos especular hasta que sepamos el resultado de la autopsia. Por el momento, vacilo entre dos hipótesis. Por una parte, no puedo creer completamente la teoría de una droga dentro de una botella de *champagne* y, por la otra, parece imposible que, en algún momento, por algún motivo, se haya dado una droga a Rose Klonec...

—*Monsieur*... —dijo Hortense.

—Hay algo en su expresión, pequeña, que... Los ojos de la mujer se desviaron un poco.

—Es posible que hace un rato haya hablado inadvertidamente. Puesto que usted se preocupa tanto por una droga, es posible que *madame* haya tomado ella misma, de la cajita, algunas tabletas para *dormir*.

## CAPÍTULO VIII

### CON RESPECTO A UN RELOJ ELÉCTRICO

El dormitorio había sido ahora despejado y el cuerpo llevado en un cesto de mimbre. Quedaba solamente el Dr. Mabusse, jefe del laboratorio técnico de la policía; de pie, junto a la chimenea sobre la que había un gran estuche de cuero negro, examinaba un fajo de apuntes. Hombre melancólico, de boca grande y con un esbozo de bigote a los lados, Mabusse sonrió al entrar Bencolin.

—¡Ah!, lo estaba esperando —dijo. De la chimenea tomó la cajita de cartón que había encontrado en el cuarto de baño—. Su pongo que las necesitará... Le dijo Benet, hace un momento, que no le gustaban algunas cosas en ese cuerpo y a mí tampoco... Para empezar, la pequeña congestión de la retina.

—¡Qué cínico! —Dijo Bencolin frunciendo el ceño y haciendo sonar la caja—. ¿Qué son estas cosas?

—Podría adivinarlo. Puedo darle ahora un análisis positivo, si usted prefiere, aunque más bien esperaría hasta ir al laboratorio.

—Bueno, bueno, ¿Hércule?

Inflado de cólera, Hércule balbuceaba detrás de él.

—*M. le juge*, permítame que llame a estos caballeros como testigos míos. ¡Le dirán que no lo hice tan mal! ¡Escuche! Yo deduje lo mismo que usted sobre esas tabletas: *madame* misma debe de haber tomado unas. Pero la abuelita aquí presente —y miró lentamente a Hortense—, la abuelita aquí presente, en aquel momento prefirió jurar que *madame* Klonec no había tomado ninguna tableta y que tampoco las tomaría. Impaciente, sintiéndose superior e importante dijo que «¿se administrada *madame* tabletas para dormir la misma noche en que hierve de impaciencia para encontrarse con su amante?». ¡Pregúntele a estos caballeros! Ahora le conviene jurar algo muy diferente.

—¿Por qué no? —dijo Hortense fríamente—. ¿Por qué no, abuelito? No sabía entonces lo que ahora sé. No había mirado entonces dentro de la caja, como lo hice después... cuando usted me daba sus viejas espaldas, abuelito.

—¿Y bien? —dijo Bencolin.

—Bueno, faltan tres tabletas de la caja. Todavía no sé por qué *madame* había de tomarlas: *madame* debe de haber estado loca. Pero lo habrá hecho puesto que estaban allí anoche. ¡Les digo que lo sé! Deshice las maletas. Encontré esa cajita y la puse en el cajón de la derecha del tocador. Me advirtieron que no ocultara nada, ¡ahí tienen! Y conté las tabletas porque pensé si podría..., sabe usted..., tomar una prestada. Pero había doce y sabía que *madame* lo notada si lo hacía. Ahora hay nueve. —Se cruzó de brazos.

—¿Tres tabletas era la dosis de costumbre?

—No, acostumbraba tomar solamente dos. Pero a veces ha tomado tres.

—Eso es todo —dijo Bencolin conteniéndose. Hizo señas a dos hombres sin uniforme que estaban en el vestíbulo a la puerta del dormitorio, y sacaron a empujones a una Hortense que seguía protestando. Luego Bencolin se sonrió: la noticia parecía levantarle enormemente el espíritu.

Mabusse extrajo del gran estuche de cuero una lámpara de alcohol, un pequeño tubo de ensayo y unas pinzas delgadas. Disolvió una tableta en alcohol dentro del tubo de ensayo y agregó diez gotas de una botellita que tenía un fuerte olor a amoníaco. Luego lo sostuvo sobre la lámpara cuya llama se movía como hechizada, en azul y amarillo, por la brisa que penetraba dentro de la habitación. Curtis se sorprendió por la brillantez de la llama, sobre la chimenea, hasta que comprendió que debía de ser ya tarde, por las sombras que había en el cuarto.

—Ahora lo tenemos —comentó Mabusse—. El amoníaco no es el mejor álcali, pero sirve. ¿Ve usted esas gotas transparentes y blancas en el borde del tubo? Huélalo. Es cloroformo. La base de la tableta es cloral; calculo que unos veinte granos por cada tableta. ¿Está usted satisfecho? Si es así, termino el trabajo. La dama eligió un fuerte sedativo.

Bencolin silbaba entre dientes.

—Sí, lo sé. Así que tragó sesenta granos, si hemos de creer a Hortense. Sin embargo, ¿no era...?

—¡Oh, no!; no la mataría, si eso quiere usted decir. Por otra parte, no la dejaría en perfectas condiciones para una noche de amor, lo aseguro. ¡Lo siento, *mademoiselle!* —dijo Mabusse a Magda con una alegre falta de excusa en su voz. Se dio un golpecito en la ceñuda frente—. Pero es mejor saber estas cosas, ¿eh? ¡Ja-ja-ja! Estoy de acuerdo con Hortense, no comprendo por qué lo haría. Ahora, conozco una *poule* en Neuilly...

Magda le sonrió formándosele unos hoyuelos profundos en las mejillas y, en ese momento, repentinamente se cortó la tensión que pesaba sobre ellos desde que habían entrado en esas habitaciones.

—Maldito sea su atrevimiento —dijo Ralph en inglés.

—Calma, muchacho —dijo Stanfield, interviniendo en la conversación con igual prontitud. Hablaba en un tono fácil y superficial, como si estuviera detrás de un escritorio, dando consejos, y continuó en inglés—: M. Bencolin, le estamos todos muy agradecidos. Le debemos una tarde extraordinaria, viéndolo a usted trabajar. Ha sido muy instructivo, pero admitirá que las circunstancias pudieron ser más felices. Conozco a varias personas del departamento de policía o asociadas a él: Bordeau, el prefecto, Célestin, el procurador general, son buenos amigos, y sé que no les gustaría si este severo e irregular interrogatorio se llevara muy lejos. Nos comprendemos, me parece. En consecuencia, si no tiene inconveniente, haremos... —De pronto calló—. ¿Puedo preguntarle de dónde sacó esas cosas?

La voz de Stanfield continuaba pareja pero, al observarlo, la boca parecía adquirir una curva más grande y más flácida. Después de vagar por el cuarto, Bencolin se

había sentado ahora a los pies de la cama, de frente al otro. Por primera vez Stanfield notó que Bencolin tenía la pistola automática calibre 22 en una mano, y en la otra, el estilete con puño de plata. Jugeteaba con ellos. Curtis tenía la sensación de que algo se cernía alrededor del grupo, algo extraño y siniestro. Pensó que probablemente estaría equivocado, pero no podía librarse de la idea. Era como si el impasible inspector Durrand se hubiese acercado, lo mismo que el melancólico Mabusse, y aún Bencolin se hubiese vuelto tan extraño que no podría asociarse con Grandison Hunt.

Bencolin hizo girar el estilete en el aire y lo golpeó de plano contra la palma de la mano.

—Mi buen amigo —dijo—, no hay ningún pensamiento de severo interrogatorio. Un coche está a su disposición y está usted libre de regresar a París cuando lo desee. ¿Quisiera ir ahora?

—Pensaba solamente...

—¿Reconoce usted alguna de estas armas, creo? ¿O ambas?

Stanfield rió ligeramente. Cubría su rostro aquella expresión, no tan honda como despreciativa, ni tan ligera como tolerante, que es muchos años más vieja que Waterloo.

—Ciertamente creo haber visto ese cuchillo antes. Le di uno a *madame* Klonec hace varios años. Es el recuerdo de una excursión a Córcega. Lo guardaba en mi escritorio para abrir las cartas, y ella lo admiraba tanto que yo...

—¿La conocía usted mucho?

—Profesionalmente sí.

—Quisiera preguntarle esto con gran delicadeza, amigo mío. ¿Su profesión o la de ella?

—La mía —dijo Stanfield secamente. Alisó el esbozo de bigote gris, y su cara tenía la misma expresión de frío buen humor—. No objeto estas insinuaciones porque sé que siempre es costumbre buscar a la mujer. Pero soy hombre de hogar, Mr. Bencolin, con cuatro hijos bochincheros que mantener, y dejo semejantes tonterías para los hombres más jóvenes. No, Mrs. Klonec era simplemente una buena clienta. Viajaba mucho, hacía todas sus reservas de viajes por nuestro intermedio y yo siempre atendía personalmente sus deseos. El obsequio del estilete fue una bagatela...

—Comprendo. Usted dice que se lo dio «hace varios años» como si hablara de un episodio de su perdida y airada juventud. ¿Cuándo se lo dio, con exactitud?

—¡Oh!, hace tres o cuatro años, no recuerdo.

—¿Ella lo apreciaba suficientemente para llevarlo consigo hasta para venir a esta casa un fin de semana?

Stanfield pareció pensativo.

—No, eso no va. Estoy enterado de que ella lo llevaba consigo dondequiera que fuera. Lo usaba como..., bueno, protección, como algunas mujeres viajan con una pequeña pistola como la que usted tiene ahí. Incidentalmente, no podía soportar la

vista de armas de fuego. Decía que no sería capaz de hacer fuego para salvar su vida. Pero le gustaba el acero, la fascinaba por algún motivo. Habrá oído usted hablar del incidente ocurrido en un club nocturno, cuando interrumpió la actuación del hombre que arrojaba cuchillos para mirar uno de ellos, y suscitó una pelea con Douglas, aquí presente. No: la presencia del cuchillo, en esta ocasión, ni siquiera significa que ella esperaba alguna clase de dificultad. Era simplemente una protección contra ladrones inexistentes y formaba parte de sus avíos de viaje como los cepillos y los peines.

Bencolin, sentado inmóvil, era una aparición de espalda encorvada. Dos veces hizo girar el estilete antes de hablar.

—¿Había impresiones digitales en esta cosa? —preguntó a Mabusse.

—Sí. Y bien claras en el puño, las de la mujer muerta; de nadie más.

—En el puño, eso es muy interesante. ¿En ninguna otra parte había impresiones digitales?

—No. La única cosa... —vaciló—. Le diré luego: lo mismo hay en el mango de la pistola. Otra cosa: el asesino no usó guantes, pero agarró el estilete con la toalla. Hay hilazas de toalla, con un poco de sangre, espolvoreadas por toda la hoja. Las he guardado como de costumbre.

—¿Misterios? —inquirió Stanfield plazeramente después de una pausa—. Así que sobre el estilete había impresiones digitales de la mujer muerta y de nadie más. Hay una solución que satisfará a todos. ¿Piensa usted que puede haberse cortado su propia arteria y matarse ella misma?

—Y luego meterse en cama. No, eso es dudoso —dijo Bencolin—. Sin embargo, les llamo la atención sobre el hecho de que cuando Hortense abrió anoche las pertenencias de *madame*, Hortense *dice* que puso el estilete en el cajón del tocador. Continuemos con nuestro interrogatorio, Mr. Stanfield, sobre Hortense. Ayer por la mañana, sábado, Hortense Frey le llevó una carta para ser traducida. Esta carta.

De su bolsillo extrajo la esquila escrita a máquina firmada «Ralph Douglas».

—Sí.

—¿Insiste todavía usted en que no conocía íntimamente a Rose Klonec, excepto en horas de trabajo en *Tollers Tours*?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿no le pareció extraño que su doncella, su doncella personal de tiempos anteriores, no relacionada con ella ahora, viniera a usted con una carta referente a un asunto privado tan delicado? Hortense sabe suficiente inglés para entender de qué trataba la carta. Tendría cuidado de usar discreción puesto que esperaba volver a conseguir su antiguo trabajo. Debe de tener otras amistades, especialmente mujeres de su misma ocupación, con perfecto conocimiento del inglés. ¿Por qué habría de venir a usted?

—Mejor es preguntárselo a Hortense. Yo no puedo decirlo. Sin embargo, usted se sorprendería de las dificultades que la gente trae a una agencia de turismo.

—¿El contenido de la carta lo molestó?

—Bueno, me incomodó, naturalmente —replicó Stanfield con acritud—. Según los comentarios generales y la larga historia que Hortense le ha referido en el otro cuarto, colijo que este «hombre de impermeable castaño» no era Douglas de ningún modo; la carta fue una falsificación. Estoy contento por *Miss Toller* y aún por él, a pesar de que va a causar bastantes disgustos, cualquier cosa que ocurra. Pero en aquel momento no había motivo para dudar de la autenticidad de la carta, y cuando me enteré de que Douglas volvía a este asunto, después de su compromiso con *Miss Toller*, yo...

—Entonces —dijo Bencolin con calma— era natural que usted mencionara el asunto a su amiga y patrona, Mrs. Benedict Toller, ¿eh?

Hubo una pausa. Curtis tuvo la sensación de que Stanfield había metido un pie en la trampa sin tiempo suficiente para retirarlo antes de que se cerrara. Stanfield se puso tieso.

—No lo hice —replicó secamente—. Es todo lo que tengo que decir.

—Como usted quiera. Hice mi pregunta porque alcancé a oír algo cuando fui bastante desconsiderado para escuchar, en el templete, la conversación entre *Miss Toller*, Mr. Douglas y Mr. Curtis. Ayer por la mañana Hortense le llevó la carta para traducirla. Ayer por la noche, *Miss Toller* cortó con su familia y anunció su intención de casarse con Mr. Douglas en seguida, después de una gran pelea que tuvo con su madre. Las grandes peleas caseras siempre tienen una causa: aun cuando esté oculta. No puedo pensar en una causa mejor que *esta* noticia. —Movié la carta y luego la arrojé sobre la cama—. ¿Tal vez quiera usted decirnos, *Miss Toller*, si su mamá lo sabía? Si así fuera, ¿se lo mencionó?

La amabilidad de Bencolin no era supuesta. Él y la joven tenían el mismo chispazo endiablado que les daba un parecido, evidente desde el principio por la manera de tratarse entre ellos. Ahora Magda Toller no estaba cómoda: los ojos castaños tenían una dura luminosidad como de tirantez, no los apartaba del rostro de Bencolin. Cuando alargó una mano para alisar su oscuro cabello corto, bien estirado debajo de la red de cintas, el gesto era cauteloso, pero consiguió sonreír y controlar las manos.

—No —dijo ella—. Aunque mamá mencionó muchas cosas, nada dijo de esto.

—¿Se lo dijo Mr. Stanfield?

—No.

—Supongamos que alguien se lo hubiese dicho, *Miss Toller*, ¿qué hubiese hecho usted?

—Aclararía el asunto con Ralph —contestó con prontitud, y luego reflexionó—. O no, ¡espere un momento! Si tuviese motivo para creer algo así, me habría prendido de él como una sanguijuela, toda la noche si fuera necesario, para asegurarme bien de que no estaba obrando solapadamente con otra. Pero salí a cenar con él anoche y no tenía motivo para pensarlo. Si alguien me lo hubiese dicho, sería lo primero que hubiese hecho. Después habría... —Calló—. Lo que usted verdaderamente quiere

preguntarme es si la habría matado.

Bencolin extendió las manos en gesto magnánimo.

—Bueno —continuó ella—, sinceramente, no lo hice. No soy el hombre de impermeable castaño, aunque caminara en zancos y tuviese voz de barítono como Ralph. —Hizo una imitación desde lo más profundo de la garganta—. Pero ése no es el asunto. En ningún caso creo que la habría matado. No sé cómo suponen que actúan las mujeres francesas por celos, aunque sospecho que no son tan salvajes como nos gusta creerlo, por sí o por no. En cuanto a matar la...

—¿Por qué no? —preguntó Bencolin.

De pronto ella pescó su mueca sonriente que alteraba toda la expresión de la cara y cedió.

—¡Oh, condenado sea! Está bien: no vale la pena. He visto a esta Rose Klonec y, para decirlo vulgarmente, no me parece que fuera para tanto.

—Miss Toller es muy joven —explicó Stanfield.

—Es muy natural —dijo Bencolin con acritud—. Con su permiso, Mr. Stanfield, me agrada.

—Tiene usted mi permiso, M. Bencolin.

Ambos se saludaron con cierta seriedad; luego una sonrisa volvió a aparecer entre los bigotes y la barba recortada de Bencolin y rápidamente se puso de pie.

—El severo interrogatorio, como usted lo llama, ha terminado —anunció—. Me parece que es todo cuanto tengo que decirles por el momento. Debo examinar todos los objetos de esta habitación, con la ayuda técnica del Dr. Mabusse, y no los molestaré con ello ahora. Es mejor que regresen a París: es decir Miss Toller y Mr. Stanfield. —Castañeteó los dedos en dirección al hombre no uniformado que estaba en la puerta y luego hizo un curioso gesto de abrir y cerrar la mano—. Todavía hay dificultades reservadas para usted, Mr. Douglas. Estará, como sabe, bajo observación policial por algunas horas. Debe ir ante el comisario del distrito, luego a París ante el juez de instrucción y el actuario de la corte del distrito. Usted está expuesto a un duro interrogatorio...

Miró a Ralph, que simplemente asintió con la cabeza.

—... Pero si su coartada puede comprobarse, no habrá ninguna dificultad. Mr. Curtis, por supuesto, puede ir con usted como consejero, y el juez de instrucción le advertirá si surge una cuestión legal francesa. Ahora permítame que lo acompañe abajo.

(—Es un viejito cortés —susurró Magda en voz baja).

—Lo soy —dijo Bencolin—. Además, se está haciendo tarde. Es... —Miró al inútil reloj de mármol sobre la chimenea e hizo una pausa—. Es fácil olvidarse de cómo pasa el tiempo aquí. Otro reloj que no anda. Hay uno en la salita de este departamento y he observado otro abajo. —Continuó con el tema al descender—. A veces debe de ser una friolera de incómodo. Dígame, Mr. Douglas, ¿no hay en la casa ningún reloj que ande?

—Éstas deben ser las tácticas que lo hacen famoso —dijo Ralph lúgubrememente, echándole una rápida mirada—. Culpe a los vendedores de antigüedades y no a mí. Son todas piezas de museo. Pero hay un reloj eléctrico en la cocina.

—¿En qué lugar de la cocina?

—Sobre la heladera. Se conecta con la misma ficha de la heladera..., ahí.

Bencolin había abierto de un empujón la puerta de la cocina de azulejos blancos, donde la llorosa Hortense era consolada por un hombre corpulento de sombrero hongo. En la pared del fondo, entre la ventana y la puerta de atrás, había una heladera alta y sobre ella un reloj, en caja de vidrio, que marchaba afanoso, cuyas agujas señalaban entonces las tres y veinte. Bencolin pidió la hora al hombre del sombrero hongo, que se levantó orgullosamente para decir que era M. Rapet, el comisario, y que su reloj también marcaba las tres y veinte. Curtis pronto observó que Bencolin, después de examinar el reloj, había puesto su atención en otra cosa. Como a un pie a la derecha de la heladera, sobre la llave de luz próxima a la puerta de atrás, se veía un pequeñísimo bulto. Un alfiler de dibujo con cabeza blanca había sido hundido muy hondo dentro de la pared de yeso, arriba de los azulejos blancos.

—Hortense —continuó Bencolin—, ¿es éste el reloj en que ha basado todas las horas de sus declaraciones?

—¿Eh? ¿Aquél? Sí, *monsieur*.

—Creí que había dicho que el reloj que usted utilizaba estaba en su dormitorio, fuera de la cocina...

—También es verdad, *monsieur* —replicó Hortense—. Cuando me acosté, tomé el reloj, lo llevé a mi dormitorio y lo conecté con la ficha de la pared. No necesita pensar que hay algo malo con el reloj, ¡no! Cuando llegué, lo arreglé por el de la iglesia, y le juro que después lo habré mirado cada quince minutos del día y de la noche, pues, como usted ve, cada minuto esperaba yo a alguien.

—En tal caso, no necesitamos preocuparnos de ello por el momento. ¡*M. le Commissaire, Inspecteur Durrand!* Hortense y estos dos caballeros los acompañarán. Les deseo buenos días, buena suerte y buen *champagne*.

Al darse vuelta había desprendido, de atrás de la heladera, un trozo de cordón negro o cuerda de unas diez pulgadas de largo, y ahora tenía el extremo envuelto alrededor del dedo. Lo hacía girar afablemente. A pesar de que estrechó la mano, tanto a Curtis como a Douglas, el primero vio un cierto tirón en su mandíbula curtida, una cierta expresión en sus ojos. Y lo que Curtis sintió, en la cocina iluminada por el sol, en medio de cosas prosaicas, era un malestar repentino, como una punzada que podía ser de temor.

# CAPÍTULO IX

## LA SEGUNDA COARTADA

A las nueve de la noche, en lo alto de los Campos Elíseos, dos hombres sentados a una mesa en la terraza de un café tomaban coñac después de cenar. Eran Richard Curtis y el ahora no tan impecable Bryce Douglas.

Curtis estaba cansado pero no tanto como Ralph Douglas, que había salido a cenar tranquilamente con Magda, después de haber sido puesto en libertad «sin afectar su honor», como dijo el magistrado que lo interrogó. El consuelo de Curtis era que no se había desempeñado tan mal en su primer caso: posiblemente podía haberse distinguido más pero, en su opinión, se había desempeñado bastante bien. Como resultado de un llamado telefónico de Londres, Hunt le había dicho que manejara él todo el asunto porque Hunt no podía alejarse y D'Arcy, el experto en leyes francesas, estaba entonces en América. Aunque no era demasiado difícil, los procedimientos eran diferentes y perjudiciales para el acusado. Principalmente, había que olvidar la ley y no perder la cabeza.

Las activas redes de la *Sûreté* escudriñaban a cada testigo, casi tan pronto como se lo mencionaba; Curtis se sintió conmovido de admiración. Pasó la revista. Dos mozos de Fouquet que conocían a Ralph Douglas y a Magda Toller atestiguaron su presencia en el restaurante desde las ocho y media hasta las nueve y cuarto. Seis distintos parroquianos del despacho de bebidas *El hombre que fue ciego, de la rue Beethoven* en Passy (incluso el propietario) declararon que este joven caballero había estado bebiendo allí, más o menos desde las diez y cincuenta y cinco hasta las tres y cuarto. Y Hortense no vacilaba en su seguridad respecto a las horas.

Por insistencia de Curtis (para impedir cualquier maniobra de una posible trampa), el reloj eléctrico de la *Villa Marbre* fue traído de Boissy a París y examinado por un joyero del laboratorio especial, en presencia del juez de instrucción, con preguntas apremiantes de Curtis.

¿Era exacto el reloj? *Sí*. ¿Tenía alguna falla o había alguna señal cualquiera de que había sido tocado el mecanismo? *No*. ¿Creían que Mlle. Frey era un testigo veraz, si no Mr. Douglas no tendría por qué estar allí? *Sí*. ¿Habían oído decir a Mlle. Frey que ella se había pasado el día y la noche observando el reloj, y era probable, considerando que ella preveía ansiosamente una tarea remunerativa para el futuro? *Asentimiento general*. ¿Por lo tanto, era seguro que ella hubiese notado cualquier alteración en el reloj? *Probablemente sí*. La intención de Curtis era que todo esto figurase en los informes judiciales, y obtener una copia. Una vez terminado todo, cruzó la calle hasta el café, frente al Palacio de Justicia, y se reunió con Ralph y Bryce Douglas, bebió tres buenas cervezas, una tras otra, y se sintió mejor.

Bryce Douglas también fue una ayuda para la policía. Por lo que había oído decir de Bryce, Curtis había pensado que sentiría un cierto antagonismo hacia él. No fue

así. La persona que le había sido descripta; «la persona que puede hablar de todo y dejar, sin embargo, la impresión de que verdaderamente nada le interesa»; en resumen, ese aire de completo desapego que a toda la gente honrada le desagradaba, todo esto era, en su mayor parte, una defensa. Desaparecía en momentos de dificultad. Ocultaba inseguridad, temor de parecer tonto, temor de equivocarse, temor de aprovecharse. Ocultaba además, Curtis lo adivinó correctamente, una afición por lo emocionante, tan grande como la del propio Curtis.

Recordaba a Bryce en el café frente al Palacio de Justicia, un antro sombrío con baranda de cinc y aserrín en el piso. Bryce, erguido, con su sombrero hongo echado hacia atrás, cuidando de no derramar cerveza sobre sus pantalones. Estaba tan inmaculado como jamás lo está el maniquí de un sastre. Era de espaldas rectas, nariz larga, bigote castaño, pequeño pero abundante, y ojos que se habían vuelto amistosos por la necesidad de defender a alguien. Curtis dudaba que Bryce tuviese realmente afecto por su hermano, excepto como obligación. Le agradaba ser el Poder Desconocido en el trono o en la bolsa (o la expresión que gusten de la literatura espeluznante), con la salvedad de que él no era un poder y que no tenía trono.

Curtis había alcanzado la verdad aquella tarde cuando estaban apoyados sobre la baranda de cinc.

—Encuéntrese conmigo —había dicho Bryce— esta noche a las nueve, en el Café Mogador, cerca de *l'Étoile*. —y añadió con tono apesadumbrado y natural—: Muchas cosas han salido mal.

A las nueve, Curtis, sentado a una de las mesas de tapa roja, hubiese preferido que Bryce, con su afición por lo conciso y lo militar, le hubiese dado explicaciones más explícitas para evitarle tantas dificultades con el fin de encontrar el maldito lugar. Bryce estaba sentado frente a él, con expresión satisfecha en el rostro y la cartera sobre las rodillas.

—Tengo que preguntarle y decirle algo —dijo Bryce lentamente ofreciéndole cigarrillos—. Pero el círculo no está completo todavía. Debe venir otro invitado. Hasta entonces... ¿Qué piensa *usted* del caso?

Curtis sacudió la cabeza.

—No sé. Pero si quiere opiniones tiene suficientes donde elegir. ¿Ha visto usted los periódicos de la tarde? Cuanto escritor criminalista aficionado hay en París se ha explayado analizándolo, y sin atenuar las palabras de costumbre. «Nuestro experto» figura en todas partes.

La cara de Bryce demostraba mejor sentido del humor de lo que parecía garantizar la larga nariz.

—¡Ah, sí! Bastante, sí. Observo que describen a usted como «el brillante joven abogado cuya fogosa elocuencia fue tan útil para persuadir al juez de instrucción». Espere a que el viejo Hunt vea eso. Le sacará el cuero.

—Me supongo.

—Sin embargo —dijo Bryce pensativo—, quizá usted tuvo un incentivo para

sentirse brillante. *Miss Toller* estaba afuera, en el vestíbulo, escuchando casi todo. ¿Puedo hacerle una pregunta sin ofenderlo? Me pareció que usted se sentía muy atraído por ella.

No había ofensa en el tono. Sentado, miraba con gran solemnidad el tránsito de la calle, era una pequeña persona de aspecto serio, con bigote claro erizado, y espaldas rectas.

—Un momento —añadió vagamente—, usted iba a decir: «la he visto por primera vez esta tarde», ¿no es así?

Curtis rió.

—¿Por qué piensa eso?

—Estoy en el negocio de los *clichés* —dijo Bryce—. No oigo sino eso. Soy como un guía que conduce a la gente, día tras día, año tras año, alrededor de las mismas exhibiciones de los museos; sé todo cuanto la gente dirá en los comentarios. Pero usted no ha respondido a mi pregunta. Por supuesto que si se ve obligado a no decir nada... —A pesar suyo, una expresión lejana enfriaba el rostro, algo que no podía evitar y que le había causado todas sus enemistades.

—Me siento obligado a decir que *Miss Toller* está comprometida con su hermano y no es de manera alguna asunto nuestro.

Hubo un silencio.

—Realmente —dijo por fin Bryce.

Otro silencio.

—No hay circunstancias —continuó Bryce— en las que admita yo estar errado. Es mala política. «Nunca pida disculpas, nunca explique» es un excelente lema, aunque veo, por su cara, que a usted no le gusta. Pero es posible que haya abordado el tema desde un ángulo equivocado.

»El inconveniente es que gusto mucho de Magda, y cuando la veo... la veo... — Con el puño golpeaba suavemente—. ¡Oh, diablos! Tome otra copa. ¡Mozo! Otros dos coñacs. ¿Qué dicen del caso los expertos, en los periódicos?

Curtis se sintió aliviado con esta salida, mucho más aliviado.

—Gracias, no me opongo. Bueno, un tipo llamado «El pensador», en *Paris Minuit*, dice que su hermano es probablemente un experto criminal que ha ideado una coartada perfecta. —Sacó un paquete de periódicos mientras Bryce miraba a la calle—. Por otra parte, alguien que tiene el descaro de escribir bajo el nombre de «Herlock Sholmes» acusa claramente a De Lautrec de haberla matado...

—¡Ah!, ese asunto de la *Villa Marbre*, —interpuso el mozo mientras recogía las copas de la mesa—. Es bueno, ¿eh?

—¿Tiene usted alguna teoría, *mon gars*? —inquirió Curtis.

El mozo reflexionó.

—Para mí es bastante sencillo. La mujer era la amante de M. de Lautrec: ella fue a casa de otro hombre para *zizipompom*: M. de Lautrec la mató. Ahí está.

—¿Pero y el hombre del impermeable castaño?

—Supongo que habrá sido M. de Lautrec, el mismo que personificaba al inglés; ¿eh, *monsieur*? Sospeché que su amante lo engañaba con el inglés, armó esta pequeña trampa para ponerla a prueba, ella cayó y él la mató.

—Eso no toma en cuenta los detalles.

—Nosotros, que leemos los periódicos, *monsieur* —dijo el mozo convencido—, no tenemos tiempo de preocuparnos por los detalles, pero siempre creemos saber quién es el asesino, y por lo general estamos en lo cierto. Además, si M. de Lautrec no la mató, ¿quién fue?

Curtis vio que Bryce, sin prestar atención a las opiniones del vulgo, movía la cabeza con satisfacción hacia la entrada del seto de la terraza. Apareció Bencolin. No era el espantajo de aquella tarde; acababa de salir de la barbería, pero había tanta moderación en el sombrero y en el abrigo, ambos livianos y negros, que hizo pensar a Curtis que realmente era cierto lo que se decía respecto a su retiro. Se sentó con ellos a la mesa y pidió un coñac.

—Ahora ésta es la cuestión —comentó Bencolin— que todo París se plantea esta noche. «Si De Lautrec no lo hizo, ¿quién fue?». De Lautrec tiene su cabeza metida en una colmena. Abran los oídos..., atención..., y escucharán el zumbido. Recibí su mensaje, Mr. Douglas, y aquí estoy. Me decía que tenía algo que comunicarme. Buenas tardes, amigo Richard. Vio usted que lo prometido ha ocurrido, su cliente ha sido puesto en libertad, sin afectar su buen nombre y honor.

Bryce fue quien contestó. Ambos mantuvieron una amable cortesía: era la actitud general que existe entre la policía oficial y un agente del *Foreign Office*. Bryce lo miraba fijamente.

—Muchas gracias —dijo—. Pero puesto que los tres presentes conocemos los hechos, podemos hablar con franqueza. El inconveniente es que no sabemos si usted figura como amigo o como enemigo. ¿Qué hay en eso de los relojes? ¿Todavía sospecha de mi hermano o no?... ¡Pare! Usted iba a decir «sospecho de todos...».

—Iba a decir...

—«... y por el momento no puedo decirle lo que pienso». ¿No es eso?

—Bueno, amigo —observó Bencolin sacando su pipa negra y golpeándola contra el borde de la mesa—, no puedo ser enteramente indiscreto si usted se hace todas las preguntas y las contesta por mí. Continúe. Prosiga mi interesante conversación con usted.

—Vea, ¿si depusiéramos las armas?

—Muy bien —dijo Bencolin con tranquilidad. Dejó la pipa sobre la mesa—. Ahora escúchenme ambos, y les diré la verdad absoluta, hasta donde se me alcanza, por lo menos. Por un lado sospecho de todos. Si no estuviese absolutamente seguro de que ninguno de ustedes es el hombre del abrigo castaño, sospecharía de usted, amigo Bryce, y aún de usted, Richard Curtis. La parte extraña consiste en que sé quién es el asesino. Hasta puedo probar quién es el asesino. Y por lo tanto estoy en un callejón sin salida.

Curtis pensó si habría oído bien.

—¡Un momento! —protestó—. ¿Dice usted que sabe quién es el asesino y puede probado y que, *por lo tanto*, se siente patitieso? ¿Es esto algún juego de palabras?

—No. Es la pura y penosa verdad. Y, por desgracia, no es ningún mérito mío conocer al asesino. Hubo una o dos pequeñas indicaciones que me indujeron a pensarlo, sí. Busqué la prueba y allí estaba. Si ustedes creen que hablo desatinadamente, permítanme que exponga un caso similar. Supongamos que ustedes lean una novela policial con una situación enigmática. Un cuerpo (digámoslo) ha sido encontrado estrangulado, sentado en una silla próxima a las ventanas y con un antifaz puesto. Se encuentran todos los relojes de la casa con las esferas mirando a la pared. Se les advierte prudentemente que la maldita clave de la verdad es que hay una cuchara de té en el bolsillo interior de la víctima, y que si todas estas cosas no hubiesen estado exactamente como estaban, nunca habría podido realizarse el crimen. ¿Me siguen? Ninguna clave se dejó simplemente para confundir o como recuerdo de las fecharías pasadas de la víctima (el más desgraciado invento de todos) o porque el asesino lo encontraba artístico. Cada indicación era una parte necesaria del plan.

—¿Cuál es la explicación? —preguntó Bryce con la cara iluminada por el interés. Bencolin lo miró.

—Sugiera usted una —dijo cortésmente— o dedíquese al estudio del asesinato de Rose Klonec. Para terminar con este enigma del antifaz, del reloj y de la cucharita de té, supongan que al llegar al desenlace se revele la identidad del asesino por la sencilla razón de que sus impresiones digitales coinciden con las halladas sobre el cuello del hombre estrangulado. ¿Se sentirían ustedes defraudados? Es exactamente lo que puede ocurrir en la vida, ¿pero se sentirían defraudados? Saben muy bien que sí. No hay duda respecto a la identidad del asesino. Él admite el crimen. Luego dispara un tiro contra sí mismo. En consecuencia, nunca se sabrá el significado del antifaz, o de los relojes dados vuelta, o las deducciones que se pudiesen haber sacado de la cuchara de té. Página 315, «Fin». ¿Qué harían ustedes? Estrangularían al autor, lincharían al editor, fusilarían al librero. ¿Pero de qué se quejan? Conocen la identidad del asesino, ¿no es verdad?

Había hablado en inglés, con profunda y medida elocuencia y una cara tan solemne como un búho. Se interrumpió para dirigirse al mozo:

—No es demasiado, pero me siento mejor. Muchacho, otro coñac.

—¿*Monsieur* está enfermo?

—No, he empleado mi descanso en leer libros instructivos —dijo Bencolin, y se volvió hacia los otros—. Yo lo haré mejor: les daré asesino y móvil. Pero ustedes ven mi situación.

—¿No querrá usted decir que el asesino ha dejado sus impresiones digitales en el estilete, en el cuerpo o en algo? —preguntó Bryce. Curtis vio que estaba un poco impresionado.

Bencolin se sentía burlón.

—No, no había impresiones digitales ni plantales, o convenientes botones caídos del abrigo. Pero había algo que nuestro laboratorio policial también puede identificar. Y me muerdo las uñas, desconcertado. Con un pequeño esfuerzo propio he alcanzado el fin del caso y todavía lo ignoro casi todo de él. Estoy metido en el medio de la masa, pero por nada del mundo puedo salir de ella. Hay tantas teorías como objetos materiales, esparcidos en esas habitaciones de la *Villa Marbre*. No sé por qué una inofensiva media botella de *champagne* pudo ser robada. Puedo explicar algunas armas, pero otras me dejan en un estado de espantosa perplejidad. Aun si pudiese adivinar la relación que existe entre un par de trenzas y diez cigarrillos radiados alrededor de un cenicero, su presencia todavía tendría que explicarse. No sé por qué, pero ustedes comprenderán. Por lo menos de esto estoy bien seguro. De todas las claves que están en aquellos cuartos, ni una deja de ser importante o de engañosa apariencia, si se las interpreta debidamente. En consecuencia, ni siquiera puedo meter al asesino en la jaula y acosarlo a preguntas, porque no tengo suficientes pruebas. Ni siquiera sabría qué preguntar. No sabría cómo aproximarme. «Usted la mató». «No». «Sabemos que usted la mató». «No». Y ahí me paro. No, voy a darle un poco de soga al asesino, por lo menos hasta que obtenga el informe de la autopsia que puede resolverme varias dificultades.

Bryce Douglas tomó aliento.

—Usted, como de costumbre —se quejó—, ha conseguido dejarme sin argumentos. Los he traído aquí para informarles de algo que no saben y que probablemente no hubiesen ustedes descubierto. Al Departamento de Policía le agrada creer que el *Foreign Office* consiste en un grupo de caballeros aficionados que ni siquiera saben dar nombre a una estrella de cine. He venido aquí para decirle quién no cometió el crimen.

—Bueno, ¿quién no cometió el crimen?

—De Lautrec no fue, Pero si usted sabe quién lo cometió, no creo que esto le interese mucho.

Durante un momento Bencolin permaneció sentado mirándolo fijamente, sus párpados arrugados se movían debajo del ala del sombrero blando y negro. Bryce comprendió la intención: la saboreó con compostura, alisándose el bigote. Luego Bencolin se tomó de la mesa como si fuera a empujarla hacia adelante.

—¿Está seguro de ello?

—Completamente seguro. Como usted lo ha observado, todo el mundo en París dice que De Lautrec debe de ser culpable. Si supieran lo otro (que De Lautrec es sospechado de haber vendido informes del gobierno y que Rose Klonec lo ha estado espionando) estarían seguros. Pero ocurre que sabemos que es inocente, y puede borrarlo de la lista de los sospechados. Mire esto. —Extrajo una carta de su cartera—. No, no estoy ventilando secretos en un café público. Masset dio el informe esta tarde y estará por todas partes mañana. En primer lugar, estábamos detrás del hombre equivocado; De Lautrec no ha vendido informaciones. El verdadero traidor ha sido

descubierto. Era una mecanógrafa del ministerio de Estado; anoche uno de nuestros hombres la hizo bajar del aeroplano que iba a Londres.

—Eso no prueba nada acerca del crimen.

—¡Espere! ¿Conoce usted a Mercier, del mismo servicio? Sí. Anoche, cuando terminamos todo el trabajo desagradable, Mercier y yo seguimos una buena pista. El dato informaba que se suponía que De Lautrec saldría de la ciudad por el fin de semana, pero era una equivocación. El dato indicaba que si le seguíamos aquella noche, cuando saliera de su departamento, a las diez y media, veríamos adónde iba a buscar su paga y las instrucciones. Si lo prendíamos cuando saliera de la casa a donde iba, encontraríamos la prueba. En ese momento, por supuesto, todavía creíamos que De Lautrec era nuestro hombre y encontrábamos la celada que veníamos buscando.

Bencolin refunfuñó.

—¿Entonces el mismo dato era un engaño? ¿Un..., cómo le llaman?... ¿Un rumbo equivocado? ¡Ah, comprendo! ¿Lo obtuvo por Rose Klonec?

—Sí, es lo lindo del caso. Me telefoneó por la tarde. En apariencia, sabía muy bien que De Lautrec no era culpable. Simplemente quería que lo prendiéramos para asegurarse de que no le interrumpiría su proyectado encuentro con Ralph. Antes de decir que nos llevaron de las narices, permítame que le pregunte qué hubiese hecho *usted* en un caso semejante.

—Continúe.

—Mercier y yo estuvimos presentes antes de las diez y media. De Lautrec vive en un nuevo edificio de departamentos en el *Boulevard des Invalides*....

—¿Rose Klonec tenía instalación aparte o vivía con él?

—Vivía allí. De Lautrec, en realidad, no salió del departamento hasta las once menos cuarto; supongo que por este motivo ella no salió para la *Villa Marbre* hasta bien pasadas las once. De todos modos, De Lautrec condujo su propio coche; Mercier y yo lo seguimos en un taxímetro. Con los varios millones de taxímetros de esta ciudad, y como la mayor parte de ellos son iguales, nunca provoca sospechas el ser seguido por uno. Cuantas veces se mira por el vidrio de atrás de un coche, en todos los casos, siempre se ve un taxímetro detrás, ¿y quién puede saber que es el mismo? Una pequeña observación de mi propiedad —dijo Bryce—, que la policía oficial podría copiar con provecho.

»Bueno, De Lautrec nos guió por la Avenue de la Bourdonnais, cruzando el río por el *Pont d'Iéna*, atravesamos Passy, el *Bois* y un lugar desolado, entre el *Bois* y Longchamps. Entre los árboles, había una casa en una colina, rodeada de una pared de piedra, sin luz a la vista. De Lautrec dejó su coche a poca distancia de la casa, y nosotros lo seguimos a pie. Sacudió el portón, y el encargado salió del pabellón interior, también sin luz, y lo hizo entrar. Empecé a creer que estábamos sobre algo bueno.

Exploramos un poco, pero debíamos ser cautelosos, porque había luna y varias otras personas llegaron a la casa en la misma forma silenciosa para poder entrar.

«¡Maldición!... ¿Comprende? Estaba convencido de que habíamos encontrado algo verdaderamente grande. Había nada más que dos portones, al frente y al fondo, Mercier y yo podíamos estar seguros de que él no saldría sin saberlo nosotros. Yo pensaba si deberíamos pedir ayuda o si debía trepar la pared e investigar. Pero en caso de que saliera, no podíamos abandonar nuestros puestos ni pasamos sin el chófer y el taxímetro porque lo necesitaríamos cuando De Lautrec saliera. Vigilamos entonces durante tres horas interminables, y una vez, cuando me acerqué mucho a la pared, el encargado salió y echó un vistazo. Exactamente a las dos y veinte. De Lautrec abandonó la casa. Es un joven de aspecto desagradable, más bien alto; estuvo en Harrow y habla casi un inglés perfecto. Esperamos hasta que el encargado le hubo hecho salir y luego di la señal para... este... rodearlo.

—Usted silbó como un pájaro nocturno —dijo Bencolin con gravedad.

Bryce se echó atrás en su silla. Había estado absorbido en su narración, con ojos brillantes y astutos, y una sinceridad que recordaba a Ralph. Curtis se lo imaginaba delante de los portones, de sombrero hongo y con su cartera. Pero ahora, echado atrás, sus maneras adoptaban su acritud acostumbrada.

—En realidad grité como una lechuza —corrigió con cierta altura—. Es una condición mía, aunque rara vez es de gran utilidad en sociedad. Cercamos a De Lautrec cuando estaba a unas veinte yardas de la casa. Le pedimos que nos acompañara al *Quai d'Orsay*. Se negó y preguntó si estábamos locos. Luego intentó armar una pelea...

—¿Qué hizo usted?

—Lo dejé tendido —dijo Bryce tranquila y sorprendentemente—. La gente pequeña como yo debe tener algunos conocimientos de los principios de la lucha. Mercier lo revisó. Al comienzo yo estaba seguro de que habíamos encontrado el filón. En su cartera, aunque no hallamos papeles, había un paquete de billetes de veinte mil francos y otro de quinientos. Además, llevaba sobre él varias piezas valiosas de joyas femeninas.

Bencolin se enderezó.

—No necesito extenderme sobre el desagrado que siguió —dijo Bryce tristemente—. Por supuesto que creyó que éramos ladrones. Cuando se convenció de nuestra buena fe, se enfureció. Pidió que lo llevaran de nuevo a la casa para mostrar de dónde había sacado el dinero. Temimos una trampa pero fuimos. —Bryce se acomodó en su silla con aire cínico—. ¿Sabe usted qué lugar era? Nada más que un muy pequeño y muy selecto establecimiento privado de juego, manejado por la marquesa de la Tourseche, ayudada por sus amigas. Anoche había solamente seis personas para *baccarat*. Como socialmente conocía a dos de ellas, la situación... este... era molesta. En verdad no creía que debía pedir disculpas a De Lautrec puesto que sólo habíamos cumplido nuestro deber. En todo caso, había ganado el dinero en el juego. Sólo hoy he sabido que De Lautrec está en muy serios apuros financieros. Ha visitado la casa de la marquesa con frecuencia para recuperar sus pérdidas. En cuanto a las

joyas, por fin consintió, aunque de muy mala gana, en explicar que...

—¿Qué joyas eran? —preguntó Bencolin de pronto. Bryce lo miró.

—¿Joyas? ¡Oh, sí! No lo anoté después que hubo explicado; pero había un colgante de esmeraldas con cinco piedras y una pulsera de diamantes azulados y algo más que no recuerdo. Ve usted, cuando sus invitados están cortos de dinero en efectivo, la marquesa tiene costumbre de adelantarles sumas contra alhajas. Aquella tarde, De Lautrec se las había pedido a Rose Klonec. En realidad, no necesitó darlas en prenda y no las había sacado del bolsillo, aquella noche, porque estaba ganando. Había llegado con dos mil francos en dinero contante y lo hizo aumentar en el juego, con una suerte fenomenal, hasta veinticinco mil. Pero ésa es la cuestión, ¿no lo ve usted?

»De Lautrec entró en la casa a las once. Salió a las dos y veinte, Durante ese tiempo, tanto Mercier como yo podemos jurar que no abandonó la casa, más aún, toda la gente de la casa puede jurar que no salió (tengo aquí los nombres) porque estaban en la mesa mirando cómo lo favorecía la suerte. Cuando abandonó la casa lo agarramos y lo trajimos de vuelta. Eran fácilmente las tres y cuarto, antes de que pusiéramos el lío en orden. En consecuencia, *no pudo* ser el asesino de abrigo castaño y sombrero negro. Su principal testigo, Hortense, dice que el asesino llegó a la casa a la una y diez. También sabemos que el médico forense jura que Rose Klonec fue asesinada entre la una y las tres. Ahí está. —Con aire de fuerte determinación Bryce cerró la cartera—. Suelte los perros otra vez. Démosle otro giro. De Lautrec no solamente tiene una coartada, tiene una coartada con una construcción tan redonda y perfecta que es tan buena como la de Ralph.

# CAPÍTULO X

## CONFIDENCIAS EN UNA GALERÍA DE TIRO AL BLANCO

Los tiros que se sucedían rápidamente irritaban con sus estampidos. Al aire libre habrían sido poco más fuertes que el chasquido de un látigo, pero en este sótano producían fuertes ecos marcados por el retumbe de una campana. El tirador certero, que rara vez fallaba, estaba inclinado despreocupadamente sobre la baranda que le llegaba a la cintura: el codo apoyado sostenía el caño del fusil calibre 22, la nariz hacia abajo contra la mira y movía mecánicamente la mano izquierda para arrojar las cápsulas vacías. Al extremo de la larga galería, construida de láminas de hierro ondulado pintado de negro, que se extendía delante de él, se seguían figuras claras que se movían con lentitud; una hilera de policías, una de sacerdotes y dos ruedas de conejos sumergidos, con blancos espaciados y una campana en el centro. Unas lamparillas eléctricas, en armazones de alambre, señalaban varias puertas que conducían a un gimnasio, a una piscina de natación y al ascensor.

La luz amarilla nos mostraba que el excelente tirador era un joven fuerte y delgado, de peso algo más que mediano, que llevaba puesta una camisa de seda blanca y las mangas de una tricota, también blanca, anudadas alrededor del cuello. Su espeso cabello oscuro, bien lustroso, tenía tan recortadas las patillas, que los costados de las mandíbulas aparecían pálidos. Era una de esas caras que se llaman típicas únicamente en Francia (con cierta prominencia, una mirada aguda en los ojos oscuros y un rostro alargado a pesar de la mandíbula cuadrada), pero a un mismo tiempo había un algo de inglés en él.

El ayudante uniformado le tocó el brazo.

—Han venido unos caballeros de la policía a verlo a usted, M. De Lautrec —le dijo.

Bencolin y Curtis llegaron a las diez a la casa de departamentos del número 81 del *Boulevard des Invalides*. La indicación de Bencolin de que Curtis y Bryce Douglas lo acompañaran fue pronto aceptada por el primero, porque Bryce debía ir al Crillon a «confortar» a Mrs. Benedict Toller. Habían salido del café Mogador, en el coche de Bencolin, antes de que Curtis entablara la conversación que pensaba.

—¿Me será permitido —dijo— hacer una pregunta al tribunal?

Bencolin refunfuñó.

—¿Qué hay con aquel maldito reloj? Es el punto que me molesta. Las botellas de *champagne* y las cuatro armas pueden esperar, ¿pero ese reloj? Usted a dicho, con intención o no de engañar —advirtió el rostro divertido de Bencolin cuando éste hacía virar el coche por la *Avenue Marceau*— que cree a Ralph inocente. Entonces, ¿por qué tuvo una expresión tan curiosa cuando vio el reloj, y qué treta puede haber en ello?

—¿Fue una expresión curiosa? —Preguntó Bencolin—. Bueno, es posible que las

antiguas costumbres se estén afirmando, y muestro mis dientes simplemente por el saludable efecto moral sobre los sospechados. Amigo mío, usted está viendo astucias donde no las hay y está olvidando la importancia de aquel reloj.

—¿Pero qué pasa con el reloj?

—Nada que yo sepa.

—Bien. He estado pensando en toda clase de posibilidades insensatas. Por ejemplo, ¿puede alguien, que no está presente, entrometerse con la corriente eléctrica que hace marchar el reloj? ¿Llevar la aguja hacia adelante o hacia atrás, a voluntad? Sería una brillante treta si se pudiese llevar a cabo, pero no veo el modo. Aparte de esto, ¿cuál es la falla? Hortense es completamente categórica sobre las horas, y durante toda la noche pasada tuvo el reloj a la vista...

—Al fin llega al punto. Durante toda la noche pasada tuvo el reloj aparentemente a la vista. ¿Y hasta dónde es buena su vista?

Hubo una pausa.

—Aquí hay una mujer —argumentó Bencolin— que usted describe ciega como un murciélago. Ni siquiera puede distinguir las facciones de un hombre que está en el mismo cuarto. Entonces, ¿cómo está tan segura de la hora marcada en un reloj chico, único reloj que funciona en la casa? Usted y yo, con buena vista, nos engañamos a veces de primera intención, especialmente cuando las agujas están en esa posición dudosa entre las doce y la una. Sin embargo, el testimonio más importante en el caso depende de la declaración de que el hombre con el impermeable castaño llegó a la *Villa Marbre* a la una y diez.

»Note también la posición del reloj. Estaba empujado bien atrás, sobre una heladera muy alta que me gustaría ver. Agregue que el reloj tiene un vidrio grueso cubierto de polvo por haber estado durante tanto tiempo en una casa desocupada. Después de las nueve, aquella noche (cuando el hombre de abrigo castaño llegó por primera vez y se rompieron los vidrios de los anteojos de ella), la prueba de Hortense no valdría ni *esto* en una corte legal. —Castañeteó los dedos—. Es verdad que ella dice que se acostó a la una menos diez y que a esa hora trasladó el reloj a su propio dormitorio. En ese momento puede haber aplastado la nariz contra el vidrio, en una tentativa de ver la hora (cosa que posiblemente no habrá hecho cada cuarto de hora durante toda la noche); pero aun entonces no convence. Todavía más increíble es su declaración de que el hombre de abrigo castaño llegó a la una y diez, cuando ella “encendió la luz y miró el pequeño reloj” sin salir de la cama. No, no, no. *Hawkeye the Scout*, personaje con excelente vista de otro libro instructivo, no habría sido tan vehemente. Ponga a *Hawkeye* Hortense ante un tribunal y le garantizo que probaré que el crimen fue cometido a cualquier hora que agrada a mi fantasía.

Curtis protestó por lo bajo.

—Entonces esas coartadas...

—No, no es tan malo como eso —le dijo Bencolin animadamente—. Recuerde que tenemos la palabra del Dr. Benet que el asesinato fue cometido entre la una y las

tres. Puede asegurarse que la prueba médica es lo más exacto para comprobar el momento de la muerte. Pero una cosa es seguro: Si Ralph Douglas o Louis de Lautrec cometieron el crimen, ambos deben de haberlo hecho bien pasadas las tres y más próximo de las cuatro. Ve usted la situación. Los bebedores del café *El hombre que fue ciego* dan una coartada a su amigo Ralph, entre las diez y cincuenta y cinco y las tres y cuarto. El viaje en automóvil desde París hasta la *Villa Marbre* es cuestión de cerca de media hora. Asimismo, en el caso de De Lautrec tenemos otra horda de gente, esta vez en casa de la marquesa de la Tourseche, para jurar sobre su presencia entre las once y las tres y cuarto pasadas. Si alguno de ellos llegó a la *Villa Marbre* después, esto sitúa la hora de la llegada a casi las cuatro menos cuarto... En consecuencia, no parece probable que el médico forense, que es el mejor hombre de París, pueda haber estado tan *enteramente* despistado para fijar la hora entre la una y las tres. Sí, estoy dispuesto a aceptar la inocencia de Douglas y de De Lautrec. Sólo quiero prevenirle, como amigo, que no se trague incautamente todo lo que declara con vehemencia Hortense Frey.

Curtis miró hacia el parabrisas y encontró dudosas las teorías.

—¿Entonces, toda la tarde he estado hecho un tonto? —Preguntó con cierta amargura—. ¡Dios mío!, debería castigarme por no haber pensado en esa cuestión de la vista...

—Absolutamente —dijo Bencolin—. Entre la seguridad de Hortense y su labia, han convencido a todo París de la inocencia de su cliente. ¿Qué más pudo haber hecho? Pero no haga depender demasiado su fortuna de Hortense.

—¡Qué! ¿Quiere decir usted que Hortense es la asesina?

—Ahora haré misterios —dijo Bencolin con odiosa crueldad—. Toda mi vida se me ha acusado de hacer misterios y ahora, cuando no lo deseo, no puedo evitarlo. Le dije que sabía quién era el asesino; sé quién debe serlo y puedo probarlo; sin embargo, al mismo tiempo no lo creo y me molesta. Aparece esto detrás del torrente de palabras que ustedes me han soportado en el café Mogador, o creo en la plena prueba. Si sólo pudiese desvirtuar que cierta persona debe ser culpable, podría poner en su lugar a algunas de aquellas malditas contradicciones. Por lo tanto, violaré todos los precedentes. Si usted quiere ir a verme al *Quai des Orfèvres* es mañana por la mañana, le diré quién debe ser el criminal, antes de que estemos a mitad de camino de la investigación. Mientras tanto, veamos qué tiene que decirnos M. De Lautrec.

La casa de departamentos del *Boulevard des Invalides* 81 era una construcción moderna de piedra blanca. En la portería fueron informados que De Lautrec se ocultaba de los numerosos periodistas que estaban a la expectativa. Un empleado los acompañó al sótano donde un despreocupado tirador hacía fuego, vuelta a vuelta, contra un blanco sonante para aliviar sus preocupaciones.

El empleado uniformado le tocó el brazo.

—Han venido unos caballeros de la policía a verlo a usted, M. De Lautrec —le dijo.

Dos veces más sonó la campana antes de que De Lautrec, con calma, dejara el rifle y se diera vuelta. El joven atlético de camisa blanca los miró con una rígida cortesía y un aire condescendiente como para una entrevista desagradable que se debe soportar. Al mismo tiempo, sostuvo la mirada.

—Los he estado esperando todo el día —dijo—. ¿Usted es M. Bencolin? Lo conozco de vista y me alegro que sea usted. —Hizo un gesto breve y ligero con la mano izquierda—. ¿Pero qué puedo yo decir o hacer? Es un asunto horrible, verdaderamente horrible. Nunca estuve... en realidad, unido a ella, ¿me comprende?, a pesar de que era lo que sabemos. Y sin embargo...

—Comprendemos sus sentimientos, M. De Lautrec —le dijo Bencolin, y vaciló—. Tengo que hacerle un pedido insólito. ¿Tendría inconveniente en proseguir nuestra conversación en inglés? Este señor es Mr. Curtis, de Londres, el abogado de Mr. Ralph Douglas, y solamente habla pocas palabras de francés.

—Con el mayor placer —contestó De Lautrec, brusca y sinceramente.

Curtis sufrió una impresión incongruente. De Lautrec tenía uno de esos acentos que no se asocian con ningún instituto de enseñanza, sino con la *British Broadcasting Corporation*. Cualquiera que oyese a un francés sacar a relucir las palabras: «*Look Here, old chap*», experimentaría una sorpresa semejante. En la conversación no queda bien empezar en esa forma, especialmente cuando la pronunciación es corriente y casi perfecta. Cosa rara, el empleo de otro idioma hizo que De Lautrec se sintiese cómodo. Cedió. Hasta sonrió. Apoyando sus manos atrás, saltó para sentarse sobre la baranda.

—¿Cómo le va? —continuó con el mismo tono brusco—. Me alegro de poder ayudarlas en algo. ¿Qué desean ustedes saber, caballeros?

—Empezaré —dijo Bencolin— por decir que es una suerte para usted tener una coartada tan perfecta con respecto a lo de anoche...

De Lautrec lanzó un suspiro.

—Así que lo saben. Sí, a Dios gracias. —Apoyó el puño sobre la baranda con una mirada de sinceridad en sus prominentes ojos oscuros—. A Dios gracias puedo probarlo. En el momento me enojé bastante como para agarrotar a esos dos espías que me siguieron. Se ha dicho que uno de sus jueces ingleses, Mr. Curtis, «no tiene juicio, saber ni cultura y sí más desfachatez que diez mujeres de la calle...».

—¿Qué juez es ése? —preguntó interesado Bencolin.

—Nadie que usted conozca —respondió Curtis—. M. De Lautrec se refiere a un hombre llamado Jeffreys, que murió hace más de doscientos años.

—Bueno, lo leí en un libro de historia y recuerdo que me impresionó —argumentó De Lautrec con una sincera sonrisa—. No puedo pensar en una mejor descripción para esos dos hombres que me siguieron. Sin embargo, me han hecho un gran servicio. ¡Sospecharon que yo...! No interesa. De todos modos deberé renunciar a mi puesto de secretario de M. Renoir, pero entre usted, yo y mi almohada, siempre odié el trabajo y únicamente lo acepté por complacer a mi padre. ¿Qué deseaban

ustedes preguntarme?

—Sobre Rose Klonec. Tengo entendido que ha vivido con usted durante casi un año...

—Sí, es exacto —admitió De Lautrec con el mismo tono brusco, cortante y correcto.

—¿Se llevaban bien ustedes?

—Oh, así, así... Diga como si estuviésemos casados.

—¿Estaba usted enamorado de ella?

De Lautrec lo pensó como si estuviese observando una balanza.

—No —resolvió—. Estaba solamente celoso.

—También hemos sabido que el jueves 14 de mayo telefoneó usted a Mr. Ralph Douglas y le ofreció comprarle la *Villa Marbre* a buen precio. ¿Por qué hizo usted esa propuesta?

Otro cambio se produjo en De Lautrec. Su afabilidad terminó como si se cerrara un libro. Estaba sentado al borde de la baranda, con un raro aspecto altanero.

—Nada tengo que decir.

—¿Se niega usted a contestar?

—Sí.

—¿Pero no niega usted que hizo el ofrecimiento?

El otro sonrió apenas.

—Supongo que tienen ustedes un informante, así que es inútil negarlo. ¿Pero qué tiene esto que ver con la cuestión entre manos?

—Ahora, amigo, no expreso ningún profundo secreto al decir que usted ha estado en graves apuros financieros...

—¿Es acaso un crimen? Todos sufrimos reveses. Pero me ha vuelto ahora la suerte. Estoy en una buena racha...

—... y la *Villa Marbre*, con sus muebles, habría sido una propuesta muy costosa, enormemente costosa, de tres o cuatrocientos mil francos por lo menos. Su oferta, entonces, no podía ser verdadera, ¿no es así?

—Le he dicho que no tengo nada que decir.

—Una pregunta muy inofensiva —dijo Bencolin extendiéndose, ahora que la batalla estaba librada—. También dijo usted a Mr. Douglas que no lo podría ver en seguida porque salía de la ciudad por el fin de semana. ¿Por qué le dijo esto cuando su intención era simplemente ir a casa de Mme. de la Tourseche a jugar al *baccarat*?

De Lautrec analizó el punto.

—Discúlpeme amigo, pero no comprendo que esto pueda interesarle. No maté a la mujer. Usted sabe que no. Entonces, ¿a qué molestarme? Quizá tuviese intención de salir de la ciudad y cambié de opinión.

—O quizá no. Vamos amigo, ¡esto es indigno de usted! ¿El secretario de un ministro del gabinete no puede pensar en un pretexto mejor?

—Está bien. No hay nada malo en ello. Yo iba casi invariablemente los sábados a

casa de Mme. de la Tourseche y jugaba toda la noche. El único motivo para interrumpir, anoche, antes de las dos y media, fue que iba ganando y sabía, al instante, cuándo había llegado al final de mi buena racha por esa noche. Observe —dijo De Lautrec abriendo los ojos y señalando a Bencolin con dos dedos—, no soy de esos tontos que se zambullen a ciegas y esperan ganar. Yo sé cuándo estoy con suerte. Puedo decirlo. Es como apostar a un buen caballo... Espere, me preguntaba algo. Bueno, puesto que estuve afuera toda la noche y como Rose y yo vivíamos en departamentos vecinos, en el mismo edificio, la «salida de la ciudad» servía de suficiente excusa...

—¿Conocía ella sus visitas a la casa de juego?

—No.

—¿No las habría aprobado?

Varias veces, en su tentativa por responder, a De Lautrec se le torcía la lengua al articular una palabra. Se dio por vencido y habló en francés como abordando un problema interesante.

—*Monsieur*, Rose era algo extraña a este respecto. Como regla general, las mujeres de su clase son locas por el juego y, sin embargo, a ella nunca le interesó. No sentía emoción al ganar. Ella descende, usted sabrá, de una buena familia de campesinos (tiene padre y madre en Provenza a quienes acostumbraba enviar un pequeño giro todos los meses) y creo que, en el fondo, ella consideraba que el azar no compensaba el riesgo. Solía decir que jugaría cualquier cosa menos dinero.

Bencolin apoyó el codo sobre la baranda.

—¡Ah!, eso quería preguntar —dijo—. Cuando usted fue registrado, durante aquel desgraciado asunto de anoche, se le encontraron tres joyas muy valiosas. ¿Es posible que Rose Klonec, sagaz, práctica, con aversión al juego y (discúlpeme) sin mayor entusiasmo por usted, le hubiese «entregado» esas joyas para que jugara..., como usted afirma que lo hizo?

Mientras tanto, De Lautrec sacudía la cabeza con una sonrisa extraña y fingida. Su respuesta fue lanzada tan rápidamente que Curtis sospechó que había sido preparada por anticipado.

—No, no. Este asunto no anda. Rose no me las hubiese dado para jugar, no. Sólo creyó que se las iba a hacer engarzar de nuevo. Vea usted, «mi excursión de fin de semana» debía ser a Bruselas. Los principales joyeros de Europa, *Pelletier et Cie.*, están en Bruselas; por consiguiente, elegí esta ciudad para llevármelas y hacerlas engarzar de nuevo. ¿Comprende usted?

—Lo expone con claridad —replicó Bencolin con seriedad—. ¿Cuándo le dio las joyas?

—El sábado por la noche, en el momento de salir de esta casa.

—Usted salió sospechosamente tarde para su «fin de semana», ¿no es así?

—No, debía tomar el expreso nocturno en la *Gare du Nord* y no regresaría hasta el martes a la noche. —Calló de pronto como si hubiese cometido algún error; los

ojos prominentes y abiertos permanecían fijos en Bencolin—. Le dije a ella que mi maleta ya estaba en el automóvil.

—¿No antes del martes a la noche? ¿Pensaba usted quedarse en casa de Mme. de la Tourseche tres días?

—Me estoy cansando de todo esto —gruñó De Lautrec golpeando la mano contra la baranda—. Ésta es la verdad y usted puede creerla o no, como guste. ¡Y váyase al infierno! —añadió en inglés.

—¡Espere! —dijo Bencolin con violencia—. ¿Dónde pasó el sábado? Quiero decir, antes de partir para su «excursión».

—¿Durante el día? ¡Hicimos un *Picnic*! Usted parece sorprenderse. Sí, ¡un *Picnic*! Rose tenía estas genialidades. Deseaba llevar una canasta de provisiones y navegar por el río, a la moda romántica, soñando con la naturaleza... o con Ralph Douglas. —Su expresión se oscureció—. Por esta razón, hasta la noche no pude echar mano a las joyas. No salimos del río antes del anochecer, y todavía tengo ampollas en las manos causadas por los remos de aquel maldito bote. Si usted no me cree, pregúntele a Annette, la doncella de Rose. Annette nos seguía en otro bote, con un remero de profesión que la comía con los ojos, tanto que el bote iba de orilla a orilla, detrás de nosotros, como un caballo asustado. Oh, fue un bonito paseo. Mire mis manos.

—Annette. ¿Es la actual doncella? ¿Está ahora aquí?

—No, los periodistas estaban tan pesados que la hice escapar y la mandé a casa de sus padres, en Montmartre. Pero puedo darle la dirección. Muy bien: ¿está usted satisfecho?

—Me satisface que usted me mienta, M. De Lautrec. Agregaré que usted es uno de los peores mentirosos que haya yo tenido el privilegio de conocer.

En el sótano abrigado, producían un débil ruido, como un zumbido, los conejos que se sumergían sin cesar y las figuras pintadas de blanco al fondo de la galería de tiro, sacudiéndose en sus correas mecánicas que se movían a lo largo de la pared negra. De Lautrec parecía muy pensativo. Se deslizó del borde de la baranda. Distraído, su mano tanteó a la derecha y encontró una de las cajas de cartón llenas de cápsulas 22 apiladas. Abrió la cámara del rifle y con gestos rápidos de sus musculosas muñecas, introdujo los cartuchos. Excepto por el zumbido de las figuras y el débil sonido de las voces que procedían del gimnasio, no había ruido hasta que De Lautrec cerró la cámara con un chasquido.

—Es una fuerte declaración, amigo —dijo con calma—. Le sugiero que tenga cuidado.

—Le sugiero que sea veraz. ¿Usted sabe lo que era Rose Klonec?

De Lautrec sonrió.

—¡Perfectamente bien, *monsieur*!

—¿Pero sabía usted, por ejemplo, que era un agente de Masset, de la policía secreta, y que ha estado vigilando todos sus movimientos por algún tiempo? ¿Quién

supone usted que decidió a esos agentes a seguirle a usted anoche? ¿No cree que ella habría notado estos misteriosos *week-end* suyos que duraban hasta la madrugada? ¿No cree usted que ella conocería muy bien los embrollos financieros en que usted estaba metido? ¿Cree usted, por lo tanto, que de buena gana le entregaría tres valiosas joyas para que las arrojara en las mesas de *baccarat*, o creería ella por un momento que se las llevaba a Bruselas para engarzarlas de nuevo? Habla usted como una criatura de cuatro años.

La boca del rifle que De Lautrec tenía en este momento en sus manos estaba a dos pies del pecho de Bencolin. Éste lo miró y rió. De Lautrec mantuvo la misma expresión pálida de tranquilidad. —*Salud*: —dijo. Se dio vuelta hacia la galería de tiro, apoyó su mejilla contra el caño del rifle e hizo fuego tres veces. Tres figuras blancas de policías desaparecieron como si hubiesen sido borradas de un pizarrón. De Lautrec volvió a hacer fuego y falló.

—Pruebe los conejos, viejo —dijo Bencolin—. Encuentro el juego más fácil.

De Lautrec dejó el rifle.

—Así que usted piensa que yo robé las joyas —observó—. ¿Cómo cree que podrá probarlo?

—No deseo probarlo. En realidad, no creo que usted las robó: Rose Klonec era una mujer inteligente y hubiese sido más lista que usted. (Apunte al centro de aquel blanco, a la izquierda ahora). La verdadera historia es más interesante y es la que quiero... Éstos son los hechos. Usted estaba pronto y aún impaciente por deshacerse de Rose Klonec, aunque más no fuera porque ya no podía mantenerla. Es el primer punto. Rose Klonec, como hemos sabido, se especializaba en conseguir que sus admiradores le compraran joyas. Tenía una colección notable, tanto que su antigua doncella, Hortense, juró esta mañana que pudo haber sido muerta por este motivo, a pesar de que los pocos dijes que llevó consigo a la *Villa Marbre* parecen intactos. Pero usted no vio motivo para no recuperar algo de las grandes sumas que había gastado en ella, especialmente porque pocas cosas de aquella colección lo pondrían en situación de desquitar su mala suerte en casa de la marquesa de la Tourseche, Éste es el segundo punto. Finalmente, usted tiene reputación de ser violentamente celoso, insanamente celoso..., en lo que creía Rose Klonec a ojos cerrados.

—¿Esto prueba? —preguntó De Lautrec desde lo más profundo de la garganta.

—Nada prueba. Soy un cuervo demasiado viejo para creer que una deducción mía, al azar, sea necesariamente cierta —admitió Bencolin sacudiendo la cabeza—. Pero lo sugiero, amigo. Lo *sugiero*. Y a no ser que usted pueda convencerme de que no es la verdad, el asunto se pondrá feo para usted. —Apoyó ambas manos sobre la baranda y miró con tranquilidad al otro.

»De alguna manera (y quisiera saberlo) usted se enteró de que Rose Klonec se preparaba a reanudar su antiguo asunto con Ralph Douglas. Supo que pensaba encontrarlo en la *Villa Marbre* el sábado por la noche. Es probable que lo supiera el jueves temprano. Y por lo tanto, *digo por lo tanto*, usted telefoneó a Ralph Douglas.

Quería que estos dos antiguos amantes se encontraran, lo deseaba. Toda la intención de aquel llamado telefónico era asegurar a Ralph Douglas, como lo consiguió, que usted salía de la ciudad el sábado y no regresaría hasta el martes, para que los enamorados no vacilaran ante el temor de una emboscada de sus celos homicidas. Quizá se hiciese usted una ilusión, aunque reconozco que tenerlo a usted al otro extremo de una pistola de duelo debe de ser asunto serio. Pero usted no conocía bien a Douglas, no podía telefonarle bajo un cielo transparente y dejar caer el informe de que usted se iba. Precisaba una excusa para poder hablarle. La propuesta de comprarle la casa fue simplemente un pretexto para telefonarle, un pretexto que naturalmente creo que brotó en su cabeza desde el principio. Y había también otra razón.

De Lautrec estaba tan furioso que mientras la rápida mirada del hombre vagaba, Curtis pensó si no estaría meditando en disparar un tiro contra la lamparilla eléctrica para aliviar sus sentimientos. Había alcanzado casi el punto cómico; sin embargo, el rostro de De Lautrec tenía un color oscuro que parecía indicar que algo podría haber detrás.

—Aprecie usted el motivo siguiente —dijo Bencolin—. Usted creyó posible que Douglas transmitiera el informe a Rose Klonec. Si tenía el efecto de tranquilizarlo, podría darle a ella un germen de duda de que este extraño pedido de comprar la casa no significaría que usted, el celoso violento, sospechaba. No evitaría que se encontrara ella con Douglas; no, jugaría cualquier cosa menos dinero y estaba ardiendo por volver al viejo asunto, pero prepararía el terreno para el pequeño golpe que usted intentaba hacer cuando llegara el momento. Donde sus cálculos anduvieron mal, fue en que Douglas jamás había hecho un arreglo con ella, y su llamado telefónico lo intrigó.

»Y ahora trataremos de su golpe. Usted esperó hasta el sábado por la tarde, probablemente durante aquella pequeña excursión romántica por el río. Ella se sentía feliz. Pensaba en la noche. El sol calentaba mucho. De pronto, usted se levantó y representó un papel como Coquelin jamás lo hizo en sus mejores días. Usted era el Amante Ultrajado que ha descubierto Todo. Usted desvarió como un maníaco. Lo traicionaban. Juró matar a Douglas; es posible que hasta la gratificara con alguna escena de amenazas como la que usted intentó hace un momento para impresionarme...

—Le repito que tenga cuidado —dijo De Lautrec.

—... y ella le creyó de todo corazón. Fue lo único que creyó. Debe de haber estado muy impresionada. No se trataba sólo de que su orgullo estuviera a salvo ante la perspectiva de tener a Douglas de vuelta; sino que su dinero de usted estaba casi terminado, mientras que Douglas aún era rico, y, sobre todas las cosas, Rose era sumamente práctica. Pero si usted llegaba a desafiar a Douglas, por no decir nada de matarlo, la publicidad lanzaría al fango a Douglas. Oh, ella estaba en un buen lío. Al fin, sin embargo, usted se permitió ser... persuadido. Por consideración, su honor

herido sería cicatrizado y prometería no hacer barullo. Usted lo admitió, había perdido mucho en el *baccarat*, Si ella quisiera darle algunas buenas joyas, usted calmaría su enojo.

»Llamo su atención —continuó Bencolin abstraído— sobre las primeras palabras pronunciadas anoche por Rose Klonec a una cierta Hortense Frey, al llegar a la *Villa Marbre*. Dice Hortense: “¿*Madame pensaba ser ella misma su propia doncella durante el fin de semana, eh, puesto que el pobre M. de Lautrec es tan celoso y madame no puede confiar en su propia doncella?*”. Dice *madame*, tan negra como un carbón: “*Sí, es muy celoso, maldito sea; usted no sabe lo que me ha costado este fin de semana. Es gracioso*”. Y otra vez al negarse a discutir el asunto: “*que esperaba que M. De Lautrec se divirtiera en su fin de semana*”. Todo esto puede referirse a que *madame*, en desquite, había enviado a dos hombres del *Foreign Office* para que la noche le fuera desagradable a usted, por más que lo sabía inocente de traición. Tenía motivos para estar furiosa, aunque viera lo práctico de su conducta. Ella tenía que pagar. Estaba pasmada, estaba atrapada en las propias redes de su espíritu práctico.

—Y algo muy bueno también —murmuró Curtis. De Lautrec sencillamente se encogió de hombros, una pequeña gota de transpiración cayó de su frente y corrió entre las abundantes cejas.

—No es criminal —señaló.

—Por cierto que no.

—Al mismo tiempo, usted... usted comprende que esta historia, contada en las calles, no mejoraría mi reputación. Se reirían de mí.

—Así lo temo.

—¿Entonces por qué me acosa? —Preguntó De Lautrec entre dientes—. No le ayudará a descubrir quién la mató.

—¿Admite usted, entonces, la verdad de mi idea?

—Sí. ¿Por qué no? —Preguntó De Lautrec sorprendido—. Había obtenido bastante de mí. ¿Por qué no habría yo de conseguir que me devolviese algunas piezas mías, *voyons?*

Bencolin se apoyó en la baranda.

—¿Jamás verá usted claro? Usted ha sido conducido por el sendero muy suavemente, mi amigo, muy Suavemente. *Alguien*, un impostor, se comunicó con Rose Klonec en nombre de Ralph Douglas. Usted lo supo. Bueno, ¿qué sabe? Recuerde, no era una simple cuestión de mandar a Hortense una carta escrita a máquina y un billete de cien francos. Cuando se va a reanudar la antigua pasión en un asunto de amor, no se envía una esquila escrita a máquina indicando que esté en tal y cual lugar a tal y cual hora: no se haría siquiera una cita de negocios tan lacónica como ésa. Usted debe verla. Por lo menos debe telefonarle. ¿Cómo y dónde fue hecha esta cita? ¿Cómo pudo el impostor engañar a Rose Klonec y hacerle creer que era Ralph Douglas..., cuando conocía todos los rasgos de su cara y todas las inflexiones de su voz? Éste es uno de los problemas más difíciles y solamente usted

conoce la respuesta.

—Comprendo —dijo De Lautrec con un suspiro de alivio.

—Eso está bien. Provoca mi admiración. ¿Y bien, *monsieur*?

—Si le digo cuanto sé a ese respecto, ¿será necesario que usted mencione el otro...? ¿Me entiende?

—Le doy mi palabra de que no lo mencionaré.

—La palabra de M. Bencolin me satisface —dijo De Lautrec con un tono repentinamente digno y profundo. Su efecto fue algo estropeado porque pateó una de las cápsulas vacías tirada en el suelo y la siguió para volver a pegarle. Cuando levantó la vista estaba tranquilo, aún a punto de sonreír.

»Muy bien, aquí, pues, está mi informe verdadero. Supe de la reanudación del asunto porque escuché una conversación telefónica. Fue, ya tarde, el miércoles de noche. Usted sabe que Rose y yo tenemos departamentos vecinos. Hay una ramificación del teléfono en cada uno. Cogí el teléfono en mi estudio, con la intención de hablar con un amigo y me encontré con Rose en medio de una conversación. Me pareció interesante.

—¿Una conversación con quién?

—No sé. La otra persona que hablaba era una mujer —respondió De Lautrec francamente divertido—. Le agrada burlarse de mi inteligencia. ¿Sabe que es usted lento? ¿No ha adivinado que este crimen seguramente fue cometido por una mujer?

Sonriente, recogió otra vez el rifle y les dio la espalda. El fogonazo del tiro se fundió en el sonido metálico de la campana de hierro.

# CAPÍTULO XI

## EL CRIMINALISTA DE «L'INTELLIGENCE».

No había duda de que De Lautrec se había apuntado un tanto. Curtis no hubiese creído que Bencolin se asombrase hasta ese extremo. De Lautrec dejó el rifle como si quisiera asegurarse de que no se lo arrancarían, y los miró de frente con expresión de sinceridad, para que no hubiese duda de que decía la verdad.

Bencolin se aclaró la garganta.

—¿Tiene motivos para creerlo?

—Un momento —dijo De Lautrec. Con paso largo, cruzó hasta la puerta del gimnasio y regresó con un abrigo de *tweed*; del bolsillo extrajo un periódico doblado—. Si quiere dar un vistazo a esto —añadió moviéndolo en el aire—, usted verá que...

—Un periódico. ¡Santo Dios, este hombre me trae periódicos! —dijo Bencolin—. Cuanto periodista aficionado hay, mientras bebe un *vermouth* afirmado sobre sus asentaderas en *Chez Francis*, me enseña lo que debo hacer. Estábamos hablando de un llamado telefónico a Rose Klonec y usted dice que la persona que la llamó era una mujer. ¿No intenta decirme que una mujer habría pretendido ser Ralph Douglas? ¿O que Ralph Douglas arreglara su cita con ella por medio de otra mujer?

Ahora que sus propias dificultades parecían desviadas. De Lautrec estaba conversador; su largo y movedizo rostro expresaba todo su pensamiento.

—Sin embargo, ¿no sería bueno que lo leyera? —sugirió él moviendo el periódico a modo de invitación—. Concedo que la mayor parte de estos detectives periodistas no son buenos; pero éste es «Auguste Dupin» de *L'Intelligence* y es persona interesante... ¿Usted decía? Sí, por supuesto. No intento decirle nada salvo la verdad exacta de lo que escuché.

—¿Que Douglas, o más bien el impostor, convino una cita por medio de otra mujer? ¿O que Rose Klonec hubiese creído que era verdad?

—Todavía creo que es mejor que lea esto —insistió De Lautrec, y arrojó violentamente el periódico sobre la baranda.

Bencolin se inclinó sobre un título notable de la primera página.

NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL RESUELVE  
EL MISTERIO DE LA VILLA MARBRE

---

¡LA BRILLANTE EXPOSICIÓN DE  
AUGUSTE DUPIN!

---

SEÑORES DE LA POLICÍA. ¡TOMEN NOTA!

*L'Intelligence* tiene aquí el honor de presentar el primer parte desde el escenario mismo del feroz crimen de la *Villa Marbre*, escrito por nuestro famoso corresponsal M. Auguste Dupin, El nombre de «Auguste Dupin», como todo París lo sabe, oculta la identidad de un célebre criminalista...

—Se llama Robinson —dijo Bencolin por la comisura de los labios— aunque es francés. En realidad es un abogado sin clientes que vaga por los tribunales. Lo curioso del caso es que el hombre, superficial como un lente óptico, salta sobre la verdad y a menudo acierta. En verdad, puso a Durrand sobre la pista de aquel estrangulador del *Bois de Vincennes*. Pero también, por su insistencia en molestar a la policía, no conozco a nadie que se le iguale. Bueno, veamos.

... quien antes de las seis horas de descubierto el cadáver, por pura lógica, ha dado la solución de este terrible misterio sobre el que orgullosamente llamamos la atención de la policía. Pero no demoraremos más al lector la lectura de este notable documento cuya verdad, pronosticamos, será prontamente demostrada. Comienza (citamos ahora a M. Dupin) con el sorprendente descubrimiento de que:

*¡El hombre del impermeable castaño y sombrero negro es, en realidad, una mujer!*

Villa Marbre, seis de la tarde. Sentado bajo estos majestuosos árboles, fumando mi pipa y redactando la nota para mi artículo de *L'Intelligence*, reflexiono que...

—No damos un bledo por sus reflexiones —interrumpió Bencolin—. Pero a las amas de casa les agrada este filosofismo y los hombres creen que así debe ser, aun cuando no lo sea. ¿Cómo consiguió él sus datos? ¡Ah, ya veo!, aquí está. «Una conversación con ese bravo defensor de la ley, M. Hércule Renard, en el despacho de bebidas de...». Es terminante. Hércule estará ebrio y sin habla ahora. Vamos al grano.

No preciso repetir las cosas tal como las encontré; estas cosas las habrá examinado el lector en otros periódicos. ¿Pero mis conclusiones? ¡Es otro asunto! Durante una hora entera confieso que me sentí completamente desconcertado...

—Modesto, el muchacho... —observó Curtis.

... y entonces, de pronto ¡lo vi! Vi lo que, matemáticamente hablando, es la única solución posible. ¡Había encontrado el hilo acertado de mis ideas! Permítanme exponer los datos como los anoté en mi libreta de apuntes.

1. El hombre de impermeable castaño y sombrero negro ha sido visto por la doncella Hortense Frey cuando asentaba una navaja en una tosca piedra húmeda de afilar. No solamente esto, sino que la asentada se ha hecho tan mal que la navaja, cuando después se la ha examinado, estaba sin filo y, mellada en varias partes. Ningún hombre asentaría una navaja en semejante superficie y obtendría tales

resultados, pero es precisamente lo que podría hacer una mujer.

2. De aquí mi mente volvió, como un relámpago, a la primera aparición del misterioso «hombre de abrigo castaño», a las nueve, cuando rompió los vidrios de los anteojos de la mujer Frey. ¿Cuál es la declaración de Frey sobre este punto? Declara que el visitante resbaló, tropezó y casi se cayó, tanto que ella tuvo que agarrarlo; comenta el extremo *realismo* del tropezón. Por supuesto que es razonable pensar que el visitante encontraría alguna excusa por haber roto los vidrios de Hortense, tan corta de vista. Pero el llegar al extremo de caer al suelo y hacerla con completa convicción, es dudoso y difícil. Ahora, ¿qué más sabemos sobre el aspecto del visitante? «Él» usa *Oxford bags*, esas enormidades pasadas de moda de verdadera vanidad inglesa que, caminando con cautela, ocultan por entero los zapatos. Supongamos que haya otro motivo para este tropezón... M. Ralph Douglas, lo he averiguado, tiene cinco pies y once pulgadas de altura. No hay muchas mujeres que alcancen tal estatura. Pero supongamos que esos pantalones anticuados se usaron para ocultar el calzado, porque se trataba de unas botas ortopédicas que añadirían algunas pulgadas a la altura de una mujer, con las que, al mismo tiempo, sería difícil andar sin peligro de caer...

—¡Todo el asunto es fantástico! —dijo Curtis de quien se suponía que no entendía francés. Vio a De Lautrec clavarle la mirada pero éste no hizo ningún comentario—. Es muy curioso. La idea...

—¿Estaba pensando usted en su amiguita *Miss Toller*? —Meditó Bencolin—. Tranquile su mente. Mr. Douglas, como esto lo declara, tiene cinco pies con once pulgadas de altura. *Miss Toller* tiene, cuando más, cinco pies y dos pulgadas. Suponer que se agregó nueve pulgadas a su altura, suponer que anduvo tambaleándose por la casa en zancos... No, esto va mucho más allá de las más lejanas estrellas de la incredulidad. Además, está la cuestión de la voz. Pero encuentro esta narración muy sugestiva. M. De Lautrec, tenía usted mucha razón: Dupin, por mal orientado que esté, es una persona interesante...

—¿Se refiere usted al dato sobre los *Oxford bags*?

—No, en, mi opinión no tiene importancia, y nuestro amigo Auguste ni siquiera comprende el verdadero sentido de lo que dice. Me refiero al asunto de la navaja. Ahí hay algo definitivo. Veamos. Ah, ahora se acalora y su pipa de espuma de mar tira bien. Escuchen.

3. Entusiasmado con esta nueva certeza, procedo a examinar un minuto las habitaciones; el permiso me fue concedido por cortesía del Brigadier Jules Saulomon. Es obvio que el centro de mi pesquisa era el cuarto de vestir. En otra página de *L'Intelligence* el lector encontrará fotografías de estos cuartos. A medida que los explico, examinémoslos.

La policía cree que Mme. Klonec se desvistió y se puso un camisón de dormir. La creencia se basa en el hecho de que el vestido, medias y zapatos que había usado

Mme. Klonec estaban todos guardados cuidadosamente en el guardarropa, de un modo peculiar a la propia *madame*. ¡YO NIEGO ESTO! Digo que con seguridad fue desvestida por el asesino, después de haber sido narcotizada o atontada, para poder meterla dentro de una bañera caliente y aumentar así el drenaje de la sangre de la arteria cortada, para matarla antes de que ella recuperara el conocimiento. Digo esto y les diré por qué.

Si Mme. Klonec se desvistió ella misma y se puso el camisón, ¿por qué no se puso el *negligé* y las chinelas? Los hombres casados, los solteros de costumbres airadas ¡lo confirmarán! En el guardarropa encontré colgado un *negligé* de encaje, color de durazno, evidentemente el compañero del camisón y es obvio que sin arrugas y sin tocar. No se veían chinelas. Pero no se puede pensar que Mme. Klonec anduviera descalza, aún por el cuarto de vestir, que observé que tiene piso de mármol sin alfombrar.

Está claro que lo sucedido fue lo siguiente: El asesino la despojó de la ropa y la dejó morir dentro de la bañera. Después, el asesino le puso el camisón y la metió en cama. ¡Y esto en sí es significativo, mirado desde el punto de vista correcto! ¿Quién pudo haberlo hecho? Un hombre no se habría tomado tantas molestias. Un hombre la habría dejado donde estaba tendida. Solamente una mujer, por las apariencias, la habría cubierto decentemente antes de retirarse. Además, ¿quién pudo haber guardado aquella ropa en el armario, exactamente como lo hubiera hecho Mme. Klonec? ¿Un hombre? No. Háganse, la pregunta.

4. El último punto de mi examen dejó la cuestión fuera de toda duda. Me interrogué a mí mismo: el asesino, quienquiera que fuese, ni por cinco segundos pudo haber pensado en engañar a Mme. Klonec haciéndole creer que «él» era M. Douglas. Una vez que lo hubiese visto, *madame* estaría al tanto de la trampa. Una vez dentro de aquel cuarto, el asesino golpearía en seguida. ¿Por qué, entonces, se complica llevando arriba una mesa pesada, cargada de comida y bebidas? Aun si *madame* no está todavía narcotizada, no tenía interés para ninguno de ellos. No comerían, no beberían, a no ser con la muerte. ¿Por qué abre él una botella grande de *champagne* de esa mesa de servir y tan visiblemente deja restos en dos copas?

¡Lectores de *L'Intelligence*, lectores de todas partes, les daré la respuesta! *El asesino fue verdaderamente una mujer, que acomodó las cosas como si fuesen utilerías de un escenario para indicar que Mme. Klonec estaba cenando en la intimidad con un hombre.*

El sótano estaba muy caliente, ligeramente sahumado con el olor del humo de la pólvora y silencioso, salvo el zumbido de los maniqués de la galería de tiro. Curtis silbó.

—¡Bravo! —dijo adoptando inconscientemente el estilo clásico de M. Auguste Dupin—. Es una persona estupenda. Diga cuanto quiera sobre sacar precipitadamente conclusiones, el hombre ha logrado un espléndido éxito. Puede haber lagunas en

ellas... Nada dice, por ejemplo, de la botella de *champagne* que falta, a no ser que con ella fuera narcotizada la mujer..., pero, hasta donde se ha llegado, es lo que suena mejor.

Bencolin no parecía contento. Golpeó las articulaciones de los dedos contra la baranda, recogió el periódico y volvió a dejarlo.

—Sí, utiliza el cerebro, ¡maldito sea! Odiaría estar en deuda con las ideas de este... este *petit morceau*: Jean-Baptiste Robinson. Fundamentalmente está equivocado; debe de estar equivocado. Pero hay veces, me imagino, que poco falta para que se quemé los dedos con la verdad. Yo había pensado eso mismo, ¿recordará cómo acosé a Hortense con la pregunta de si estaba segura que Rose Klonec se había desvestido ella misma? Le he dicho a usted que no preste demasiada fe a las seguridades de Hortense. Por otra parte, hay ciertos indicios adicionales que para mí dan la seguridad de que se desvistió ella misma. Por encima de todo, sería un asesino minucioso quien, después de haber despachado a su víctima, colgara con cuidado sus ropas en el armario.

»Sí, he hojeado muchas teorías fantásticas como la de nuestro amigo de *L'Intelligence*. Hasta he considerado la posibilidad de que el hombre de abrigo castaño no fuera otro que la propia Mrs. Benedict Toller: una idea muy sorprendente para cualquiera que haya visto a la señora o sepa algo de ella; la tomé con algún respeto.

Se volvió hacia De Lautrec.

—Jean-Baptiste Robinson nos ha interrumpido. Quiero saber algo más de su historia, cuando una mujer habla con Rose Klonec por teléfono y concierta una cita en nombre de Ralph Douglas. Francamente, no parece que usted estuviese mintiendo y sin embargo...

De Lautrec rió entre dientes. Durante la lectura del artículo, sus ojos tenían una expresión que Curtis no pudo interpretar y que no le agradó, pero ahora estaba tranquilo.

—Muchas gracias. ¿Qué más puedo decirle? Era voz de mujer: no sé de quién. Hasta donde podría jurarlo, nunca la he oído antes.

—¿Hablaba en francés o en inglés?

—En francés.

—¿Recuerda usted exactamente la conversación?

—¡Usted puede creer que sí! Era muy importante para mí. Es evidente que yo tomé el teléfono en medio o hacia el final de la conversación. La voz de la desconocida decía algo así: «¿Usted comprende por qué M. Douglas no puede comunicarse personalmente con usted? Su novia está en París con su madre, y la joven es muy desconfiada». —De Lautrec calló para reflexionar—. A mi entender, esto aclara todas sus objeciones. Es decir, su objeción de si Rose habría creído en un mensaje semejante y hubiera caído en sus brazos, si él hubiere actuado con tanta indiferencia. En esas circunstancias, ¿qué más natural que haber procedido por

intermedio de una tercera persona? Por lo menos, le hubiese parecido muy natural a Rose...

—Sí, es posible —admitió Bencolin—. Aunque, ¡un momento! Usted dice que cree que el hombre de abrigo castaño era una mujer. En resumen, ¿lo cree así? —Palmeó el periódico—. En todo caso, esto simplifica la cuestión. La misteriosa mujer telefoneó a Rose Klonec, en su papel de mujer como mediadora de Ralph Douglas, porque la Klonec no podía ser engañada con ninguna otra excusa. La misma mujer pretendió ser hombre delante de Hortense... ¿Así es como usted lo ve?

El otro se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El corresponsal de *L'Intelligence* tiene todas las pruebas de su parte. Parece que la misma mujer actuó en ambos casos.

—No veo ninguna prueba real. Pero siga.

—¿Con la conversación? No era gran cosa. Rose trató de terminarla; dijo: «Sí, sí, pero fue una locura llamarme por teléfono; M. De Lautrec está aquí; venga a verme». A lo que respondió la otra voz: «¿Puedo decirle a M. Ralph que se encontrará con él el sábado por la noche en la Villa Marbre?». Las últimas palabras fueron de Rose: «Sí, sí, encontrémonos y me hablará de él». Y es todo. Francamente, me pareció demasiado bueno para ser verdad. ¿Sabe usted qué hice? Es probable que haya sido indiscreto ponerme en comunicación al día siguiente con Douglas, pero quise asegurarme y escuchar su respuesta, tanto como asegurarle a él que yo salía de la ciudad. Después, como usted lo ha reseñado tan elegantemente, tendí la trampa a Rose para las joyas. Pero se equivocó usted en una cosa: no tendí la trampa mientras estábamos en el río. Desafío a cualquiera a sentirse dramático en un bote descubierto. Esperé hasta regresar a casa, cuando ella estaba impaciente por ir al encuentro de Douglas, e impaciente porque yo me fuera. La dejé alcanzar este punto de expectativa antes de actuar..., pero ya usted mismo lo ha explicado. Por esto, ambos nos demoramos en salir de aquí, y posiblemente por esta razón todavía estaba ella de mal talante cuando llegó a la *Villa Marbre*. Fue una linda escena, puedo decírselo. Estábamos completamente solos; era el día de salida de Annette, su doncella, y ésta se había ido antes de nuestro regreso; entonces...

Con las últimas escasas palabras se produjo un cambio tan extraño en el rostro de Bencolin que De Lautrec vaciló, y luego siguió hablando en un tono más rápido y áspero como para destruir la incredulidad. Bencolin lo paró.

—M. De Lautrec, hemos abusado demasiado de su tiempo —dijo con una interrupción tan brusca que Curtis pensó qué habría de malo—. Le diremos buenas noches, deben de ser las doce pasadas. No necesito revisar los cuartos de *madame* esta noche, pero debo observar dos pequeñas cosas, y una de ellas es una medida de precaución. La famosa colección de joyas de Rose Klonec, ¿se guarda aquí o en el banco?

—Está guardada aquí, en su caja de seguridad empotrada en la pared. Ignoro la combinación. Su representante legal (sí, tenía uno) estuvo aquí esta tarde para

ocuparse de esos asuntos; pero nadie supo abrir la caja. —De Lautrec habló con dignidad—. Volverá mañana con un perito, para abrirla.

—Comprendo. Esta Annette que usted mencionó hace un momento... ¿Me dijo que podía darme su actual domicilio?

—Sí. Annette Fauvel, 88 *Avenue de St. Rouen, Montmartre*.

—¿Qué clase de mujer es?

De Lautrec pareció perplejo.

—Bueno..., no sé qué decir. Tiene una educación superior a su condición de vida, creo que en una época fue gobernanta. Es bastante capaz por lo que he podido juzgar. Por cierto que parece capaz. Es una rubia grande, musculosa, con una voz como...

Calló.

—¿Sí? —dijo Bencolin.

—La idea que acaba de cruzarse por mi cabeza —respondió De Lautrec, mirando a la galería—, y sin duda por la suya también, es absurda. O así lo parece; aunque, a Dios gracias, yo no soy criminalista. No era la voz de Annette la que oí hablando por teléfono con Rose y concertando una cita. Por lo menos, no creo que fuera. ¿Y por qué habría de hablar a su propia patrona de esta manera..., a no ser que estuviese aparentando ser otra persona? Sí; en ese caso disimularía la voz. No sé. Pero, después de todo, ¿por qué no? De todas las mujeres que conozco, sería la que tiene condiciones más admirables de tamaño y de voz para el papel de «hombre de abrigo castaño».

—¿Y el móvil?

—No podría decirlo. Es asunto suyo.

—La tomaremos en cuenta. Otra vez, buenas noches, y permítame que le dé una palabra de consejo. No se deje hipnotizar demasiado por las teorías de M. «Auguste Dupin». Hasta que Dupin pueda presentar una prueba razonable de evidencia...

—¿Evidencia? —repitió De Lautrec mirándolo sorprendido—. ¡Pero eso es todo el asunto en discusión! *Hay* evidencia. ¿No le he dicho que estaba probado que el crimen fue cometido por una mujer? ¿No lo ha visto usted? ¿O será posible que no haya usted terminado el artículo que concluye en la página de los avisos y del correo sentimental? Ya veo. No lo ha hecho.

Con malicioso placer recogió *L'Intelligence* y corrió la vista hasta el extremo de la página.

Y ahora, al concluir, oigo que algunos de mis lectores dicen: «¡Ah, qué inteligente es! Es un verdadero adivino, este Dupin, y nos demostrará la verdad como lo hizo en el asunto Paulten, el robo de la *rue des Martyrs*, y en los estrangulamientos del *Bois de Vincennes*. Pero, después de todo, ¿dónde está la prueba? ¿Qué dirá él a la policía que puedan ellos llevar ante el presidente del Tribunal?». ¡Ánimo, muchachos! Papá Dupin no los va a decepcionar. He dejado mi mejor fruta, la más escogida del cesto, hasta lo último, y ahora la tendrán...

—No creo que jamás haya pensado lanzar todo el asunto en el título y quedar en eso —sugirió Curtis—. Escribe toda la historia y pone la parte más importante en una posdata. Será un notable detective, pero como reportero debe conducir al suicidio a los editores de periódicos.

Al hacerla así, tal vez tenga que violar, hasta cierto punto, una pequeña confidencia que me fue comunicada mientras bebíamos una o dos copas amistosamente en el despacho de bebidas de *La Estrella de Boissy*. ¡Hay que decir la verdad! Y estoy seguro de que el honrado, inteligente y valiente defensor de la ley, M. Hércule Renard ya mencionado, será el primero en aplaudir mi acción.

A través de mi inspección de la *Villa Marbre*, el comportamiento de M. Renard me impresionó como en extremo extraño. Siendo tan honrado, actuó como un hombre que tuviese un secreto culpable. Pareció escurrirse. Era muy raro. Cuando después de haber examinado yo el cuarto de vestir dije en alta voz las palabras «¡Fue una mujer, entonces!», la actuación refleja de M. Renard no pasó inadvertida para Papá Du pin. Resolví investigar. Al ver que no era contrario, por su aspecto franco y abierto, a una copa de buen vino, le invité a *La Estrella de Boissy* a tomar un refresco, y pronto me contó lo sucedido la noche anterior.

El sábado, exactamente a medianoche, M. Renard volvía a casa por la carretera que pasa por la *Villa Marbre*. No iba montado en la bicicleta, sino llevándola a la rastra, pues le pareció que uno de los pedales estaba flojo. Si había tomado un sorbo o dos de coñac, ¿no es, acaso, el privilegio de los franceses y de los hombres libres? ¿Estaba borracho? ¡No! ¿Estaba cumpliendo su deber? ¡Sí! Tenía instrucciones de vigilar la casa y lo hacía. Al ver brillar una luz en el interior, resolvió ocultarse en un seto y observar. Fue una larga vigilia. Aquí está su única negligencia: se quedó dormido.

Cuánto tiempo durmió, no podría decirlo, ni tampoco sabe qué lo despertó. Pero fue con un sobresalto. Vio, a la luz de la luna, la figura de cierta persona que salió por el portón de la *Villa Marbre*, lo cerró, y se alejó rápidamente por la carretera en dirección a Boissy.

¡Qué ironía! Se puso de pie para perseguirla. Por desgracia, había olvidado su bicicleta que en parte estaba apoyada contra él. Tropezó y cayó tan pesadamente que durante un momento no pudo moverse. El intruso se había ido. Amargado y entristecido, creyó mejor regresar a su casa. Sólo esta mañana..., cuando se apresuró a inspeccionar la casa otra vez, y oyó a una mujer, encerrada en el lavatorio del piso bajo, que gritaba pidiendo ayuda..., lo comprendió. La noticia del asesinato no lo aturulló menos, pues sabía que él había visto al asesino. No conseguía poder hablar. Todavía no puede hacerla, aunque le aseguré que era mejor. ¡Ánimo, M. Renard! La ley sabrá cómo tratarlo.

Pero ustedes, lectores míos, desearán saber a quién vio salir él de la *Villa Marbre*, en aquel día activo, misterioso y aciago. Por el momento, sigo reuniendo más datos

para probar el caso más allá de toda duda. Pero les diré lo que vio, y juzguen ustedes cómo se justifica triunfalmente la pura razón de Papá Dupin.

Era la figura de una mujer alta.

## CAPÍTULO XII

### EL CARÁCTER DE BENCOLIN

Dormir. Una cama de acuerdo con el tradicional confort de Francia, abiertas las hojas de las altas ventanas que empujan las cortinas de pesado encaje en ángulo desgarrado, a través del cual pasan solamente un rayo de luz de la calle y el susurro de la brisa. El grande e inmenso silencio que cae sobre París de noche, roto únicamente por el débil zumbido de un automóvil que pasa por la calle; una fragancia de los árboles que entra por la ventana, y luego, el sumergirse en el sueño. Era lo que Richard Curtis más deseaba en el mundo. Era, también, lo que menos le ocurriría. A las doce y cuarto descendía del automóvil de Bencolin delante del hotel Crillon, en la *Place de la Concorde*.

—Nunca conseguirá ver esta noche a Mrs. Toller —declaré—. Es demasiado tarde.

Bencolin se había empeñado por no decir desanimado. Había insistido, primero, en tomar un coñac, que bebieron en el camino; Curtis jamás lo olvidaría sentado en la mesa, sobre la acera, debajo del toldo, las largas piernas estiradas, el rostro con expresión mefistofélica de mal humor, debajo del negro sombrero blando.

—El misterio de Hércule —dijo— es sin duda la primera acertada de Jean-Baptiste Robinson. Debí haberlo notado. Observé el comportamiento de Hércule, pero lo atribuí a otras causas. Parecería que con la inactividad mi perspicacia se hubiese paralizado. ¿Así que era una mujer alta?

—Es una teoría valiosa.

—¿No vio ninguna falla?

—Observé una falla en los datos de Dupin —dijo Curtis sacando el periódico del bolsillo—. Puede ser o no importante, diría que importante, referente a lo que dice sobre la ropa en el cuarto de vestir. Ahora, está muy acertado sobre el *negligé* de color de durazno, colgado en el guardarropa sin haber sido tocado, hasta donde se puede saber. Pero está completamente equivocado respecto a las chinelas. Dice que en ninguna parte había chinelas, y en ello fundamenta una de sus deducciones más esenciales. O está adulterando los hechos o alguien se llevó las chinelas. Pues, cuando esta mañana vi primero el cuarto de vestir, había un par de *mules*, de raso amarillo, debajo del tocador.

—Yo las saqué —dijo Bencolin—. Fije su atención en ese tocador: con las chinelas debajo, el pote de crema para el cutis, destapado, la marca húmeda redonda producida por la base de una botella y el estilete dentro del cajón, donde dice Hortense que lo guardó. Estas cosas forman el comienzo de mi caso que es algo diferente al de M. Robinson. Desconfío profundamente de estos casos que se basan en «que solamente una mujer pudo hacerlo» o «solamente un hombre lo habría hecho». Ese artículo de *L'Intelligence* va a provocar un alboroto. Deberíamos ir al

Crillon a ver a Mrs. Toller.

A pesar del pronóstico de Curtis de que no entrarían, fueron bien recibidos. Al penetrar en el salón del hotel, en la portería, a la izquierda, un empleado hablaba por teléfono. Golpeó las manos cuando se acercaban para atraer la atención, y los chistó.

—Nos sentimos profundamente agradecidos de verlo, *monsieur* —dijo señalando el teléfono—; es M. Stanfield quien habla, desde el departamento de Mrs. Toller, la señora inglesa. ¿Quieren ustedes ser tan amables de subir en seguida?

—¿Ocurre algo?

—Siempre ocurre algo —replicó el empleado melancólicamente. Se corrigió y recobró su manera profesional—. Segundo piso, departamento 3. El cadete los...

—Un momento, ¿M. Stanfield viene a menudo aquí a ver a Mrs. Toller?

El otro se sentía interesado.

—Bueno, es muy natural, *monsieur*. M. Stanfield maneja los asuntos de *madame*.

—¿Sabe usted si estuvo ayer a alguna hora?

—Sí, estuvo aquí ayer por la tarde, temprano. Lo recuerdo especialmente.

—¿Por qué?

—Porque el departamento de *madame* tiene ascensor privado y sus relaciones íntimas pueden entrar y salir sin pasar por aquí, sin que nadie las vea. Pero ayer a la tarde, M. Stanfield pasó por el salón, tanto al llegar como al salir. Llegó como a las ocho y salió a las nueve menos cuarto en punto.

—¡Admirable! ¿Cómo está usted tan seguro de esas horas?

—Respecto a la hora de la llegada..., no, no podría jurarlo. Pero estoy seguro en cuanto a la hora de la partida, porque vino hasta el escritorio a mirar el reloj. Parecía en un estado de ánimo alterado, cosa no usual. Al acercarse, se le cayó el sombrero de copa y rodó más allá del escritorio, yo se lo recogí.

—Una cosa más. ¿Se lleva algún registro de los llamados telefónicos, de o para el hotel?

—De todos los llamados para afuera, naturalmente, *monsieur*, puesto que son cargados en las cuentas de los clientes.

—¿Pero y los llamados de afuera?

El empleado vaciló. Su voz se puso fría e incolora.

—Si *monsieur* está pensando en Mrs. Toller..., en su caso, sí, hay un registro. Mrs. Toller es una dama de recomendable prudencia en cuestiones de dinero, que a veces va demasiado lejos. Hay ocasiones en que cree que la administración acredita también los llamados de afuera para ella. En consecuencia, se lleva un registro completo, para la conveniencia de *madame*.

—Es una verdadera suerte. ¿Puede usted decirme qué llamados recibió ella ayer por la mañana, antes de la una?

El empleado se alejó para una misteriosa conferencia, después de la cual regresó con un libro mayor.

—Con placer, *monsieur*. Es tanto más fácil cuanto que hubo un solo llamado

durante ese tiempo. No se registra el origen, por supuesto, pero el hombre del conmutador cree que era M. Stanfield que está arriba con Mrs. Toller. Y ahora, si quieren ser tan amables de subir...

En la antecámara del departamento del segundo piso, George Stanfield se encontró con ellos como si estuviese preparándoles el camino a un santuario. Tenía, evidentemente, algo en la cabeza; parecía más panzón en traje de calle. El santuario donde los introdujo era una habitación grande, decorada de rosa y blanco, llena de adornos con borlas; dos ventanas se abrían frente a los numerosos faroles blancos de la *Place de la Concorde*. Tiesa en su sillón, Mrs. Benedict Toller estaba sentada a la mesa y Curtis comprendió muchas cosas.

Mrs. Toller era una mujer grande, flaca y hermosa, de cara seca y cabello castaño corto, rizado a, la permanente con pliegues tan rígidos que parecían de cuero. No es exageración decir que, al encontrarla, era tal su energía y su inteligencia que daba la impresión de que se enfriaba el ambiente. Tampoco es «hermosa» la palabra correcta, pues la belleza completa se estropeaba con una nariz larga y ancha, un poco respingada en el extremo. Curtis recordaba la palabra de Hunt: «espantosa». Podría haber sido esta nariz, que equivocadamente le daba un aspecto desagradable; pero Curtis creía que la verdadera causa era su completa impasibilidad. Uno sentía que si se cayera la araña o una bomba explotara, ella apenas pestañearía con aquellos tranquilos y perspicaces ojos celestes, y que sentiría el mayor desprecio por cualquiera que demostrara algo más. Mientras que la impasibilidad de Bryce Douglas era supuesta, la suya era verdadera. Era claramente una mujer acostumbrada a tener cuanto quería y si no lo conseguía sabría por qué.

El instantáneo antagonismo que surgió entre ella y Bencolin era uno de los aspectos más curiosos del caso; estaba en el aire, antes que se dijera una palabra, cuando Mrs. Toller, sentada, golpeaba con impaciencia el pie contra el piso. Mientras se efectuaban las presentaciones, lanzó una rápida mirada a Bencolin y otra iracunda a Curtis.

—El hecho es —dijo Stanfield—, el hecho es...

—No veo motivo para andar con rodeos —interrumpió Mrs. Toller con calma—. Ha habido un robo —miró a Bencolin—, o algo que parece un robo. Le quedaré agradecida si usted me aclara el asunto.

Bencolin sonrió enigmáticamente.

—Primero tendrá que aclararme usted las cosas, Mrs. Toller. ¿Qué se ha robado?

—Nada.

—Sí. ¿Y bien?

—No hace ni diez minutos que ocurrió —dijo tomando una determinación—. Oí un ruido en mi dormitorio, como un sonido de vidrios. Fui allí inmediatamente y llegué a tiempo para ver a alguien que salía por la ventana abierta y por la escalera de incendio. Alguien había registrado mi escritorio y mi tocador. Ha sido una curiosa forma de robar.

Un bolso sobre el tocador, con una suma considerable de dinero, no ha sido tocado. —Su pie dejó de golpear y habló aún con mayor frialdad—. ¿Por qué no me dice la verdad?

—¿La verdad? ¿Tiene usted la impresión de que yo soy el ladrón?

—Sé que la policía de Francia tiene libertades que se desconocen en Inglaterra. La única cosa en que el «ladrón» demostró alguna señal de interés fue en un permiso inglés de portación de armas de fuego que estaba dentro del cajón de mi escritorio. Tengo entendido que en la casa donde fue muerta aquella mujer (no precisamos dignificarla mencionando su nombre) encontró usted una pistola automática calibre 22 con el número D3854 grabado en cifras grandes en el mango, ¿no es eso?

—Sí.

—Esa pistola me pertenece —le dijo Mrs. Toller mirándolo—, como a estas horas usted ya lo ha descubierto. Pero le prevengo: si usted adelanta teorías absurdas sobre este hecho o intenta usarlo de alguna manera, las consecuencias serán extremadamente desagradables para usted.

Desistió porque Bencolin reía entre dientes.

—Me alegro de haberlo entretenido —añadió ella.

—No, no, era un ruido de admiración —dijo Bencolin juicioso y sinceramente—. Me gusta su modo de arrinconarme. No me sorprende saber que la pistola es suya; para decirle la verdad, me pareció que M. Stanfield la reconoció cuando esta tarde la saqué a relucir ante sus narices. Vea usted lo que ocurre. Usted ha ocultado una prueba importante hasta que le ha sido arrancada. También M. Stanfield ha ocultado una prueba importante. Y sin embargo, en el momento en que salta la liebre, usted me amenaza con acusarme criminalmente si tengo alguna curiosidad respecto al arma encontrada en el propio escenario del asesinato. Dicho con las palabras gráficas de mi amigo Jeff Marle: *Hot dog! It is the nuts.*

—Me niego a responder nuevas impertinencias.

—Estimada *madame*, usted se niega a contestar cualquier cosa.

Ella sonrió con frialdad.

—Y todavía habrá una respuesta muy desagradable, le advierto, si me veo obligada a empeñar la ayuda de varios de sus ministros que son muy buenos amigos míos. Vea usted, puedo probar que la pistola no estaba en este hotel desde hace dos días y por cierto que tampoco en mi poder.

Bencolin puso atención.

—¿En poder de quién, entonces?

—En el mío —replicó Stanfield. Éste había estado jugando con un pañuelo como secándose las manos. Lo guardó luego con mucho esmero en el bolsillo interior, y se volvió hacia el detective con aire de disculpas pero con aparente gran franqueza—. No, no estoy pensando en confesar el asesinato —continuó jocosamente—. Acabo de recordar, y admito que me alivia, que salí de este hotel a las nueve menos cuarto en punto. Hemos oído que el hombre del impermeable castaño y sombrero negro había

aparecido en la *Villa Marbre* a las nueve. Desafío a cualquiera a que, sin alas, consiga llegar de aquí a la *Villa Marbre* en menos de media hora. Así que puede usted descontarme de los candidatos, en caso de que usted me contase entre ellos. Hablemos seriamente respecto a ese revólver. Puesto que Mrs. Toller piensa pasar algún tiempo en Francia, le sugerí que sería conveniente obtener un permiso de portación de armas francés, tanto como británico. Nunca están de más estas pequeñas formalidades. En nuestra oficina arreglamos todas estas cosas: pasaportes, tarjetas de identidad, permisos de conducir y todo lo demás. Llevé, pues, el revólver y lo puse en el cajón de mi escritorio. Pero hemos estado bastante atorados de trabajo y lo olvidé.

—¿Cuándo se lo llevó usted a su oficina?

—El viernes por la tarde. Estuve aquí a tomar té y, al retirarme lo llevé. Que yo sepa, todavía debía estar allí. Puede usted imaginarse qué impresión tuve hoy cuando, como usted dice, lo sacó a relucir ante mis narices.

Stanfield, arrugando la frente, hablaba con una ligera y jocosa buena fe. La sinceridad le caía a él como un guardapolvo de médico.

—No lo mencioné, lo admito —continuó—, porque quería consultar primero con Mrs. Toller. Además, no sé bien lo que usted da a entender con «suprimir pruebas». Semejante cosa no se ha hecho. Después de todo, el crimen fue descubierto sólo esta semana y tenía que estar seguro de mi idea, un poco dudosa, de que las dos pistolas fuesen una misma. En todo caso, habría ido a verle mañana por la mañana con la evidencia.

—Gracias —dijo Bencolin con seriedad. Curtis no podía comprender la expresión de Bencolin, pero no le agradaba y a los otros tampoco parecía agradales. Hubo un prolongado silencio; mientras tanto, se escuchaba el ruido del tránsito desde la *Place de la Concorde*-. Así que debemos presumir que, quienquiera que llevara la pistola a la *Villa Marbre* y con la intención que fuese, la robó de su escritorio, ¿no?

—Sí, le aseguro que yo no la llevé.

—Todavía no parece usted comprender —prosiguió Bencolin acercándose a él— que éste puede ser el punto más importante de la investigación. ¿Ve usted cómo se reduce el campo de los sospechados?

Stanfield se asustó.

—Bueno..., apenas eso, ¿no es así? No, es demasiado. Mme. Klon..., es decir, la mujer a quien se ha referido Mrs. Toller, no fue muerta con revólver y no se hizo fuego con el revólver, ni fue usado de manera alguna. Usted no puede decir que la persona que robó el revólver sea necesariamente el asesino.

—No. Pero podemos decir que la persona que robó el revólver probablemente estuvo anoche en la *Villa Marbre*. Y existe, en consecuencia, una fuerte presunción de que sea el asesino... ¿Está usted de acuerdo?

—No estoy de acuerdo con nada —replicó Stanfield con repentina aspereza—. Es asunto suyo. El mío es darle los hechos, puesto que insiste en ello, y evitar el hurgar sospechando de la gente...

—¿*Usted* está de acuerdo, Mrs. Toller?

Esta señora no se molestó en contestar.

—No obstante, tendrá usted que empezar a hurgar —dijo Bencolin—. Lo ha limitado demasiado. ¿Quién pudo haber sacado la pistola de su escritorio?

—Medio mundo pasa por mi oficina.

—Medio mundo no está comprometido en este caso. Muy pocas personas lo están. ¿Quién estuvo a verlo entre el viernes y el sábado?

Stanfield vaciló.

—Bueno, estuvo Hortense Frey, por supuesto. Usted lo sabía. Yo...

—Sí, lo odia. Pero quién más. ¿Estuvo Ralph Douglas, por ejemplo?

Stanfield volvió a vacilar. Su mirada se desvió de costado, hacia Mrs. Toller, que no se había movido y ni siquiera le había mirado. Bajo la tensión, Curtis sintió un significado que se le escapó; los labios de Stanfield temblaban y parecía como si intentara cruzar una barrera.

—Yo... —dijo. Y añadió con calor—: ¡Quite la mano de mi hombro! Intente usted algunos de sus métodos de severo interrogatorio conmigo y le mando una que le hará sonar la cabeza, viejo como soy.

—Ésa es la manera de hablar. Ahora, pues: ¿Estuvo Ralph Douglas allí?

—No —dijo Stanfield.

El alivio de la tensión fue como si se diera aire a un nadador agotado. Bencolin retrocedió. Durante este intercambio de palabras no había mirado a Stanfield, sino a Mrs. Toller y, al retroceder, en su rostro asomaba una sonrisa maliciosa. Significaba lo que significase su anterior mirada a Mrs. Toller, era evidente que ella le había comprendido. Mrs. Toller tenía ahora un aspecto de profundo tedio. No se habría creído que la nariz ensanchada pudiese haberse levantado tanto sin despropósito: sin embargo, así era: permaneció serena y tranquila, absolutamente segura de sí misma.

—Es suficiente por esta noche —dijo ella—. ¡Por favor, retírense!

—Estoy muy de acuerdo, *madame* —le dijo Bencolin—. Cuando vine aquí esta noche, era con intención de molestarla con cien pequeñas preguntas. Apenas creo que necesito hacerlas, por lo menos por ahora. Tengo bastante en qué pensar. Con su permiso, le deseamos buenas noches. Le ruego a usted y a Mr. Stanfield que vengán al *Palais de Justice* (¿digamos mañana por la mañana a las once?) para el interrogatorio de forma, sobre este punto, por el magistrado investigador...

—No haremos, por cierto, nada de eso. —Ella habló sin calor y aún algo sorprendida.

—*Madame* —dijo Bencolin con salvaje delicadeza—, usted estará en el *Palais de Justice* mañana, aunque tenga que llevarla yo cargada. Le ruego que lo piense. Un automóvil vendrá a buscarla a las once. ¡Hasta entonces! Gracias, Mr. Stanfield, no necesita molestarse en acompañarnos.

Con Curtis cruzó la antecámara para salir del departamento y pasaron al corredor cubierto con gruesa alfombra y oscuramente iluminado. Una vez en el ángulo de la

pared, Bencolin se detuvo y se puso a jurar con tal fluidez y extensión que pasó un minuto o dos antes de que sus observaciones pudieran registrarse. Curtis escuchaba con escrupulosa aprobación.

—La vieja bruja —dijo Bencolin por último sacudiendo el puño—. Monstruo de ojos amarillos y treinta y nueve colas. La chancha hociocuda con el pelo platinado como una armadura —se extendió desafiando las leyes de la zoología—. ¡Puf! Estuve medio tentado de quitar el avantrén a mi artillería pesada y mandarla de aquí hasta la otra costa de Algeciras. ¿Y pude habérselo hecho intolerable para ella? Proporcione usted la respuesta.

Curtis hizo una mueca.

—¿Querría usted dejar sus sentimientos personales...?

—Ciertamente. ¿Pues sabe usted lo que estaba haciendo ella? Lo veía venir: lo olfateaba. —Pareció pensativo—. En cuanto a esa pequeña historia fantástica de que Stanfield llevara la pistola automática a su oficina el viernes, puede o no ser verdad. Deberíamos poder probarlo de una manera o de otra. Pero un punto que no es exacto en el tejido se ha querido agregar a esa historia. No ve usted que Stanfield está bajo su dominio... como esto. —Apretó el pulgar contra la pared y lo retorció—. Ella lo tenía todo preparado y pronto para jurar que *Ralph Douglas* había estado en la oficina de Stanfield, entre el viernes y el sábado; que él era el único que había estado allí y el único que hubiese podido tomar la pistola, poniéndolo así otra vez directamente bajo sospecha. Ella está decidida a enredarlo en el asunto, sea como asesino o como simple visitante, y hacer romper ese casamiento, si puede. Quiere que Magda se case con Bryce, y ahí lo tiene.

—Vea usted, ella debe de odiar bárbaramente a Ralph.

—No, no lo odia. No odia a nadie; si lo odiara, yo la excusaría. Simplemente, quiere hacer su voluntad. Nunca ha sido contrariada en su vida, hasta que se presentó la cuestión del casamiento. Quiere demostrar que nadie puede objetar *su* resolución, especialmente desde que la joven ha cortado con ella. En consecuencia, ha tramado esta historia de que Ralph ha ido a la oficina. El inconveniente fue que Stanfield no comprendió, hasta el último momento, lo que valdría acusar a Ralph del asesinato. Se lo hice ver. Cuando llegamos al verdadero apuro fue demasiado cauto o fundamentalmente lo que se llamaría demasiado decente. Vaciló.

—Se me ocurre —dijo Curtis— que toda la historia... del revólver que sacaron de la oficina... es inverosímil. ¿O no? Si es verdad, el círculo está tan reducido como usted dice y Stanfield se convierte en su testigo más importante.

—Lo sé. Tendrá que habérselas conmigo mañana.

—Y con respecto a este ladrón que está detrás del permiso de portación de armas, ¿fue uno de sus subalternos?

—No, a no ser que Brille o Durrand lo hayan mandado; difícilmente lo hubiesen hecho en esa forma. Confieso que no comprendo al ladrón. Si...

Una misteriosa voz detrás de ellos profirió el ruido: «¡shist!».

Esta vez Curtis dio un salto y echó una maldición con el vigor de Bencolin. Justamente detrás de ellos, a la vuelta del corredor, había una ventana con cortinados de terciopelo oscuro. Sobresaliendo entre las cortinas, asomaba la cara de un hombre como si fuera una placa ornamental. Era una cara redonda de extraordinaria fuerza, con un pequeño parche cuadrado de bigote negro, tan largo como ancho, y un par de anteojos con cadena de oro: el parecido con la placa ornamental disminuía porque el todo estaba coronado con un sombrero hongo. Después de echar una rápida mirada a lo largo del corredor, la figura de la placa habló amigablemente.

—¡Ah, muchachos! Buenas noches —dijo.

—Así que era usted —dijo Bencolin al reconocerlo—. Baje pronto de ahí.

Después de una serie de violentas sacudidas detrás de la cortina, dio un salto un hombre pequeño con el pecho prominente. Estaba vestido de negro; de tipo urbano andrajoso, usaba un par de amplios guantes de algodón blanco y el bolsillo superior lleno de lápices.

—Permítame presentarle —dijo Bencolin—, Mr. Curtis, M. Jean-Baptiste Robinson.

El recién venido metió un dedo entre dos botones de su chaleco como si fueran a fotografiarlo y habló con seriedad.

—Auguste Dupin, de *L'Intelligence*; un pobre maestro en artes, egresado de la Universidad y un graduado en leyes en Estrasburgo —anunció—. Ahora, como usted ve, dedicado al estudio del crimen, como mi gran predecesor, Edgar Poe.

—Ésa es otra obra instructiva —refunfuñó Bencolin—. Todavía tendría que oír a Edgar Poe arrastrándose por las escaleras de incendio y registrando los cuartos de la gente, en busca de permisos de portación de armas. ¿Fue usted, no es cierto?

—Edgar Poe no veía dificultad en llegar a la luna, *monsieur* —dijo Robinson con dignidad. Se dirigió a Curtis con aire alegre y confidencial—. ¡Ja, ja, ja! Lo tengo en el bolsillo a este viejo bromista y él lo sabe. Está celoso de mí. Antiguamente era yo el único que lo aventajaba. Yo no tenía su buen brazo derecho, no podía darle una manotada... así y... así; pero en cuanto a la inteligencia, es diferente. Veo que tiene mi artículo de *L'Intelligence*. Esto lo demuestra.

—¿Usted sabe que por eso podría hacerlo meter preso?

Robinson se acaloró, picado por su tema favorito.

—No se atreverá —dijo—. El poder de la prensa me protege. No, se atreverá, ¡le digo! Además (no voy a hacer una disertación ahora), tengo algo para proponer en cambio. Tengo algo que usted desea muchísimo.

Abrió su abrigo y, buscando en el bolsillo interior, extrajo y levantó en la mano enguantada de blanco una media botella vacía de *champagne Roederer*.

Hubo silencio, salvo un ruido de Bencolin. Muy lentamente, Robinson hizo girar la botella y rebosaba de contento detrás de ella, con su pecho prominente y los anteojos que le brillaban.

—¿Usted no va a decirme —dijo Bencolin— que encontró *esto* en las

habitaciones de Mrs. Toller?

—No, no. La encontré enterrada en la tierra de *Villa Marbre*, donde me condujo mi talento para encontrarla.

—¿Cuándo la encontró?

—Avanzada la tarde.

—¿Entonces por qué diablos no la entregó usted a Durrand o a mí?

—Soy periodista, *monsieur* —respondió Robinson con orgullo—. Mi primera obligación es para mi editor y para mi público. Primero debía llevarla a la redacción de *L'Intelligence* para que la examinaran.

—Confío en que hayan sacado provecho de haberla visto. ¿Usted nunca ha oído hablar, supongo, de impresiones digitales?

—En eso se equivoca, *monsieur*. Observe mis guantes. En la oficina de *L'Intelligence* hay un equipo perfecto para tomar y descifrar las impresiones digitales. Convencí al editor de que lo comprara después de aquel asunto de los Sewers, de Clichy. Desgraciadamente, ha habido muchas manos en el plato, y encontramos, ¡ay!, que tomábamos las impresiones de todo el mundo; pero había sido enterrada hacía varias horas en la tierra y no creo, de todos modos, que hubiésemos encontrado ninguna impresión digital sobre ella.

Bencolin tomó la botella y la dio vuelta en la mano. La olfateó.

—Tierra —dijo—; no, espere. —Y olfateó de nuevo. Robinson, con el pecho prominente, observaba con el mismo aire de orgullosa dignidad. Luego Bencolin cruzó el corredor con la botella para tener mejor luz y la examinó con detención—. ¿Estaba el corcho? —preguntó.

—No había corcho. ¿Pero observa usted lo que se ha hecho en el fondo de la botella, donde está la profunda depresión, en forma de copa, con que nos trampean la botella llena?

Bencolin fijó allí la vista.

—Sí, ha sido hecho con mucha torpeza.

—Alguien —explicó Robinson a Curtis— ha cortado el fondo de la botella y lo ha repuesto. Uno de nuestros colegas, que ha trabajado en América, ha explicado que, en otra época, ésta fue una costumbre de los *bootleggers* norteamericanos. Así se pronuncia, ¿eh? El licor se «cortaba»..., ¿eh?..., con sustancias inferiores. Luego el pedazo de vidrio se reponía, se lo exponía al calor intenso y el vidrio ablandado cerraba las junturas. Jamás he oído que nadie lo hiciera con *champagne*. Con ginebra o *whisky*, sí, Pero con *champagne* es simplemente ridículo, y dudo que se pueda hacer.

Por un tiempo, Bencolin permaneció contemplando la botella. Luego se volvió con creciente sorpresa, alegría y certeza.

—¡Excelente! —declaró palmeando la botella—. Esto sobrepasa mis esperanzas. Jean-Baptiste, usted es el mejor hombre del mundo y, si tengo razón, *L'Intelligence* tendrá la historia para probarle a usted que estaba equivocado. —La mantuvo firme

—. Mírela. Ve delante de usted una botella que ha servido para un fin tan extraño como ninguna otra botella lo ha servido...

Robinson lo miró con alguna aprensión.

—¡Bah!, está haciendo misterios. ¿No nos querrá decir que metieron veneno dentro de la botella?

—No.

—Una tableta para dormir, entonces. Lo adiviné. Quiero decir, mi razón decía...

—Todavía no comprende el verdadero sentido y tampoco el chiste —lo acosó Bencolin haciendo girar la botella en la mano. Miró a Curtis—. Mañana, digamos a mediodía, le daré una gran parte de la explicación..., como he prometido. Pero mi promesa debe ser rectificada. Le dije esta tarde que sabía el nombre del asesino, pero que no podía explicarme todas las circunstancias; encuentro ahora que las ruedas transportadoras y mi universo han girado. Puedo explicar todas las circunstancias del enigma de la *Villa Marbre*, pero (es el mejor chiste del mundo) no conozco el nombre del asesino.

## CAPÍTULO XIII

### CONTINGENCIAS DE UN PICNIC

Aún cuando estaba profundamente cansado, y habiéndose quedado dormido como arrastrado por un torrente, Curtis pasó una noche inquieta. Soñó continuamente. Sus sueños no eran las fantasías muy confusas que siempre se describen en las novelas; la mayor parte tenía suficiente sentido, pero las caras aparecían y desaparecían; la de Magda Toller figuraba algunas veces en forma extraña. A las diez y media se despertó, la mañana era triste y calurosa y corría muy poco aire fresco.

Estaba tomando el café con panecillos, junto a la ventana, cuando sonó el teléfono para advertirle que subía Ralph Douglas. Éste asomó la cabeza en la puerta con aspecto apesadumbrado, se sentó e hizo girar el sombrero en las manos.

—¿Cómo está usted esta mañana? —Preguntó Curtis—. ¿Se siente más animado?

Comprendió que era mejor no exagerar las maneras del médico al lado del enfermo, pero Ralph no lo notó.

—No —admitió Ralph.

—¿Qué hay de malo?

—No sé. —Habló con tristeza—. ¡Oh!, por un lado creo que es Magda. Ella... ella no es exactamente la misma de siempre, está intranquila, inquieta o algo así. Cuando anoche salimos a cenar, al referirle un cuento de carreras, comprendí que no escuchaba una palabra de lo que yo decía, y es el mejor cuento que conozco. Estas cosas lo ponen a uno incómodo. Es el fin de muchas hermosas novelas.

—Probablemente estaría pensando en la gratitud y en su madre.

—No, no es eso. Cuando Magda toma una resolución, la mantiene. —Meditó dando vueltas al tema, como si hubiese descubierto un nuevo aspecto; luego se sonrió—. Hay algo más. Esta mañana, cuando me desperté, tuve una fuerte impresión. Cuando era chico, una mañana me desperté, o medio despierto, vi una serpiente grande que sacudía la cabeza por la puerta del rincón del dormitorio y me miraba. Supongo que en realidad fue un sueño, aunque podría jurar que vi aquella serpiente en la vida real. El asunto de esta mañana fue igual. Me desperté y había alguien sentado sobre una silla a los pies de la cama. No sé cómo entró. Nadie parece saberlo. Era un hombre bajo, de cabeza redonda y bigote como el de Hitler...

—¿Eh? —Dijo Curtis—. ¿Así que usted ha visto a Jean-Baptiste? Lo sé. No se sorprenda si más tarde salta de un tintero o de una sopera. Nos anda rondando.

El ceño de Ralph gradualmente se volvió alegre.

—De todos modos, allí estaba, sentado tan fresco y fumando uno de mis cigarrillos. Dijo que era Auguste Dupin, perito criminalista de *L'Intelligence*. Le pregunté si le gustaría que lo arrojara por la ventana. ¡Al diablo con su desfachatez! Tiene un modo frenéticamente serio y habla tanto que la persona a quien está entrevistando no puede meter baza, de modo que es imposible enojarse. Por lo menos

no yo. —Ralph se rascó la barba—. Luego, en una forma misteriosa que no recuerdo, me di cuenta que estaba invitado a desayunarse conmigo. Cualquiera que diga que los franceses no pueden comer nuestro *breakfast*, jamás ha visto a J. B. Robinson bogando en un plato de huevos con tocino. No comía, limpiaba el plato. Pero ése no es el asunto.

Nervioso, Ralph se levantó y miró por la ventana. Sus anchos hombros estaban caídos, pareció acomodarlos para abordar el tema que tenía en la cabeza.

—Quería saber en realidad cuál era la teoría de Bencolin y pensaba que yo podría decírselo. Le señalé que yo era la persona menos indicada del mundo para saberlo. Dije que la última vez que vi a aquel caballero me echó una mirada tan desagradable que a cada momento esperaba que me colocara las esposas.

Curtis tuvo la sensación de un nuevo temor. Dejó la taza de café con alguna prisa e intentó que su voz fuera natural.

—Dígame, espero que usted no habrá hablado demasiado... ¿Estuvo evasivo? Porque si no, lo leerá todo en los periódicos de la tarde. No conozco bien las leyes de Francia contra la difamación, ni siquiera si existen tales leyes sobre esta materia. ¿Qué dijo usted?

—No gran cosa —respondió Ralph después de una reflexión que terminó con alivio—. Como digo, el hombre habló tanto de sí mismo, que no tuve oportunidad de hablar, pero de cuando en cuando interrumpía y lanzaba una pregunta. También es raro lo que tiene metido en la cabeza. Me preguntó qué pensaba yo sobre Mrs. Toller. Dije que era una vieja cualquiera, por supuesto...

—*Usted dijo...* —rugió Curtis y calló aterrado—. Será suficiente para un principio. Técnicamente se reconoce como calumnia. Tengo que hacer callar a Jean-Baptiste aunque lo estrangule. ¿Todavía no ha aprendido nada mejor que hablar para los periódicos?

—Bueno, el hombre dijo que era un perito criminalista y no un reportero —se quejó el otro—. Además, nunca toman bien lo que usted les dice. Mire aquel asunto del club nocturno. De todos modos, se me da un bledo, porque ocurre que exactamente ella lo es, y si quiere perseguirme por daños y perjuicios, que lo intente. También dije, en caso de que le interese, que todas las cruzadas pro temperancia y contra el juego de Mrs. Toller disimulaban, probablemente, una treta para estafar a la gente honesta. Ella es una fullera como jamás he visto otra.

—¿Y a Jean-Baptiste le gustó esto, supongo?

—Le encantó. Pero aquí está lo raro. En realidad, a pesar mío, le he hecho un servicio al pobre tipo, y Jean-Baptiste puede publicarlo si gusta. —Ralph se inclinó con una agitación increíble—. ¿Sabe usted lo que tiene metido en la cabeza? Cree que Mrs. Toller es la asesina.

—¡Hum!

—Créase o no, él lo cree. La idea es que Mrs. Toller tiene debilidad por Bryce y, puesto que no puede casarse con él (por lo menos no sin atar a Bryce con una soga y

darle éter antes de que llegue el clérigo), está resuelta a entregarle a Magda.

—Y *Miss Toller* está... —empezó Curtis con lentitud.

—¿Por qué *Miss Toller*? ¿Por qué tanta formalidad?

—Bueno, ¿Magda quiere a Bryce?

Ralph lo miró con una expresión nueva y algo indómita.

—¡Oh!, supongo que le gusta, pero quizá no tanto como lo cree Bryce. Analicemos a Mrs. Toller desde el punto de vista del enérgico Jean-Baptiste Dupin o como diablos sea su nombre completo. Su opinión es que todo este asunto es un arreglo, urdido de antemano, dirigido únicamente contra mí para desacreditarme ante los ojos de Magda y armar tal alboroto público que cortaríamos. Me halaga. Me siento muy halagado. Lo que es más, no me agrada Mrs. T., y nada me alegraría más, que descubrir que ella es una notable asesina que ha estado llevando una doble vida. Pero es la tontera más grande que haya oído en mi vida. ¿Cree usted que alguien, que no esté en un asilo de alienados, va a cometer un *crimen* solamente para desacreditar a alguno? Son tonterías, cuando hay tantas formas. ¿No está de acuerdo?

—Sí —dijo Curtis—, lo he pensado siempre.

—Y hay otra cosa —continuó Ralph caminando a lo largo del cuarto—. Aparte de que nadie sea loco de remate para hacerla, la persona debe tener por los menos sus sentidos para comprender que tendría, precisamente, el efecto opuesto sobre Magda. Si se supone que yo he matado a Rose, es para deshacerme de ella y taponarle la boca para que Magda no lo sepa. Es exactamente lo que haría decir a una joven: «Lo hiciste por mí», desfallecer colgada de mi cuello y prenderse más fuerte que antes. ¿Me sigue? Si la intención de la treta es conseguir que yo sea convicto del crimen, entonces es más sencillo. En ese caso...

Llevó el filo de la mano detrás del cuello e hizo un movimiento horrible, muy a lo vivo, de agachar la cabeza. Luego se puso ceñudo.

—... en ese caso, mi cabeza queda separada del cuerpo y admito que no estoy en condiciones de casarme con nadie. Pero parece demasiado drástico. Además, si el verdadero asesino se ha metido en todas estas terribles dificultades para comprometerme, ¿por qué demonios ha descuidado la parte de su plan que le era más necesaria? Quiero decir, asegurándose de que yo no podría probar dónde estaba a la hora del crimen... Esa coartada mía rompe todo el asunto. ¿Por qué no fui yo reclamado de lejos, con el señuelo de un llamado telefónico u otra cosa, a la manera como lo hacen en las novelas policiales? Sin embargo, el asesino nada hizo. No, mi amigo. No marcha.

—Oiga, usted está inspirado esta mañana —dijo Curtis mirándolo fijo—. ¿Qué ocurre? Todos parecen inspirados, excepto Bencolin. Es tiempo que demuestre lo que dicen que es capaz de hacer.

Ralph se calló un poco avergonzado.

—Este..., sí. Pero el asunto empieza a marchar, y usted admitirá que tengo mucho que ver con el resultado. No, a Jean-Baptiste le argumenté que nadie planearía todo

esto *únicamente* para acusarme; necesitábamos una lista de los amantes anteriores de Rose, porque ahí es donde probablemente encontraríamos al asesino. Dicen que De Lautrec está ahora descartado como seriamente culpado. ¿Es esto verdad?

—Parece definitivamente descartado.

—Entonces me intriga qué tendrá Bencolin oculto en la manga... Vea usted, amigo —Ralph vaciló—, es lo que estoy por decir desde hace rato. Jean-Baptiste dice que Bencolin le pidió a usted que viniera hoy a su oficina para una pequeña demostración o esquema de este asunto. Jean-Baptiste dice que daría cualquier cosa por estar en esa conferencia, pero que Bencolin interpreta mal sus motivos y no se lo permite. Dice que a menudo se disfraza cuando revela sus informes, pero que si intentara entrar en la *Sureté Générale* con una barba postiza, lo echaría puntapiés. ¿Cree usted que habría medio de que yo entrara, o me echarían?

—Vale la pena intentarlo —dijo Curtis—. Venga.

No fueron echados. Al bajar, en el vestíbulo del hotel, Curtis encontr  (sorprendido) que Magda Toller los estaba esperando desde hacía tiempo. No parecía ella preocupada, sino complacida y traviesa, llevaba puesto el vestido blanco más primoroso que hubiese visto.

—Me he mudado a un piso más allá del *Rond-point*, pero todavía es un profundo secreto —explicó ella mientras subían al automóvil de Ralph—. Es espléndido, me siento como una *poule-de-luxe*.

Bajo un cielo triste y caluroso, cruzaron por el *Pont Neuf a l' le de la Cit *, donde los árboles disimulaban los edificios grises. En los Tribunales había el gentío de costumbre. A cierta distancia, Curtis, que estaba sobre aviso de Jean-Baptiste Robinson, podría haber jurado que lo veía hablar con una mujer que se parecía a Hortense Frey. Pero llegó tarde. Cuando quiso alcanzarlos, Robinson lanzó una mirada y pronto se alejó ajustando el sombrero hongo en la cabeza y moviendo las cortas piernas como ruedas. Curtis se quedó code ndose con la gente, renegando y con la sensación de que el perito en crímenes debía de estar tramando una diablura. Era posible que Bencolin estuviese enterado. Penetraron en el edificio del *Quai des Orfèvres* por una puerta baja, un agente los condujo arriba, por una construcción oscura y llena de vueltas (al pasar la puerta de un gran laboratorio, por ninguna razón aparente todos callaron), a una habitación en el piso superior. En el ambiente se escuchaba un débil susurro y lo llenaba un olor aún más débil a desinfectante. En este cuarto, Bencolin, sentado a un escritorio, tenía frente a él a una joven corpulenta, con pelo claro teñido; lloraba en silencio.

—Adelante —dijo Bencolin levantándose del escritorio—. Sí, son todos bienvenidos. Debo disculparme por el estado de este cuarto. Generalmente no se usa, pero no conozco mi posición en este asunto. M. Brille, el jefe de la *Sureté*, est  en este momento fuera de la ciudad, el magistrado investigador está ahora haciendo el interrogatorio de práctica a Mrs. Toller y a Mr. Stanfield —se al  con el dedo—, y yo estoy entre los dos departamentos como una especie de amortiguador. Parece que

hay un deseo general de que yo me haga cargo. ¡Giraud!..., unas sillas. ¡Ah, me olvidaba! Ésta es Mlle. Annette Fauvel, ex doncella de *Miss Klonec*, que está terminando su declaración.

La rubia corpulenta cuyos sollozos se asemejaban más a un canturreo que al llanto, se levantó con pesadez y se secó los párpados enrojecidos. Estaba bien vestida y hablaba con la entonación exacta que se llama de la *Comédie Française*: que tanto es una broma en Francia como las formas más gruesas de pronunciarlo son en Inglaterra.

—*Monsieur* —recitó evidentemente para defender su posición ante los recién llegados—, le he dicho cuanto puedo. Ignoro qué sospecha de mí. Puedo presentar testimonios de buena conducta de patronos más distinguidos que Mme. Klonec. Por alguna razón, usted parece sospechar que yo tuviese, malas intenciones sobre las joyas de *madame*. —Aplicó a su nariz un pequeño pañuelito de puntilla y se levantó—. A esta hora usted sabe, o debería saber, que esta mañana el abogado de *madame* abrió la caja de seguridad de su departamento y no se ha tocado ni un ópalo. Ahí tiene.

Bencolin la tranquilizó.

—Antes de retirarse, *mademoiselle*, permítame que me asegure de que usted sabe lo que ha declarado. Repito, entonces, una parte. El sábado usted salió a un *Picnic* con Mme. Klonec y M. De Lautrec.

La rubia asintió con un hondo suspiro.

—Salieron del departamento a las diez y media de la mañana, los tres, en el automóvil de M. De Lautrec. Llegaron a Auteuil donde M. De Lautrec tomó un bote en el río. Durante este tiempo, M. De Lautrec no se apartó de la vista de *madame* ni de la suya. ¿Está bien?

—Perfectamente.

—De ahí en adelante, estuvieron en el río, entre Auteuil y Billancourt. Usted seguía, con un botero, en otro bote alquilado. Durante este tiempo, Mme. Klonec y M. De Lautrec no salieron del río...

—No exactamente, *monsieur*. Una vez, por unas dos horas, colocaron el bote en un sauzal, al pie de una colina, para tomar su almuerzo, descansar y conversar, pero no dejaron el río porque no dejaron el bote. Yo podía verlos.

—A pesar de que el botero era su *flirt*, ¿está usted segura de haber...?

—¡*Monsieur*! —exclamó Annette indignada.

—Quería estar seguro —dijo Bencolin—. Muy bien. Usted regresó a la ciudad con ellos, al anochecer, y puesto que era su noche de salida, pidió que la dejaran en la estación del subterráneo de *l'Ecole Militaire*. Hasta donde usted sabe, ellos se fueron a casa. ¿Está bien? Gracias, buenos días. No, ésa es la puerta del laboratorio; salga por este lado. Bien.

Cerró él la puerta tras de ella, pero no antes de que hubiese lanzado una fuerte mirada sin pestañear a Ralph que lo hizo sentirse incómodo. Luego Bencolin se sentó

y contempló a sus tres huéspedes. En el pequeño cuarto quedaba él enorme. Ese día parecía tener una barba larga, un revoltijo de cejas, que le daban expresiones de burla, y un toque de caricatura desagradable que los bulevares conocían bien. Curtis volvió a experimentar la sensación que había conocido la víspera, en la *Villa Marbre*, de lo completamente extraño mezclado con lo siniestro.

—¿Así que ustedes quieren enterarse de las botellas de *champagne*? —empezó bastante amablemente—. Sí, Mr. Douglas, conozco la visita que Robinson le hizo esta mañana. Debe de estar usted muy versado en los hechos. Cualquiera cosa que le haya dicho Jean-Baptiste, presumo que le habrá hablado sobre una botella de *champagne* y una pistola automática calibre 22. También supongo que Miss Toller habrá oído hablar de esto. Así que podemos empezar sin demora. ¿Fuman ustedes? —Bencolin ofreció una caja de cigarrillos—. En el equipaje de Pierre Voisin, aquel que agarramos y ejecutamos hace dos meses, había mil cigarrillos turcos y de Virginia y, desde entonces, han abastecido la oficina del jefe. No, no se arrepientan, son perfectamente buenos; Pierre era un asesino, pero no un envenenador. Turcos de este lado, Virginia del otro.

—Tomaré uno de éstos —dijo Magda con una expresión igual a la de él—. Me dicen que se supone que (afrontémoslo) la automática que usted encontró ayer en la casa pertenece a mi madre.

—Usted la vio ayer, Miss Toller, como también Mr. Stanfield. ¿No la reconoció?

—No, y esto es extraño. ¿Cómo diablos puede George, o cualquier otro, reconocer un revólver en especial, sencillamente al mirarlo? Todos parecen iguales, por lo menos para mí.

—La vista de Mr. Stanfield está adiestrada —replicó Bencolin con aire jurídico—. Se me había ocurrido. No obstante, usted no niega que su madre posee una pistola como ésta, ¿lo sabía?

—Oh, todo el mundo lo sabe. Quiero decir..., bueno, quiero decir respecto a esa enorme tontería sobre ella..., usted sabe lo que quiero decir. Es tan tonto que ni siquiera puedo enojarme. Me pongo a reír cada vez que pienso.

—Es la teoría de Robinson. No es la mía.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó Ralph con tranquilidad.

Bencolin abrió el cajón del escritorio y extrajo un pequeño cofre de cuero claro. Encendió un cigarrillo que dejó humeando en el borde del escritorio pero no tomó el cofre.

—Al venir aquí —dijo—, ustedes habrán observado el laboratorio. No se agiten. No es ultramisterioso, ni siquiera ultramoderno. Aparte de la toxicología, se basa principalmente en la cámara fotográfica y en el microscopio, o una combinación de ambos: la fotomicrografía para los tribunales. Es una reunión laboriosa de cosas demasiado pequeñas para notarlas a simple vista. Creo (a pesar de que Mabusse debe corregirme en este punto) que el proceso de la fotografía, a través del microscopio, fue utilizado por vez primera, en el caso Eustachy, hace más de cincuenta años. Mi

tarea es dirigir al director del laboratorio; resolver quién pudo ser el criminal, que pudo haber hecho el criminal y, luego, decir dónde pueden hallarse indicaciones para un jurado.

»Iniciemos la historia del asesinato de Rose Klonec, empezando un poco después de las once y cuarto, el sábado por la noche, a su llegada a la *Villa Marbre*. Puesto que Hortense Frey es nuestro único testigo de lo sucedido allí, debemos aceptar su historia, a no ser que un examen más detenido encuentre en ella una falla. Hasta ahora, Hortense resiste la prueba notablemente.

»Hemos sabido, por Hortense, cómo llegó Rose Klonec a la casa, malhumorada y de mal talante. Era natural, puesto que se había visto obligada a desprenderse de algunas joyas valiosas para M. de Lautrec. Esto conviene. Hemos oído cuán contrariada y enojada parecía porque Mr. Douglas no estaba allí para recibirla. Esto conviene muy bien. Para llegar a este encuentro, que había esperado con impaciencia durante todo el día, había sufrido ella tropiezos; impresiones nerviosas y había entregado una buena cantidad a M. de Lautrec. Sin embargo, él, Ralph Douglas, no estaba allí y ni siquiera había dejado alguna excusa.

»Éste es su estado de ánimo a las once y cuarto. Se baña, la visten y acicalan; el tiempo marcha, paso a paso, pasta las doce, y todavía él no está. Según la declaración de Hortense, por entonces *madame* estaba en peligro de sufrir un ataque de nervios. Pide su media botella de *champagne* y manda a dormir a la doncella. El *champagne* queda, para alcanzar su grado necesario de enfriamiento, en un refrigerador sobre la mesa de la salita. De allí Hortense sale por la puerta del vestíbulo que entonces estaba sin llave.

»Si el tiempo pasaba lentamente antes, ¿cómo será ahora para *madame*? Recuerden que ella no tiene reloj y todavía él no está ahí.

»Cuando ayer vi por primera vez esos cuartos, mi creencia fue la siguiente: A alguna hora, entre las doce y cuarto y la una, *madame* tomó una resolución. ¡Le va a dar una lección desagradable a su amante! No se precipitará de regreso a París: no. Rose Klonec tiene alma prudente y no le conviene perder el amparo de Ralph Douglas; de todos modos, tal gesto no es de su agrado. Conoce uno mejor, uno más eficaz. Echará llave en todas las puertas por donde pudiera él penetrar a las habitaciones. Se preparará para acostarse. Tomará además una buena dosis de tabletas para dormir a fin de poder descansar apaciblemente, sin importarle cualquier disturbio que haya durante la noche; ni se despertará ni flaqueará. Luego tomará su trago nocturno de *champagne* y se acostará. Cuando al fin llegue el informal, que trate de entrar. Necesita que le den una lección y, aguijoneado por la pasión, la tendrá.

Durante este tiempo Bencolin había hablado con una solemnidad que hacía sospechar a Curtis porque era demasiado parecida a su estilo «oratorio», y ahora vio un rayo de alegría en la mirada de sus ojos: Su modo cambió por un momento, movió la cabeza y dijo:

—Comprendo. Usted cree que yo hablo igual que Jean-Baptiste Robinson, ¿eh?

Bueno, veamos si podemos probarlo.

»Tomemos el primer punto: echar llave a las puertas. Aquí dirán ustedes que estoy vencido antes de haber saltado el primer obstáculo. La puerta de la salita al vestíbulo estaba con llave: es verdad. La puerta del cuarto de vestir al vestíbulo estaba también con llave: es verdad. Pero la puerta del dormitorio al vestíbulo, por la que entraron ustedes, el domingo por la mañana cuando descubrieron el cuerpo, la encontraron sin llave... aunque la llave estaba puesta en la puerta, del lado de adentro.

»Cuando ustedes tres salieron ayer de la casa, y Mabusse y yo nos pusimos a trabajar, examiné la llave. Era una llave de clase común, cubierta por una ligera capa de incipiente herrumbre como la mayor parte de las llaves, y polvorienta por su larga permanencia en la cerradura. Bajo la lupa de bolsillo de Mabusse, el extremo de la llave tenía algunas curiosas rayas horizontales, como una franja alrededor de la punta, pues esta herrumbre es una superficie que se presta; pero las marcas eran muy débiles. Eché un vistazo al dormitorio, y unas de las primeras cosas que vi fue un par de pinzas.

»Casi todas las pinzas, como se sabe, tienen dentro de sus mandíbulas una serie de pequeñísimas rayitas horizontales como nervaduras, para que las mandíbulas puedan apretar mejor una superficie lisa. Pensé que sería conveniente también obtener una fotomicrografía de la llave junto con las pinzas.

Del cofre extrajo una hoja grande de papel fotográfico en la que se veía una forma grande negra que vagamente se distinguía como el extremo de una llave; estaba manchada de tal manera que las únicas marcas que se distinguían eran cinco listas horizontales y paralelas en blanco; tres de ellas débiles y confusas; dos estaban comparativamente claras.

—Está aumentado solamente cinco veces —dijo Bencolin—, pero estas marcas están frescas y bien fotografiadas. En estas otras hojas tenemos las pinzas, tomadas aparte y fotografiadas por separado, y finalmente el otro lado de la llave. En las diversas marcas, el labrado de las mandíbulas de las pinzas corresponde exactamente con las rayas de la punta de la llave. Mídalas con compás calibrador y no encontrará un milímetro de diferencia.

»Ahora aquí hay algo exacto. Rose Klonec ha echado llave a la puerta del lado interior. Pero alguien de afuera (aparece de nuevo el hombre de abrigo castaño) ha tomado un par de pinzas, ha agarrado fuertemente la punta de la llave, por el otro lado de la cerradura, y ha dado vuelta la llave para poder abrir la puerta.

Bencolin dejó a un lado las fotografías.

—Es un hecho que merece ser conservado en la mente mientras continuamos. No es sólo una llave para las puertas cerradas, es también una llave para todo el misterio. ¿Entienden lo que quiero decir?

## CAPÍTULO XIV

### LAS TRES PUERTAS CON LLAVE

Nadie habló. Bencolin recogió el cigarrillo encendido que estaba casi consumido en el borde del escritorio y lo colocó en un cenicero.

—Luego tenemos el dato de que, después de echar llave a las puertas, *madame* se desvistió y se preparó para meterse en cama. Conjeturo que, puesto que pensaba: ir directamente a la cama, su primera acción fue tragar tres tabletas de cloral en la copa de agua del cuarto de baño, para que el cloral tuviese tiempo de amodorrarla, comprenden, mientras se desvestía. Regresó en seguida al cuarto de vestir, dejando impresiones digitales en la copa del cuarto de baño.

»Ahora examinemos la prueba evidente de su resolución de ir a la cama. Ya existe una presunta buena prueba porque su ropa está colgada y doblada en la forma que le era peculiar. Esto no es todo. Todos observaron su cara cuando muerta y vieron que no tenía cosméticos, a pesar del despliegue de ellos sobre su tocador. Sobre este tocador, lo único que demostraba haber sido usado era un pote abierto de *cold cream*, crema de limpieza, cuya tapa estaba junto a él.

»Como en mis días de juventud he sido, *como* elegantemente lo dice M. Robinson, “un soltero de costumbres deportivas”, pude extraer ciertas deducciones. Le ruego a *Miss Toller* que me las confirme ahora. Ésa es la clase de crema con que las mujeres, en especial las mujeres de treinta y pico, untan su cara antes de acostarse para contribuir a la belleza de la mañana siguiente. Pero dígame, *Miss Toller*: si usted pensara encontrarse con un amante esa noche, en especial con uno que usted no ha visto desde hace casi un año y deseara impresionarlo, ¿se quitaría los cosméticos y se embadurnaría con la crema?

Magda sacudió la cabeza.

—¡Por cierto que no! Pero...

—¿Sí? —La incitó rápidamente Bencolin.

—Probablemente no es nada importante. Yo..., es decir, solamente pensaba...

—No importa, oigámoslo.

—Bueno, estaba sólo pensando por qué no pondría la tapa sobre el pote después de haberlo usado. Esa substancia se apelotona y se endurece pronto si no se pone la tapa, y si se deja descubierta mucho tiempo no sirve más. Tapararlo es un gesto automático, y usted dice que ella era un espíritu prolijo.

—¡Bien! —Dijo Bencolin con cierto entusiasmo—. Volveremos a eso dentro de un momento porque hay otra pequeña prueba en relación con ello. Entonces *Rose Klonec* se desviste, se pone el camisón de dormir y se sienta al tocador. Aquí observamos el asunto jocosos del *negligé* sin tocar. Se nota que antes de usar el *cold cream* se pone las chinelas pero no se pone el *negligé*. Ayúdenos otra vez: ¿Por qué no?

—Claro que no lo haría —le dijo Magda con cierta impaciencia—, si usted se refiere a aquella fantasía de encaje grueso que estaba colgada en el guardarropa, no correría el riesgo de embadurnarlo con las manos cubiertas de crema.

Bencolin se echó atrás en su silla.

—Muy bien. Ahora la tenemos sentada frente a su tocador, de camisón y chinelas puestas, aplicándose o preparándose para aplicarse *cold cream*. No está del todo pronta para ir a la cama porque todavía no ha cerrado las ventanas de la salita que dan al balcón, a la vista de la noche agradable que finalmente piensa darse pues (recuerden) hay una escalera exterior que da a ese balcón, y puertas con llave nada significarán si su trasnochado amante puede sencillamente entrar por la ventana. En ese momento recuerda la media botella de *champagne* que toma antes de dormir y que todavía está en el refrigerador en la salita. Va en su busca; la botella hasta ese momento no ha sido tocada.

»¡Ah, dice usted, pero hay un papá Dupin que se apresura a sacar conclusiones!, ¿por qué está tan seguro? ¿Cómo se sabe que ella no la había abierto y saboreado, puesto que Hortense la había dejado a las doce y cuarto? Bueno, cuando inspeccionamos los cuartos, por lo menos también eso se notaba. Se veía, sobre el lado derecho del tocador de palo de rosa, una marca redonda, la marca de una media botella manchando la madera. Esta marca bien notable había sido producida por alcohol y no por agua. Abundante substancia espumosa se había derramado por los bordes de la botella para formarla, como descubrió Mabusse, y era una indicación de que la botella había sido abierta allí sobre el tocador, donde Rose Klonec sirvió una copa para ella, al sentarse para terminar su *toilette*.

»Y luego fue interrumpida.

—¡Interrumpida! —repitió al instante Ralph.

—Por la entrada de alguien. Concentren su atención en aquel tocador porque todo se centraliza a su alrededor. ¿No ven ustedes cómo cambia la atmósfera, la escena se fija en el aire, los movimientos que se pueden atribuir a la mujer llegan a un alto repentino? Es interrumpida mientras se ponía *cold cream* en la cara puesto que no ha colocado la tapa en el pote. Es interrumpida después de abrir una botella espumante de *champagne* puesto que ella, espíritu cuidadoso, no hace un movimiento para limpiar la substancia derramada sobre un costoso tocador de palo de rosa. Al día siguiente, sus chinelas son halladas sin tocar, debajo del tocador, aunque, como se ha observado, no caminaría descalza sobre un piso de mármol. Las grandes ventanas de la salita no están cerradas con llave ni con las persianas corridas, aunque hubiese ella obstruido también esta entrada a la tardía llegada de un amante que la había hecho enojar. Allí, junto al tocador, de pronto todo *se detiene*. Si no se apartó del tocador con las chinelas puestas, ¿corrió lo hizo? ¿Y qué hizo en el instante de ese intervalo de interrupción?

»Tenemos un solo indicio de lo que pudo ella haber hecho. Sobre el puño del estilete de su pertenencia hemos encontrado una serie de impresiones digitales, claras

y nítidas, mostrando que había apretado el puño con fuerza. Creo que puedo decirles lo sucedido. Mientras estaba delante del tocador, vio u oyó algo que la aterró. Como único medio de protección, alargó la mano y cogió el estilete que estaba a su alcance dentro del cajón del tocador.

Todos los presentes se perturbaron un poco cuando Bencolin, con gesto apropiado, dio su primer paso como director de espectáculos, y a Curtis no le agradó. Durante la pausa habló Ralph Douglas.

—Comprendo —dijo Ralph, que estaba sentado al borde de la silla—. Ella oyó llegar al asesino que venía por la casa. Había entrado por la puerta de abajo y, después de afilar la navaja, subía. Esos vestíbulos de la casa son también de mármol sin alfombrar y debe de haber hecho mucho ruido para traer, empujándola, la mesa de servir cargada de fuentes...

—No —dijo Bencolin.

»Eso no marcha —continuó reflexionando con su voz pesada y lenta—. Admito que los vestíbulos están sin alfombrar y que sería muy cerca de lo imposible traer, sin hacer ruido, una mesa con cosas apiladas que expresamente suenan. Sobre todo, aunque nuestro personaje de abrigo castaño está preparado para todas las puertas cerradas, lo desafío a él o a cualquier otro, a poder abrir una puerta con un par de pinzas sin dificultad, y sin ruido que pueda ser oído dentro de las habitaciones. Vean estas marcas borrosas donde se han introducido las pinzas. Es ahí donde tropezamos. ¿Por qué se alarmaría Rose Klonec si oyera algo así? ¿Por qué agarraría un arma y casi derramaría una botella de *champagne* que mancha la mesa? Después de todo, era únicamente lo que esperaba oír. Podía sentir una satisfacción formidable, una sensación de placer en su resolución. ¿Pero esta repentina interrupción que la aleja del tocador sin sus chinelas? Recuerden, nada podía ver. Por lo que sabe, es únicamente Hortense. Permítanme que recalque que ella nada podía ver, las puertas estaban con llave, las ventanas del dormitorio también y con las cortinas corridas, las ventanas del cuarto de vestir estaban con cerrojo y con las persianas cerradas. En realidad, había, una sola dirección por la que alguien podía acercársele *de pronto*.

Curtis se enderezó.

—Ya veo —refunfuñó—. Por las ventanas abiertas que dan al balcón de la salita.

—Sí. Y ahora lo vemos acercarse con cautela a Rose Klonec. Ustedes habrán notado que el tocador está colocado de tal manera que su espejo mira oblicuamente hacia la puerta de la salita. Observé ayer, cuando miré al espejo, que podía ver su reflejo desde donde usted estaba parado en la puerta de la salita. Recordando que todavía estamos exponiendo teorías, les pido que se imaginen aquella decoración dorada de la salita, con su piso de mármol blanco y negro y las arañas encendidas en ambas habitaciones. Alguien subió por las escaleras exteriores del balcón, atravesó muy silenciosamente la salita, pero es necesario algo más que suavidad en el andar. Cuando Rose Klonec deja la botella y la copa y levanta la vista, ve otra cara reflejada, además de la suya. Alguien está de pie en el vano de la puerta, con una pistola

automática en la mano..., un arma de fuego, única arma en el mundo que, según nos ha dicho Mr. Stanfield, Rose Klonec temía.

—El hombre de abrigo... —empezó Ralph, pero Bencolin alzó la mano y lo paró.

—No —dijo Bencolin otra vez—. ¿Alguno quiere un cigarrillo?

—¡Vamos!, esto es como el gato y el ratón —interpuso Curtis con calma—. ¿Le divierte a usted?

—Es sencillamente un intervalo para reflexionar. Aprovéchenlo. No caigan en el craso error (como me ocurrió ayer) de creer que la persona que subió por el balcón, revólver en mano, era el hombre de abrigo castaño y sombrero negro. Es lo que empaña el espejo y tuerce todas las líneas. Fue la causa de gran parte de mi dificultad; mi situación era la siguiente: debía yo presumir..., y aún tengo que presumir, puesto que es verdad..., que Rose Klonec fue atacada inmediatamente después que esa persona x entró por la ventana con el revólver. Ella fue de alguna manera arrastrada al cuarto de baño y se le hizo esa cruel incisión en el brazo con el estilete, para que se desangrara.

»Era completamente natural pensar que el hombre de abrigo castaño pudo haber trepado al balcón y pasado por la ventana. ¿Por qué no? Si iba hacia el fondo de la casa, por la calzada llegaría directamente debajo del balcón que tenía todas las ventanas abiertas. Podía subir allí aunque sólo deseara echar un vistazo y explorar. Muy bien; sube... y la mata, como lo he indicado.

»Pero *después*, si intentamos aceptar esta teoría, su conducta es el más espantoso fárrago de insensateces que haya yo visto jamás.

»La ha matado con el estilete. Después, baja por la escalera del balcón, dejando todas las puertas del vestíbulo cerradas con llave por dentro. Va al fondo de la casa, entra por aquella puerta y despierta a Hortense. Es obvio que permite que Hortense lo vea afilar una navaja que no piensa utilizar para Rose Klonec porque ya la ha matado con el estilete. Aquí volvemos a tropezar con una abundante profusión de armas. Este hombre llegó a la casa provisto de una pistola automática y de una navaja, y no las usó. En lugar de cortar el brazo de ella de un navajazo, eligió el método difícil e incierto de hundirle el estilete. Luego baja y afila la navaja.

»Si hasta aquí su comportamiento ha sido excéntrico, ahora salta a la locura. Agrega todavía otra botella grande de *champagne* a la mesa de servir que Hortense ha preparado. La sube. En lugar de abrir la puerta del dormitorio, cuando antes estuvo en ese cuarto, empieza ahora a tontear con un par de pinzas para abrirla desde afuera. Él..., bueno, no necesito continuar. Ustedes ven las anomalías una sobre otra.

»Y entonces me despabilé. Me despabilé porque era preciso hacerme esta pregunta: A no ser que este hombre sea diez veces más loco que una liebre saltarina ¿qué demuestra este proceder? No es muy difícil adivinarlo.

«*Hubo dos personas relacionadas con el crimen, trabajando cada una independientemente de la otra.* Una era el hombre del abrigo castaño y la otra era x. El primer hombre intentó matar a Rose, su arma sería la navaja y había preparado

toda esta esmerada treta para ella. Dentro de un momento verán ustedes cómo había planeado esta treta, pero puedo asegurarles que, bien comprendido, su comportamiento fue todo menos insano. La dificultad fue que x se cruzó en medio de su plan.

»Mientras que el hombre de abrigo castaño se estaba preparando, x actuaba. Fue x, y solamente x quien tenía la pistola. x subió por el balcón a la una o antes. Entonces tuvo lugar el ataque a Rose Klonec; el acto salvaje fue consumado, y la mujer, muerta antes de que nuestro hombre de abrigo castaño llegara a la casa. Mucha parte de lo que ha parecido su misteriosa conducta se les va a aclarar gradualmente. Continuaba sus preparativos sin saber que la víctima elegida ya estaba muerta. Me aventuro a pensar que la peor impresión de su vida había sido encontrar en realidad muerta a Rose Klonec, a quien suponía simplemente en cama, durmiendo placenteramente, con el camisón puesto y cubierta por las frazadas.

Bencolin hizo una pausa.

—Pero estamos tratando de x. ¿Saben ustedes qué hizo x...?

Magda Toller le interrumpió.

—¿Lo que hizo *quién*? —Gritó y su ademán hizo caer el bolso de sus faldas—. Tienen razón, esto es como jugar al gato y al ratón. Usted no puede hacerlo. No..., no es justo. Usted no puede hacerla. ¿Quién es este x? Si lo sabe, ¿no puede decírnoslo? ¿Quién hizo todas estas cosas y cortó su arteria?

Bencolin apoyó los codos sobre el escritorio y habló con mucha indulgencia.

—Usted, *Miss Toller* —dijo.

## CAPÍTULO XV

### LA BOTELLA DEL ALQUIMISTA

No somos tan rápidos para comprender como para pensar; no oímos más que lo que razonablemente esperamos que diga la otra persona y, cuando algo parecido sucede, el cerebro gira como un disco de fonógrafo, antes de que la púa tome el surco. Así le ocurrió a Curtis, que lo comprendió un segundo antes que Ralph Douglas.

Se volvió para mirar a Magda. Estaba recostada en su silla, los hombros un poco caídos y encorvados al apoyarse; la cabeza también algo inclinada, el oscuro cabello corto caído hacia adelante sobre las mejillas, y por debajo del ala de un sombrero blanco puesto de lado, todo el tiempo miraba a Bencolin con ese mismo modo cauteloso que Curtis le había visto el día anterior en la *Villa Marbre*. Luego, al sonreír, aparecieron los hoyuelos en las mejillas.

—Es absolutamente ridículo —dijo ella.

Si en ese momento no hubiese oído su voz, Curtis habría reído. Pero la oyó y supo que Bencolin estaba en lo cierto. No era oportuno pensar en otra cosa.

—¡Oh, *Dios mío!* —susurró Magda, los ojos se le llenaron de lágrimas.

No hubo reacción de parte de ninguno, puesto que ni siquiera Ralph parecía comprender lo que ocurría. Dijo algo primero, balbuceando una blasfemia entre dientes que terminó en un «No diga sandeces», expresado con tal falsa y sombría incredulidad que sonó como un viento distante. Lo primero que le impresionó fue que Magda estaba temblando. Luego él también se despabiló.

—¡Escuche! —protestó—. Esto va demasiado lejos. Es una broma y por demás pesada. Si por un momento pensara que lo dice en verdad yo..., no sé..., yo...

Bencolin no se había movido. Estaba sentado con el codo apoyado en la mesa, la muñeca bajo la barba, mirando con tranquilidad a Magda. Se levantó con la protesta de Ralph y frunció el ceño.

—Tenga la bondad de bajar la voz —dijo—. Recuerde donde está, está en la policía. Algunos de mis colegas no tratan los asesinatos con el mismo ojo tolerante que yo. Hágame el favor de cerrar la puerta con llave. No quiero necesariamente tenerlo a usted adentro, pero sí deseo mantener afuera a los otros, mientras resolvemos lo que se va a hacer en este caso.

Magda temblaba tan terrible y silenciosamente que hacía pensar a Curtis qué podría *él* hacer. En alguna forma debía salvarla; le lanzaría una púa, aunque ponerse en contra de Bencolin sería en vano. Éste había tomado un vaso y una botella de coñac del escritorio sirvió un par de dedos del alcohol, después de mirarla puso otro poco y se lo dio sin decir palabra.

—¿Sabe una cosa? —dijo Curtis a Bencolin—, he estado pensando si usted cree en estas tonterías más que el resto de nosotros. *Miss Toller* —dijo mirando ahora a la joven—, una acusación como ésta, arrojada a la cara en medio de todas estas

tramoyas policiales, es capaz de trastornar a cualquiera. Yo, en su lugar, no diría nada porque puede ser mal interpretado.

—Oh, ¿de qué sirve? —preguntó Magda desganada. Y añadió con mucha intensidad—: En mi esfuerzo por cortar con las restricciones, he dado, por cierto, un primer paso maravilloso, ¿no es así?

—¡Mi Dios, Mag, no! —dijo Ralph.

—Sin embargo lo he dado. Deberías ver tu cara en este momento. Jamás he visto algo tan gracioso en mi vida. ¡Bu! —Alzó los dedos como garras y los meneó en el aire haciendo una cara extraordinaria. Su volubilidad llegaba casi al borde de la histeria—. Estás sentado al lado de una persona que se confiesa asesina. ¿No se te pone la carne de gallina? ¿No quieres huir? ¿Por qué no escapas?

—Tranquilízate —le dijo Ralph con dignidad, aunque miraba con aprensión hacia la puerta para asegurarse de que estaba con llave—. Nadie va a abandonarte. Lo único es..., bueno, éste es un asunto endemoniado que te ha caído de repente, ¿no es cierto? No puedo hacerme a la idea de que alguno no dirá: «Bueno, hemos tenido una buena diversión, olvidémoslo y sigamos con el verdadero asunto». Pero si nadie lo dice, ¡por el amor de San Miguel!, habla. ¡Crimen! Lo peor..., quiero decir que...

—¿Por qué habría de impresionarse usted tanto cuando ella le dice equivocadamente —la cautela de Curtis casi resbala en su amargura—, le dice equivocadamente que hizo esto con Rose Klonec porque ella lo ama? ¿Se impresionó tanto ella cuando oyó que lo acusaban a usted de haber hecho lo mismo por causa suya?

—No. Pero entonces no tenía motivo para ello —dijo Ralph—. Sabía que no era verdad.

La salida fue tan inesperada y tan grave que Curtis pestañeó. No había duda que Ralph tenía infernalmente razón; la santidad de la ley debe ser conservada, de lo contrario no se podría leer ni cantar otra vez; pero en este caso todos sus instintos rebeldes se alzaban en contra. Las tres palabras «yo he matado» alteraban asombrosamente poco. En su estado de enloquecimiento, buscando una solución, miró a Bencolin. Éste había vuelto a su silla y observaba los acontecimientos con la misma mirada interesada de crítico.

—No lo hice a causa de Ralph —dijo Magda en un rápido arranque por sobre el borde del vaso—. A lo menos era la mínima parte. No sé por qué lo hice. No. lo sé. Quizá porque mi padre fue ahorcado, y lógicamente se repite la historia. No *quise* hacerlo, aun cuando fui a aquella casa para ver si realmente Ralph andaba con ella como decía mamá... Pero la vi parada allí, en aquel cuarto de vestir, con su cara grande, pálida y fría; borracha como en el refrán de *Davy*; con el *cold cream* en las manos, y pensé en todo lo que habla sido capaz de conseguir, Dios sabrá por qué, cuando yo no comprendía cómo era posible que consiguiera algo. Luego se me acercó con aquel estilete y...

Magda no pudo terminar el coñac. Dejó el vaso sobre el escritorio.

—Desde entonces he tratado de imaginarme qué me sucedió. Fue la idea más terrible que jamás se me metiera en la cabeza; porque ni siquiera pensé en hacer fuego contra ella, con el revólver en mi mano. Pero ella había hecho correr la sangre de cuantas persona había encontrado. Pensé que, en cambio, se debería hacer correr la suya. Nada digo en mi propia defensa, salvo que no me sentía capaz de llevarlo a cabo. Cuando estuvo colgada sobre aquella bañera, no pude hacerlo. De repente me asusté y me sentí mal, agarré la toalla e intenté parar la sangre para hacerla revivir y demostrarle que no lo había pensado hacer. Pero no había tanta sangre dentro de ella como ustedes, hombres, parecen creerlo. Era demasiado tarde. En cuanto se me pasó la turbación, vi que estaba muerta. —Se tapó los ojos con los puños—. Todo cuanto deseo saber es cómo pudo usted comprender que yo lo había hecho. Fui terriblemente cuidadosa. No huí. Hasta había tomado aquella daga con una toalla y limpié todo donde podía haber dejado aquellas impresiones digitales de que se habla. Solamente, y esto es muy curioso, cuidé de todas las pequeñeces y salí de allí olvidándome de la pistola automática que dejé a la vista tirada en medio del cuarto.

Se echó a reír.

—¡Míreme! —dijo Bencolin rápidamente. Se encaró contra su mirada atemorizada y la sostuvo, ella no pudo apartar la vista y nadie en el cuarto se movió—. Este caso se refiere a otra persona, ¿me comprende? No a usted. Usted lo ve de afuera. Voy a decirle exactamente lo ocurrido y por qué ocurrió, mientras tanto no sufrirá usted otra crisis.

»Usted dejó rastros, *Miss. Toller*. No es mérito mío haberlos encontrado. Lo sabrá para que no sufra de histerismo. —Su voz se había moderado otra vez—. Estos rastros aparecieron claros ayer en el muy rápido examen de las habitaciones. Rose Klonec había sido arrastrada desde el cuarto de vestir hasta el de baño, proceso laborioso, dejando de lado las chinelas debajo del tocador. No fue verdaderamente metida dentro de la bañera, sino arrastrada junto a ella y dejada allí con el brazo derecho colgando sobre el borde.

»Por las indicaciones, todo era claro. En el canasto de ropa usada, en el cuarto de baño, Durrand encontró tres toallas. Dos estaban todavía mojadas pero sin manchas, la tercera completamente seca, pero en un lugar tenía pequeños rastros de sangre fresca. Si una persona es sumergida dentro de una bañera llena, cuando mana la sangre de una arteria cortada que tiñe el agua, o aún tendida en una tina vacía con agua que corre, el cuerpo estará manchado con sangre aguada cuando se lo saque de la bañera. No había tales manchas sobre el cuerpo de Rose Klonec. Por otra parte, no la habían secado porque las dos toallas húmedas no estaban manchadas en forma alguna y la toalla recién manchada estaba enteramente seca.

»Había tenido otro uso, en realidad, esa toalla manchada. Mabusse les dijo ayer todo cuanto había. Para evitar las impresiones digitales, el asesino había tomado el estilete con esa toalla y lo había agarrado por la mitad de la hoja triangular. No había impresiones; pero la hoja, que en ninguna parte tiene más de media pulgada de ancho,

alguien la había rozado con la mano. Una indicación similar de la palma de la mano se encontró en el borde de la bañera, donde alguien se había apoyado. Alguno, después de limpiar la pistola automática, había dejado parte de otra impresión de la mano en el mango. Todas las marcas eran muy pequeñas, la más grande de no más de una media pulgada, en cualquier dirección, y razonablemente podían habérselas considerado como inofensivas. No lo son. Son peligrosas.

Ralph interrumpió con voz ronca.

—De nada sirve. Sobre las manos no hay nada identificable; lo he leído. No tienen señales características como los dedos...

—La mano tiene poros. No me miren ustedes en esa forma. No es nada nuevo. Es un descubrimiento del Dr. Locard<sup>[3]</sup> y se utilizó hace largo tiempo en el juicio de Simonin, en Lyon, en 1912. Yo soy solamente un espectador lego; Mabusse hace el trabajo. ¿Saben ustedes, sin embargo, que bajo el microscopio los poros sudoríferos de la mano se ven con tanta claridad y apartados como agujeros hechos por otros tantos alfileres? Una fotomicroscopia los muestra de esta manera. Se pueden identificar las impresiones contando el número de poros en un espacio dado. Así como varían las líneas de los dedos, varía el número de poros en cada individuo. Aquí, por ejemplo —abrió el cofre— tenemos cuatro fotografías en cada una de las cuales está marcado el mismo espacio dado. Las marcas de las líneas son bien blancas, separadas por rayas negras, y sobre las líneas blancas, cada poro muestra, en negro, el tamaño de una cabeza de alfiler. Además de algunas señales características, cada una tiene ochocientos cuatro puntos de concordancia.

—¿Pero estas...?

—Son suyas, *Miss Toller* —dijo *Bencolin*—. Las tres primeras son del estilete, del borde de la bañera y de la pistola automática; la cuarta proviene de la manija de la puerta de su automóvil.

»Su comportamiento de ayer, en la *Villa Marbre*, fue como para despertar nuestra curiosidad y, por lo menos, para que buscásemos una posible confirmación, cuando se descubrieron las tres primeras impresiones, Ayer a mediodía apareció usted en la casa muy inesperadamente. La vi entrar. Penetró con su coche, se apresuró al dar la vuelta de la casa y vio usted a Mr. Douglas que salía por la puerta del fondo. Rara vez habrá habido alguien más sorprendido que usted al verlo. Tuvo que preguntarse dos veces si veía bien. Cuando él le preguntó qué hacía en ese lugar a mediodía, en domingo, contestó apurada que alguien le había telefoneado esa mañana para decir que Ralph Douglas se veía en dificultades en la *Villa Marbre*. Si eso fuese verdad, ¿por qué habría usted de demostrar sorpresa al verlo a él allí? No era en realidad importante pero merecía no descuidarlo. Aun si la identificación de las impresiones no hubiese sido concluyente, valía la pena preguntar al empleado del hotel *Crillon* si había habido algún llamado telefónico para su departamento el domingo antes de la una. Hubo sólo un llamado, de Mr. Stanfield para su madre y, por lo tanto, no había podido usted recibir ese mensaje.

»Al ser usted la persona que usara el estilete, la principal pista era fácil de seguir. Engañosamente fácil. Usted fue llevada allí porque Hortense Frey llevó a George Stanfield una carta que pretendía ser de Ralph Douglas, para que se la tradujera. La carta decía que el viejo asunto con Rose Klonec se reanudaba otra vez. Stanfield llevó la noticia a Mrs. Toller. Eligió un momento en que usted había salido a cenar con Mr. Douglas. Supimos, por el empleado de Crillon, que Stanfield fue al hotel a las ocho, el sábado por la tarde. Se retiró a las nueve menos cuarto, en tal estado de agitación que no podía sostener su sombrero. Usted regresó a las diez y media y se encontró con su madre.

»Paso por alto todos los estados emotivos. Ya hemos tenido bastantes. Pero creo que lo que más la conmovió fue que tenía que saber, tenía que ver por usted misma si esto era verdad. Cuando todos estaban en cama, debía de ser fácil para usted deslizarse fuera del hotel sin ser vista por su madre o por cualquier otra persona: sabemos que el departamento tiene un ascensor privado. Usted tenía su automóvil. Tomó la pistola automática de la mesa de la sala. El cuento de Mr. Stanfield de que él había llevado la pistola a su oficina el viernes, era una mentira tan evidente que apenas podíamos tomarla en cuenta, puesto que sabíamos que las marcas de usted estaban sobre la pistola. Lo interesante era: por qué habría él contado tal historia. Pudiera ser, como sin duda lo piensa, que su madre sospechara o supiera lo que había hecho, y por eso urdió esta historia para alejar las sospechas de usted. No es imposible, pero no lo creo. Me parece que hubo otro motivo.

»De todos modos, usted condujo hasta la *Villa Marbre* y estacionó su automóvil a cierta distancia. Era fácil saber dónde podrían estar los ocupantes de la casa, porque se veían luces encendidas a través de una fila de ventanas abiertas sobre un balcón. Subió. Lo que ocurrió entonces estaba destinado a ocurrir. Una vez hecho, hizo una cosa más, lo único que podría haber hecho: metió en cama a una mujer muerta.

Magda habló con calma.

—Es mejor que se dé prisa —dijo—. El efecto de la droga se está pasando y dentro de un minuto me vaya poner completamente en ridículo. No, Ralph, no te acerques, soy una asesina, recuerda. De todos modos, es una suerte que ya estemos en la policía. ¿Adónde me lleva ahora? ¿Qué va a hacer usted?

Bencolin se recostó. El ambiente cambió un poco; era como si algo de vida, algo de vitalidad, se hubiese borrado y quedaba un apacible caballero de edad con afición a la conversación pedante.

—Nada —dijo él.

—¿Nada? —repitió Magda con torpeza. Ralph se levantó y dio dos pasos hacia el escritorio.

—Anoche —continuó Bencolin con el mismo tono meditativo— no estaba con humor de bailar poleas, sabía con plena prueba quién debía ser el asesino. Y al mismo tiempo no lo creía. *Miss Toller*, soy un gallo demasiado viejo para predicar sermones aunque me gustaran. En usted no hay un verdadero instinto criminal. Es un fruto de la

escuela para señoritas de Mrs. Benedict Toller y, si Mrs, Toller no me desagradara tanto, usted me gustaría menos de lo que me gusta. No puedo adivinar las veces que le habrán recordado su herencia corrompida. No sorprende que usted estallara con tanta violencia. Ha sufrido una conmoción que no le hará ningún daño y ahora es mejor que conozca la verdad. No es extraño que intentara, sin éxito, reparar el perjuicio. No es extraño que no pudiese dar crédito a su propia culpa... El hecho es que usted no mató a Rose Klonec.

Hubo un silencio tan forzado que hasta las imágenes del cuarto le parecían confusas a Richard Curtis. No miró a Ralph ni a Magda, aunque la escuchaba contener su respiración con un sonido como el que hacen las mujeres cuando duermen. En la mente de Curtis el enigma se estaba componiendo y acercándose al borde de la claridad.

—Ayer no lo creí, aunque nada podía hacer hasta que llegara el informe de la oficina médica —dijo Bencolin—. En el cuarto de baño de aquella casa había una disposición asombrosa. La víctima no había sido metida dentro de la bañera, sino tendida con el brazo colgando por encima del borde. El asesino (aparente) se inclinó sobre ella con un estilete envuelto en una toalla, su mano empuñaba la hoja por el medio. Una arteria había sido cortada con un largo tajo: arteria de la que la sangre no solamente mana, sino *brot*a. Sin embargo, en aquella toalla, junto a la gran herida, había solamente una pequeña mancha de sangre.

Hizo una pausa y miró a Magda.

—Ahora dígame. No, tiene que dominarse. Así es mejor. Hace un rato nos dijo que cuando entró en el cuarto de vestir y se enfrentó con Rose Klonec, ella estaba «borracha como en el refrán de *Davy*». ¿Por qué le pareció así?

—Bueno..., porque lo estaba. O por lo menos fue lo que yo pensé. Estaba parada allí, cerca de aquel tocador, muy rara con sus horribles ojos grandes como grosellas, había abierto otra botella de *champagne* y vertido el contenido en una copa de manera de no derramar una gota al hacer efervescencia. Cuando intentó darme un tajo con aquel estilete, daba bandazos de un lado a otro, pasó por encima de mí, tan bebida como jamás he visto a nadie. Además, había un olor que me hizo sentir mal...

Magda calló de pronto. Fue Curtis quien habló.

—Creo haberlo encontrado —dijo.

—¿Y?

—Es la primera solución —dijo Curtis— y la verdadera solución. Es otra vez aquella maldita botella de *champagne*. ¡Escuchen! Hubo realmente una droga para dormir, después de todo: digamos una fuerte dosis de cloral. El verdadero asesino lo había preparado por anticipado y se dio maña para que cayera en sus manos, puesto que era la única media botella de *Roederer* en la casa, para que estuviese dormida cuando él llegara. Ella debía de estar dormida cuando él llegara: era el hombre que personificaba a Ralph. *Pero* él no sabía que Rose Klonec ya había tragado tres tabletas de veinte granos de cloral, por sí misma, antes de tomar el *champagne*.

»Son sesenta granos que toma por propia voluntad. Debe de haber habido más de esto en la botella de *champagne* para asegurar el sueño: pero digamos que no fueran más de sesenta granos. Para ahorrar el *champagne* cuando sube por la efervescencia, Rose Klonec tragó un par de copas al hilo. Sobre los primeros sesenta granos, tragó sesenta más... de sobra para matarla. ¡No es extraño que cayera como un saco de huesos! ¡No es extraño que produjese tan poca cantidad de sangre el tajo que tenía en el brazo! Fue muerta por una dosis excesiva de cloral y muerta antes de que el estilete fuera usado.

El incentivo de su inspiración había acercado a Curtis al escritorio sobre el que se inclinó señalando cada palabra con su dedo a Bencolin. Unas arrugas que podían ser de diversión se acentuaban alrededor de los ojos del otro.

—No —dijo.

—¡Pero tiene que ser! No hay otro...

—Vea, usted ha tocado él principal problema del caso. ¿Cómo pudo ella ser vencida tan *instantáneamente* para que pudiese ser atacada sin lucha? Lo conduciré por el laberinto, puesto que he andado perdido yo mismo. Aun suponiendo que ella hubiese tomado tres tabletas por si misma, no hay ninguna droga sedante bastante poderosa para atacar como una pistola o un cuchillo. Aun suponiendo que hubiese tragado trescientos granos de una botella de *champagne*, habrían pasado muchos minutos antes de que se presentaran todos los síntomas, aún mucho antes de que quedara indefensa y por lo menos una hora antes de morir. Es imposible.

—Entonces..., ¿usted quiere decir que fue un veneno activo como cianuro? Vea, ¿está de acuerdo en que estaba muerta antes de que le cortaran el brazo? Entonces así debe de haber sido, a pesar de que usted juró que no se metió veneno alguno dentro de aquella botella.

Bencolin sacudió la cabeza.

—No, porque en ese caso el enigma se empeora.

Lo que hubiera dentro de aquella botella fue metido allí por el hombre de impermeable castaño y sombrero negro. Pero si pensamos en cianuro o cualquier cosa destinada a matar a una mujer, su comportamiento ulterior vuelve a saltar a la locura. ¿Y respecto a afilar navajas, a sus tretas extrañas con pinzas y mesas de servir?

—De cualquier manera, alguien la mató. Me supongo que no fue brujería...

—No —dijo Bencolin—. Fue muerta por lo que se llama la perversidad innata de los acontecimientos humanos, antes de que el hombre del impermeable castaño viniese a completar uno de los más desagradables y horribles asesinatos en mi carrera.

Se agachó y extrajo del cajón inferior del escritorio una media botella vacía de *champagne Roederer*.

—Jean-Baptiste Robinson estaba ilustrativo anoche. Estaba muy ilustrativo porque dijo una falsedad. Ven ustedes que alguien ha cortado y vuelto a colocar el fondo de esta botella para poder introducir algo en su contenido. Jean-Baptiste tiene

la impresión de que, en las grandes épocas del tráfico de licores en América, el contrabandista cortaba su licor y volvía a lacrar la botella, aplicando intenso calor al vidrio del fondo. El sistema es posible pero sería costoso y malhadado porque de siete casos sobre diez reventaría la botella. Un ligero cemento adhesivo, de la transparente naturaleza de la cola de pescado, fue utilizado en realidad. Mucha gente está bajo la impresión de Jean-Baptiste. Lo estuvo el hombre del abrigo castaño. Es una persona extraordinaria, con pocos conocimientos de todo, incluso química, pero de una sorprendente ingenuidad para creer que puede vencer las dificultades.

»La primera dificultad se presentó para introducir algo en una botella de *champagne* pequeña. Pero tuvo que elegirla porque era la única bebida que era seguro que tomara Rose Klonec cuando estaba sola. Si se saca el *champagne* de su botella y se le toca o se le trasvasa, pierde la efervescencia. El grado de efervescencia depende del tiempo. Nuestro hombre de abrigo castaño pensó que dentro de su botella elegida debía introducir un “efervescente” artificial como el gas del ácido carbónico. Y usó en vez de ello bicarbonato de sodio, soda común de hornear, un fuerte álcali.

Ralph lo había mirado sorprendido, con el brazo puesto sobre el respaldo de la silla de Magda.

—Sí, ¿pero qué hay en ello? —preguntó—. No me imagino que fuera una mezcla muy agradable; se puede beber un galón de *champagne* con bicarbonato de soda, sin morir, ¿no es así?

—Por cierto. Pero ése no era el ingrediente más importante, fue el que metió después. Y fue —miró a Curtis—, como usted correctamente dijo, trescientos gramos de cloral. Es una cantidad enorme que pudo con facilidad matar a la mujer si hubiese bebido la botella entera. Él sabía que ella jamás bebería la botella entera; tiene un gusto característico, y al beber una copa le diría a Rose Klonec que era malo aun si no supiera por qué. Por lo tanto, él debía pensar que en la primera copa tuviese lo suficiente para que se durmiera profundamente. Él quería que estuviese dormida y era cuanto deseaba.

»Es el diablo de la perversidad que juega con las botellas. Es el diablo de la perversidad que se ha metido por todas partes en este caso. ¿No ve lo que ocurrió? Usted vio exactamente el mismo experimento ejecutado por Mabusse, en el dormitorio de la casa. Lo vio en miniatura. Aquí —abrió el cofre— están las anotaciones. En este caso tiene usted una cuchara de bicarbonato de soda,  $\text{NaHCO}_2$  · 300 gramos o sea arriba de dos tercios de onza de cloral,  $\text{CCI}_2\text{-CH (OH)}_2$ . Cuando la botella está lacrada, se expone esta mezcla a intenso calor...

Bencolin dejó las anotaciones sobre el escritorio.

Se echó atrás en su silla con una sonrisa burlona, amplia y maligna, que alteraba todo el aspecto de su cara.

—El hombre de impermeable castaño es un gran poeta —dijo con entusiasmo—. Es un envenenador inconsciente y eficaz. En esta botella de alquimista, del todo desconocida para él, ha preparado una droga tan mortal como cianuro y casi tan

rápida. Cuando la botella, sacudida, produjo efervescencia bajo la influencia del bicarbonato de soda, Rose Klonec, siendo un espíritu económico, tragó todo cuanto pudo para no desperdiciar nada. Por lo tanto, no notó en su garganta el gusto feroz de lo que se había acumulado en la superficie del líquido. Pistola, navaja, estilete y tabletas medicinales: eran cuatro armas en este caso y todas eran falsas. Rose Klonec murió por ser práctica. Un minuto o dos antes de que *Miss Toller* entrara en el cuarto de vestir, ella había tragado más de doscientos granos de cloroformo puro líquido.

## CAPÍTULO XVI

### QUÉ OCURRIÓ JUNTO AL TOCADOR

Se puso más serio.

—Fue este olor que la hizo sentirse mal, *Miss Toller*. No se lo notaba, a la mañana siguiente, porque había una fila de ventanas abiertas en el cuarto vecino al de vestir, y en el propio cuerpo habría habido poco olor, aún desde el principio. Creo que hay solamente otro caso registrado de envenenamiento por haber bebido cloroformo líquido: la muerte de Thomas Edwin Bartlett en Londres en 1876, el célebre caso en que la esposa fue procesada por asesinato y luego absuelta. El caso Bartlett, por los síntomas, o más bien por la falta de síntomas exteriores, se parece exactamente al de Rose Klonec. El médico de Bartlett descubrió —pasó los dedos sobre las anotaciones— *que «la boca no tenía olor alguno, la cara estaba pálida, pero la expresión era natural; no había ninguna señal de movimientos espasmódicos»*. Al principio pensó en la muerte producida por una aneurisma, como nosotros, en el caso de Rose Klonec, lo atribuimos a la pérdida de sangre.

En apariencia poco había para contradecir este punto de vista. Pero cuando anoche el análisis de estómago señaló rastros de todos los ingredientes que había en aquella agradable botella de *champagne*, tuvimos motivo para sospechar otra cosa. Sin embargo, Rose Klonec fue afortunada. Tuvo una muerte rápida y misericordiosa. Aún la ardiente sensación del cloroformo, al pasar por la garganta, era leve comparada con lo que el hombre de abrigo castaño le tenía reservado para después. Habrá echado bastantes maldiciones cuando descubrió lo que realmente le había ocurrido a ella.

—¿Qué iba a hacer él? —preguntó Ralph.

Bencolin estaba pensativo.

—Si es correcta mi idea, algo más desagradable de lo que piensan ustedes. Digo ahora como dije antes: necesitamos esa persona y mucho.

—No estamos más cerca de encontrarle —refunfuñó Ralph— de lo que estábamos antes.

—¿Cree usted que no? No estoy seguro. —Una ligera nube había velado los ojos de Bencolin—. De cualquier modo, ahora tenemos el camino aclarado para llegar a él y por lo menos libre de emboscadas. Lo he investigado con todo detalle porque se necesitaba tiempo para calmarse. Mis Toller puede ayudarnos mucho.

Magda habló nuevamente.

—Lo que hice —dijo ella— también fue bastante desagradable, ¿no es así? No, Ralph, no voy a mirarte, así que no necesitas mantener la vista fija en el suelo. Sé que todos tratan de ser muy tolerantes, y el Gran Terror de detective, con cuernos y cola, ha sido diez veces más atento de lo que merezco, pero...

Ralph intentaba claramente inflar alegría como se infla aire dentro de un

neumático, pero era muy claro que se sentía molesto. Le volvía el pensamiento que había alejado por un tiempo.

—Tonterías —refunfuñó—. Absoluta tontería, mi niña. No tienes nada, nada de qué preocuparte. Lo principal es que tú no lo hiciste, ¿no es así?

—¡Oh, querido! —Dijo ella con cansancio—, no iré a la guillotina, si a eso te refieres. Lo principal no es que no lo hice. Es la parte que hice o intenté hacer. Sé qué piensan todos ustedes. He estado aquí sentada, retorciéndome cada vez que alguno mencionaba: arterias, brazos, sangre y cosas por el estilo. Lo extraño es que no me siento culpable en absoluto. Me siento sólo terriblemente humillada, como si en su lugar hubiese hecho algo despreciable. Y ustedes han pensado: «Si hubiese tomado ese revólver y disparado un buen tiro certero contra la mujer, puesto que iba a enloquecer, habría sido mucho mejor que todo este enojoso asunto». ¡Puf! —Rozó una mano contra otra y las extendió—. Esto piensan ustedes. Ni siquiera fui una buena y violenta asesina que tuviera la garra necesaria para llevar a cabo un crimen, y luego mirarlos tan suavemente y jurar que no lo hice. Dígame, papá Bencolin, ¿no tendrá por ahí uno de esos velos que usaban en los funerales en Francia? Ni siquiera deseo ir a casa ni salir de estas cuatro paredes. Me agradaría sobremanera si nadie pudiese mirarme a la cara durante mucho, mucho tiempo.

—Está todo bien —instó Ralph—, pero tendrás que admitir..., quiero decir..., bueno...

Con lo cual Mr. Richard Curtis perdió la cabeza.

—¿A alguien le importa un pepino lo que usted hizo o dejó de hacer? —preguntó—. Mirarle a la cara es lo que cualquier hombre sensato deseará por el resto de su vida.

Estos sentimientos, viniendo de la persona que los decía y dichos con tan furiosa sinceridad, causaron una pausa sorprendente durante la cual todos lo miraron. Habrán sentido lo que sentirían si un cuadro de la pared hubiese dicho algo. Al minuto siguiente, al hablar, Curtis casi se mordió la lengua porque la apretó contra los dientes y sintió una ola de calor que le subía a la cara. Magda le echó una rápida mirada antes de volverse.

—¡Ja, ja! —dijo Ralph titubeando—. Estos abogados saben expresar un cumplido, ¿no es así? ¿En qué estábamos?

La cara de Bencolin demostraba una bella expresión de serenidad. Magda respondió después de tomar otra vez el vaso medio vacío de coñac.

—Usted deseaba hacerme unas preguntas. Estoy pronta. Creo que no tengo ninguna razón para ser negligente o mentirosa. —Vaciló—. Además yo... yo creo que puedo ayudarlas un poco, si consigo apartarme lo suficiente, aunque no es de suponer que yo quisiera ayudar.

—¿Por qué no?

—¿Sinceramente cree usted que estoy libre de sospecha? ¿O que usted puede librarme de ellas aun si lo quisiera? No, todo está muy lindo y le estoy muy

agradecida, pero cuando descubra quién verdaderamente la mató, tendrá que explicar al mundo cómo tuvo ese tajo en el brazo. Como digo, quizá no vaya a la guillotina, pero puedo adivinar lo que en su lugar me sucederá. No me quejo, fíjese. Tomaré mi remedio. Pero en cuanto a entrometerse con la ley...

—Mi estimada joven —dijo Bencolin con mucha suavidad—, puedo entrometerme con la ley cuando, donde y como quiera. Me he entrometido con la ley cuando, donde y como he querido, y volveré a hacerlo. Por el momento, olvide esto como problema personal y si se siente con ánimo, dígame todo lo que tenga que decirme.

—En primer lugar, usted tiene razón en cuanto al olor, ahora lo recuerdo. Era cloroformo. En el momento jamás se me ocurrió porque pensé que ella «usaba» éter. ¿Sabe usted? Aspirándolo para emborracharse como lo hacen algunas mujeres, y era otra cosa que tenía yo en contra de ella. En segundo lugar, puesto que todo parece ahora depender de una cuestión de horas..., quiero decir, de la hora en que Hortense dijo que llegó el hombre de abrigo castaño...

—¡Ah! Usted comprende eso. —Bencolin casi no podía controlar su impaciencia—. ¿Y bien?

—Bueno, lo curioso, lo absurdo de las horas que Hortense le ha dado...

—¿Estaban todas equivocadas?

—No, lo curioso es que eran exactas —replicó Magda sacudiendo la cabeza como sonámbula—. Para una mujer con tan mala vista, Hortense es maravillosamente vigilante o, si no, es una adivina inspirada. Quiero decir que el asesino llegó a la casa en realidad a la una y diez, como ella dijo. Quienquiera que antes tuviera una coartada, ese hombre De Lautrec o aún el pobre Ralph, las coartadas son ahora diez veces más eficaces. Sé que el asesino llegó entonces porque yo misma también controlaba las horas y yo... yo lo vi.

Bencolin golpeó las palmas de las manos sobre el escritorio y se enderezó. El ruido de las manos fue tal que los hizo sobresaltar. Mirándolo entonces a la cara, Curtis pensó que no le agradaría estar allí para oír el grito de la presa acosada cuando este hombre daba el zarpazo.

—Sería muy imprudente, *Miss Toller*, mentirme ahora.

Magda lo miró con fría resolución.

—Temía que iba a decirme esto, pero es verdad. Le juro que es verdad. ¿Por qué, de toda la gente, habría yo de mentirle a usted?

—Eso está por verse. Cambiaremos un poco. Le haré preguntas y usted me contestará. ¿A qué hora salió del hotel?

—Como a las doce y veinte.

—¿Dónde estaba entonces su madre?

—Dormía y roncaba. Escuché junto a su puerta. ¿Sigue todavía pensando en aquel ridículo...?

—Del otro lado de la carretera, frente al portón de la *Villa Marbre*, un policía

escrupuloso estaba borracho tirado en el seto. A cierta hora de la noche, no especificada, se despertó lo suficiente para ver salir por el portón a una mujer que se alejaba. Se puede argumentar que Hércule estaba demasiado calado de coñac para dar un testimonio de algún valor. No obstante, jura que era una mujer alta, y nadie puede positivamente confundirla a usted con ella. Volveremos al punto. ¿A qué hora llegó usted a la casa?

—Debe de haber sido en menos de media hora. No había un tránsito tremendo y conduje muy ligero. Digamos que llegué a la una menos cuarto.

—¿No halló dificultad en encontrar la casa?

—No. —La boca se movía como si se estuviera mordiendo el labio—. Había tenido curiosidad por conocer el lugar, comprende usted, y hace un mes, más o menos, vine sola y lo miré.

—¿Dónde dejó usted el automóvil?

—En una calle un poco alejada de la casa.

—¿Del lado de Boissy?

—No, en la otra dirección.

La suavidad había desaparecido ahora de Bencolin. Hacía las preguntas con monotonía, pero muy rápido.

—¿Y usted fue directamente al balcón cuando vio la luz?

—Sí, traté de entrar sin ruido pero ella debe de haberme visto por el espejo del tocador. Acababa de beber mucho de esa substancia y el olor era espantoso. Cuando me vio empezó a gritarme en un idioma que no entendía. No era inglés ni francés...

—¿Polaco?

—Quizá. No sé. Como decía, pensé que había bebido hasta atontarse y que también había tomado éter hasta hacerla delirar. Tan pronto como sacó ese estilete del cajón, se echó sobre el tocador, con sus grandes brazos y piernas todos desparramados dentro de ese camisón color de durazno. Me incliné sobre el tocador y la miré. Ahí estaba la botella, lo recuerdo, y una copa de *champagne*. Luego le hablé con voz fuerte. Terminé diciéndole: «¿Sabe usted lo que habría que hacer con usted? Meterla en una bañera y desangrarla...». Fue entonces cuando me sentí loca y aturdida. Se habla de volverse ligeramente loca como si no fuera algo físico. Quiero decir, como si se supiera lo que se hace, aun si uno no puede detenerse. Pero no se sabe. Figúrese que no tengo ningún recuerdo de haberla arrastrado hasta aquel cuarto de baño. Ni siquiera sabía que hubiese un cuarto de baño. Lo siguiente que recuerdo es haberme inclinado sobre ella, al borde de la bañera, con la toalla y aquel estilete en mi mano. Fue entonces cuando..., como le dije hace un momento..., empecé a sentirme mal e intenté parar la sangre. Pero era demasiado tarde.

Decir que Bencolin la seguía con interés sería quedarse corto. Él se había inclinado hacia adelante entusiasmado con lo que podría haber sido aprobación, alivio o la comprensión de una teoría justificada.

—Le ahorraré los detalles espantosos —dijo ella de pronto.

—No. No; eso es exactamente lo que usted no hará. Puede usted no darse cuenta de la importancia de esos detalles espantosos. Siga.

Su tono la sobresaltó.

—No muchos de todos modos. Yo... yo fui al lavatorio y me eché un poco de agua en la cara. Entonces me puse fría como el hielo porque supe lo que había hecho. Claro que todo el mundo conoce lo de las impresiones digitales. Empecé a limpiar el cuarto de baño con una toalla, para asegurarme de no dejar ninguna. Miré mi reloj de pulsera y vi que era la una y cinco. Casi perdí la cabeza al saberlo porque no podía pensar en qué había pasado el tiempo...

—¿En qué había pasado el tiempo?

—Sí. No podían ser más de la una menos cuarto cuando llegué a la casa. Y, de alguna manera, había estado casi veinte minutos en..., usted sabe. Recorrí las habitaciones mirando los lugares donde podía haber dejado impresiones digitales. Hasta limpié aquella pistola automática. ¿Por qué? No lo sé; porque tenía intención de llevármela; y otra vez, por alguna razón imbécil que no comprendo, la dejé. Esto debe de parecer la más espantosa sandez. Usted pensará que una criatura tiene más sentido común. Pero sé que así procede la gente porque es como yo procedí.

»Y entonces, vea usted, el tiempo parecía pasar con mayor lentitud y no más ligero. Para la una y diez terminé con todo lo que debí soportar. Apagué las luces de todos los cuartos y volví a bajar por la escalera del balcón. Fue entonces cuando lo vi.

—¿A él?

—A nuestro famoso hombre de impermeable castaño —contestó con cansancio. Apoyada contra el respaldo del sillón, se prendió de los brazos y miró hacia el rincón del cielo raso—. Por supuesto que no supe quién era. Temía que fuera alguno que tal vez venía a investigar algún ruido que habría yo hecho o algo que resultara sospechoso. Pero no me gustó su aspecto, dondequiera que fuese.

»Llegaba yo al pie de la escalera. La luna brillaba tanto que parecía azulada. Pero yo estaba a la sombra de la casa que se extendía como hasta medio camino de la calzada enarenada. Del otro lado de la calzada hay una faja de hierba bajo los árboles. Primero vi su abrigo y luego el sombrero y después una fea mandíbula alargada. De una cosa estoy segura: era alguien que jamás he visto.

—¿Aún disfrazado?

—Aún disfrazado —dijo Magda categóricamente—. Tenía una manera distinta de caminar, una manera distinta en su porte. Era como del alto de Ralph; bien afeitado y tenía un semblante de pan crudo, si puedo describirlo así. Por qué pensé que tenía un aspecto malo y perverso, no puedo decirlo porque de ninguna manera era contrahecho. No puedo describirlo de otro modo. Llevaba el sombrero gacho. Pasó sin mirar hacia el lugar donde yo estaba parada y yo... yo corrí. ¿Sabe usted por qué volví a la casa la mañana siguiente? Tenía que saber, aun si me agarraban allí y entonces. Ahora le he dicho cuanto sé. ¿Puedo irme a casa?

Bencolin empujó atrás su silla y se levantó. Fue a la ventana y se puso a mirar al

rápido río que corre alrededor de *l'Ile de la Cité*. Cuando se volvió, levantaba la nariz tanto como Mrs. Benedict Toller y se restregó las manos aliviado.

—No —dijo—, no irá a casa. Le diré lo que hará. Irá al restaurante Larue y pedirá el mejor almuerzo que le puedan preparar. Me reuniré con usted tan pronto como pueda y pagaré el almuerzo. Me ha dado usted una gran lección. Me ha enseñado a no desconfiar de mi intuición y de mi sentido común.

Ralph, con el rostro oscuro por la duda, había abierto la puerta y ahora se daba vuelta.

—He tenido bastante de esto —dijo Ralph—. ¿Cree usted que alguien está con humor de festejos? ¿No ha confiado usted por demás en su intuición y en su sentido común?

—No. Por ejemplo, estas cosas me demuestran, contrariando todos los hechos conocidos y los casos claros de la ciencia, que la joven que ustedes ven aquí era incapaz de llevar a cabo semejante plan como el de abrir una arteria en el brazo de una mujer. No podía creerlo cuando los hechos lo indicaban. Apenas lo creía aun cuando lo admitió ella misma. El plan se le pudo ocurrir. Pudo amenazar a Rose Klonec como en realidad lo hizo. Les llamaré la atención de ustedes sobre que hizo esta amenaza en *alta voz*.

—¿Pero qué hay con eso? —gritó Ralph—. Rose Klonec no podía oírla.

—No —dijo Bencolin—; pero algún otro pudo oírla. Me refiero al verdadero asesino. *Miss Toller*, usted debe soportar un descargo después de otro. Debo asustarla y aún horrorizarla: pero usted no cortó la arteria del brazo de Rose Klonec. ¿Está usted bajo la impresión de haber emprendido su trabajo tan pronto como ella cayó en su atontamiento junto al tocador?

—Sí, por supuesto. Yo... yo no habré esperado, ¿no es cierto?, si la odiaba tanto como eso...

—Presumiblemente no, y por lo tanto no hubiese tenido tiempo de morir. El cloroformo líquido es muy rápido en producir el estupor. También es muy rápido para causar la muerte, puesto que tarda solamente de diez a quince minutos. Pero si se hubiese usted arrojado sobre ella como dice, y cree que lo hizo, se hubiese muerto desangrada después de todo. No fue así: murió envenenada por el cloroformo. Existe ese curioso e inexplicable espacio de tiempo de cerca de veinte minutos del que usted no puede dar ninguna cuenta. Ni siquiera tiene conocimiento de lo que estaba haciendo. Créame, tal espacio de tiempo no es el resultado de ninguna perturbación de la mente. No les sucede a aquellos que pierden la cabeza y matan. Les ocurre a aquellos de físico frágil y nervios extenuados por preocupaciones familiares que permanecen en una pequeña habitación impregnada con los gases del cloroformo, cuando se inclinan sobre un tocador con dos recipientes de cloroformo, mientras hablan con una mujer inconsciente. Los gases pronto se disiparán, digamos, si usted es llevada a otro cuarto donde se encuentra con un estilete en la mano, de rodillas, junto al cuerpo de una mujer muerta cuyo brazo tiene una seria incisión.

»Esa incisión fue producida por el ingenioso desconocido que necesitamos, cuyo abrigo y sombrero son ahora famosos. Había muerto sin intención a Rose Klonec con cloroformo, cosa muy alejada de su propósito. Llegó a la casa para encontrar a una mujer muerta y a otra al borde de la inconsciencia inhalando los gases. Vio una oportunidad de adjudicarle el crimen, aun en su mente. Por esto fue que robó la maldita botella y la enterró bien hondo en el suelo. Y luego estuvo pronto para añadir las pequeñas utilerías de una navaja y una mesa de servir. Si usted quiere pensar un momento, comprenderá que esta aparente locura de la navaja es, por cierto, la clave del caso entero. Necesité hasta los diez últimos minutos para comprenderlo. —Bencolin se volvió ahora hacia Douglas—. Usted, Mr. Douglas, pasó varias horas en *El hombre que fue ciego*. Yo soy el hombre que fue ciego. Usted, Mis Toller, puede ir y beber con la conciencia tranquila. Nunca puso un dedo sobre ella. Volvemos, por un círculo grande, a cierta persona con determinadas ropas y, cuando termine con él, acabará con la sogá al cuello.

Magda, Ralph y Curtis salieron bastante mareados. Se sorprendieron de encontrarse con la calle llena de una cálida luz solar y el tropel diario de coches.

—Vean —refunfuñó Ralph mirando al reloj—, es solamente la una y cinco.

—Lo sé —dijo Magda—. Así es como me sentí el sábado por la noche, ¿sabes? Hemos estado bajo un cloroformo intelectual para remover nuestros sesos, y no quisiera que sucediese todos los días.

—Dime, Mag... —empezó Ralph, y se sonrojó un poco. Al decir las palabras, un pesado silencio bajó sobre ellos; cada uno sabía qué tenía en su mente y cada uno luchaba contra ello.

—No te agradan las escenas, ¿no es así? —dijo ella con calma—. Entonces ni una palabra más. No te atrevas a agregar una palabra o me oirás llorar y gritar en la calle. Ven con calma y almorzaremos con todo el vino de París como lo sugirió ese viejo temible. Luego quiero ir a dormir. —Ni una vez miró ella a Curtis, que estaba extrañamente deprimido, pero sentía la fuerza de su personalidad con tanta evidencia como si le hubiese tocado la mano—. De todos modos, hay algo bueno. Estamos ahora inmunizados contra los sobresaltos. Hemos probado cuanta agua amarga o sonriente hay. Nada puede asustar nos ahora.

Esto no era del todo verdad. Ignoraba, por ejemplo, la granada de mano preparada por Jean-Baptiste, de *L'Intelligence*.

## CAPÍTULO XVII

«EN LA COLINA DE LOS ROBLES».

Curtis estaba sentado entre los árboles del *Pavilion Dauphine*, en el *Bois*, cuando comenzaba el crepúsculo y se desvanecían los rosados resplandores. Se sentía deprimido y, bueno es saberlo, un poco solitario. No había ido a almorzar con Magda y Ralph. Pensó que preferirían estar solos en esta oportunidad y reconoció que esta joven le preocupaba más de lo conveniente. Además, tenía trabajo por hacer. Se trataba de seguir la pista de Jean-Baptiste Robinson y asegurarse de que ninguna palabra indiscreta de Ralph sobre Mrs. Toller aparecería en la edición de la tarde.

Por fin descubrió a Jean-Baptiste, cosa bastante extraña, en la misma oficina de *L'Intelligence*, y aun entonces, no antes de haber convencido a los empleados de que no llevaba el propósito de un asalto criminal. Parece que hacía unas semanas, en ocasión del último análisis lógico de Jean-Baptiste, la oficina había sido invadida por un caballero, revólver en mano. «Y cuando lo convencimos de que M. Dupin había partido precipitadamente a China, ¿qué hace el tipo sinvergüenza? Apunta al refrigerador de agua y hace fuego. Es triste decir la verdad».

Jean-Baptiste había jurado, con evidente sinceridad, que no tenía intención de citar a M. Douglas con respecto a Mrs. Toller. Era imposible no creerle. Hasta parecía sorprendido. Señaló que aun en Inglaterra no era novedad cuando un hombre expresaba sus opiniones definidas sobre el carácter y antecedentes de la madre de su futura mujer. Curtis había salido de la oficina pensando en qué tendría metido en la manga el pequeño canalla, pero, por lo menos, tranquilizado. Posteriormente, aún a pesar de una buena comida, su espíritu se sumergió en una profunda depresión que él no hubiese creído posible. La arriesgada empresa de París, que dos días antes se asemejaba a una novela, no tenía ahora interés y le era extraña; pensó con un desprecio que llegaba al odio en sus sueños del misterioso Personaje con una misión también misteriosa. Dondequiera que mirare, se le cruzaba el rostro de Magda Toller. Recordaba a Londres con afecto.

En este estado de ánimo y con la taza de café sin tocar sobre la mesa a la sombra de los árboles, miraba él con acritud hacia el *Bois*. Todavía no estaba del todo oscuro. Las guirnaldas de luces eléctricas que darían a cada hoja un verde teatral, no habían sido aún encendidas, y la terraza estaba tan vacía que los pocos mozos, de pie, inmóviles y de brazos cruzados en medio de las filas de mesas, se asemejaban a llaneros en un desierto. En ese momento, Curtis sufrió la sacudida que necesitaba.

—Veo visiones —dijo en alta voz—, no puede ser.

Pero era. Ocultos detrás del tronco de un árbol, un sombrero hongo y parte de una cara se asomaban cautelosamente. Curtis hizo un gesto repentino. La figura vaciló. Luego surgió con decisión y avanzó con ligeros pasitos de paloma.

—Buenas tardes, M. Curtis —dijo Jean-Baptiste, quitándose el sombrero con

mucha cortesía y sacudiéndose más que saludando.

—Buenas tardes, M. Robinson. ¿Me permite decir —observó el otro— que si yo fuera empresario teatral le confiaría algún papel en *A Midsummer Night's Dream*? —Sintió que su espiritualidad no caía bien—. Con su pericia para estar dos veces en el mismo lugar... Dígame: ¿no cometió usted el asesinato?

Jean-Baptiste se turbó evidentemente.

—¡Ah!, es una broma —dijo después de una ligera pausa—. ¿Me hará el honor de tomar algo, *monsieur*? Bien. ¡Mozo! Dos *whiskies* con soda.

—No, usted tiene que beber conmigo. Pero ¿quiere decirme por qué soy el punto interesante?

—¿El punto interesante? —replicó Jean-Baptiste frunciendo hasta el bigote con perplejo aire de inocencia.

—Los buenos periodistas como usted van únicamente donde hay novedades, y yo no soy novedad. Para nadie, por desgracia.

—¿No ha visto usted esta tarde a M. Bencolin?

—No.

—¿Ni ha regresado usted a su hotel?

—No.

Sin duda algo pasaba por su mente.

—Tenía yo dos motivos para buscarlo, M. Curtis —le dijo Jean-Baptiste con orgullo explosivo—. El primero, para mostrarle el ejemplar de *L'Intelligence*. —Lo sacó de adentro del abrigo—. Es la edición de esta tarde. Léalo ahora y juzgue por sí mismo si he cumplido mi palabra. Juzgue por sí mismo si hay una palabra indiscreta de M. Douglas referente a Mme. Toller. Lo que puede él pensar de Mme. Toller y (entre nosotros) lo que pueda yo pensar de Mme. Toller, es otra cosa. Para eso lo remito a usted a mi artículo analítico que contiene el relato que invita a los lectores a dirigir su atención sobre la botella de *champagne* y sobre cierto permiso de portación de armas. Aquí, verá usted, están las esperadas noticias del día. ¿Eh?

Curtis dio un vistazo a los títulos y apenas pudo sofocar el comienzo de un alarido.

Eran las esperadas noticias. Decía:

¡M. RALPH DOUGLAS NOMBRA

al

ASESINO DE LA VILLA MARBRE!

¡UNA VIOLENTA DENUNCIA!

¡SOLAMENTE *L'INTELLIGENCE* PUEDE DAR

LA LISTA COMPLETA DE

LOS AMANTES

DE MADAME KLONEC!

## ¡AQUÍ ESTÁ!

M. León Considine, presidente de la sucursal de París del Gran Banco de Marsella. (1929-1930).

Señor Enrico Torredas, el conocido torero. (1930-1931).

M. Henry T. Witherspoon, presidente de la *Mammoth Hotels Corporation of America*; intereses bancarios, etc. (Septiembre 1931-mayo 1932).

M. George Stanfield, director de *M. Toller's Tours* en París. (Mayo 1932-noviembre 1932).

M. Georges Foulard, sin ocupación, puesto que se lo cree en prisión. (Noviembre 1932-enero 1934).

M. Ralph Douglas. (Junio 1934-agosto 1935).

M. Louis de Lautrec, secretario privado de M. Jean Renoir, ministro del Gabinete. (Agosto 1935-mayo 1936).

«Alguno de estos bribones lo hizo, ¡a buscarlo!».

Con los ojos encendidos y la voz brillante de pasión, M. Ralph Douglas se levantó en su departamento de la *Avenue Foch* y señaló dramáticamente la lista precedente. Continuó...

Jean-Baptiste orgulloso mostró los nombres con el dedo.

—Dos banqueros, un torero, un conocido hombre de negocios, el secretario de un ministro del Gabinete —anunció—. No está mal, ¿eh?

—No, no lo está —dijo Curtis con voz hueca—. ¿No podría usted encontrar algún embajador y a un par de clérigos? ¡Que Dios nos ilumine!, hay para un millón de libras por daños y perjuicios.

—La mayor parte de los datos proviene de Hortense Frey, quien me envió a otras doncellas. —Entonces Jean-Baptiste comprendió y calló aterrado—. ¿No le ha gustado?

—Me sería difícil expresarle mi opinión completa. ¿Le gustaría que pusiera el periódico en el suelo y bailara a su alrededor?

Jean-Baptiste le clavó la vista.

—¡Pero, *monsieur*, esto es terrible! Tenía esperanzas... ¿Qué hay de malo en ello? Continúe la lectura. ¡Lea la elocuente y magnífica defensa que hace M. Douglas de su suegra (que después de todo es novedad) contra cualquier acusación! Pensé que le agradaría. Por esto lo escribí.

—¿Se ha hecho alguna acusación formal contra ella?

—No exactamente, pero...

—¿Si yo publico, en *París Minuit* o en *Le Drapeau de Napoleón*, una declaración diciendo: «Firmemente NIEGO que M. Jean-Baptiste Robinson sea un mentiroso, un ladrón, un cobarde y un traidor», sin duda le gustaría? Además, ¿qué cree usted que dirán los otros caballeros cuando vean sus nombres tomados a la vez como amantes y

asesinos?

Jean-Baptiste sacó el pecho.

—Si tienen alguna queja que formular, *monsieur*, pueden buscar satisfacción en el campo del honor.

—¿Satisfacción de quién?

—De M. Douglas, es natural. Él dijo...

—Exactamente. ¿Qué dijo él? ¿Puede usted mirarme y jurar que jamás en su vida habló en esa forma?

—Bueno, es posible que yo lo haya hecho muy poco más dramático. Después de todo, debemos hacer estas cosas, si no a menudo las noticias serían tan aburridas como generalmente lo son. Así fue más o menos su conversación y el mozo que nos sirvió el desayuno lo atestiguará. Puedo no haber obtenido la lista completa. Pero algo conseguí. Y en caso de dificultad el mozo jurará que era la lista. —Hizo una pausa, abandonó el aire suave y ofendido, luego hizo un gesto suplicante—. ¡Veamos! ¡Renuncio a mi defensa! Estoy en descubierto. Acepto el castigo. Pero vine aquí esperanzado a mostrarle el periódico y a pedirle un favor...

—También estoy en descubierto. ¡Un favor!

Jean-Baptiste se inclinó.

—Hace un momento le dije que había venido aquí con dos novedades. Me deja desolado que mi pobre esfuerzo no le haya agradado. Pero usted debe de estar deseoso de tener la otra noticia. Tengo una carta para usted.

—¿Una carta? ¿Una carta de quién?

—Tengo motivos para creer que es de M. Bencolin, que ha estado buscándolo toda la tarde. El sargento Giraud la dejó en su hotel. Convencí al personal del hotel, que me conoce, de que sabía exactamente dónde estaba usted y que se la entregaría. También utilicé otras persuasiones. ¡Comprenda ahora cuánto lo he buscado, incansable y decididamente! No me corresponde decirle, sin embargo, que si no fuera por mi amistad, usted nunca hubiese recibido la carta. Podría haber ido a Montmartre con una *poule*, podría haber vuelto a Inglaterra, por lo que sepa. Y ahora, aun cuando use usted palabras gruesas, ¿me resiento por ello? ¿Intento yo retenerle la carta? No. Y aquí está.

Curtis se quedó sin habla. Tomó la carta y rompió el sobre, que evidentemente no había sido tocado. Era de Bencolin. Él hubiese creído encontrar la escritura grande, rápida y garabateada de Bencolin. Ésta era grande, pero de una finura poco acostumbrada.

«Usted parece haber desaparecido y no quisiera dar una alarma policial. Si desea, puede ayudarme esta noche en un pequeño juego, siempre que ésta le llegue a tiempo. Ralph Douglas también ha sido convencido de ayudarme. Hay dos interrogantes: ¿es usted aficionado a las cartas y está bien provisto de dinero? Si la respuesta es negativa no haga caso. Si es afirmativa y desea ver algo interesante, tome la tarjeta adjunta que le servirá de presentación. A eso de las diez y media, vaya a casa de la

marquesa de la Tourseche, diga al chófer: “por la Colina de los Robles, en Longchamps”, y sabrá adónde llevarlo. Allí encontrará a otros que conoce, en especial a M. De Lautrec. Cualquiera juego que haga M. De Lautrec, hágalo usted tan alto como se atreva, y espere».

Adjunto a ésta había una tarjeta de visita impresa «*M. le Comte de Maupasson*» y había escrito de un lado a otro, con tinta clara azul, las palabras:

«Querida Deidre: Por estas líneas le presento a Mr. Richard Curtis, de Londres, quien jugará por cualquier apuesta que le indique. He sabido que usted prepara una sorpresa para sus invitados el lunes a la noche. Me gustaría poder estar allí».

Curtis se recostó en la silla. Sobre su cabeza, las grandes guirnaldas de luces brillaban como una llamarada entre los árboles y chocaban con su estado de ánimo. Era exactamente el estímulo que necesitaba. De pronto se sintió como iluminado. Era el misterioso Personaje que volvía otra vez con una misteriosa misión. Al mismo tiempo que le ocurría semejante situación sacada de la literatura sensacional, sucedía su inevitable corolario: era la clase de esquelas que llevan a los jóvenes impetuosos a ser golpeados en la cabeza por los degolladores de Birmania. No lo creía. Además, podía ensayarlo. Nada más conforme con su humor para confortar su corazón. Llevaba sobre él unos diez mil francos. El hotel, que conocía bien a la firma de Londres, probablemente le canjearía un cheque por otro tanto si lo pedía.

Se dio cuenta entonces que Jean-Baptiste hablaba.

—¿Monsieur? —dijo Jean-Baptiste como un pilluelo que se acerca a pedir la colilla de un cigarrillo.

—¿Usted querría saber lo que dice esta carta? ¿Es eso?

—Para ser franco —dijo el otro temblando...—, sí. Después de todo, creo merecerlo. Recuerde que el viejo zorro me prometió la historia. ¿Qué ha hecho él desde entonces, pregunto? ¿Tengo derecho a saber qué está tramando el viejo zorro!

—Muy bien. Puede ver la carta bajo una condición: que usted escriba una retractación de aquella historia, negando que Mr. Douglas haya dicho jamás semejantes cosas...

Jean-Baptiste gritó angustiado:

—¡Pero eso podría arreglarse! —insinuó.

—... y usted escribirá dos copias aquí y ahora. Una para mí.

Se sucedieron las protestas mientras Curtis inexorablemente llamaba para pedir pluma y papel. No podía haber perjuicio, aunque su acompañante conociera la dirección, pues, sin tarjeta, Jean-Baptiste no podría penetrar por los portones de la marquesa de la Tourseche. Observó que el otro estaba perturbado y deseaba saber por qué.

—¿Usted cree que el viejo zorro está tramando algo?

—¡Estoy seguro de ello! —dijo Jean-Baptiste dando tal golpe en la mesa que se derramaron los vasos de *whisky* con soda.

—¿Ya no tiene entonces serias sospechas de Mrs. Toller?

—Pocas veces me equivoco, *monsieur*. Puedo decírselo con sinceridad, y tengo verdadera inspiración. Pero quien actúa siguiendo su inspiración, después tiene mucho que explicar, como dijo mi amigo Pepi cuando intentó escribir una novela policial. Además, sé lo que sospecha el viejo zorro. Quizá no lo crea, pero nosotros tenemos oídos también dentro de la *Sûreté*. ¿Y sabe usted de quién sospecha? Sospecha de una mujer.

Curtis se puso instantáneamente en guardia. Temía que esto pudiese ser una excelente farsa para llevarlo a una pista que pudiese haber trascendido referente a Magda Toller, pues maniobrar con una anguila era más sencillo que tratar con M. Robinson. Fue claro que su acompañante vio lo que tenía en la cabeza y habló secamente.

—No, amigo. Ninguna de sus damas inglesas, ¡ay!, si no sería fácil. Me refiero a una francesa.

—¿A una francesa! ¿Quién, entonces?

—¿Quién? —dijo Jean-Baptiste.

Cinco minutos después, Curtis iba en un taxímetro a toda velocidad, por el *Bois*, llevando en el bolsillo la carta, la tarjeta y un documento firmado por Jean-Baptiste. Éste no había hecho ademán de seguirlo. Ni siquiera había comentado, demostrado júbilo o desagrado, al leer la carta. Curtis lo dejó reconcentrado, sentado a la mesa y enroscando en el dedo un trozo de hilo negro con uno o dos alfileres que evidentemente llevaba en la solapa.

Regresar a su hotel, encontrar algo de comer, ponerse traje de etiqueta, firmar un cheque: esto, consideraba Curtis, le daría suficiente tiempo para llegar a la casa de la marquesa de la Tourseche no demasiado tarde para la hora indicada. Estaba con tal prisa que apenas tuvo tiempo para pensar. Telefonó a la *Sûreté*, encontró al Inspector Durrand, y se aseguró, con preguntas misteriosas, que la cita era verdadera. Durrand no quiso o no pudo decirle lo que se tramaba. Durante todo el tiempo, mientras se dirigía a aquella dirección «por la Colina de los Robles, en Longchamps», daban vueltas en su mente ciertas palabras igualmente misteriosas.

Le sorprendió descubrir que hubiese semejantes lugares desiertos en los alrededores de París, con calles vacías, con paredes altas. La propia Colina de los Robles, con su gran casa en lo alto, era una selva. El conductor del taxímetro parecía conocer el lugar muy bien y gritaba instrucciones mientras él salvaba el último sendero a pie. Luego se detuvo en un espacio llano, próximo a un borde de árboles, con la gran pared delante de él, y esa noche había luz en la portería.

Su llamado al portón hizo salir a un hombre viejo con un homérico bigote y una linterna. Su tarjeta fue examinada a la luz de la linterna, sin comentario: se abrieron los portones y fueron cerrados con un golpe detrás de él, también sin comentario. Con el mismo modo sonambulístico, con un movimiento de cabeza, se le indicó un sendero entre robles. No experimentó ninguna sensación de alarma y ni siquiera de inquietud. Era simplemente una sensación de que la categórica cerrada de aquellos

portones lo encerraban dentro de un nuevo lugar, como un hombre podría entrar a una habitación atravesando unos velos, aunque sabía que eran tonterías. Detrás de las persianas cerradas de la casa que tenía al frente, sabía perfectamente lo que estaba obligado a encontrar. La marquesa de la Tourseche sería una mujer de mediana edad, enérgica, activa y buena moza, que había encontrado una ocupación lucrativa. A pesar de que solamente se suponía que una media docena de personas vendría allí, habría *croupiers* con corbata de moñito negro, habría un salón y hasta quizá hubiera un bar.

Estaba equivocado.

Concebido esto, no estaba preparado él para la oscura y sofocante magnificencia del vestíbulo donde lo introdujeron. Estaba iluminado por una pirámide de globos blancos de gas que contribuían a hacerlo tenebroso. Ningún mueble, ninguna espesa alfombra ni cortinas había cambiado la moda de sesenta años atrás y, aunque todo estaba escrupulosamente mantenido limpio, uno se imaginaba que ninguna varilla dorada, ninguna parcela de felpa, había sido movida desde entonces. El efecto era como estar encerrado en una carpa o en un pabellón con ricas colgaduras, salvo que era un poco demasiado oscuro. Al moverse, temía tropezar con algo. Le llamó sobre todo la atención el silencio del lugar. Aunque estaba oculto del mundo exterior, aquel silencio era concentrado. Dio su nombre y tarjeta a un mayordomo quien lo introdujo a un salón a la izquierda del vestíbulo. Entonces fue saludado..., por no decir asediado.

La dueña de casa se adelantó a su encuentro delante de una chimenea apagada, en una habitación muy semejante al vestíbulo. Era una pequeña mujer gruesa con la piel y el cuello flácidos y la cara pintada, llevaba un traje escotado de encaje negro. Con todo, no daba impresión de cómico, ni de otra persona, sino de la marquesa de la Tourseche. Cualquiera otra impresión duradera provenía probablemente de la extraordinaria energía y brillo de los oscuros ojos, de la sensación de placer cruel (aunque sin embargo amable) con que abarcaba todo, que hasta sus dedos se crispaban y se distendían como si se concentrara. A su lado estaba de pie un hombre viejo de ojos opacos y barba corta y cuadrada.

—¿Usted es Mr. Curtis? —dijo ella abordándolo. Pronunció el nombre a la manera inglesa, luego presentó al hombre de ojos opacos con un título que Curtis no pescó—. Siempre nos alegramos de recibir amigos de Philippe de Maupasson. ¿Lo he visto en Le Touquet?

—No, *madame*.

—¿O en casa de la marquesa de Bourbillac?

—Me temo que no, *madame* —dijo Curtis un poco perturbado con todos estos grandes nombres, y también por el modo con que lanzaba sus preguntas como fusilazos.

—¿Usted es inglés?

—Sí.

—¿De Londres?

—Sí.

—Yo soy irlandesa —dijo *madame* inesperadamente en inglés, y rió. Su risa era parte del mismo placer. Sin embargo, su conversación tenía una nota ruda y desacostumbrada, más extranjera que el francés, y la hacía sacudir como el movimiento de un reloj—. Usted ve mi nombre en la tarjeta, Deidre, aunque el pobre Philippe se toma libertades. The O'Dowd fue mi padre, hace más años de los que usted se imagina. Yo soy de las setecientas setenta y siete tribus perdidas. No, hablemos en francés. Dígame, entonces: ¿usted toma la Suerte en serio?

—La Suerte nos obliga a tomarla en serio, *madame* —dijo Curtis, cuyo juego más alto hasta entonces había sido una moderada emoción, en Monte Carlo, por una libra o dos. Pero vio que le había agradado a la anciana.

—¡Es una buena reputación! ¡Es una muy buena reputación!, me encanta. Es lo que me gusta. ¿Le he hablado de mi amigo..., no, no daré nombres, sería indiscreto, pero ha oído alguna vez hablar de él?

—No, *madame*.

—Bueno, sucedió hace mucho tiempo y no nombraré el casino tampoco. Él acababa de casarse. Estaba apasionadamente dedicado a su joven esposa. ¡Apasionadamente! Pero también estaba apasionadamente dedicado a las cartitas. En una mesa tuvo una corrida que lo estaba arruinando, pero no quería suspender y esperar hasta que le volviera la Suerte; se pegó a la mesa, no se le podía apartar, allí tomaba sus comidas. Y todavía perdía. Su mujer, que no lo comprendía, estaba desesperada. Pensó en el único medio de alejarlo. Estampó ella misma en una carta: «¡Su mujer lo está engañando! Si usted no lo cree, voy a la casa del conde de Tal y la encontrará allí en sus brazos», y se la envió. Él la leyó. Su rostro se atormentó y se levantó con los puños apretados. Luego se detuvo. El *croupier* le oyó murmurar «Desgraciado en el amor, afortunado en el juego». Cuadruplicó sus posturas y ganó un millón. Y al día siguiente, el conde de Tal, que ni siquiera conocía a su mujer, recibió de regalo una gran botella de coñac con un rótulo que solamente decía: «Merci».

El viejo de ojos opacos se animó.

—Sí, todo está muy bien —dijo pronto el viejo—. Pero no es tan bueno como la historia que cuentan de Talleyrand. ¿Quién era la dama (he olvidado el nombre) que se le dedicaba tanto, que cuando ella murió, pidió que su corazón fuera puesto en una urna tachonada de joyas y entregada a él para que la conservara eternamente? Cuando la entrega de la urna, ese hombre temible estaba sentado a la mesa perdiendo excesivamente. Sin vacilar, tomó la urna y la empujó a través de la mesa como apuesta. —El viejo miró a Curtis con el calor de una risa ahogada—. Como diría usted, esto es un *strip-poker par excellence*, ¿eh?

Curtis sonrió respetuosamente porque era lo que se esperaba, a pesar de que ambas anécdotas le impresionaron como algo terrible. Miró a su alrededor y caviló.

Podrían éstas ser unas del montón de historias con que *madame* animaba a los presuntos comensales. Pero en el rostro de *madame* había visto él una expresión vehemente que no le era desconocida. La había observado la noche anterior en la cara de Louis de Lautrec cuando habló de su suerte. Volvió a mirar a su alrededor y pensó qué campana habría sonado en este cuarto recargado, con sus tristes globos blancos de gas.

—No puedo pretender competir con tales hombres, *madame*...

—Bueno, lo veremos —dijo *madame* arrugando la cara al sonreír.

(¡Veamos! ¿Cuánto dinero tengo?).

—... pero puedo preguntar a qué juegan generalmente, *madame* y sus comensales? ¿*Baccarat*, creo?

Era la pregunta que evidentemente había estado esperando. Ella lo atropelló.

—¿Usted ha leído la tarjeta de Philippe? ¿Ha visto que él habla de una sorpresa?

—¿Algo diferente?

—Algo especial —dijo *madame*.

—Entonces, *madame*, sólo espero saber jugarlo.

—Usted no sabe jugarlo, *monsieur* —le repuso con gravedad—, pero no necesita disculparse. Nadie en el mundo de los vivos lo ha jugado.

Se dio maña para mirarla sin sorprenderse. Era evidente que no estaba de ningún modo loca, por el contrario, era una anciana muy perspicaz, gozando la última esencia del placer de su pasión favorita.

—Escúcheme —continuó ella moviendo el dedo de tal manera que la piel arrugada de las manos se sacudía de arriba abajo—. ¡Y juzgue por qué estoy entusiasmada! Jugaremos un juego que nadie ha jugado desde hace doscientos cincuenta años. Es un juego que se ha perdido. Sus verdaderas reglas las conocen pocos, salvo uno o dos eruditos que hurgan y agujonean en los archivos polvorientos del pasado, donde se encierra tanto brillo de vivir que ignoramos. ¿Eh, mi profesor? ¿Eh? —Miró ella a Ojos Opacos, que aprobaba—. Si oímos esta noche el grito de *¡Soissant-et-le-va*<sup>[4]</sup>!, será la primera vez que se lo oirá, fuera de los aposentos del Gran Monarca. Sin embargo, me dicen que una vez fue el furor de la tierra. Su fascinación era tal que llegó a arruinar a las familias de la corte del Gran Monarca. En un aspecto, es el perfecto juego de azar porque no se usa ni puede usarse una onza de habilidad; lo gobiernan las leyes de la Suerte pura. Veremos si la buena racha de M. de Lautrec puede desafiar al pasado. Me refiero, *monsieur*, al *Basset*, al juego real de los reyes de Francia.

Al extremo de la habitación, se abrieron las grandes puertas y el mayordomo corrió los espesos cortinados.

—Sus huéspedes la esperan, *madame* —dijo él.

# CAPÍTULO XVIII

## EL CÍRCULO DE LOS CADÁVERES

Un resplandor de luz brillante iluminaba el centro del oscuro cuarto donde fue introducido Curtis, siguiendo a Mme. de la Tourseche, que iba del brazo de la persona a quien llamó «el profesor». La luz de las lámparas de gas muy blancas caía sobre una mesa alargada cubierta por un tapete verde. Muy pocas eran las personas presentes; Curtis no podía decir el número exacto porque los extremos de la habitación estaban oscuros. En contraste con la relativa sobriedad de la mesa, las sillas de alrededor en hondas y espesamente tapizadas de felpa acolchada siguiendo el estilo de la casa, y las paredes parecían estar cubiertas de armas. La ausencia total de ruido se debería a la espesura de la alfombra o el silencio del ambiente, como a la expectativa antes de un debate.

Las primeras personas que Curtis descubrió en el grupo fueron a Magda Toller y a Ralph Douglas; la primera llevaba un vestido de gala que descubría sus hombros. Le pareció a Curtis que una expresión de alivio cruzaba la cara de Ralph al entrar él, pero ninguno demostró que se reconocían. A un lado de la mesa de tapete verde (baja para que los invitados pudieran sentarse en sillas cómodas y observar el juego) estaba sentado tieso un hombre de edad, rechoncho y apacible, que tomaba anotaciones en una libreta. Atrás, sentadas en un diván, a cierta distancia, dos mujeres de edad cuchicheaban en voz baja. Aún más atrás le pareció distinguir una figura que se parecía a De Lautrec, pero no podía estar seguro.

Mientras *madame* de la Tourseche recorría la habitación repartiendo expresivos saludos, Curtis se acercó a Magda y a Ralph. Estaban de pie junto a un aparador. No sabía él si debía darse por conocido: dependía del plan endiabrado preparado por el viejo zorro. Pero no había recibido instrucciones de no conocerlos; si algo había, la esquila de Bencolin insinuaba lo contrario. Se expandía débilmente un olor ligero y sofocante de las lámparas de gas; un rayo de luz perdido brilló sobre la pechera de la camisa de Ralph.

Éste fue quien habló, casi como un ventrílocuo, sin abrir la boca, pero con el balanceo inseguro y propio de la gente cuando intenta una travesura.

—¿Qué ocurre?

—No sé —dijo Curtis mirando para su lado—. Iba a preguntárselo. Yo nada sé. ¿Dónde está Bencolin?

—Todo lo que puedo decir es que aquí no está o no parece estar, aunque podía haber jurado que hace un rato... —Ralph calló—. Es seguro que algo hay. Todas las instrucciones que tengo son que juegue y si es posible contra De Lautrec. Él está aquí, dicho sea de paso, a pesar de que todavía no nos ha hablado.

—Sí. Me pareció alcanzar a verlo en la oscuridad. Cree que la suerte le ha llegado y se siente desafiante. ¿Ha estado usted aquí alguna vez?

Los ojos de Ralph se desviaron.

—No. No es lugar para gente joven. Por lo que he oído, le diré que esto es el sepulcro de los aficionados y de los jugadores desenfrenados. Cuanto más reumáticos y desecados están, tanto más juegan. Johnny Sinclair lo llama el Círculo de los Cadáveres: parece que cuando los cadáveres se ponen en marcha verdaderamente hacen juegos que ponen los pelos de punta. —Los ojos volvieron a moverse señalando a otro invitado—. ¿Ve usted a aquella persona de aspecto apacible que hace anotaciones en una libreta? Es Paul Jourdain, el séptimo o el octavo hombre más rico de Francia, a quien no le conviene ser visto en un casino público. Éste es solamente un pequeño círculo social donde, por supuesto, cada uno puede hacer lo que quiere. No sé quién es una de las dos mujeres, la otra es una jugadora profesional de cartas que con ello se da buena vida en la Riviera. En la mayor parte de los juegos de habilidad le gusta hacerla a su modo, pero tengo entendido que el juego de esta noche es de pura suerte. Bueno, esto me conviene. —Con las manos sobre el borde del aparador, cambió de postura y Curtis vio una gruesa vena que latía en su sien—. No quiero tener que pensar ni reconcentrarme, quiero ganar la partida... y escucha, Mag, no insistas en la necesidad de tener cautela.

—¿Sabe usted que no me ha saludado? —Magda interpeló a Curtis y lo miró fijo; él la saludó como al descuido—. No insisto en la necesidad de tener cautela. Haz lo que quieras. Está en el aire.

—¿Dónde se cambia aquí el dinero? —preguntó Curtis—. Supongo que emplearemos fichas...

—Si. Vea al mayordomo o lo que fuese. ¡Espere un poco! —dijo Ralph—. La dueña de casa tiene la palabra.

La marquesa de la Tourseche se había aproximado a la cabecera de la mesa y, de pie, apoyó dos dedos sobre ella. La pequeña figura regordeta no parecía ahora como si fuera a asaltar el tapete verde; mostraba codiciosa dignidad.

—*Mesdames, messieurs* —dijo con voz medida y áspera como la del cuervo—. Con el permiso de ustedes, vamos a intentar el renacimiento de un juego que espero aprobarán los espíritus. No deseo hablar de la última ocasión en que se jugó al *Basset*. Como todos los juegos de cartas del siglo diecisiete, es de una extrema sencillez, y ustedes lo comprenderán en dos minutos. Voy a explicarles el modo de jugar y a prevenirles las grandes ventajas que corresponden a la banca<sup>[5]</sup>.

Castañeteó ella los dedos. El mayordomo colocó a su lado varios mazos de naipes y montones de fichas pintadas de plata, oro y negro. El rostro arrugado de *madame* se destacaba a la luz cálida y fuerte de las lámparas; alrededor del tapete verde todo estaba oscuro.

—Les haré notar, primero, *mesdames et messieurs*, que en el *Basset* los diversos palos no cuentan para nada. No sigan pensando en tréboles, corazones, diamantes y espadas. Piensen solamente en los puntos: del as al diez, *valet*, reina y rey.

»Supongamos que yo sea la *Tallière* o banquera. Tengo ante mí un mazo

completo. Lo coloco sobre la mesa boca abajo..., así. Cuantos quieran pueden jugar contra mí. Cada una de estas personas tiene un montón de trece cartas, todas de un palo. Se las toma de otro mazo y son (por supuesto) el as, el dos, el tres, el cuatro, el cinco, el seis, el siete, el ocho, el nueve, el diez, el *valet*, la reina y el rey. Están colocadas boca arriba y en fila, delante de ellas..., así.

Tomó ella un mazo, sacó los trece diamantes, que colocó cuidadosamente en orden delante del hombrecito rechoncho con la libreta.

—Imaginemos, pues, que M. Jourdain está jugando. (Otros pueden jugar al mismo tiempo sus propias manos contra mí. M. De Lautrec, digamos, tiene las trece espadas; mi amigo André los trece corazones). Para simplificar, tomemos las cartas de M. Jourdain. Ahora le corresponde a él hacer una apuesta en cualquier carta o cartas que quiera de su mano, como otros lo hacen en las suyas, jugando cada uno simultáneamente contra mí. Puede apostar cuanto quiera y donde quiera. Es pura Suerte. Generalmente, preferirá apostar a más de una carta. Pero, para facilitar el ejemplo, digamos que elige el as. Toma un luis o veinte francos..., la moneda más baja que aquí se juega..., y la coloca sobre su as.

»Una vez hecho el juego en toda la mesa, no se puede apostar más hasta terminar la vuelta. ¡Bueno! Ahora comienzo a jugar contra él.

»Por lo tanto, doy vuelta la primera carta de *mi* mano. Recuerden, la primera carta siempre es del banquero y gana para la banca. La doy vuelta... así. Es un seis, ven ustedes. Bueno, nadie ha apostado al seis. Por lo tanto, aunque es mi carta ganadora, no recojo ningún dinero. Pero (como probablemente sucedería si varias personas jugaran) supongamos que alguno le hubiese apostado... Gano yo todo el dinero que cualquiera hubiera puesto sobre el seis.

»¡Continuamos! La carta siguiente que doy vuelta de mi mazo es la ganadora del *jugador* y debo pagar la suma que cualquiera de ellos haya colocado sobre la carta que aparece. La doy vuelta... así. Es un tres. Bueno, M. Jourdain no ha apostado al tres y no cobra nada. Pero si alguno de los otros jugadores le ha apostado, yo pago.

»Así continuamos alternativamente con todo el mazo: para la banca, para el jugador; para la banca, para el jugador; cada uno a su turno, hasta que se agota el mazo. Hasta aquí no hay nada. Hasta aquí es trivial. Pero ahora llegamos al gran riesgo. ¡Ah, aquí está! En la baceta del jugador doy vuelta un as. M. Jourdain gana y el verdadero juego empieza.

»Cuando la carta del jugador gana, puede él hacer una de dos cosas. Recibir su dinero de la banca y quitar todas las apuestas sobre esa carta determinada, o dejar su primera apuesta sobre ella. Si hace esto, no recibe ningún dinero de la banca. Queda solamente un luis. Para significar que lo deja, toma la carta y le dobla una punta como un pequeño cuerno... así. Ha hecho la *paroli*. Apuesta ahora a que de mi mano aparecerá un as por segunda vez para él.

»Continuamos dando. Supongamos ahora que un as se le dé ¡por segunda vez! Si es así, recibe de la banca siete veces tanto como colocara sobre la carta cuando

empezó. Esto se llama el *Sept-et-le-va*. (Si tomamos la libertad de considerar anticuados los términos franceses, podemos llamarlo». ¡Siete y todavía va!). En este momento puede retirarse llevándose sus ganancias o dejarlas otra vez. Dobla la otra punta de su carta para significarlo. Ahora está apostando que saldrá el as para él por tercera vez. Sobre esa carta se han apostado ahora siete luises, o sea 140 francos.

«Y ahora, *mesdames, messieurs*, me parece que se pone interesante. Seguimos. Supongamos que por tercera vez aparece el as para el jugador. Cuando ocurre, recibe quince veces la cantidad que hay entonces sobre la carta: es el *quinze-et-le-va*. Otra vez puede retirarse pues sus ganancias llegan a ciento cinco luises o sea 2.100 francos.

»Pero con la pertinacia del jugador no se retira. En vez, apuesta a que aparecerá el cuarto y último as. Vuelve a torcer la punta de la carta para significarlo. Si acierta y aparece el as para él, ha hecho el *trente-et-le-va*. Recibe de la banca treinta y tres veces la cantidad puesta entonces sobre la carta, o sea 69.300 francos. Sube, ¿eh? Pues durante una vuelta del juego, durante el tiempo que se necesita para dar cincuenta y dos cartas, y comenzando por la apuesta menor posible, ha ganado casi setenta mil francos.

»Esto no es todo —dijo Mme. de la Tourseche».

Más allá de la mesa, en la oscuridad, se oyó un repentino ruido que fue acallado. Hacía mucho calor, las luces del gas titilaban débilmente. Al mirar hacia el otro extremo del cuarto, Curtis vio aparecer la llama de un encendedor de cigarrillos que iluminaba la mandíbula cuadrada y los fuertes colores de Louis de Lautrec, que parecía aún más rojo al inclinarse sobre el cigarrillo. Pero De Lautrec sonreía.

Mme. de la Tourseche sonrió también como la figura de un grifo.

—Si el jugador alcanza al *trente-et-le-va* —continuó con su voz áspera—, la banca debe concederle un último y tremendo riesgo. Les advierto que este nuevo riesgo rara vez ocurre. Aún el mismo *trente-et-le-va* rara vez aparece. ¡Recuerden! Al dar un mazo completo, los cuatro ases tienen que aparecer (por supuesto). Pero si uno de ellos lo da vuelta el banquero como su carta ganadora, la banca inmediatamente barre todo cuanto el jugador ha apostado hasta entonces. Lo mismo ocurre con cualquier otra carta que se haya formado. Repito, la primera carta dada es del banquero y (les digo ahora) la última carta siempre es del banquero. Pero si el intrépido jugador ha ganado cuatro veces, puede entonces pedir a la banca su último tiro. Puede pedir que las cartas se vuelvan a barajar y a dar con todos los ases otra vez en el mazo. Apuesta entonces sus setenta mil francos a que saldrá un as por quinta vez como carta ganadora para él. Esto, *mesdames, messieurs*, es el *Soissant-et-le-va*. Y el banquero debe pagarle sesenta y siete veces lo que ha colocado sobre la carta. Vacilo aquí. Mi aritmética mental se oscurece. Pero la suma que recibiría entonces sería algo más que cuatro millones seiscientos cuarenta mil francos.

«*Mesdames, messieurs*, ¿jugamos?».

Hubo un profundo silencio.

Curtis había esperado alguna demostración, por lo menos algún comentario, como final de cualquier explicación. Nada hubo. El hombrecito rechoncho se sentó y miró pensativo (se podría decir con avaricia) el borde del tapete, verde. Las dos mujeres, al extremo del cuarto, estaban muy quietas, pero se oyó el golpe seco de una cartera que se abría. Curtis sentía la necesidad de hacer algún comentario. Con un vago cálculo mental se dio cuenta de que la cantidad nombrada en último término, al tipo corriente de cambio, llegaría a pasar las 35.000 libras en moneda inglesa. Se sentía al mismo tiempo muy pequeño. En comparación con esta placentera invención de la corte de Luis XIV, aún las apuestas de los mayores jugadores del presente parecía que fueran en peniques. Por cierto que debía ser una suerte prolongada, casi una suerte inconcebible, pero así es la Suerte.

Se volvió hacia Ralph.

—¿Va usted a participar en el juego?

—Sí, lo haré —dijo Magda—. Me encanta la gente que corre riesgos. En cierto modo, todo es extraño esta noche.

Ralph meditaba con los ojos fruncidos.

—Sí, vaya ir a comprar la banca. Es la manera de despojados. Este ganar-cuatro-veces-con-una-carta-y-después-saltar-la-banca-con-la-quinta es solamente el anzuelo. Ustedes verán. Ganarán una vez, quizá dos... y luego la banca ganará todo. Así ocurrirá. Claro que si alguien empieza con una apuesta verdaderamente buena, digamos cien francos en vez de un luis, y el loco inspirado consigue sorprender el *sois-zant-et-le-va*, el banquero se hundiría por cien mil libras. Pero no podría suceder. Mejor es que vaya a cambiar su dinero, Dick.

Curtis así lo hizo. El mayordomo lo introdujo en una oficina donde recibió una pila de fichas: las de color plateado por veinte, las doradas por cincuenta y las negras por cien francos. Al volver a donde los otros se habían ahora agrupado alrededor del tapete verde, De Lautrec lo atajó.

—*Good evening, old chap* —dijo De Lautrec en inglés con su correcta y fuerte entonación. De la comisura de los labios pendía el cigarrillo cuyo extremo encendido, en la oscuridad, tenía el mismo fulgor de su propia emoción—. Veo que usted está aquí con su amigo, Mr. Douglas.

—Buenas noches, Mr. De Lautrec, Sí, es verdad. ¿Lo conoce usted? ¿No es así?

—Sí, sí, bastante bien. Pero no quiero... hablar, me siento como si caminara con un cubo de agua sobre la cabeza y no quisiera que se me derramase. Mire usted, le daré un dato. Si aprecia su bolsillo, no juegue contra mí esta noche. No puedo perder. Además, hay dinero y los abogados nunca lo tienen. ¿Ve aquellas dos mujeres? Una es profesional (jugadora de cartas, quiero decir... ¡ja, ja, ja!), la otra es Mrs. Richardson, la esposa del rey norteamericano del jabón, del cuero o algo así. —Calló de pronto—. ¿Dónde está su amigo Bencolin?

—No lo he visto esta noche.

—Seguro que no. —Sopló el humo lanzándolo a lo lejos—. Me han estado

importunando otra vez. Corre una habladuría ridícula de que yo habría tomado las joyas de Rose reemplazándolas por imitaciones. Pero el abogado de Rose (¡malditos abogados!) abrió hoy la caja de seguridad ¿y qué encontró? Annette dice... —Calló—. ¿Por qué está usted aquí? No puede ser por casualidad. Vamos, se va a empezar.

Estaban agrupados alrededor de la mesa, con Mme. de la Tourseche a la cabecera; a su derecha, el apacible caballero instalado entre una anciana francesa delgada y una muy gruesa norteamericana de edad madura con ojos soñolientos que ocultaban una sonrisa jovial; a su izquierda, Ralph y Magda.

—Observo —continuó De Lautrec alzando la voz— que nuestro amigo M. Douglas ha comprado la banca. No tengo deseos de tomarla, prefiero el otro modo. Y ahora, ¿mamá de la Tourseche?

La dueña de casa se dio vuelta de golpe y le lanzó una mirada de desagrado por esta familiaridad.

—Sin lugar a duda, M. De Lautrec no tiene ningún entusiasmo —dijo ella—. Sabe cuándo parar y cuándo tomarse un descanso, aun si la suerte lo favorece. M. Douglas, ahora usted se sentará aquí, en la cabecera de la mesa. Barajará para usted las cartas de este *sabot*. Yo me siento a su lado como *croupier*. Mme. Richardson, de América, ha elegido una serie de trece corazones. M. Jourdain ha elegido la serie de trece tréboles.

Miró a su alrededor interrogativamente; Magda y Curtis, con Ralph en la banca, prefirieron por el momento quedar afuera. De Lautrec con tranquilidad tomó una silla a la izquierda del banquero y se sentó de golpe. A pesar de que él y Ralph mutuamente inclinaron la cabeza con restringida cortesía, a Curtis no le agradó la expresión de ninguno de ellos.

—Diamantes —resolvió De Lautrec—. Oh, sin duda alguna, pido diamantes.

—Puesto que es un experimento —dijo *madame*-, vuelvo a recordarles que no se puede aumentar ni alterar ninguna apuesta cuando el banquero ha empezado a barajar. Hagan juego, *messieurs*, *mesdames*...

De Lautrec se inició colocando cincuenta francos sobre el dos de diamantes, cien sobre el siete y doscientos sobre el rey. Hizo sonar su montón de fichas y hubo una pausa. Del otro lado de la mesa, Mrs. Richardson y M. Jourdain vacilaban. En apariencia, estaban acostumbrados a las viejas reglas y al valor de los honores; esta novedad y falta de convencionalismos los perturbaba tanto como la decisión de De Lautrec. Parecía que meditaban movimientos de ajedrez. Curtis apenas notó a qué cartas apostaban, salvo que la elección era muy prudente. Luego habló Mrs. Richardson.

—Sin duda —dijo con una sonrisa soñolienta y en correcto francés—, usted piensa continuar con la suerte del sábado pasado, *monsieur*. Me gustaría haberlo visto. Por desgracia, ésta es la primera vez que tengo el placer de venir aquí.

El hombrecito rechoncho vaciló. Fue su única señal de sorpresa y, en realidad, de alguna animación.

—Ni yo, *madame* —dijo—. Es la primera vez que...

—*El juego está hecho* —cantó la dueña de casa—. *No va más...*

Un profundo silencio cayó instantáneamente sobre la mesa. Ralph empezó con un nuevo mazo barajado, colocado boca abajo en la pequeña caja descubierta.

—*Carta para el banquero..., el cuatro. Mme. Richardson pierde.*

La dueña de casa, aunque insistía en actuar de *croupier*, delegaba en otros lo que se llamaría el trabajo de práctica. Su mayordomo, André, recogía las pérdidas y entregaba las ganancias.

—*Carta para el jugador..., el as M. Jourdain gana.* —Lo asedió interrogando—. *¿Quiere continuar a sept-et-le-va?*

Jourdain sacudió la cabeza, recogió la ganancia de veinte francos que recibió de la banca y sacó todas las fichas de su carta.

—El Círculo de los Cadáveres —susurró De Lautrec.

—*Carta para el banquero... el dos. M. De Lautrec pierde...*

—*Carta para el jugador... el rey. M. De Lautrec gana. ¿Sept-et-le-va?*

De Lautrec estiró la mano y dobló una punta de la carta cargada con dos fichas negras de cien francos.

—*Sept-et-le-va* —dijo.

Una débil nube de humo del cigarrillo se enroscaba en las lámparas altas. Se sentía como si se hubiesen arrojado a la mesa, el fuerte pulido de las cartas y los colores brillantes de sus signos contra el tapete verde comenzaban a producir un algo de efecto hipnótico. La próxima jugada fue una carta sobre la que no se habían hecho apuestas, un ocho. En la siguiente, Mrs. Richardson ganó con el diez. Ella dio vuelta la punta de la carta y la dejó únicamente para perder después cuando la banca extrajo un diez para sí.

—*Carta para los jugadores... el rey. M. De Lautrec gana.* —Hubo una ligera pausa—. *¿Quinze-et-le-va?*

Sin quitar los ojos de la carta, De Lautrec asintió con la cabeza y dobló la segunda punta. Sonreía ligeramente. Había ahora delante de él la suma de mil cuatrocientos francos.

—*Carta para el banquero..., el tres. No hay apuestas...*

—*Carta para los jugadores... el cinco. Mme. Richardson gana. ¿Continúa?*

—Es la última carta que he apostado. Le deseo buena suerte. Sí.

—*Carta para el banquero..., la reina. M. Jourdain pierde.*

La reina era la última carta a que Jourdain había apostado, y se cruzó de brazos. Dos cartas sin apuestas pasaron en rápida sucesión, después de lo cual Mrs. Richardson ganó otra vez. En su entusiasmo, esta dama rolliza, que pasaba de los setenta, se sonrojó. Los dejó para una tercera tentativa mientras las cartas salían y brillaban. La francesa, delgada y pálida, que hasta este momento no había proferido una palabra, empezó ahora a sisear consejos:

—No, no, no. No es correcto. No es científico. No es posible, *madame*, que usted

pueda...

—*Carta para los jugadores... el rey. M. De Lautrec gana* —dijo la dueña de casa con los ojos arrebatados—. *¿Trente-et-le-va?*

Richard Curtis sintió una ligera repulsión que recorría la mesa entera al comprender ellos la naturaleza de este juego. Con tres reyes, De Lautrec había ganado ahora veintiún mil francos a la banca. Más que ningún otro, Ralph Douglas, el banquero, lo había comprendido pero no lo demostró. Apoyó un codo sobre la mesa, confiado, liberal y un poco arrogante (la eterna señal de la familia), mientras golpeaba los dedos de la otra mano contra la caja. Curtis no podía imaginarse qué capricho impulsivo había en él esa noche. Ralph repetía la pregunta de la dueña de casa.

—*¿Trente-et-le-va?*, le pregunta *madame*.

—No —dijo lacónicamente De Lautrec, y barrió a un lado sus ganancias—. Me retiro. El rey no volverá a salir otra vez para mí.

—*Carta para el banquero...* —cantó *madame* mientras Ralph daba otra vez—, *el rey. No hay apuestas*.

—El maldito juego está embrujado —dijo Curtis a Magda por lo comisura de los labios. Más que verla, él sintió su gesto; estaba parada muy cerca, lo que ya era perturbador, y se colgaba de su brazo. Las cartas sin apuestas parecían ahora pasar como relámpagos, mientras De Lautrec perdió su apuesta de cien francos sobre el siete. Nueve cartas más desfilaron rápidamente. Mrs. Richardson fue corrida por la banca al hacer su tercera tentativa con el cinco. Al final de la mano, Mme. de la Tourseche rió entre dientes.

—Es una pequeña muestra —anunció ella con complacencia—. Baraje, baraje; dé las cartas, dé las cartas... si le agrada. Cuanto más rápido pasan las cartas, más rápido laten nuestros corazones. Las cartas son la poesía de las viejas. ¿Usted ha barajado? Bueno. No soportamos aquí ninguna ceremonia de los casinos. Ahora...

M. Jourdain habló con aire pensativo.

—¡Madame! Un punto de las reglas, por favor. ¿Se permite que dos personas apuesten a la misma carta en sus respectivas manos? Por ejemplo, ¿si M. De Lautrec resolviese jugar al as...?

—Nada encuentro en las escasas reglas del siglo diecisiete contra ello. Es materia de gusto.

De Lautrec lo miró con su huesuda cara sarcástica.

—Si quiere, *monsieur*, cuélguese de los faldones de mi chaqueta si es de su agrado —dijo—. Los millones de M. Jourdain están seguros con mi elección y...

—¡Z-zz-z! —gritó la dueña de casa haciendo un ruido como un moscardón en señal de protesta—. M. De Lautrec, esto es intolerable. Es insoportable. Recuerde, por favor, que somos nada más que un grupo de amigos reunidos en una casa privada para...

—Sólo pensaba observar —dijo M. Jourdain imperturbablemente— que me he

prendado de ese as. Me gusta. Primero se le utilizó en la demostración como carta mía. En la próxima mano me gustaría apostarle mil francos para empezar. Empero, pensaba si no estaría en contra de las reglas que le jugaran varias personas con fuertes apuestas y fuertes ganancias. En cuanto a colgarme de los faldones de su chaqueta, *monsieur*, no se alarme. Disculpe lo prosaico en un hombre viejo, pero en tiempos en que usted se colgaba de los faldones de su padre, yo afeitaba los cuellos de los grandes jugadores rusos en Trouville. ¿Podemos continuar?

Un juego nuevo provocó reacciones en los jugadores.

—Dispense —dijo De Lautrec y rugió de júbilo.

—No es nada —le aseguró el otro—. Tenía curiosidad por su sistema. Por ejemplo, oí decir a Mme. de la Tourseche que usted a veces desistía de jugar aun cuando la suerte lo favorecía, abandonaba la mesa y volvía a ella. Es poco acostumbrado. Recuerdo que mi viejo amigo...

—Sí, sí, es un sistema. ¡Sigamos con el juego!

—Pero un sistema nuevo, M. De Lautrec —intercaló la dueña de casa interrumpiendo con interés—, que me sorprendió el sábado a la noche. Aunque aquél fue un gran juego, ¿eh? Y no se nos podía molestar mucho por largo tiempo. Pero ¿por qué habría usted de tener una conversación tan absorbente con M. Ledoux, el joyero, cuando usted fue a beber...? Usted lo conoce, M. Jourdain; había esperado tenerlo aquí esta noche, pero está hoy en Amsterdam..., y además, ¿por qué habría usted de ausentarse una hora entera...?

Ella estiró los brazos. Era posible que no comprendiera por qué Ralph Douglas repentinamente dejó la pequeña caja y por qué tres personas se volvieron para mirar a De Lautrec con fijeza.

## CAPÍTULO XIX

¡TRENTE-ET-LE-VA!

De Lautrec aplastó el cigarrillo y se enderezó. Los prominentes ojos habían adquirido mayor fijeza.

—Tenga cuidado, *madame la marquise* —le previno jocosamente, pero ahora no se dirigió a ella como «mamá», sino con grave cortesía—. Se sorprenderá usted del efecto que provoca. Explíquese. Cuando usted dice que yo «me ausenté» simplemente quiere decir que no me senté a la mesa, ¿no es así?, ¿que no salí del salón?

—¡Por supuesto, por supuesto, por supuesto! —Se agitó—. Usted no salió del cuarto: ¿qué hay con ello? A no ser que fuera a buscar algo de beber en la habitación contigua, aunque estaba usted ridículamente sobrio, hijo mío.

—Empero, ¿no salí de la casa?

—Ciertamente, no.

—Como habrá leído en los periódicos —explicó él, el rostro largo se ponía malicioso— un incidente agitaba ahora a París...

—¿Usted es ese M. De Lautrec? —Se entusiasmó Mrs. Richardson, y abrió grandes ojos angelicales cuando la dueña de casa interrumpió.

—No lo he leído en ningún periódico —dijo ella ásperamente—. Hace treinta años que no leo un periódico. Es el privilegio de los viejos: no estamos obligados a saber lo que sucede. *Tiens*, hay un refrán, ¿no es así? Recuerdo cuando era moda decir refranes. Acostumbrábamos permanecer despiertas durante la noche, torturándonos para pensar en proverbios antiguos y luego darlos vuelta para que sonaran mejor. Ahora que usted lo menciona, M. Jourdain, recuerdo que una vez en Trouville... —Calló como para dar tiempo a su próxima observación—. Y cualquier cosa que salga impresa en los periódicos, hijo mío, no deseo que se discuta aquí. ¿Me comprende?

Hubo un silencio. Curtis sintió que una ráfaga peligrosa había barrido aquel cuarto, brevemente, y que volvería otra vez.

—Nuestro brindis se enfría —se quejó Jourdain.

—¡Hagan juego, mesdames, messieurs! ¡Puf!, he sido dueña de casa profesional desde hace tanto tiempo que hablo como un *croupiers*. Haga juego, amigo mío...

Ralph puso la caja sobre la mesa lanzando una mirada enigmática a Magda y a Curtis, que estaba ocupado. Era el buen momento de la noche. Con un ritmo que presentía algo, pasaron las pocas manos siguientes de *Basset*. No eran tan dominantes como al principio, pero iban dando forma a algo más grande. Jourdain y Mrs. Richardson se habían tranquilizado: el primero con mansedumbre, la segunda con ansiedad, y con calma, aumentaban la cantidad de sus apuestas, en busca del fantasma de *soissant-et-le-va* que otrora apasionara a Versailles. Tres veces Mrs.

Richardson le acometió como un toro al portón, con apuestas iniciales de arriba de mil cada una, pero no llegó más allá que Jourdain. Ambos perdieron con gran provecho para la banca... y al mismo tiempo aumentaba la racha ganadora de De Lautrec. En parte, empleaba un criterio excelente, mientras los otros parecían no tener ninguno; es un juego que pide buen criterio a falta de habilidad. Esto no era todo. Doblabá una punta en el momento conveniente, paraba en el momento conveniente. Todavía nunca había llegado más lejos que el *trente-et-le-va*, ganador de la cuarta carta. Lo había probado una vez con su carta favorita, el rey de diamantes, pero falló, y no había vuelto a intentarlo. No obstante, con esa corrida fenomenal, en la vigésima mano, Curtis estimó que llevaría ganado mucho más del millón de francos.

Curtis deseaba vehementemente entrar en el juego pero, al mismo tiempo, no lo quería hacer, porque Ralph estaba en apuros. Con el paso rápido del dinero de ida y de vuelta, era imposible conocer el estado exacto de la banca, pero sabía que iba perdiendo seriamente. A no ser entre gente que vive en las nubes como los De Lautrec, la banca hubiese ganado por una sucesión de firmes golpes que habrían dejado al jugador sin responder. Ralph lo sabía y estaba perdiendo la paciencia.

—¿Dime, Mag —reclamó—, no puedes hacerte útil y traerme algo de beber? El mayordomo no puede salir y *madame* dice que aquí hay *whisky*. Pasa aquella puerta y cruza el vestíbulo. ¿Qué diablos...?

—Lo buscaré yo —dijo Curtis de repente.

Salió a tientas de la habitación por donde señalaba Ralph y pasó al vestíbulo que, a pesar de su oscuridad, estaba más iluminado que el salón de juego. En el extremo opuesto, la puerta entornada dejaba ver, contra la pared, un aparador con botellas.

—¿Puedo venir a ayudar? —dijo Magda que le seguía los pasos.

Él nunca la olvidó en aquel momento, en el vestíbulo con la pirámide de globos blancos de gas y las colgaduras con borlas como de una carpa. Los escaupines plateados se movían sobre la oscura alfombra gris. Lo miró con curiosidad.

—Está bien. Me puedo arreglar.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó ella.

«Ya lo sé: Lo Que Se Debe y Lo Que No Se Debe Hacer. ¿No es así? Si a usted le interesa, Ralph ha hecho un extraordinario descubrimiento. Quizá después de esta tarde tenga él razón; ha descubierto que él y yo íbamos a cometer un tremendo error y que verdaderamente, después de todo, no éramos el uno para el otro».

Curtis sintió que debía rechazar las palabras como quien se prepara para un fuerte golpe.

—¿Y usted qué pensó?

—Oh, me gusta tanto como cualquiera que he conocido y lo merece. Pero yo ya había hecho el mismo descubrimiento. ¡Oh, Richard!, ¿cuánto más agregaré o no es usted la persona que yo creía?

Sin romanticismo, Curtis expresó su impulso con un juramento lleno de entusiasmo. En estado de verdadera exaltación, de pie en el vestíbulo, levantó el puño

y juró.

—Eso es —dijo ella sin respiración—. Es exactamente lo que quería oír. Usted es un poco como yo. Ahora lo sé.

—Venga aquí —ordenó—. Tengo algo que decirle.

La tomó por la muñeca (ella no pareció oponerse), la hizo cruzar el vestíbulo, casi la arrastró a través de la puerta del cuarto siguiente... y se encontraron cara a cara con Bencolin fumando un cigarro, sentado próximo al aparador.

—¡Ah! —Dijo Bencolin quitándose el cigarro de la boca—. Me alegro mucho de ver que hoy en día la gente joven corre tomada de la mano en busca de refrescos, como Jack y Jill. Encontrarán el *buffet* bien provisto.

Se quedaron sin respiración; su intensa turbación se igualaba sólo con la amabilidad de Bencolin. Si únicamente hubiese estado Bencolin en la habitación, a ninguno de los dos les hubiese importado. Pero también sentado allí, entre copas y cigarros, estaba Mr. George Stanfield, sorprendido, y aún más sorprendido, Mr. Bryce Douglas.

—¡Qué demonios...! —estalló Curtis y se detuvo—. ¿Cómo entraron aquí?

—¿Cómo entra la policía en cualquier parte? Cierre la puerta, por favor.

—¿Sabe *madame* que ustedes están aquí?

—Naturalmente —dijo Bencolin arqueando las cejas—. Escúcheme. Por el momento no hay tiempo para explicar. —Señaló hacia el salón de juego—. Ahora estamos cercándolo...

—Les digo que de nada sirve —dijo Bryce con cansancio—. No salió de esta casa el sábado a la noche y...

—Usted no comprende. —Bencolin gesticuló con cierto salvajismo—. ¿Cómo anda el juego allí?

—¿Se refiere a De Lautrec?

—Sí.

—Está barriendo la mesa —dijo Curtis—. Nadie puede contra él. No perdería aunque apostara que hay cinco ases en su mazo.

Bencolin se restregó las manos con tantos bríos, que le temblaban.

—¿Todavía están jugando?

—¡Oh, sí! Ellos...

La puerta se abrió y entró Ralph Douglas. Sí experimentó alguna sorpresa al ver a Bencolin, especialmente con los otros dos, no lo demostró. Un pañuelo sobresalía del bolsillo, con el que se había refregado la cara, pero estaba muy tranquilo. Se acercó al aparador, se sirvió varios dedos de *whisky* y lo tragó de un sorbo.

—He tenido suficiente —anunció apoyándose en el aparador y haciendo girar el vaso en su mano—. Aún con todo lo que he recogido de los otros dos, he perdido ya varios miles... de libras, no de francos. ¡Oh, sí!, cómodamente me puedo permitir perderlos, pero no soy ningún tonto. Hay una clase de locura del tapete verde que le agarra a uno si no es muy prudente y de ninguna manera me va a pescar a mí. He

entregado la banca.

—¿Quién la tiene ahora? —preguntó Curtis.

—De Lautrec. ¿Alguno querrá ser tan amable de decirme...?

Miró interrogativamente a su alrededor. Qué pensamientos cruzaban sus mentes, qué pasaba en este silencioso comedor, el propio Curtis no lo sabía. Miraba a Magda a su lado, y reflexionaba que iría a cortar la suerte de De Lautrec. No tenía aversión contra De Lautrec, no deseaba ninguna ganancia para sí; era extrañamente abstracto como si sólo estuviesen jugando por esas pequeñas fichas doradas. Cortaría la suerte de De Lautrec simplemente como un sordo desahogo de sus sentimientos..., lo mismo que escribiera la *Lawyer's Ode to Spring*, hacía solamente tres días antes, como medio de aliviar un ataque de aburrimiento. Miró de soslayo a Magda y de pronto comprendió que ella sentía lo mismo. Con seriedad, sostuvo la puerta abierta para que ella pasara delante de él.

Transcurrieron varios minutos antes de que volvieran al salón de juego, y De Lautrec se había instalado, mientras tanto, con la banca. Mrs. Richardson y Jourdain estaban sentados en sus sitios y *madame* entre Mrs. Richardson y De Lautrec, en el extremo de la mesa. El banquero se mostraba impasible, sentado tieso, haciendo visera con una mano y sacando lentamente las cartas con la otra. Tan atentos estaban todos en el juego, que no notaron cuando se sentaron los dos recién llegados, hasta que Curtis hizo un gesto a la dueña de casa. Nadie habló. Al participar en el juego, Curtis con espadas y Magda con el antiguo palo de diamantes de De Lautrec, éste inclinó ligeramente la cabeza hacia ellos, después volvió a darse sombra en los ojos.

La voz de *madame* y el ruido suave del rastrillo mantenían el juego impaciente.

—Hagan juego, amigos. Hagan...

Era un murmullo de sílabas. Curtis, con la acostumbrada pasión del aficionado por apostar a las cartas para ganar con el sentido del mayor valor, abrió fuertemente sobre el *valet*, la reina y el rey. A Magda le agradaban el siete y el diez.

—*Carta para el banquero.... el valet. M. Curtis pierde....*

—*Carta para los jugadores..., el as. M. Jourdain gana. ¿Sept-el-le-va?*

—*Sept-et-le-va* —aceptó Jourdain, que cada vez hacía cuidadosas anotaciones en su libreta.

De Lautrec no daba las cartas con la rapidez de Ralph, pero su misma premeditación comunicaba a cada jugada una mayor expectativa. Ahora los jugadores «llenaban la mesa», ni una carta quedaba sin una apuesta de gran valor. Pasaron seis manos, en tanto que el dinero se movía, a través del tapete, hacia De Lautrec como si fuera arrastrado por la fuerza de la gravedad. En la séptima, cuando iban por la mitad del mazo, Jourdain alcanzó a ganar el tercer as con una apuesta inicial de quinientos. Durante las veinticinco tiradas esperó sin hacer un gesto y sin que apareciera un as. Cuando se exhibió la quincuagésima primera carta, siempre del banquero, sabían ellos cuál debía ser. De Lautrec tiró el as para sí; luego se oyó un ligero suspiro de Jourdain al echar para atrás su silla.

—He terminado, amigos —dijo—. Con el permiso de ustedes, los saludo y me retiro. Estas cosas son mucho peores para el corazón que para el bolsillo. Las dos cosas son iguales y doblemente peligrosas en el caso de un hombre de negocios como yo.

Al final de la octava mano, Magda, que había hecho la apuesta menor, se retiró. Ella y Curtis hablaban en secreto, pero por nada del mundo podía acordarse él de lo que habían dicho. Sabía que no podría vencer a De Lautrec, en otras palabras, vencer al mundo para demostrarle cuánto había ganado él con unas pocas palabras de Magda Toller, pero iba a continuar. El primer entusiasmo de la aventura de la noche, le hizo traer consigo cuatro veces más dinero del que pensaba usar y más de lo que ganaba en sus habituales tareas en el curso de un año. Al empezar la décima mano, sólo le quedaban doscientos cincuenta francos. Doscientos estaban sobre la reina de espadas y arriesgaría el *sept-et-le-va*; la segunda acertada llegó muy pronto. Dobló la punta para esperar la tercera.

La noche casi había terminado y todos lo sabían. La conversación general había vuelto. Mrs. Richardson habló de sopetón en inglés.

—Bueno, señores, ésta es mi última mano. Cuando pierda ese pequeño nueve mío..., como sucederá..., levanto mi campamento. Mi marido va a estar furioso con esto; pero, como dice *madame*, las cartas son la poesía de las viejas. No quiero desanimarlo con su última apuesta, Mr. Curtis, pero...

—*Carta para los jugadores..., la reina. M. Curtis gana.* —*Madame*, ya ronca de tanto cantar, se detuvo y lo miró.

Todos se detuvieron.

—¿*Trente-et-le-va*, M. Curtis? —preguntó *madame*—. Vamos, decídase y, entre nosotros, estoy con sueño. Como dice Mrs. Richardson, ésta es la última mano. Usted juega solo. Hay veintiún mil francos para usted, casi cuatrocientas cincuenta de sus libras inglesas, fuera de lo que ha perdido. ¿Si prefiere recoger sus ganancias...?

Curtis con calma dobló la punta siguiente de la carta.

—*Trente-et-le-va* —dijo—. Treinta y todavía sube.

Después de una pausa, De Lautrec quitó la mano que sombreaba sus ojos. Vieron ellos lo que hasta ahora había él ocultado: que los ojos ardían con un fuego que partía del fondo de las órbitas, y para que no temblaran las cartas, los dedos las tomaban con cuidado.

—Muy bien —dijo con seca cortesía—. Sólo recuerdo a *monsieur* que la cuarta carta ganadora todavía no se ha dado esta noche. ¿Está usted pronta, *madame*?

—*Carta para el banquero..., el seis. No hay apuestas...*

—*Carta para los jugadores..., el tres. No hay apuestas...*

—*Carta para el banquero..., el nueve. Mrs. Richardson pierde.*

Mrs. Richardson ni siquiera miraba su propia mano. Otras dos personas que habían estado casi invisibles toda la noche, la pálida profesional y el viejo de ojos oscuros, se acercaron en silencio a la mesa.

—*Carta para el jugador... el ocho*. No quedan ahora apuestas sobre ninguna carta, con excepción de la reina, así que ahorraremos los comentarios. —*Carta para el banquero..., el as*.

—Es una suerte para él —susurró Jourdain desde la oscuridad.

—*Carta para el jugador..., el siete*. ¡Puf!, se me hiela la garganta.

—*Carta para el banquero, el dos...*

—*Carta para el jugador, la reina*. M. Curtis gana *trente-et-le-va*.

Curtis se recostó en la silla. Bueno, lo había conseguido. Había obtenido lo que todavía no se había dado allí esa noche y, en cierto modo, había alcanzado el sombrío propósito que guardaba en su mente. Tampoco miró a Magda, que estaba parada detrás de su silla, con las manos apretadas al respaldo. No tenía mayor interés por lo que ahora ocurriría. Comprendió que a su alrededor había un silencio amenazante, como si la gente dudara si debía felicitar o sólo aprobar con la cabeza. Pilas de fichas eran barridas de la mesa. Pensó que era un infierno de dinero.

—¡Oh! —dijo Mrs. Richardson con cierta falta de oportunidad.

—Sí, una vez se lo vi hacer a Dimitri de Rusia —observó Jourdain—. Había esperado que me tocara a mí. En mi libreta ya he calculado a cuánto alcanza. Mi cifra es 693.000 francos.

De Lautrec saltó sobre sus pies. Un resorte lo había tocado, quizá de charlatanismo, más probablemente de cierta pasión mística aunada a su estrella y a su suerte que entraba por mucho en su vida.

—Lo felicito amigo —dijo—. Fue una buena ganancia. Supongo que concluiremos. Pues creo..., sí, estoy *seguro...* de que usted no se animará a desafiarme otra vez y ser tan temerario como para intentar el último riesgo de *soissant-et-le-va*.

—No, no soy ambicioso. Vea usted, quise únicamente cortar su suerte. Ahora que lo he logrado...

—Está claro, está claro —sonrió De Lautrec—. Esta noche le previne que no jugara contra mí. Hace bien en tenerlo en cuenta. El proverbio de ustedes de que la discreción es lo mejor del valor explica su prudencia en este caso. De nuevo lo felicito.

—Dígame —murmuró Curtis—, ¿usted quiere seguir? Si pierde el próximo tiro...

El rostro de De Lautrec se arrebató, y golpeó la mesa.

—¿Así que usted quiso cortar mi suerte? ¡Por Dios!, afirmo que usted no tiene el valor de ver lo que es mi suerte.

—Bueno, si lo dice así... —dijo Curtis con suavidad y estirando la mano, dobló la cuarta punta de la carta—. *Soissant-et-le-va*.

El pequeño M. Jourdain nada dijo, caminó alrededor de la mesa, sólo las piernas parecían agitadas, pues conservaba la cara tranquila. Parecía haberse reunido más gente en torno de la mesa; Curtis sintió que Ralph Douglas, a su izquierda, le tironeaba de la manga.

—No sea un necio apasionado —enrostró Ralph en un susurro salvaje—. Ya he visto esto. Tome sus ganancias y váyase aprovechando la oportunidad. Fue por accidente. De Lautrec lo ha de ganar, tarde o temprano. Lo quita o lo pierde.

La ronca voz de *madame* se elevó y los hizo callar.

—Lo siento. ¡Chist! todos, ¡y escúchenme! Lo siento. Por la cabeza de mi marido, me hubiese gustado verlo. Pero, M. De Lautrec, no podemos permitirlo.

De Lautrec se volvió contra ella.

—¿Así lo dice? No podemos permitirlo. ¡Oh! ¡No podemos permitirlo! ¿Por qué no?

*Madame* rió entre dientes.

—Es un hermoso sueño para usted, pero es imposible. Ha olvidado que está jugando al juego del Gran Monarca. Le previne de qué se trataba. Yo estaba preparada, por mi parte, para esta emergencia: si hubiese conservado yo la banca, en mi caja de seguridad hay suficiente dinero para hacer frente a la pérdida, si un jugador de éxito llegara a *soissant-et-le-va*. Usted ha ganado enormemente esta noche, le concedo: lo suficiente para lujos por todo el resto de su vida. Pero olvida que si la reina aparece por quinta vez para M. Curtis, se verá usted obligado a pagar sesenta y siete veces lo que ha ganado. Usted conoce las reglas de esta casa... ¡En efectivo! Él no insiste en su derecho y usted podría verse en dificultades. Si él ganara, ¿dónde encontraría usted el dinero para pagarle? ¡Cómo! ¡Semejante suma no se ha jugado desde el tiempo de los Borbones!

De Lautrec ardía con esta idea.

—¿No lo ha sido? —preguntó por lo bajo—. Entonces veremos. En primer lugar, le aseguro que él no ganará...

—Es suficiente, ¿eh?

—¡Escúcheme, *mamá!* ¿Quiere volverme loco? Escuche y déjeme hablar. *Tengo* el dinero. Usted se olvida cuánto gané aquí la noche del sábado. ¿No alquilé yo uno de los cofres fuertes de acero, en su caja de seguridad, para poner dentro la mayor parte de mis ganancias? Usted misma me lo aconsejó para que no llevara tanto encima, por lugares solitarios, a esa hora de la madrugada. Llevé conmigo solamente una relativa bagatela, ¿no es así?

En la mente de Curtis penetraba con lentitud una comprensión que debió haber tenido mucho antes. Cuando De Lautrec salió de esa casa, el sábado a la noche (de madrugada) los agentes del *Foreign Office* lo tomaron y registraron. Curtis recordó los detalles exactos del dinero que llevaba sobre sí: «un paquete de billetes, de veinte mil francos, y otro de cinco mil francos». Claro que era una buena cantidad pletórica. Pero no tenía ningún punto de comparación con las apuestas que se jugaban allí... y, sin embargo, durante toda la velada, De Lautrec había sido felicitado continuamente por todos y hasta se había felicitado a sí mismo por su asombrosa suerte. No podía pensarse en la encumbrada vida dichosa que soñaba De Lautrec, con una ganancia de veinticinco mil francos.

—Concedo —le dijo *madame*—. Creo que usted tiene un recibo mío por ello. Sí, había pensado en eso. Sí, sí, sí. Pero todavía no es suficiente...

—Supongamos que le diera garantía... —gritó él.

—¿Garantía?

—Lo he dicho. Una garantía que anularía todos sus preciosos escrúpulos de conciencia...

Una expresión rara cruzó la mirada de ella.

—¿De qué se trata, M. De Lautrec?

—¡Ah!, no tiene importancia. Algo más que puse dentro del pequeño cofre de acero..., algo de lo que usted no me dio recibo porque no me vio meterlo. La hace sobresaltar, ¿eh? Bueno, hay bastante garantía para que su banca esté segura. Aquí tengo la llave. —Tanteó dentro del bolsillo—. Lléveme ahora a su oficina, permítame que abra mi cofre y...

—Todavía pregunto, ¿qué es? —insistió *madame* con tranquilidad—. Además, no es a mí a quien deberá pagar: es al caballero contra quien va a jugar.

De Lautrec se detuvo. Ya había barajado las cartas, con abstracción frenética, las había dado a cortar y las había puesto dentro de la caja. Ahora la caja cayó de sus manos sobre la mesa. Su mandíbula también se abrió, la contrajo y, al dar vuelta la cabeza, en su rostro había una expresión como de horror. Comprendió lo que había dicho.

Al mismo tiempo, una mano y un brazo surgieron de la oscuridad, más allá de la luz que iluminaba la casa. Era una mano potente y bastante velluda que se afirmó sobre la de De Lautrec.

—Necesito esa llave, amigo —dijo Bencolin—. Fue allí donde ocultó las joyas de Rose Klonec, ¿eh?

—No se molesten ustedes, les ruego —agregó Bencolin volviéndose hacia los otros—. *Madame la marquise*, siento que haya ocurrido aquí, pensé que él nos llevaría más lejos. M. De Lautrec, quisiera tener una palabra con usted. *Madame*, necesitaremos su ayuda y le agradeceré que nos acompañe. M. Curtis, le sugiero que venga también para que sepa contra qué había de jugar. Los demás me harán el favor de permanecer aquí.

Salieron del cuarto en silencio y entraron en la pequeña oficina oscura que seguía al vestíbulo central donde antes Curtis había cambiado su dinero. *Madame* aumentó la luz de los mecheros de gas y se pudo ver un escritorio de tapa corrediza, una ventana profunda con barras de hierro y una pequeña caja fuerte empotrada en la pared. Bencolin cerró y echó llave a una puerta revestida de hierro.

A De Lautrec le había vuelto el sentido. Había desaparecido la momentánea locura del tapete verde, como lo llamara Ralph, su cara se había aclarado con una amplia mirada de alivio como las llamas de los mecheros del gas.

—M. Bencolin, ¿usted me acusa...?

—De haber robado gran parte de las joyas de Rose Klonec, guardadas en la caja

de seguridad de sus habitaciones de 81 *Avenue des Invalides*.

—Es una acusación tonta.

—¿Por qué? No tenemos más que abrir un cofre fuerte con esta llave.

De Lautrec sacudió la cabeza.

—En las presentes circunstancias sería difícil probar semejante acusación. Le pedí a ella algunas joyas prestadas, y me gustaron tanto, que resolví guardarlas. Hace una semana..., reconozco que aún hace dos noches..., no podía comprar lo que quisiera y entonces hubiese sido robo. Pero usted no parece comprender que ahora estoy yo inflado de dinero. ¡Qué! —Frunció los ojos—. ¡Qué!, piense lo que ofrecí a Rose por ellas, mucho más de lo que podría ella obtener de los comerciantes. Estoy pronto a pagar ahora..., ese valor o, por supuesto, devolver las joyas.

—Sin duda —dijo Bencolin secamente—. Sin embargo, creo que los padres de Rose Klonec preferirán su muy generoso ofrecimiento de dinero. Son gente de Provenza, tengo entendido, en no muy buena situación pecuniaria, y preferirán tener un poco más del valor de las joyas que saberlo a usted en prisión. En efecto, ya he consultado con su procurador sobre este punto. Así que si usted quiere firmar esto...

Sacó una hoja doblada de papel sellado del bolsillo superior de su abrigo y la pasó a De Lautrec, Éste la leyó y empalideció.

—Esto es demasiado conceder —dijo.

—Sí. Promete también su impunidad. Transige al mismo tiempo con una felonía, pero no me importa porque por sendas excesivamente tortuosas se contribuye a hacer obra buena.

—¿No hay ninguna treta en esto?

—Ninguna. ¿Está bien la cuenta? ¿Firmará usted?

—Está bien la cuenta. Firmaré —dijo con brusquedad De Lautrec.

La puso encima del pequeño cofre fuerte y firmó con la lapicera de depósito de Bencolin.

—Después de todo —continuó Bencolin reflexionando—, conceder que está bien la cuenta es una excelente seguridad para usted. Evita su arresto por una acusación mucho más seria que robar las joyas de Rose Klonec. Evita su arresto por el asesinato de la propia Rose Klonec.

De Lautrec cerró la lapicera de depósito.

—¡Por Dios que está en los cielos!, ¿usted creyó que yo era el asesino? ¿Usted creyó que yo era el hombre de abrigo castaño y sombrero negro?

—No —dijo Bencolin.

Estaba parado de espaldas a la puerta, ahora se volvió, dio vuelta la llave y la abrió sin prisa, pero con tiempo para que vieran a una persona que estaba afuera, inclinada contra la cerradura, escuchándolos. La hizo entrar y cerró la puerta. Era un hombre de estatura algo más baja que la mediana, con una nariz larga, bigote claro y ojos arrogantes pero atemorizados.

—Éste es el hombre de impermeable castaño y sombrero negro —dijo Bencolin

con la mano puesta sobre el hombro de Bryce Douglas.

## CAPÍTULO XX

«... POR UNA SENDA TORTUOSA».

Sería el amanecer o quizá de noche, pues era difícil saberlo en la casa cerrada de la marquesa de la Tourseche, y poca importancia tenía para los que allí estaban alrededor de la mesa de tapete verde. Debajo de las luces fuertes se habían reunido cuatro personas: Bencolin, sentado a la cabecera, a un lado la propia *madame* con sus manos arrugadas cruzadas y con los ojos todavía centelleantes, al otro lado Richard Curtis y Ralph Douglas.

—¿Quedará libre? —Averiguó *madame*.

—Por ciertos motivos quedará libre —replicó Bencolin.

Parecía la cadencia de un ceremonial. Ralph mantenía los ojos fijos en la mesa.

—*Monsieur* —continuó la dueña de casa—, le facilité mi casa para su pequeña celada. Me divirtió y me divertiría de nuevo. Pude asegurarme de que no asistiera ninguno de mis invitados de costumbre para darnos una mala reputación. Aun cuando usted proveyó todos los actores, salvo M. de Lautrec, no quise molestarlos con habladurías de asesinatos: creo que Mme. Richardson y M. Jourdain encontraron nuestra compañía demasiado apasionante para volver. Ahora usted nos contará y me dirá también por qué insistió en enviar a su casa, como a una criatura, a esa jovencita tan preciosa.

—Porque tanta parte de la historia se refiere a ella —dijo Bencolin—, que no sería bueno que la oyera. Por la misma razón, estos dos deben oírla, pero deben prometer también que, en parte, ella nunca sabrá la verdad.

Se sentó con los codos sobre la mesa, rozando las palmas de las manos una contra otra.

—¿La verdad? —repitió Curtis.

—La verdad de por qué Bryce Douglas mató a Rose Klonec —dijo Bencolin.

Después de una pausa continuó.

—Esta historia es la de dos crímenes, un robo y un asesinato, ambos inconexos, completamente independientes uno de otro y, sin embargo, cada cual sirviendo para ocultar y vigilarse mutuamente. Se entrelazan a tal extremo que no pueden separarse; el asesinato es lo que más nos interesa.

»Desde el principio, un hecho nos confundió: no había intención de asesinato. Nos desviamos completamente en busca del móvil. Buscábamos a un hombre que odiara, temiera o amara a Rose Klonec. Rose Klonec, no obstante, fue muerta sin intención por un hombre que no la odiaba, ni la temía, ni la amaba: en verdad, apenas la conocía, salvo como un agente del gobierno conoce a otro. Parecía, y lo era, un hombre de vida profesional afligentemente circunspecta. No se interesaba por Rose Klonec, pero se interesaba con mucha amargura y también muy afligentemente por Magda Toller. No lo ocultaba. Tenía una sensibilidad tan fuera de lo común, que

dejaba ver sus emociones y hacía preguntas aun cuando la mirada de extraños se fijaba sobre ella. Rara vez ocultaba su convicción de que era una joven que nunca estuvo sinceramente enamorada de Ralph Douglas..., y en esto, como en muchas cosas, tuvo razón. Su gran error fue su seguridad egocéntrica de que *él* era la persona y que, a su debido tiempo, ella lo descubriría. (Ella no debe enterarse de esto: *Miss Toller* no sabe sus propias capacidades para trastornar las vidas y las ambiciones de los hombres. Hablo con dos personas que, después de Bryce, lo saben muy bien). Y por lo tanto, Bryce llevó a cabo un curioso plan en el que no tenía lugar el asesinato. Se habría horrorizado, entonces, con la idea de asesinar. Llevó a cabo este plan con una apacible ingenuidad, siguiendo el estilo de sus favoritas novelas de detectives, con la cuidadosa atención por los detalles, en especial por los detalles sensacionales de un Asesinato sobre el Papel. Nunca perdió su fibra porque intentaba que fuera algo más que un Asesinato sobre el Papel. Hasta donde llega mi propia convicción, lo encuentro diez veces peor que un verdadero asesinato. —Bencolin hizo una pausa antes de continuar.

»Mejor será que les diga cómo lo coordino. Al principio, no sospechaba de él más de lo que, por costumbre, sospecho de todos, porque no encontraba el móvil y porque en cierto caso, como se verá después, nos condujo ingeniosamente por un camino errado. Si hubiese habido móvil, o si no hubiera sido por aquel caso, él habría sido uno de los primeros sospechados y se lo dije en la cara. La afición al detalle estudiado, al detalle enigmático, era exactamente como él.

»Tuve la primera sospecha durante nuestra conversación de anoche con De Lautrec. Veníamos, ustedes lo recuerdan, de una entrevista con Bryce en la que nos enteramos de la coartada de De Lautrec. A primera vista, la historia de Bryce parecía bastante razonable. Dijo que él (Bryce) había recibido, a media tarde, un mensaje telefónico (¡teléfonos otra vez!) de su compañera del servicio secreto, Rose Klonec, para prevenirle que De Lautrec asistiría a una reunión traidora en un domicilio misterioso y todo lo demás; solicitaba que lo siguiera. Bryce dijo que Rose Klonec estaba enterada de que sólo iría a... este... este establecimiento de Azar, pero Bryce lo explicó hábilmente diciendo que ella habría deseado que De Lautrec fuese detenido por personal del *Foreign Office* a fin de pasar su noche con Ralph Douglas.

»Muy bien. Ahora, durante nuestra conversación ulterior con De Lautrec, éste facilitó el informe de que él, Rose Klonec y su doncella habían salido a hacer un *Picnic* en el río, el sábado por la tarde. Sin embargo, Bryce nos dijo que ella le había telefoneado en la tarde. No era necesariamente importante. Había varias explicaciones: 1.<sup>a</sup>, sería una mentira de parte de De Lautrec; 2.<sup>a</sup>, sería un error casual de parte de Bryce; 3.<sup>a</sup>, ella podría haber encontrado un teléfono aun en buena compañía y en un *Picnic*.

»De estas cosas podemos descartar el “error casual”. Respecto de la 2.<sup>a</sup>, un hombre como Bryce no comete semejantes errores, en especial cuando tiene entre manos una tarea importante y necesita hacer preparativos para la casa, con un colega

del *Foreign Office*. La 1.<sup>a</sup> parecía posible; luego les diré por qué estaba lejos de sentirme satisfecho con el comportamiento de De Lautrec; y la 3.<sup>a</sup>, muy probable.

»Por el momento no podía concentrarme en esto, él causa de las descabelladas circunstancias enigmáticas del asesinato, el motivo de la muerte, la pista completamente falsa de *Miss Toller* y tantas cosas que ahora hemos explicado. Fue sólo esta mañana cuando pude coordinar mis ideas. Interrogué a *Annette Fauvel*, la doncella de *Klonec*. ¿Con qué resultado?

»El sábado, según declaró la doncella, los tres salieron para el *picnic*, a las diez y media de la mañana; habían ido en automóvil, directamente al río, sin detenerse y todos en el mismo coche; alquilaron un bote y, desde la mañana hasta la tarde, “justo antes de anochecer”, *Rose Klonec* nunca estuvo fuera del río. Se lo hice repetir todo a *Annette*. El botero fue interrogado más tarde y confirmó lo dicho por ella.

»Lo cual eliminaba la 1.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup>. No era mentira de parte de De Lautrec, porque decía la verdad. Ella podía haber encontrado un teléfono en París, excepto en medio del Sena. La única alternativa era que *Bryce* estuviese mintiendo.

»Esto arrojó una extraña luz en la situación. *Rose Klonec*, dijo *Bryce*, sabía muy bien, el sábado por la noche, que De Lautrec iba a jugar a casa de la marquesa de la *Tourseche*. Entonces, ¿cómo diablos no lo sabía *Bryce* también? Por propia confesión, él había estado observando los movimientos de De Lautrec durante algún tiempo. Sabíamos, por De Lautrec, que él (De Lautrec) hacía tiempo que iba allí. Hasta había caído en hacer de ello un programa habitual. Iba a eso de las diez y media de la noche y nunca regresaba antes del amanecer. Era muy raro, hasta ser casi imposible, que un perseguidor incansable como *Bryce Douglas* no lo supiera, y ni siquiera estuviese enterado de lo que realmente era la casa siniestra de la Colina de los Robles.

»Al descubrir su persecución a De Lautrec, *Bryce* nos dio una emocionante orientación, llena de misterioso suspenso. Él y *Mercier*, el hombre que él había escogido, esperaron fuera de la casa “durante tres horas interminables” hasta que De Lautrec, ¿debido tal vez a que la banca cerrara desacostumbradamente temprano...?

Miró a *madame* que asintió con la cabeza.

—Sí, casi la había hecho saltar y abandonó.

—... De Lautrec abandonó. *Bryce* estuvo muy categórico. Proporcionaba a De Lautrec una coartada. Se proporcionaba también, observen ustedes, una coartada a sí mismo.

»Pero él estaba allí a la espera, ¿no es así?, en compañía de un colega. No, no lo estaba. Según su propia declaración, vigilaba el portón del frente y su colega el del fondo, en una pared bastante extensa. Él mismo reconoció que ambos se comprometieron a permanecer en sus puestos, para el caso de que la presa saliera. Ahora, si desconfiáramos, creeríamos esto: que *Bryce Douglas* sabía que un jugador tan vehemente como De Lautrec no dejaría esa casa por muchas horas. Salvo por muerte repentina o por acción de *Dios*, *Bryce* podía estar tan seguro como lo estamos

de la mayor parte de las cosas de este mundo. No era una coartada tan cerrada como Bryce hubiese ideado, pero era una muy buena pues (como ustedes verán) no buscaba una coartada referente a un asesinato.

»Ahora, puesto que estaba seguro yo de que Bryce mentía, era bueno preguntarse: ¿Por qué no sospeché de él desde el principio? Bueno, primero, por falta de móvil. Segundo, porque en una oportunidad él y el hombre de abrigo castaño fueron vistos..., o *casi* vistos..., juntos.

»Podía yo mismo atestiguarlo. El miércoles de la semana pasada, por la noche, recuerdo, había visto yo a un hombre más bien alto, de impermeable castaño, trepando por la pared que rodea la *Villa Marbre*. (Dicho sea de paso, Bryce parece tener propensiones de este orden, porque en su fantasioso cuento de la siniestra vigilancia delante de esta casa nos dijo cómo una vez había pensado trepar por la pared). El viernes por la noche vi a un hombre, al parecer otro hombre, seguramente más bajo, caminando abiertamente en dirección del portón de la *Villa Marbre* y entrar. Lo seguí cuando penetró en los jardines..., ambos arrastrándonos: ¡Dios!... y lo vi llegar hasta la cocina del fondo, donde ardía una luz. Noten esto: donde ardía una luz.

»Se aproximó él a la ventana y atisbó a través de las persianas. La luz interior se apagó, saltó atrás, me acerqué y él me dijo que había visto adentro a una persona de impermeable castaño y sombrero negro, jugueteando con botellas de *champagne*.

»Al reflexionar, pensé por primera vez en ciertas cosas inusitadas que había encontrado en la cocina de la *Villa Marbre*. Suspiro al reconocer que, al principio, nada vi de significativo en ellas...; las retenía simplemente con algunas observaciones y una pequeña conversación instructiva sobre relojes eléctricos, mientras que en el automóvil que estaba afuera, mis hombres tomaban las impresiones palmares de *Miss Toller*. Me refiero a que, primero, en la pared del fondo de la cocina, *exactamente sobre el conmutador de la luz*, había un alfiler blanco de dibujante o una tachuela, metido en la pared, casi hasta la cabeza; y, segundo, tendido detrás de la heladera eléctrica, hacia la ventana, había un cabo de grueso hilo negro, evidentemente desprendido, con un lazo al extremo.

»El conmutador eléctrico es de tipo común francés o inglés, con un botón que se empuja para arriba o para abajo. Cuando el botón está para abajo, hay luz. La ventana, aunque con las persianas bien cerradas, estaba entreabierta. Ahora, si un lazo de un trozo de grueso hilo negro se coloca alrededor del botón descendente del conmutador de la luz y luego se le hace pasar sobre la tachuela firmemente introducida en la pared para actuar como polea, y después sigue unos tres pies hacia la ventana, entonces la punta puede pasar fácilmente a través de una ranura de la persiana. Usted tira... y el botón sube. La luz se apaga. Usted da un tirón... para cortarlo. Pero si tira demasiado y corta el hilo demasiado cerca de la ventana...

»Sí, fue una lástima.

»En este punto, con las palabras del instructivo poema escocés, me dije: «Viejo

calvo Bencolin, restos mortales de Bencolin, terco calvo Bencolin, has perdido la cabeza. Se te ha trastornado. Ese hijo de cocinera, Bryce Douglas, *pretendió* que vieras la escena entera. La arregló para ustedes, para los infelices de ustedes, para engañarlos. Cuando hizo su primera visita a la *Villa Marbre*, el miércoles por la noche, con determinado disfraz, sabía que lo había visto trepando por la pared, y pensaba si lo habría reconocido, pues sabía que sus ojos son perspicaces aunque su razón no lo sea. Y debía ponerlos a prueba. Iba él a asegurarse doblemente por medio de una pequeña comedia. *Crearía* el hombre-de-impermeable-castaño antes de que el hombre apareciera con algún propósito siniestro.

»El viernes a la noche, entonces —todavía estoy hablando conmigo mismo de un procedimiento poco edificante—, no vio su primera aparición. Probablemente trepó por la pared del fondo, mientras vigilaba la del frente (la misma trepa que ejecutó aquí con Mercier). Hizo lo que tuviera que hacer dentro de la casa, que era alterar una intención primitiva y poner *una* botella preparada de *champagne*, en lugar de las seis sin adulterar que estaban antes. Acomodó el alfiler de dibujo y el hilo. Dejó la luz encendida. Saltó la pared. Estaba entonces pronto para venir libremente al portón del frente y permitir que lo siguiera para un episodio que convencería».

«Ahora he terminado de hablar conmigo mismo». Pero —continuó Bencolin— yo debí comprender que a Bryce se le escaparon algunas observaciones muy sugestivas cuando describía al hombre de abrigo castaño cambiando las botellas, cosa que él mismo había hecho diez minutos antes en la cocina. Bryce dijo que había venido para encontrarse con Rose Klonec. ¿Por qué va hasta allí para encontrarse con Rose Klonec en una casa cerrada que pertenece a Ralph? ¿Y por qué dijo él que no había esperado? ¿Por qué se retiró cuando vio al hombre de abrigo castaño? *Porque estaba bastante seguro*, dijo él, *de que el hombre de adentro era Ralph, que preparaba una fiesta*. Vean ustedes, ya sembraba sospechas en gran escala.

Ralph, que había permanecido con la vista fija sobre el tapete verde, alzó la cabeza y mostró un aspecto grave y azorado.

—He soportado demasiado con este asunto —se quejó—. ¿Piensa usted que Bryce, nada menos que Bryce, preparó todo esto para arrojar sospechas sobre mí? No puedo creerlo y no lo creo.

Bencolin lo miró y asintió:

—Pero no sospechas de asesinato —dijo Bencolin con suavidad—; deseo recalcarlo. Y podemos también continuar con esta parte del asunto.

»Entonces, si, como me pareció seguro, Bryce Douglas era la figura enigmática del caso, ¿cómo podía adaptarse él al aspecto del hombre de impermeable castaño?

»Ante todo por la altura. Llegamos así a una de las absolutas y sugestivas deducciones de Jean-Baptiste Robinson que consideré instructivas aun cuando él se equivocó en lo principal. Jean-Baptiste dice que era la figura de una mujer. Declara que la mujer calzaba botas ortopédicas, con un taco muy alto, que agregaba varias pulgadas a su altura: la mujer resbaló y casi cae al suelo cuan larga era. Ahora bien,

una mujer se sentirá molesta con muchas piezas de ropa, en particular con pantalones de hombre, pero hay una cosa que nunca le molestará y son los tacones altos. Con ellos se siente cómoda. Por el contrario, el hombre se sentirá incómodo más que nada por los tacos altos, se moverá de manera extraña y estará muy pronto para caerse, largo a largo, en un piso encerado. Además, como a *Miss Toller* la vio caminar bajo los árboles y a la luz de la lima, no es sorprendente que ni el porte ni el paso de Bryce le parecieran conocidos. Sí, desde el principio fue claro que nuestro asesino era un hombre algo menos que de mediana estatura.

»Por lo demás: no se impresionen por el bigote. Es un bigote verdadero, y en la vida diaria Bryce no usa postizos, si no su comportamiento social sería a veces un poco afectado. En muchos teatros de los bulevares hay hombres que con pasta de actores modelan un bigote invisible y no tienen dificultad en engañar a la gente de las butacas de las primeras filas. La peluca de Bryce pudo ser de las más chapuceras (suficiente para la vista cegatona de Hortense), y con un *poco* más de pasta de actor y de pintura compuso la “mancha rosada” de la cara que aquélla describe, que con el parecido de familia pudo ser aceptable. En realidad, es evidente que nuestro hombre de abrigo castaño no pudo ser otro sino Bryce.

»No precisamos detenemos en los millares de pequeños y para Bryce agradables detalles: las cartas, descoloridas, con la firma de Ralph al final y copiadas a máquina, la elección de Hortense porque jamás había visto a Ralph y se podía enceguecerla. En cuanto a las cartas, Mabusse las leyó con los rayos ultravioletas. Había, sin embargo, una endiablada complicación porque Hortense había llevado la carta a Stanfield, antiguo amante de Rose Klonec y casi echa a perder el plan entero, pero en general...

Ralph golpeó la mesa.

—¿Qué diablos iba a *hacer*? —preguntó—. Si no pensaba matarla, ¿qué perseguía? ¿Y el móvil? Y algo más que traje yo hoy a colación...

—Vamos por orden —dijo Bencolin consoladoramente—. Examinemos, en unión con Bryce, el extraño comportamiento de M. Louis de Lautrec cuando aquél llegó a ejecutar su plan.

»He señalado que al comienzo estaba yo lejos de sentirme satisfecho con el comportamiento de De Lautrec. Era extraño en forma curiosa. No estaba él preocupado, personalmente preocupado, por el asesinato: parecía no tocarle en absoluto. No obstante, en aquella primera entrevista algo le preocupaba mucho. Era de observar que cualquier giro que tomara nuestra conversación, siempre volvía al tema de las joyas.

»Yo le aguijoneaba con las tres joyas (entonces tenía motivos para pensarlo) que le había sacado a Rose Klonec el sábado por la noche. (Y esa parte de la historia es absolutamente cierta: consiguió, en verdad, de la manera que él lo cuenta, el pendiente de esmeraldas, el anillo de brillantes y los aros. Lo reconoció por fin, aunque algo más pesaba en su mente. A cada momento lanzaba “Así que usted cree que yo robé sus joyas, ¿eh?”). Me dijo esto y lo creí; pero todavía el hombre no se

sentía satisfecho. Intentó explicar su desasosiego diciendo que la historia, contada en los bulevares, lo arruinaría (cosa que precisamente no ocurriría). Rose Klonec era un terror muy conocido que había conquistado la antipatía de mucha gente. Cualquiera que fuese tan listo como De Lautrec para tomar tan hábilmente aquellas tres joyas y hubiese conseguido cambiar la suerte de ese modo, sólo podría esperar una maravillosa aprobación.

»De Lautrec estaba evidentemente muy impresionado con la teoría de *L'Intelligence* de que una mujer había cometido el asesinato de la *Villa Marbre*. Era la manera que Jean-Baptiste tenía para influir sobre mucha gente, y la teoría contaba con varios puntos plausibles. De Lautrec me dijo entonces algo tan sorprendente que sentí que la cabeza se me daba vuelta. Le pregunté cómo supo que Rose Klonec pensaba ir a la *Villa Marbre* el sábado por la noche (y cómo algún “fantasma de Ralph Douglas” pudo haberla persuadido de ir) y me contestó que ella había sido persuadida por teléfono, por la voz de una *mujer* que le concertaba una cita con Ralph Douglas. Agregó que había escuchado esta conversación.

»Este relato era improbable a primera vista: ¿Cuál mujer sería? Pero en seguida De Lautrec se apartó estudiadamente del tema buscando arrojar sospechas sobre Annette Fauvel, como que fuese el hombre de impermeable castaño y sombrero negro. Como es natural, yo le pregunté cuál podía ser el móvil de ella; simplemente se encogió de hombros y se mostró reservado.

»Si este punto, quiero decir la voz de una mujer que concierta una cita, parecía anoche difícil de creer, esta mañana sabía que era una falsedad bamboleante, cuando estuve seguro de la culpa de Bryce Douglas. Sabía que Bryce había actuado solo en el asunto y proporcionaba la respuesta a una última pregunta molesta: ¿cómo pudo ser capaz el hombre de impermeable castaño de convencer a la astuta Rose Klonec para que viniera a la *Villa Marbre*, sin que Ralph Douglas jamás apareciera? *Porque era el hermano de Ralph Douglas*. No solamente por esto, sino porque era además compañero de tareas de Rose y con facilidad podía transmitirle un mensaje privado con manifiesto convencimiento.

»Bueno, De Lautrec había jurado que era una mujer: De Lautrec mentía a sabiendas. ¿Sabía o habría adivinado quién se comunicó en realidad con ella? En cualquiera de los dos casos, ¿por qué quiso arrojar sospechas sobre Annette? ¿Por qué habría de ser Annette el hombre de impermeable castaño? Era evidente que estaban de por medio las joyas de Rose Klonec...

»Punto y aparte. Interrogué a De Lautrec sobre el resto de esa gran colección de joyas de las que tres piezas eran una pequeña muestra. Ahora, De Lautrec demostraba mucha indiferencia en lugar del gran interés de antes. Me dijo que estaban en una caja de seguridad empotrada en sus habitaciones, que el abogado iría al día siguiente a buscarlas, y agregó, encogiéndose de hombros, que por el momento la caja no podía abrirse, porque nadie conocía la combinación, etc. A mí me pareció muy inverosímil que este hombre que pagaba el alquiler del departamento, y lo había recibido de la

administración del edificio, no conociera, hablando claro, la combinación de su propia caja de seguridad.

»Las deducciones habían llegado demasiado lejos. Por el momento no había ninguna sugestión de robo de joyas pero, al mismo tiempo, De Lautrec intentaba por algo arrojar sospechas sobre Annette. ¿Por qué? Si suponíamos que el propio De Lautrec se hubiese apoderado de aquella caja de seguridad y quisiera llevarnos, por una pista falsa, sobre Annette cuando se descubriera el robo... Era lo único que razonablemente explicaría su comportamiento y merecía investigarlo.

»Y si De Lautrec lo hizo, ¿cuándo fue? Aquí se cruzan las dos historias, la del robo y la del asesinato, en un punto importante.

»Por informes que yo obtuve esta tarde y usted anoche, podemos reconstruir la historia del robo. Rose Klonec (como mujer prudente) se había hecho hacer un juego completo de copias excelentes de todas sus joyas. Pero su sentido práctico la indujo a una gran equivocación, la peor equivocación que jamás hiciera, aparte de ir a la *Villa Marbre* el sábado por la noche. El sábado por la tarde, De Lautrec arrojó su bomba y pidió algunas joyas como precio de su ida a la *Villa Marbre*. Rose estaba loca de rabia. Y aun entonces cedió a medias. Dos de las tres joyas que le entregó eran verdaderas. Una, el pendiente de esmeraldas, la de mayor valor, era falsa. Éste fue su error.

»De Lautrec, creyendo que todas eran legítimas, estuvo satisfecho. No tenía entonces ninguna intención de robárselas. Vino aquí, a casa de *madame la marquise*. Desde el principio, empezó a ganar mucho sin necesidad de garantías. Pero, cuando una vez fue a beber, a la otra habitación, sucedió algo extraño...

*Madame* de la Tourseche echó atrás la cabeza y rió de alegría.

—Sí, sí, sí. Le conté a los muchachos lo de anoche. M. de Lautrec interrumpió su momento de suerte para entablar una conversación importante con M. Ledoux, el joyero, y después resolvió quedarse un rato fuera del juego.

—Es exacto. Ahora bien, no mostró voluntariamente el pendiente al joyero, ni tampoco ninguna de las otras dos joyas. Por una comunicación con M. Ledoux, esta tarde a Amsterdam, quedamos satisfechos sobre estos puntos. El pendiente cayó de su bolsillo mientras bebían juntos. De Lautrec simplemente dijo: «Cosita interesante, ¿eh?». M. Ledoux replicó: «Sí, para una imitación, no es del todo malo».

»Por lo menos ha visto usted algunos ejemplos del mal carácter de De Lautrec. Aunque nada dijo, lo dominó uno de los peores enojos. Supo que Rose lo había engañado por última vez. Ella no perdería algunas piezas de su preciada colección; la perdería toda y él la tendría. Vio una manera de hacerlo con relativa seguridad para sí mismo. Aquélla era evidentemente la noche oportuna: Rose estaría afuera toda la noche en la *Villa Marbre* y, si le agradaba a Ralph Douglas, no se quedaría mucho tiempo en el departamento de De Lautrec donde podría ir él por las joyas. Además, era el día de salida de la doncella. Si pudiese idear una buena coartada aquí, en casa de *madame*, podía burlarse después de Rose. Ella seguramente lo denunciaría pero

nada probaría frente a una coartada cerrada.

»De Lautrec tiene un tipo de inteligencia como la de Bryce, que es más astuta que ingeniosa. Su coartada, como ustedes lo habrán adivinado, se apoyaba en la psicología de las mesas de juego que lo inspiraban porque las conocía bien, y en la distribución de la luz particular de esta sala.

»Cuando el juego es rápido y absorbente, el jugador fanático (como son todos los que juegan aquí) está como muerto para todo lo que no es el tapete. Se requiere una gran conmoción para hacerlo volver. No se levantará, no se moverá. Aún más, está del todo ajeno al paso del tiempo. Todos hemos observado cómo los adeptos se levantan sorprendidos cuando alguien hace mención de la hora. Pero vean ustedes, en esta sala no hay relojes. Al contrario, todo está en completa oscuridad, salvo aquí..., exactamente sobre la mesa.

»Vean ustedes cómo funcionó. De Lautrec anunció que se quedaría fuera del juego por un momento, muy bien. Todos los demás, en aquel pequeño grupo, están reunidos alrededor de la mesa; si hubiese habido más gente habría sido más peligroso. Tal como era, podía escapar de la casa, trepar por el portón, ir en su automóvil a sacar las joyas de la caja de seguridad, reemplazarlas sardónicamente por las falsas y regresar aquí. Con tal que no tomara demasiado tiempo, todos sus compañeros de juego estarían dispuestos a jurar que jamás abandonó el cuarto, sobre todo porque inmediatamente después entraría en juego. Se engranarían las dos partes del juego, las diversas manos se mezclarían tanto en la mente de todos que luego nadie podría *ni siquiera ser capaz de jurar a qué hora se apartó de la mesa*.

*Madame* meneó la cabeza.

—Lo observé —anunció ella—. Pero ustedes comprenden que observar estas cosas es mi trabajo. Y sin embargo, aunque noté la duración del tiempo que estuvo fuera del juego, con seguridad pensé que estaba en el cuarto.

—Y ahora, con claro efecto artístico, la historia de De Lautrec se une con la del temible Bryce Douglas. O más bien se desencuentra con la de Bryce por un pelo, exactamente como Bryce y De Lautrec se descontraron delante de los portones de esta casa. Menos de una hora bastaba para lo que De Lautrec debía hacer. Un poco más de una hora bastaba para la excursión de Bryce a la *Villa Marbre*, sus ocupaciones allí y su regreso. (En el caso de Bryce, ¿les sorprende? ¿Dicen ustedes que se necesita casi media hora para llegar allí en automóvil? Así es... desde el centro de la ciudad. Pero consulten un plano de París y sus alrededores y fíjense exactamente dónde estamos ahora. La Colina de los Robles está en el borde exterior de Longchamps, en una línea a campo traviesa muy cerca del bosque de Marly, otro dato que hallé interesante).

»Bryce debe de haber salido como a las doce y media, cuando aparentaba vigilar fuera de los portones. Recordarán ustedes que él y Mercier vinieron en un taxímetro; su propio automóvil ya había quedado estacionado y oculto al pie de la colina, puesto que deseaba que apareciera desamparado en la selva. De Lautrec habrá salido poco

tiempo después y se desencontraron claramente. Bryce no sospechaba que De Lautrec no estuviese todavía seguro dentro de la casa. De Lautrec no sospechaba que había vigilancia afuera.

»De Lautrec regresó primero porque tenía menos que hacer. Bryce habrá regresado algunos minutos después... Otra vez un hábil error de tiempo. Tanto para Bryce como para De Lautrec, todo parecía tranquilo. De Lautrec, de nuevo en la sala de juego, dentro de la casa, continuó su buena racha, pidió y obtuvo de *madame*, aquí presente, una caja de depósito, donde encerró la mayor parte de sus ganancias y también, sin ser visto, las joyas que había robado. Lo único que llevó consigo fue una pequeña parte de sus ganancias y las tres joyas legítimas. ¿Por qué? Porque, aunque había mostrado una sola de ellas a M. Ledoux, creía que eran *todas* falsas. Está bien claro que si dejaba la mayor parte de sus ganancias en dinero, por si lo robaban en aquel lugar solitario, no habría llevado consigo tres joyas cuyo valor hubiese totalizado tanto como lo que él había ganado en la noche entera. Pero él no iba a casa. Iba directamente a alguna guarida y de allí seguiría a proporcionar se una coartada de tres días para sí.

»Imagínense su sorpresa cuando, al salir de esta casa con el calor de la satisfacción, es acometido por los agentes del *Foreign Office*... que le dicen haber estado vigilando la casa ¡toda la noche! Hasta ahora sólo ha tenido una duda. Por desgracia, M. Ledoux ya ha visto el pendiente de esmeraldas. En cuanto a lo que sabe, puede alguno también haber echado un vistazo a las demás joyas. Aun cuando el pendiente es una imitación, es probable que haya preguntas difíciles cuando trascienda la noticia del robo. Por lo tanto, las cosas no deben ser repuestas en el departamento de Rose Klonec; las llevará consigo él y ofrecerá una explicación. Pues, recuerden podía hacer esto con facilidad. Aquella noche había salido de 81 *Boulevard des Invalides* algún tiempo antes que Rose. No podía él haberle robado antes, puesto que ella sacó algunos dijes de la caja de seguridad para llevar a la *Villa Marbre*. Si su coartada de la casa de juego valía, la coartada entera era perfecta.

»Pero intervinieron los agentes del *Foreign Office*. Y después de su impresión de horror, De Lautrec oyó que uno de ellos (Bryce Douglas) hablaba en alta voz dándole una coartada completa. Tenemos a Bryce que jura que De Lautrec no salió de la casa en toda la noche: *simplemente porque Bryce preparaba su propia coartada*. De Lautrec debe de haberse asustado, pero le quedó agradecido. Solamente cuando supo el asesinato..., cuando todos los hechos estaban en los periódicos de la tarde..., de pronto De Lautrec habrá sonreído. Comprendió de quién era la voz que concertó la cita con Rose Klonec para la *Villa Marbre* y tal vez haya visto a Bryce y a Rose juntos. Comprendió, en resumen, por qué Bryce le proporcionaba una coartada tan completa.

»¿Le complacía esto a De Lautrec? Cordialmente, amigos míos, cordialmente. Debía proteger a Bryce cuanto pudiera porque, al hacerlo, se protegía a sí mismo. Así se cruzan los extremos de la fábula, los destinos convergen: y De Lautrec urde

aquella complicada invención sobre una “voz de mujer” para desviar sospechas de su ignorado aliado y al mismo tiempo arrojarlas en dirección de Annette Fauvel.

»Para terminar este agradable pequeño relato de intentos contradictorios y de la perversidad de todos los seres humanos, ustedes oirán qué engaño preparaba Mr. Bryce Douglas durante su aparición como el hombre del abrigo castaño. ¿Cuál era exactamente su plan? Desacreditar a su hermano ante los ojos del mundo, y en especial ante los de Magda Toller, para que quien lo encontrara después, sintiera aversión hacia él; no causada por temor de la venganza de la ley, comprendan ustedes, ni de grandes crímenes y males románticos, sino simplemente aversión.

Calló y miró a Ralph.

—¿Quiere usted comprenderme, Mr. Douglas —continuó—, si digo que así él lo veía a usted y deseaba que *Miss Toller* también lo viera?

Hubo otro silencio.

—Ahora retrotraiga su memoria a un célebre incidente de hace un año o más, del que por desgracia acabo de enterarme hoy; parece que fue ampliamente publicado en su tiempo y leído por todo París. Fue el altercado o pelea en un club nocturno cuando usted luchó con Rose Klonec por su intento de tomar las armas de un hombre que arrojaba cuchillos. Ella le dio un tajo, fuera por accidente o ex profeso, y usted le dijo que si volvía a hacerlo, agarraría un cuchillo y le estropearía la cara... Sé que la historia no era verdad. Pero París la creyó. Y Bryce, personificando a usted ante París en la *Villa Marbre*, el sábado por la noche, pretendió en cierta forma...

Ralph apoyó ambos puños sobre la mesa.

—¿Usted no quiere decir —interrumpió— que el cerdo pretendía agarrar un cuchillo y marcarle la cara para que pareciera que yo lo había hecho durante un alboroto de borrachos?

—No con un cuchillo —dijo Bencolin—, con una navaja. Era más fácil.

Ralph y Curtis se miraron. *Madame* meneaba la cabeza y pestañeaba, con una mueca de grifo demostrando comprensión.

—Lo sé —dijo *madame* simplemente.

—Sí. Y quiso hacerlo de tal manera que la misma Rose Klonec jamás sabría que usted no lo había hecho. Era esto el corazón y la esencia del plan. Ella armaría tal escándalo que...

»Ustedes han oído los preparativos de la primera parte de su plan, cómo fue ella inducida a ir a la *Villa Marbre*. Ahora bien, alguien debía ver a Ralph, alguien debía identificarlo, alguien debía estar pronto a jurar después, sobre su presencia: por esto busca a Hortense. Pero la propia Rose, por supuesto, no podía enfrentar al impostor. Debía estar narcotizada..., si fuera posible narcotizada y borracha..., antes de que Bryce, personificando a Ralph, pudiese entrar en la casa. A esto se debe el gran surtido de buen *champagne* para halagada; pero, después de desechar varios planes, queda sólo la única botella de *Roederer* hábil y misteriosamente alterada. Desde el balcón, él podía vigilar y asegurarse cuando lo hubiese tomado.

»Al estallar después el escándalo, habría dos interpretaciones.

»1.<sup>a</sup> La interpretación que Rose Klonec llevaría ante los tribunales, entablándole juicio, como estaría muy pronta a hacerlo. Rose diría: “Él siempre abrigó rencor. Me condujo allí. Metió una droga dentro de algo. Cuando yo estaba dormida hizo estas cicatrices en mi cara que me arruinan para siempre”. Rose lo creería sinceramente porque, ante sus ojos, era la verdad. Pero la creencia general sería distinta. La gente que meneaba la cabeza diría: “Bueno, está obligada a decirnos algo por el estilo para quedar lo más elegante que pueda. No bebió, ¿eh? No armó desórdenes, ¿eh? No se peleó, ¿eh?”. Y la interpretación del mundo sería:

»2.<sup>o</sup> Rose y Ralph Douglas habían reanudado secretamente su antiguo asunto. Concertaron una cita en la *Villa Marbre*. Allí tuvieron una cena íntima. La mujer no estaba narcotizada como dice, sino solamente rugiendo de borrachera como también lo estaba el hombre. Hubo una pelea al final de la cual Ralph Douglas cumplió su anterior amenaza...

Bencolin hizo una pausa.

—Apenas es necesario examinar esta última interpretación que es la que Bryce deseaba que todos aceptaran. Estaba preparado para comprobarla. Cuando ella estuviese dormida, él subiría la mesa preparada con la cena. Cuando, a la mañana siguiente, Mme. Klonec fuera encontrada por su doncella reponiéndose de un estupor (los tajos no le habrían producido suficiente sangre para poner en peligro la vida sino simplemente estropearle la belleza), quedaría una sola deducción por hacer. Se encontrarían esparcidos por el cuarto aquellos vestigios convencionales de una parranda a que nos han acostumbrado las películas y los folletines y que cualquier modesta ama de casa reconocería al instante, desde aquí hasta la *Butte*. Las botellas vacías. La ropa desgarrada. Los ceniceros llenos de colillas de cigarrillos. Los muebles desacomodados... ¿Ven ustedes a nuestros virtuosos lectores de periódicos mirarse de modo significativo y les oyen decir: «¡Oh!»?

»Así era perfecto el plan. Su misma falsedad lo hacía sonar como verdadero. Aquí tenemos a Rose jurando ante un tribunal que fue narcotizada y atacada como una colegiala, y las pruebas contrarias, por el otro lado, burlándose de ella. Era la vida real remedada con esplendor. Cualquier cosa que ocurriese, el único que sufriría sería Ralph.

Curtis interpuso.

—¡Vea usted! Si Bryce hubiese actuado como oficial de enlace, es decir, si le hubiese llevado un mensaje en nombre de Ralph, ¿no habría salido también él a la publicidad?

—No. ¿Comprende usted? Ella no se atrevería. Esta vez el papel de Bryce sería completamente tranquilo, frío e indiferente. «Mi buena mujer —le diría—, no mencionará usted de ningún modo mi nombre en esto. Actué tontamente transmitiéndole a usted un mensaje, pero piense en su actual condición. Ya no es una *poule-de-luxe*. ¿Qué destino tiene? Nada más que lo que tuvo en el pasado, un

empleo, con buena paga, de Masset en el servicio secreto. Y puede volver a tenerlo. Usted conoce mi posición, comprende que no debe saberse por qué usted y yo hemos estado asociados; está al tanto de mi influencia con Masset y no ignora que si hace mención de mi nombre en cualquier forma que sea, no volverá a ganar un franco en su vida». Si ustedes piensan en alguna otra manera más efectiva de cerrar la boca de la dama me interesaría oírla.

»Bueno, todo el plan se desbarató, ¿saben señores por qué? No se frustró porque la excesiva ingenuidad de Bryce urdió el cloroformo líquido en una botella de *champagne*, sino que, mientras esperaba en la oscuridad hasta que ella bebiera la droga, Bryce, a la expectativa fuera de la casa, vio algo que le hizo saltar las lágrimas de los ojos. Si cree que es una exageración, M. Douglas, usted debió haber visto la cara de él esta noche cuando supo que yo sabía.

»En ese momento vio entrar en el jardín de la *Villa Marbre* a Miss Magda Toller, única persona en el mundo a quien deseaba convencer de la culpa de Ralph.

»Es magnífico, ¿eh? El viejo calvo Bencolin se quita un sombrero metafórico. Saludo a la Providencia que toma por una senda tortuosa. Pero era peor. Cuando no pudo soportar más la espera, Bryce subió la escalera del balcón tras de Magda para ver qué ocurría. Había oído que una mujer cesaba de hablar y que otra mujer histérica amenazaba con darse el gusto de cortar una arteria y... —Bencolin calló juntando las manos—. Cuando subió él al cuarto de vestir para ver el motivo del silencio, descubrió una buena razón. Encontró a una joven tirada sobre el tocador atolondrada por los gases del cloroformo y a una mujer muerta en el suelo, muerta por su botella de alquimista. En dos golpes su plan estaba frustrado.

Bencolin, con la cara pálida y descarnada, haciendo visera con la mano, se hizo sombra sobre los ojos y se recostó en la silla.

—Se le adjudica a Bonaparte esta máxima: «Se deben tener dos planes y dejar algo a la suerte». Bryce Douglas no tenía dos planes. Pero en la excitación del momento hizo uno, y una vez más recurrió a la novela sensacional. Lo ejecutó en aquel espacio de quince a veinte minutos (¡tiempo enorme, amigos!) que no recuerda una joven.

»Ella había gritado que le gustaría matar a Rose Klonec desangrándola. Intentaría él convencerla de que, en efecto, lo había realizado.

»Observen ahora la parte importante: el asunto no era que la arrestaran, ni siquiera que fuera acusada de asesinato. ¡Lejos de ello! Hasta tomaría cuidado de que ella no dejara impresiones digitales sobre el tocador..., pues, lo recuerdan, nada encontramos, y Miss Toller nada dice de haberlas limpiado allí. Pero la convencería de que ella había cometido un crimen; él, el detective del *Foreign Office*, lo resolvería entonces brillantemente. Se comunicaría con ella en privado, presentándose a sí mismo en un papel frío y heroico, y le explicaría cómo la iba a proteger. Era un papel a su gusto. Haría que toda la simpatía de ella se volviera hacia él. Y era una alternativa aún más ingeniosa que la primera..., pues, después de todo, *todavía* podía

aparentar que Ralph había vuelto a la intriga amorosa con Rose Klonec en la *Villa Marbre*.

»Ustedes saben lo que hizo. Es el único caso, que yo sepa, en el cual un asesino mata dos veces a la misma persona. Cortó la arteria del brazo de una mujer muerta. Había alguna sangre porque la mujer estaba caída boca abajo, sobre la bañera, con el brazo colgando. Es obvio que debió usar el estilete porque era la única arma que *Miss Toller* había visto. Luego dejó a *Miss Toller* en el cuarto de baño, con el estilete en la mano, para que se recobrar del cloroformo. Se deslizó por la escalera del balcón y esperó a que ella descendiera. Aún permitió que lo viera porque el tiempo apuraba y deseaba que se alejara de miedo.

»Mientras esperaba, sus reflexiones fueron las siguientes: en esta nueva situación debía tener una víctima propiciatoria. No deseaba que *Miss Toller* fuera arrestada y (sábelo Dios) ni serlo él. La única víctima propiciatoria parecía la primitiva..., Ralph. Le haré justicia a Bryce Douglas diciendo que no es ningún dechado de perversidad: es solamente un hombre aturdido, impresionable y rencoroso, cuya ingenuidad, en este caso, se habría vuelto irrazonable. Por otra parte, no podía ahora arreglar las habitaciones con indicios de una orgía amorosa: botellas vacías, ropa desgarrada, cena comida a medias y demás. Magda Toller había visto los cuartos y sabría después que algo raro había, pues Rose Klonec no haría mucho desorden después de muerta. Además, no estaba seguro de hasta dónde habría engañado a la joven..., es decir, hasta dónde creería ella en su propia culpa. Podría intrigarse demasiado, podría sospechar, podría repetir.

»Pero él haría lo siguiente: iría pateando por la puerta del fondo de la casa, en el papel de Ralph que llega para una cita. Tomaría la bandeja con la cena y la subiría con estrépito. El problema más importante de sus dificultades era éste: no se atrevía a incriminar demasiado a Ralph como verdadero asesino. Si así lo hacía, su víctima propiciatoria, como lo he indicado, tendría sobrado éxito como tal... y Magda Toller diría lo que ella creía que era verdad.

»Bryce se encontraba en un endiablado dilema y, por primera vez, perdió la cabeza. Es difícil censurarlo puesto que en la calma de los pocos minutos siguientes comprendió que su inspiración no había sido tan napoleónica como lo pensara. Por esto representó aquella treta idiota con la navaja. Fue lo único que se le ocurrió hacer.

»En este caso, en todo momento se han preguntado por qué alguien habría de afilar una navaja en una piedra húmeda. Pero no se han preguntado por qué alguien había de afilar la navaja, directamente bajo los ojos y oídos de Hortense; por qué, en una cocina con luces encendidas, con la puerta del cuarto de Hortense entreabierto, el hombre se detuvo en medio de la habitación aserrando aquella navaja y produciendo ruido durante un lapso que habría de despertar la curiosidad de ella. Está bien claro que él *quería* atraer su atención. Su propósito era hacer notar que Ralph llegaba a la *Villa Marbre* de mal talante, con intenciones de llevar a cabo su antigua amenaza si Rose Klonec demostraba cualquier tontería en su nuevo encuentro.

»El personificador que imitaba a Ralph subió la mesa con la cena. Por esto aparecen las pinzas... Debíamos encontrar las pinzas. Debíamos colegir que Ralph golpearía la puerta cerrada con llave sin obtener respuesta; luego enojado, abriría la puerta con las pinzas. Vería a la mujer en cama, en apariencia dormida e indiferente, y aumentaría su enojo. Empujaría la mesa de servir a través del cuarto. Abriría una botella de *champagne*, servida dos copas y llamaría a la mujer para que viniese a beber. (En realidad una de estas copas era de donde ella había bebido el cloroformo, cuidadosamente enjuagada y secada). Luego se acercaría a la cama y la llamaría a gritos. Ella no se movería. La tocaría y encontraría que estaba muerta.

»Ésta es la historia que Bryce pretendía que interpretáramos en el dormitorio..., un hermano galanteador, con el diablo en el cuerpo, que le iba a cortar la cara a ella; sin embargo, no lo hizo, porque Rose Klonec fue asesinada antes de que él llegara. Intentaba que creyéramos a Ralph esperando largo tiempo, al lado del cuerpo, bebiendo y fumando... Ésta fue la causa de todos los cigarrillos que Bryce encendió y colocó en círculo para que se consumieran en el cenicero. Pero se olvidó de aplastarlos y arrojarlos al cenicero de la manera usual. La escena entera era tan falsa como las armas, lo decían los cigarrillos a medio fumar. Pero de una cosa no se olvida Bryce; no olvida, cuando sale de aquel cuarto, a los cinco minutos de haber entrado, de llevarse aquella maldita media botella de *champagne*, de la que ningún enjuague quitaría del todo el olor a cloroformo y de enterrarla en el jardín, antes de irse. Ha creado una doble ilusión de notable ingenuidad y perversidad. Ha hecho una asesina de la joven que desea y un apache barato del hermano que no quiere. Está en situación de controlar la vida de ambos.

Hubo un largo silencio. Bencolin se echó para atrás y fijó la vista en la mesa.

—En una sola cosa —dijo Ralph bastante pálido— he pensado muchas veces. Hoy se la mencioné a Dick. Si se tomó tanto trabajo en todo aspecto, ¿por qué, por lo menos, no se aseguró de que yo no tuviese alguna coartada? Es lo más importante que debió hacer, y su plan habría estado completo, sin embargo...

—Lo hizo —dijo Bencolin.

—¿Lo hizo?

—¿He sido correctamente informado de que el sábado a la tarde usted le dijo que esperaba a su abogado de Londres, el domingo por la mañana?

—Sí, es exacto. Se lo mencioné a Dick Curtis, aquí presente, en cuanto llegó...

—¿Le hizo Bryce prometer solemnemente que usted no saldría el sábado por la noche, que permanecería en sus habitaciones, desde las nueve, para tener la cabeza despejada a fin de hablar de negocios a la mañana siguiente, y que si por cualquier motivo no podía hacerlo, fuera a su casa temprano en la tarde, para advertírselo?

—¡Sí! Le había prometido venir a verlo aquella noche, pero en su lugar resolví llevar a Magda a cenar y lo olvidé. Sin embargo, como le dije a Dick, pensaba volver a casa temprano. —Caviló—. ¿Afecta esto en alguna forma a Mrs. Toller?

—Por desgracia, no. Me temo que cuando Hércule Renard, tirado en el suelo, vio

a una mujer alta que salía apurada de la *Villa Marbre*, simplemente vio a *Miss Toller*, lo mismo que Bryce me pareció muy alto cuando lo vi sobre la pared, a la luz de la luna. Pero por lo menos puedo decir una cosa a favor del elegante descrédito de Mrs. Toller. Ansiaba tanto que lo tomaran y acusaran a usted del asesinato de Rose Klonec que casi convenció a Stanfield de que lo acusara de haber tomado la pistola de su oficina. Cuando vio que fracasaba el caso contra usted, no resistió a avivarlo un poco. Siempre dudaré (aunque sólo sea producto de mi propia suspicacia) si no tuvo ella una fuerte sospecha de lo que tramaba Bryce.

»Ven ustedes, pues, nuestra posición respecto a Bryce. Debíamos quebrar la coartada de Bryce quebrando la de De Lautrec. Si De Lautrec sabía quién era el asesino como estoy casi seguro, podía probar, primero, que la fábula de Bryce de haber pasado toda la noche fuera de los portones de aquella casa era un mito; segundo, que fue Bryce quien convino la cita con Rose Klonec en la *Villa Marbre*, dos puntos que, mientras no hubiese prueba concluyente de asesinato, pondrían a Bryce en serios aprietos porque eran los dos puntos en los que había dicho mentiras tan consistentes y frenéticas. Pero conseguir que De Lautrec reconociera esto era hacerle confesar su propio robo, lo que sería difícil. La única manera de hacerlo era pescarlo con las manos vacías, pero en posesión de las joyas. Si se le prometía entonces la impunidad, diría la verdad. La única manera de hacerla —Bencolin sonrió burlón— era que él nos condujera derecho a las joyas. El inconveniente estaba en que no tenía yo la menor idea de dónde las tenía ocultas; aún el robo mismo no estaba descubierto hasta ese momento, porque un abogado victorioso había encontrado la caja de seguridad empotrada en la pared, llena de reproducciones falsas que todavía no había tasado... Yo las hice avaluar. Las joyas legítimas podían estar ocultas en cualquier parte de París. El propio De Lautrec debía llevarnos a donde estaban.

»Se creía él en una buena racha de juego. Era seguro que se entusiasmara como jamás le había sucedido. Bueno, había que darle la oportunidad. Por intermedio de mi amigo el conde de Maupasson (yo permanecí oculto e ignorado) se presentaron a esta casa dos de los más “entusiastas” jugadores de París, Mrs. Richardson y M. Jourdain. También se trajo a un joven millonario de gustos deportivos y a otro joven a quien se le dijo que procediese a su juicio. Ustedes no pueden acusarme de haber pedido a nadie que me ayudara. Ellos no sabían por qué estaba aquí; simplemente les mostré una mesa de tapete verde, y con las palabras del proverbio instructivo dejé que las cosas siguieran su curso natural. Si la suerte de De Lautrec resistía a aquella combinación, merecía marcharse con lo que había conseguido. No creía que lo pudiera; de todos modos, era una experiencia que valía la pena ensayar, pues una vez que la suerte se le diera vuelta, su genio podría más que su cautela y, en la desesperación, correría tras de aquellas joyas. No sabía que en realidad estaban en la misma casa, pero las cosas se facilitaron cuando empezó a perder. El papel que firmó en pago de su impunidad era simplemente un plan general de lo que creía y sabía que Bryce Douglas había hecho. Por supuesto que no se imaginaba que, de todos modos,

no tenía yo intención de procesarlo...

—¿Por qué no?

—Porque no podíamos procesarlo sin meter a Bryce —dijo Bencolin—, y hay un motivo, como les dije, por el cual Bryce quedará en libertad: Sabe demasiado.

—¿Sabe demasiado?

—Ustedes olvidan su posición. ¿Han oído alguna vez hablar de Voirbo, el gran asesino de arma blanca de mil ochocientos setenta y tantos? Voirbo, además de haber cometido un crimen desagradable, era agente del gobierno. Había metido la mano en muchos pasteles. Se lo advertí al comienzo del caso; suele ocurrir. En el caso de Voirbo, el asunto fue tan sensacional, y el gran Macé lo demostró tan claramente, que no se pudo archivar. Pero no puede decirse que el suicidio del hombre en su prisión haya sido alguna vez investigado. Bryce Douglas ocupa una posición mucho más delicada. Intervengo en los hechos, como detective pero aquí tengo que hablar convencionalmente como diplomático. Saldrá de Francia, por supuesto. No puedo saber lo que dirán a favor o en contra de él en Inglaterra. Si alguna vez se presenta algún inconveniente o si después da aquí un mal paso, tenemos siempre la declaración de De Lautrec. Es todo cuanto quería. Déjenlo irse al cielo o al infierno: considero que no es lo bastante bueno para el uno ni lo bastante malo para el otro.

—Es mi hermano —dijo Ralph con amargura—, de modo que basta, y nada más tengo que hacer. Pero el caso entero ha sido una lección aliviadora.

Usted creyó que Magda había cometido un crimen e iba a dejar que escapara. De Lautrec comete un gran hurto y escapa. Y luego Bryce comete un asesinato y escapa. Debería usted escribir un libro sobre sistemas policiales y llamarlo *El crimen no es cosa seria*.

—Estuvo muy cerca de ser grave para usted. Ralph lanzó un profundo suspiro y rió burlón.

—Sí. Disculpe. Lo he olvidado, por lo menos. Y usted —miró a Curtis— se lleva a la joven.

—¿No hay resentimiento?

—¡Resentimiento! —dijo Ralph—. De mi parte... no. No es la chica que pudiera comprender y que quisiera yo comprender. Vea usted, le seré franco. Quiero ser libre. Hubo una sola mujer que me gustó, y usted debió saberlo por la forma como hablé junto a su cama.

—¿Se refiere...?

—Sí, me refiero a Rose Klonec —dijo Ralph poniéndose de pie—. Y por eso odio a Bryce como al diablo.

Guardó silencio y luego se encogió de hombros.

—Sin embargo, hay una cosa. ¿Comprende usted, viejo, que esta noche ganó con la reina, en una vuelta, más de nueve mil buenas libras inglesas?

—No —dijo Curtis con franqueza—, no lo comprendo. Tengo idea de que no es dinero verdadero... Disculpe, *madame*, ¡no hay ninguna ofensa! Quiero decir que

desaparecerá en el momento que cruce el canal.

Ralph sonreía otra vez con esa eterna sonrisa que lo llevaría a través de muchas aventuras sin ampararlo lo suficiente para una verdadera.

—Bueno, ¡Dios mío! —Exclamó—, no podría haber llegado a *trente-et-le-va* aunque mi vida dependiera de ello. No hubiera tenido garra. Siempre pensaré qué hubiese sucedido si dos locos como usted y De Lautrec hubiesen llevado el asunto a un tiro más: Usted habría apostado sus nueve mil libras y él hubiese apostado Dios sabe que. Usted podía haber resucitado a los jugadores de antaño y palmearles la cabeza como niños pues si hubiese acertado esa carta, habría ganado muy por encima de un millón de libras. —Silbó—. Digo, ¿qué *hubiese* ocurrido?

—¿Por qué no va y mira? —Rió ruidosamente *madame*—. Ahí están las cartas tal cual las barajó él y cortó para darlas —dijo ella señalándolas—. Ahí al lado de su codo. Yo he mirado.

Ralph sacó con cuidado el mazo de la caja y lentamente lo recorrió. Al rato se echó a reír. Curtis reía. Sólo Bencolin, sacando su pipa insoportable y recostándose cómodamente en la silla, por un corto momento se puso serio.

**FIN**



John Dickson Carr (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

# Notas

[1] Mientras, —sobre varias hojas y ramas—, diversos pájaros ahora cantan; — confúndense en aquellos árboles— para comunicarse sus gorjeos. <<

[2] Había una joven de Hong Kong... <<

[3] El Dr. Edmond Locard, Director del laboratorio policial de Lyon. *L'Enquête Criminelle et les méthodes scientifiques*, Edmond Locard, París, 1929 <<

[4] La antigua ortografía francesa de «soixante» ha sido conservada en las reglas originales. <<

[5] Este juego, entre todos los de cartas, es considerado el más cortesano, pues, según los entendidos, es apropiado solamente para que lo jueguen los reyes y reinas, grandes príncipes, nobles, etc., a causa de las grandes pérdidas o ganancias que puede haber de un lado o de otro... El dador, al mantener la banca disponiendo de la primera y de la última carta y de otros muchos privilegios, goza de mayores probabilidades de ganar que los demás jugadores. Ésta era una verdad tan reconocida en Francia que el rey, por edicto público, dispuso que el privilegio de una *T'allière*, es decir, conservar la banca en el *Basset*, se concediera a los principales *cadets*, o hijos de grandes familias, porque, quienquiera que fuese tan favorecido para tener la banca, era natural que en muy poco tiempo resultara poseedor de cuantiosos bienes.

CHARLES COTON, *The Compleat Gamester*, 1721. <<